

DOBLE
DOBLE

TENTACIÓN

Liah S. Queipo

**DOBLE
TENTACIÓN**

Liah S. Queipo

2ª Edición

Título: Doble Tentación

© Enero 2019, Liah S. Queipo

Diseño de portada: Munyx Design

Maquetación: Munyx Design.

Imagen portada: Adobe Stock

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Capítulo uno

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

Capítulo uno

La perfección

No temas la perfección. Jamás la alcanzarás.

SALVADOR DALÍ

¿Dónde puedo rellenar una hoja de reclamaciones contra mi cuerpo? Siento como mi boca está segregando cantidades industriales de saliva. ¡Qué hombre!

Hola, soy Sara y mi corazón funcionaba en perfectas condiciones hasta que lo he visto. ¿Soy yo o hace calor aquí? Mi cuerpo parece querer formar su propia hoguera calenturienta. Es curioso que este tío me resulte atractivo. En realidad, nunca me han gustado tan musculosos. De hecho, más de una vez me he declarado en contra de los hombres así, pero aquí estoy, siendo hipócrita y babeando.

Musulman me está mirando. Sí, lo hace y yo no sé si alzar mi mano derecha y saludar con un «Yuju». Estoy rozando lo patético, lo sé, pero mis hormonas parecen estar en su propia fiesta particular. A la porra con la norma de los «no musculados». ¡Solo tienen ventajas! Estoy más que segura de que ese brazo (por cierto, que es más grande que mi muslo) me haría la vida mucho más fácil. Y no solo hablo del tema sexual (¿cuántas posturas se pueden realizar con semejante fuerza?), sino del día a día. Ya no tendría que usar más las escaleras. Y él y su enorme brazo me alzarían sin apenas esfuerzo para poder lograr alcanzar el bote de macarrones (sí, ese que tengo decorado con corazones).

Me mira de nuevo. No, no es fruto de mi imaginación. Aquí no hay nadie más. Soy el centro de su magnética mirada y (sin cortarme) sonrío. Él, no sé por qué, me devuelve la sonrisa. No puedo evitar girarme y comprobar (de nuevo) que yo soy el motivo de esa sonrisa. (¡Está sonriéndome! A mí, a Sara Ramírez). Según el protocolo, si dos personas de diferente sexo se sonríen, uno de los dos debería tomar la iniciativa, y esa soy yo. Alzo mi mano y saludo. Él, en respuesta (pasándose el protocolo por dónde le place), se quita la camisa con movimientos típicos de telenovela. ¿Eso es legal? No entiendo por qué ese hombre se está quitando la camisa y dejando ver al resto del mundo que los cuadrados que tiene en el estómago son enormes... Sin embargo, hay algo en esta historia que no me acaba de cuadrar... Siento un ligero zumbido en el oído derecho.

Humedezco los labios, siempre hay que humedecerse los labios antes de besar a alguien, es una norma que deberían enseñar en el colegio. No sé por qué doy por hecho que ese tipo va a besarme

así de buenas a primeras, pero prevenir nunca está de más. No sé de dónde viene, pero, justo ahora, empieza a sonar una música. Es la típica canción que se oye en las películas cuando la pareja protagonista va a besarse. Me siento con ganas de quitarme la camiseta y restregarme contra ese cuerpo... Pero ese molesto zumbido se intensifica.

Nadie va a joderme el beso de película que sé que vamos a darnos. Corro hasta Musculman con los brazos extendidos (sé que esto es surrealista y típico de un anuncio de compresas, pero, en este momento loco, me parece de lo más normal). Mi hombre (porque ya es mío) también corre hasta mí de la misma forma ridícula. Ambos saltamos por los aires hasta que chocamos.

Hay algo que no encaja (bueno, en realidad no encaja nada)... Se supone que él debe de estar duro, no blandito. Los músculos están duros, ¿no? Siento como la comisura derecha de mi labio está mojada, y mucho. Y no es que mis labios estén demasiado húmedos.

¡No! Otra vez no. Estoy babeando sobre mi querida y blandita almohada. ¿Dónde está mi hombre?

¡La vida es tan injusta! No puede sonar el despertador justo después de que yo lo bese. No, ¿para qué? Ahora entiendo de dónde provenía ese molesto zumbido. ¡Maldito despertador! Aunque, si soy sincera, debo admitir que, despierta, aquel hombre no me gusta absolutamente nada.

Son las seis y media. Como siempre, ya voy tarde. Miro el techo de mi habitación recordándome por qué tengo que levantarme. He de ir a la universidad... y luego tengo que ir a trabajar para poder pagarme los estudios. Además, debo pagar este zulo de apartamento para poder estudiar en la universidad. Bien, lo he captado. La universidad es la causante de todos mis males. Y además, más inri, estoy de exámenes parciales. Así que, Sara, levanta el culo, guapa.

Me coloco frente al espejo para solucionar, por partes, el desastre que soy. De arriba abajo.

¡Sara, tú puedes!

Pelo suelto, indomable... ¿Solución? Coleta. Siempre hay que escoger la coleta. Recogérmelo es la única opción aceptable. Me miro, y no puedo evitar pensar que soy una chica del montón tirando para abajo. Mis ojos son de lo más normales, como mis labios, como mi barbilla, como...

¡Sara, espabila! ¡Llegas tarde! Sí, hablo constantemente conmigo misma. A veces incluso me considero repelente, pero tengo que aguantarme, no puedo pasar de mí. A lo que iba, creo que mi nariz es bonita. Estoy orgullosa de ella, ni grande ni pequeña, pasa desapercibida. Es todo un logro que yo vea algo bonito en mí. ¡Las 6:50! Plan B, el de todos los días, un par de pellizcos en mis mofletes; para maquillarse hace falta tiempo y ganas, y yo soy perezosa y no tengo tiempo. Hoy no hay nada de Angelina Jolie en mí. (¿Hoy solo?)

Mi mañana en la universidad no ha estado mal, he conseguido no dormirme en ninguna

clase y he superado que soy tan patética que ya no beso a hombres ni en los sueños. Para variar, salgo pitando de la universidad para coger el metro en hora punta. Siempre ando con prisas. Durante el trayecto me como un bocadillo (como puedo) acompañado de una deliciosa Coca-Cola.

A toda prisa, entro en la cafetería donde trabajo. Sí, lo sé, ¿cómo una estudiante de Comunicación está trabajando en una cafetería? Pero ¿hola? Estamos en España, tengo que dar gracias por poder trabajar mientras estudio. Mi jefa, Loli (o Dolores, eso depende de mi estado de humor), me mira con una ceja alzada. Me está analizando. Odio que haga eso. Loli es... básica. Podría resumirla como la mujer más cotilla que conozco. Siempre anda buscando el último chisme para poder despotricar a gusto. Tengo un buen número de quejas respecto a ella. Según esta buena mujer, soy demasiado sosa y muy rarita. Incluso un día la pillé diciendo que seguramente yo era lesbiana. ¡Ojo! Que no tengo nada en contra de los homosexuales, ni mucho menos, pero es que no sé de dónde sacó eso. Estoy medio dormida, ese maldito sueño de anuncio no me ha dejado descansar bien. Intento concentrarme en la música que suena en la radio, muevo mis caderas de forma acompasada (o al menos eso es lo que creo) con la nueva canción de Britney Spears.

Loli me mira desde la puerta y yo paro de bailar.

—Nena, chico guapo en la mesa dos, todo tuyo.

Falsa como yo sola, sonrío. Esa mujer está tan obsesionada con mi soltería que siempre intenta encontrarme chicos guapos, a cual peor. Siempre es lo mismo: yo los atiendo de forma profesional (dentro de mis límites, está claro) y después, cuando vuelvo a la barra, Loli me mira con un brillo especial en los ojos, esperando a que yo, por fin, haya logrado encontrar a mi príncipe azul.

—Loli, creo que tú y yo no estamos muy de acuerdo en que es eso de «guapo» —contesto con una sonrisa irónica.

Ella simplemente sonrío con aires de superioridad. Suspiro de forma exagerada cuando paso por su lado. Siento la pesadez de su vieja mirada sobre mí y aprovecho la ocasión para mover mis caderas de forma exagerada al caminar.

—La belleza depende de los ojos que miran, Sara. Si cierras tu corazón, no verás a nadie guapo, nunca.

Y ahí, cómo no, está otro de sus consejos estelares del día. Es fan de todas las páginas de pensamientos de Facebook. Siento curiosidad por ver a su nuevo «guapo». Intento mentalizarme. Espero conseguir no reírme cuando lo vea.

—Loli —le digo en voz baja antes de continuar caminando—, un hombre calvo, bizco y con barriga cervecera nunca podrá ser guapo. Podrá ser una bellísima persona, podría enamorarme de él, pero nunca será guapo.

Tenía que decírselo. La verdad es que esa mujer podría hablar con un poco de propiedad, ¿no? Empiezo a estar cansada de sus hombres guapos y de sus ganas de encontrarme novio.

Voy hasta la mesa dos con la clara intención de atender cuando la escucho en la lejanía. Ella y la última palabra, no falla:

—Tienes la mente muy cerrada, jovencita.

Odio que me llame «jovencita».

Antes de llegar a la mesa número dos, me aseguro de llevar encima mi libreta de pedidos y el bolígrafo. ¿Cómo será este nuevo «guapo»? Me preparo para no reírme mientras alzo la mirada. ¡Madre de Dios!

Abro las manos y la libreta cae al suelo. Pero es que es normal que mi cuerpo se desconcentre de ese modo. El tipo que tengo delante no se puede catalogar como guapo. Es mucho más que eso. ¡Es Dios! Simplemente, Dios. No puedo atenderlo, no me veo capaz de ello. Me agacho torpemente a coger la libreta y, al subir, me golpeo la cabeza contra la mesa.

No me ha visto, o quizá simplemente se está haciendo el sueco.

No encuentro mi lengua, no recuerdo cómo usarla. Siempre me he considerado una chica patosa, pero nunca me ha pasado algo así. Tengo un chico guapo frente a mí; me preocupa qué aspecto tengo. ¿Llevo grasa en el pelo? ¿Me he lavado la cara hoy? En momentos como este, odio mi comodidad, mi pachorra. ¿Maquillaje natural? ¡Una porra! Sara, mañana toca despertarse pronto y ponerse mona.

Intento recordar cómo se habla. Sé que tengo que abrir la boca para articular palabras. No puede ser muy difícil, joder.

—Hola—saludo con lo que debe de ser la sonrisa más estúpida de toda mi vida.

—Eh, hola —responde él con la sonrisa más bonita de la Tierra.

¡Qué descompensado está el mundo! Perfecto, Sara. Intento sonreír sencillamente. Noto que mis mejillas arden, siento que estoy haciendo el ridículo. Tierra, trágame. Él continúa sonriendo. ¿Por qué sonrío de esa manera? Podría tener, no sé, algún tipo de defecto. Su sonrisa es de anuncio. «Vamos, Sara, es hora de atender».

—¿Qué necesitas? Quiero decir, ¿qué quieres? —Resoplo nerviosa—. ¿Qué vas a querer tomar? Sonrío, aún más nerviosa; esa pregunta parecía interminable. Al parecer, estoy empezando a sudar, y eso no es bueno. Intento calmarme. Me miento a mí misma diciéndome que no estoy haciendo el ridículo. ¡Y un huevo! ¡Estoy batiendo un récord! Mi cara parece que va a explotar del calor.

—Quiero un café solo —contesta él con expresión divertida—. Y te entendí con la primera de tus preguntas.

Adiós, mundo cruel, adiós. Quiero morirme en este mismo instante. ¿Por qué la tierra no me ha tragado? ¿De verdad que era necesario que me recalcase que ya me había entendido?

Debería ser más consecuente con el efecto que tiene su cara bonita en el resto de la población, sobre todo en la femenina.

No estaría mal que Loli atendiera a este dios, así yo podría irme a autocombustionarme sola en el almacén. He sobrepasado mi cupo de hacer el ridículo por hoy. Lo que no logro entender es por qué extraña razón mis pies no se giran. Vamos, Sara, esto no es ningún sueño. Esto es la vida real. Aquí las almohadas no te salvan. Y hablando de almohadas..., mi mano vuela hasta mi boca. ¡Gracias a Dios, todavía no estoy babeando! Minipunto para mí. Miro al chico guapo e intento memorizar su rostro. Sus ojos verdes están rodeados por espesas y largas pestañas. Su pelo moreno parece perfecto y luce un peinado moderno. Su nariz está compensada con el resto de la cara, no hay ningún grano ni pelo en un lugar indebido. Viste de forma elegante y es educado. Sus brazos no están llenos de músculos, pero ¡qué más da! No los necesitamos. ¡Puedo moverme yo solita! Además, siempre me he declarado contraria a los musculitos.

—Eres perfecto.

¿He dicho eso en voz alta? No. ¡Joder! Me muero. Mi boca se ha movido a su bola. Escucho una alarma en mi cabeza. Reacciono rápido, gracias a Dios. Al de arriba, no al de en frente, por supuesto.

—Quiero decir: perfecto, a secas, ya me entiendes.

Mis palabras salen de forma atropellada y no me queda otra que sonreír. ¡Mierda, mierda y mierda! Va a creer que soy estúpida.

Antes de seguir poniendo a prueba mi cordura delante de él, mis pies reaccionan (por fin) y me giro para ir a morirme de vergüenza a otro sitio.

—Dolores, café para la mesa dos —digo. No quiero escuchar ningún sermón por su parte—. Llévaselo tú, por favor.

—Un momento, jovencita —me responde ella, autoritaria.

Bien, ha llegado el momento de tragarme el sermón que estaba intentando evitar. Levanto la cabeza con mis mejillas todavía ardiendo de vergüenza. Y me preparo para escucharla.

—¿Qué le pasa al chico esta vez? —pregunta claramente molesta—. ¿Es tartamudo? ¿Grosero? ¿Tiene los dientes amarillos? ¡Vamos, sorpréndeme!

Voz autoritaria y expresión seria. Debo ser sincera con ella. ¿No dicen que la sinceridad abre puertas? Pues yo necesito que me abra la puerta del almacén. Ese será un buen lugar para morirme de vergüenza.

—Es perfecto, simplemente perfecto. Qué guapo es. Expulso todo el aire y espero que Loli me comprenda.

Mi jefa me mira, con aquellos ojos azules. Está reprimiendo una sonrisa de lo que juraría es satisfacción.

—¿Cuál es el problema?

—¿Cuál es el problema? —contesto nerviosa y enfadada por que no me entienda—. Que,

simplemente, mi cuerpo sufre una descoordinación alarmante cuando estoy cerca de él. Y —añado antes de que ella me corte— he cubierto todo el cupo de hacer el ridículo hoy. No pienso atenderle.

Mierda, su expresión no me gusta.

—Supéralo, Sara. Vas a llevarle el café o te despido.

Abro la boca, sorprendida. ¡Esa mujer y sus amenazas, malditas sean! La miro con la frente arrugada. Giro sobre mis talones con prepotencia. Voy hasta la máquina de café. Inspiro, espiro, inspiro, espiro.

«O te despido», repito en mi mente imitando a Loli, bueno, a Dolores, se ha ganado que la llame así para todo lo que queda de mes. Bien, ahora tengo que concentrarme. Sé que es guapo, pero guapo, guapo. Quizá solo me he descoordinado porque no me lo esperaba así. Habrá sido la impresión. Pero ahora ya sé lo que me voy a encontrar. Necesito un plan. Voy hasta la mesa con la cabeza agachada. Si no hay contacto visual, seré una camarera coordinada. El plan es fácil de llevar a cabo. Sé el camino hasta allí, solo tengo que centrar mi mirada en mis pies. Creo que así mi lengua no me dejará en evidencia.

¡Esto está más que superado!

Llego hasta la mesa sin ningún tipo de incidencia.

—Hola de nuevo —dice el dios con voz aterciopelada.

Ese hombre no habla, sino que acaricia las palabras. Escucho su risa y, sin poder evitarlo, mi cabeza se alza para enfocararlo.

Definitivamente, aquella decisión ha sido muy poco acertada. Sus ojos brillan de forma única. Su sonrisa hace que me quede prendada. Mis pies se olvidan de coordinarse entre ellos y tropiezo. Y lo que ocurre a continuación pasa a cámara lenta, pero no soy capaz de reaccionar. Mis manos sueltan todo lo que llevo en ellas. El café vuela por los aires y se derrama encima del dios.

—¡Perdón!

Doy gracias a que mis manos todavía me hacen caso. Corro a intentar limpiarlo. ¿Qué demonios he hecho? ¡Soy un desastre!

—Vaya, esto quema.

El chico guapo se levanta y se queda a escasos centímetros de mí. Es más alto que yo, mucho más. El que estemos tan cerca hace que todo mi cuerpo se tense.

Sé que él se está haciendo el fuerte, sus labios están ligeramente arrugados. Debe quemarle. Busco la mancha de café, está en un lugar un poco comprometido. No intento limpiarlo, eso sería del todo inapropiado..., aunque la verdad es que me gustaría hacerlo. Los altos la deben tener grande, ¿no? ¡Dios, cómo puedo pensar en eso en este maldito momento! Siento que me ruborizo. Menos mal que este dios no es de los que leen la mente. —Lo siento mucho, de verdad. Te pagaré unos pantalones. ¿Te quema mucho? —pregunto con las mejillas ardiendo. Miro la mancha y me siento

incómoda. ¡No tengo que mirar la mancha, joder!

El dios niega con la cabeza mientras sonrío de lado. Apoya su mano en mi hombro. Con ese ligero roce, siento que mis piernas acabarían cediendo y que me caeré al suelo. Su mano es cálida y parece bien cuidada. ¡Deja de analizarlo, Sara!

—Tranquila, no pasa nada.

—Yo te pago los pantalones —repito, «pero, por favor, no dejes de tocarme».

No debo sonreír, no debo babear, no debo caerme..., pero me resulta casi imposible coordinar mis movimientos delante de él.

—No, pero sí que quiero algo a cambio.

Alzo una ceja. Adiós a la perfección. Espero que por su bien este chico guapo no me haga una proposición indecente. La perfección no va de la mano de un chico grosero que intenta aprovecharse de las situaciones. Lo miro dejando claro que no soy una cualquiera. Él se ríe.

Sé que yo soy la primera que querría saber el tamaño de su miembro, pero, vamos, no he sido tan indiscreta como para que me tome por una fresca. Ni siquiera lo he tocado. Es más, es él quién me está tocando.

—¿No estarás pensando mal?

Mierda. Quizá sí que lee la mente.

—Lo siento.

Bajo la mirada y, por segunda vez en diez minutos, espero que la tierra se abra y me trague. ¿Cómo he podido pensar eso? Solo hace falta mirarlo para darse cuenta de que él no necesita aprovecharse de situaciones embarazosas para ligar. Le basta con su cara bonita, su sonrisa de infarto y sus ojos verdes.

Su dedo coge mi barbilla y tira de ella hacia arriba para que nuestras miradas se encuentren.

Siento escalofríos con ese mínimo roce. ¿Y estas confianzas? La verdad es que no me importan, todo lo contrario... Mi cuerpo parece estar en una nube.

—¿Y bien? —me pregunta, y yo no entiendo nada.

Trago saliva. No puedo pensar y mirarlo a la vez. Es que así una no puede concentrarse. —¿Cuál era la pregunta? —pregunto en un susurro. No quiero parecer más estúpida.

Él ríe mientras niega con la cabeza. Su pelo no parece inmutarse con ese balanceo. ¿Qué le resulta tan gracioso? Mis mejillas continúan teñidas de rojo. Me muero de calor. Sigo sudando, trago saliva e intento relajarme, pero es que me resulta imposible.

—Quiero saber el nombre de la chica que siempre está sonrojada.

Y vuelve a sonreír. Por lo que veo, es un hombre feliz. ¿Siempre sonrío tanto? Podría estar viéndolo sonreír horas sin aburrirme. Sacudo mis pensamientos e intento centrarme en la conversación. Solo me faltaba que pensara que, además de rarita, estoy sorda.

—Sara, Sara Ramírez.

—Encantado, Sara Ramírez. Ahora tengo que irme. Será mejor que me cambie de ropa. Y no quiero llegar tarde a una reunión. Toma, quédate con el cambio.

Alarga una mano y me da un billete de cinco euros, uno de esos nuevos que parecen estar diseñados para un juego de mesa. Me siento petrificada y no sé qué decir.

—¡No! —respondo demasiado alto—. No puedo aceptar el dinero. No te has tomado el café y he destrozado tus pantalones. Me sentiré tremendamente ofendida si pagas. Créeme.

—¿Ofendida? —me pregunta divertido—. No me gustaría que te sintieras ofendida. —El dios mira su reloj con impaciencia, resopla al ver la hora—. Bueno, lo siento, me encantaría continuar charlando contigo, pero me tengo que ir. Espero verte pronto —dice, y se gira.

Creo que no podré olvidar esa frase nunca. Me quedo quieta admirando su forma de caminar. ¿Hay algo que haga mal ese hombre? En este momento, me doy cuenta de que, tras este encuentro, habrá un punto y aparte en mi forma de ver la vida. Antes pensaba que los hombres no eran importantes para mí y que la perfección no existía. Y ahora me encuentro adorando a un dios. ¡Yo! Bueno, quizás es la excepción que confirma la regla. No hay hombres perfectos..., salvo él.

Y lo peor de todo es que no sé el nombre de este dios. Despistada y maleducada. Él, el dios, me ha preguntado el nombre y yo me he limitado a sonreír como una estúpida. Está claro que yo y la belleza masculina no nos llevamos nada bien. Cuando la tengo delante, parece que me convierto en una suerte de fábrica de babas. Babeo en sueños y babeo en la realidad. Quizá deba plantearme venderlas por eBay.

El resto de la tarde la paso entre suspiro y suspiro. No puedo dejar de pensar en él y en su «Espero verte pronto». Mi barriga parece volverse loca al recordar aquellas palabras. Me quedo dormida repasando la tarde. Noto que mis mejillas se encienden de nuevo. Siento vergüenza ajena... Bueno, no sé si es correcto decirlo así si la causante de esa vergüenza soy yo misma. Es más una vergüenza pasada. ¡Dios! ¡He hecho el ridículo! ¿Conseguiré ser una mujer ruborizada eternamente?

Vuelvo a soñar, en esta ocasión no están ni Musculman ni sus potentes brazos. El que está es mi dios. Pero, cómo no, hasta en mis sueños soy una patosa, por lo que le mancho la camisa. Aunque he de admitir que en mi sueño reacciono mejor. Intento quitarle la camisa y, gracias a que mi subconsciente es piadoso conmigo, lo hago de forma segura, sin temblores ni torpeza. Mira por dónde: ¡soy toda una artista desnudando a hombres guapos!

Estoy ansiosa por ver su torso. Sé que es un sueño, pero quiero ver cómo es. Seguro que no desentona con la perfección del resto de su cuerpo. Quizás en esta ocasión no haya cuadraditos adornando su preciada barriga, pero estará marcado, como a mí me gusta. Siempre ha sido así (menos en cierto sueño), a mí los musculitos no me llaman la atención.

Le quito la camisa de nuevo, al parecer tengo que repetir la acción en mi fabuloso sueño (será por mis preciadas dotes para desvestir) y allí aparece: una enorme barriga llena de pelo.

Grito desesperadamente hasta que me despierto. Me incorporo en la cama con la respiración agitada.

¡Maldito sueño absurdo!

Intento relajarme. Los sueños siempre traen mensajes ocultos a nuestra conciencia. Y este está más que claro: la perfección no existe. Algo malo debe de tener mi nuevo amor platónico. Sonrío, porque, a pesar de todo, quiero encontrar ese fallo. Necesito volver a verlo, conocerlo... y dejar de idolatrarlo. Solo así podré dejar de sonreír como una completa estúpida cada vez que piense en él. ¡Por Dios, Sara, deja de sonreír!

Capítulo dos

La perfección no existe

El afán de perfección hace a algunas personas totalmente insoportables.

PEARL S. BUCK

Me despierto algo más animada que de costumbre. Tengo un examen de filosofía. Sí, lo llevo fatal. Sé muy bien que las teorías no son lo mío, básicamente porque siempre tiendo a cambiarlas.

Me visto con lo primero que encuentro. Un pantalón de chándal gris holgado y una camiseta azul marino. Me recojo el pelo en una coleta baja. ¡Perfecto, ropa de examen! Cómoda y discreta. Odio el ruido de los zapatos de tacón golpeando el suelo cuando el aula está en silencio. ¿Y qué me decís de esos pantalones que te aprietan tanto que no puedes ni respirar?

Estoy dispuesta a salir cuando suena una alarma en mi cabeza. ¡Peligro, no puedo ir así vestida! ¿Estoy loca? Después de clase tengo que ir a trabajar. Y mi preocupación por la vestimenta no es por estar elegante durante mi jornada laboral, no. Es porque albergo la esperanza (mínima) de que mi dios particular vuelva.

¿Cómo voy a ir así? El *look spice girl* deportista ya no se estila. Me quito los pantalones a toda prisa. Miro el reloj que cuelga en la pared de mi cuarto: como siempre, voy a llegar tarde al examen. Resoplo con ansiedad y observo mi ropa. No tengo gran cosa para ir arreglada. Siempre tiendo a comprar basándome en mi querida y práctica comodidad. Necesito encontrar algo para casos de emergencia.

Unos tejanos ajustados y una camiseta están algo mejor. Miro mi culo, no es gran cosa, pero hay que decir que estos vaqueros lo hacen parecer mucho mejor.

Gracias a que mis piernas vuelven a coordinarse, llego bien de tiempo al examen. Entro en clase, voy directa a mi sitio y saco mis bolígrafos. Todavía faltan cinco minutos. Juego con mi pelo, es algo que, sin darme cuenta, siempre hago cuando estoy nerviosa.

El ayudante del profesor Castro reparte los exámenes dejándolos boca abajo. Me quedo mirando los folios e intento descifrar las preguntas. Sé que es algo estúpido, pero me entretiene. El profesor está en la parte delantera del aula explicando pausadamente el limitado tiempo del que disponemos. Creo que me va a dar un miniinfarto. Si tenemos tan

poco tiempo, ¿por qué diablos no se calla? Tres horas para realizar la prueba. Sí, ya sé que para algunos tres horas es una eternidad, pero no para los exámenes de Castro. Él y su horrible interés por que te explayes van siempre en contra del tiempo. Finalmente, da la señal para que empecemos.

Giro la hoja y me encuentro un único enunciado. Perfecto, maravilloso, portentoso, soberbio.

Podría decir muchos sinónimos más, pero estoy cansada de tanto sarcasmo. Las tres horas (menos diez minutos de introducción) terminarán siendo tres minutos. Lo que tarde en colocar mi nombre completo en la parte de arriba de la hoja y en tocar mi lacio pelo.

Miro el enunciado con la esperanza de poder escribir un par de líneas. No puedo evitar reírme. La vida siempre tan irónica: «La perfección (mínimo diez páginas)». Alzo la mirada buscando una cámara oculta. Nada, todos mis compañeros parecen estar concentrados en sus exámenes. Me encojo de hombros y decido intentar describir al señor sin nombre en diez páginas.

Empiezo a escribir sin levantar la mirada.

«La perfección es relativa; depende de los ojos que miran», escribo satisfecha con mi frase inicial. Si apruebo el examen, le haré un monumento a Loli..., bueno, y también a Don Perfecto. Esto es una locura, pero me encanta. Disfruto dejando volar mi imaginación. Hablo sobre la perfección y los estados de ánimo. Me duele la mano de tanto escribir. Mi caligrafía pasa de aceptable a ilegible. Ya daba por perdido este examen, así que solo espero que el profesor no se aburra mucho con mis teorías.

La perfección es tan relativa.

Cuando alzo la cabeza, me doy cuenta de que soy la última en el aula. ¿He sobrepasado el tiempo? Me levanto de un salto, dejo el examen encima de la mesa, como si me quemase, y salgo a toda prisa. Voy a llegar tarde al trabajo. Cojo el metro y pienso en cómo me voy a disculpar. Y sí, si soy sincera, también pienso en si lo volveré a ver, pero no dejo que eso me distraiga. ¿Qué le puedo decir a Loli? Creo que la verdad es suficiente, pero, por si acaso, pienso en un recetario de excusas. Excusas que parezco tener claras al llegar a la cafetería..., pero entonces todo se viene abajo, en cuanto lo veo.

Sentado en la barra está Don Perfecto. Viste informal, nada de trajes. Unos tejanos desgastados, una camiseta básica negra y su inmejorable sonrisa. No está solo. Otro chico lo acompaña. Al menos eso es lo que parece, pues los dos mantienen una conversación, al parecer divertida.

Suspiro. Definitivamente, Dios existe. Y quiere que yo continúe adorando a este hombre en mis sueños. Intento dejar de segregar babas.

Entro en la cafetería a toda prisa. Voy directa al almacén para poder colocarme el delantal.

—Llegas tarde —me ladra Loli.

—Lo siento, tenía un examen.

A la mierda con mis excusas, la verdad aflora. Ella sonrío y agita su cabeza hacia la barra. Sé que quiere decirme, pero intento hacerme la despistada. Loli no disimula para nada. Está sonriendo.

—Tu apuesto hombre vuelve para que le tires el café por encima.

Aprieto mis labios, no voy a contestarle. Su risa me saca de quicio. Cierro las manos intentando mantenerlas ágiles. No quiero echarle nada encima, no otra vez. Estoy nerviosa, pero me controlo,

o eso es lo que creo. Tengo que confiar en mí. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? Está claro que mi jefa no. Además, normalmente no soy tan torpe, todo es culpa suya.

¡Él hace que me descoordine!

Salgo a la barra, me humedezco los labios (no pienso babear) y no puedo evitar quedarme embobada. Dios levanta la mirada y sonrío de forma sublime, como siempre.

—Hola, preciosa, ¿dónde te habías metido?

Su voz suena diferente, más ronca, más sexual.

Me ha llamado «preciosa». Trago saliva y noto que mis mejillas vuelven a dejarme en evidencia. Tengo que hablar, sé que he de hacerlo, pero no sé qué decir. No puedo comentar el tiempo que hace. Sin duda, eso me haría parecer aún más estúpida. Me recuerdo a mí misma que soy una camarera y que tengo que preguntar qué necesitan. Algo obvio.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto, y no puedo evitar sentirme feliz porque lo he hecho con una única pregunta. Nada de rodeos; debería estar orgulloso de mí.

—Sí —contesta mirándome a los ojos—, me gustaría tomar una cerveza fresca.

Asiento tímidamente.

Agacho la mirada, intentando analizar la situación. Él quiere una cerveza para que no le quemé con el café. Se ha sentado en la barra para que yo no tropiece de nuevo. Me giro y me agacho para coger la cerveza. Definitivamente, ese chico cree que soy un peligro andante. Los hombres no quieren salir con peligros andantes. Mis escasas posibilidades son aún menores. ¡Soy un desastre! Me tendré que conformar con solo mirarlo.

Cuando vuelvo a estar frente a él, noto cómo me mira. Hay algo distinto. Tiene un brillo especial en su mirada y sonrío de forma torcida. Quizá simplemente está siendo simpático, así que me animo a sacar algo de conversación. Tal vez no está todo perdido. Hay hombres que asumen riesgos.

Vamos, Sara, tú puedes.

—¿Se te fue la mancha del pantalón? —pregunto tímidamente.

Cuando termino la frase, comprendo que aquella no es la pregunta idónea para romper el hielo. Su amigo tose, seguramente escandalizado por mi pregunta. Él (mi dios) parece sorprendido. Un destello brilla en su mirada, uno que no sé analizar. Saca la lengua de su boca para acariciar su labio superior, lentamente. Persigo aquel movimiento ralentizado; mis ojos, fijos en su boca.

Me recuerdo que, aunque se humedezca los labios, eso no significa que quiera que le besen.

—La mancha... —dice con tono ronco. Se inclina hacia mí, mi corazón bombea desesperado, pero no debo hacerme ilusiones, tan solo quiere poder hablarme al oído.

Se alza y siento un escalofrío cuando noto su aliento en mi cuello. ¿Por qué me inclino yo también hacia él? No lo sé, pero no lo puedo evitar. Quizá quiera que me bese. Ya sé que es algo

completamente estúpido, pero a mi cuerpo le emociona esa idea. Lo sé, lo sé, no tiene sentido.

—Si quieres, podemos ir al lavabo y comprobamos lo de la mancha.

Noto que su amigo se ríe y mis ojos se abren como platos. ¿Qué? No puedo creer que sea tan grosero. Cierro la boca y giro sobre mis talones. ¿Y este tío me llamó malpensada? ¡Será hipócrita!

¡¡Diablos!! ¡La perfección no existe! Odio a este tipo de hombres. ¡Los odio! Me acaba de tratar como a una cualquiera. Vale, he soñado con él; vale, quería besarlo... Pero eso no significa que lo vaya a hacer, y mucho menos que me vaya a ir al cuarto de baño como si fuera una mujer facilona. ¡Será estúpido!

La perfección deja de existir cuando el hombre abre la boca.

¿Cómo podía ser tan desagradable? Me encierro en el lavabo, no quiero saber el nombre de aquel tipo. Bueno, quizá sí, pero solo para maldecirlo una y otra vez. ¿Dónde están los caballeros? ¿Qué le ha pasado? Por Dios, ha sido quitarse el traje y convertirse en un grosero despreciable.

Claro, su amigo estaba con él. ¡Ahí estaba otras de las razones!

La perfección deja de existir cuando hay testigos.

Miro desde el almacén hacia su dirección. Se está riendo mientras habla con su amigo. Seguro que se están mofando de mí. El chico moreno toma otro sorbo de su cerveza. Ojalá se atragante y la señora Sans le haga el boca a boca con la dentadura incluida.

¡La cerveza! Eso es.

La perfección deja de existir cuando hay alcohol de por medio.

Saco mi libreta. Quiero aprovechar mi inspiración para tomar notas. Esto me vendrá de perlas para mi próximo examen.

—¿Has venido a trabajar o a esconderte?

Ruedo los ojos al escuchar a Loli. Ahora no estoy de humor para ella y sus ideas sobre mis futuros novios. ¿No podría dejarme tranquilita un rato?

—Lola —me quejo, sabiendo que le molesta que le llame así—, es un caradura.

Lo señalo, consciente de que no me ve. Podría continuar describiéndolo con otras de sus cualidades. ¿Cabrón, por ejemplo? Pero es mejor callarse. No puedo faltarle el respeto delante de Loli. Ella es muy quisquillosa con sus clientes.

Noto que los labios de mi jefa se han fruncido al escuchar «Lola».

—Hay más mundo aparte de ese hombre. ¿O crees que después de él ya nada importa?

Loli parece divertirse, mientras que yo solo quiero irme de aquí. Me acerco a ella. Le hablo intentando parecer seria y formal, y no una mujer con el orgullo herido.

—No he pensado en él. ¿Qué crees? ¿Qué he perdido el norte?

Mentir se me da mal, y ella me conoce demasiado bien. Mis pestañas se mueven de forma extraña. Me sonrío y sus mofletes duplican de tamaño. ¡Por el amor de Dios! No es el centro

de mi universo. Vale, quizás he soñado con él, pero eso era antes de ver que es un estúpido engreído como todos. ¡Maldición! Loli me está mirando de forma severa. Quiere que salga y dé la cara.

—Señorita, he visto como hiperventilabas al entrar.

Eso es un golpe bajo. La miro mientras alzo una ceja. Soy rápida de reflejos en este tipo de conversaciones. Y sé que tengo que contestar. Ella no me deja sin habla, no es el dios.

—He venido corriendo, por eso tenía la respiración agitada. No es lo mismo que estar hiperventilando.

Loli asiente sin creermelo, mientras yo medito sobre mi última frase. ¿Es lo mismo hiperventilar que tener una respiración agitada?

—Ve a atender a la mesa dos.

Aprieto los dientes. Aceptaré la orden porque es mi jefa. Me voy mientras tarareo: «No me llames Dolores, llámame Lola». Sé que la odia. Lo hago solo para molestarla. Camino directa hacia la mesa dos. A él ni lo miro. No quiero que me deslumbe con su mirada verde e hipnótica. Paso a su lado sin prestarle atención. Seguro que no está acostumbrado a que no lo miren. ¡Que le den! Que vaya solito al baño y se haga un cinco contra uno.

No puedo evitar inspirar... y lo huelo. ¡Maldita sea! Huele demasiado bien. Es un cretino, pero huele como los ángeles... y sonrío como ellos.

¡Dios! ¡Me he vuelto una cursi! ¿Qué me está pasando?

Sacudo la cabeza. Tengo que centrarme en mi nuevo cliente. En la mesa me encuentro al típico caso de señor «guapito» de Loli. Un tipo de unos treinta y bastantes con una camisa demasiado ceñida. Su barriga se puede ver entre botón y botón. El pelo de su pecho asoma por la parte de arriba. ¡Hay que ver lo mal compensado que está! Tanto pelo en su cuerpo y tan poco en su cabeza. En ocasiones, la vida es así de injusta.

Recuerdo la respuesta de mi examen. Quizá sea yo la que lo está mirando mal. Debería intentar no juzgarlo por su físico. Sonríe hacia el hombre y lo saludo. Hay que ser amable y educada. Me aclaro la garganta antes de hablar.

—Hola, cielo —digo intentando ser simpática.

—Has tardado demasiado en venir. No tengo todo el día, ¿sabes? —me contesta sin dignarse a mirarme.

—Lo siento.

Al cuerno con la perfección. Ni con vista ni sin ella. Para poder encontrar la perfección debes de ser ciego, sordo y mudo. En realidad, no entiendo a qué viene esto. ¿Para qué diablos quiero la perfección? Es aburrida, desesperante y tediosa.

Tomo la nota del señor de la mesa y voy a la barra. Miro de reojo a Don Perfecto. Es guapo, pero un cretino. Y si hay algo que tengo claro es que no quiero cretinos en mi vida.

Tendré que seguir buscando. Y yo que pensaba que no quería hombres rondándome. ¡Diablos, me miento a mí misma!

Capítulo tres

Desdoblamiento de personalidad

Tenemos dos mitades separadas por un hilo, y ese hilo, por su parte, mil cantones divididos.

Dos cristales, de La OREJA DE VAN GOGH

Soy una mujer frustrada. Lo sé. Siento que la expresión «estás mal follada» fue escrita por y para mí, pero quizá se queda un poco corta, pues yo no estoy ni eso. No tengo sexo, ni bueno ni malo.

Lo admito, necesito un hombre urgentemente, pero no encuentro ninguno que me llene. Y no hablo de que me llene entre mis piernas, no soy tan vulgar. Simplemente, que soy una mujer que necesita sentir algo más para poder dar el paso. Y ese «algo más» nunca llega. Además, he de señalar que estoy de muy mal humor desde la última visita de Sin Nombre.

¿Cómo un hombre puede ser tan crispante?

¿Por qué diablos soy tan sumamente ilusa? Nunca antes me había permitido pensar en nadie de carne y hueso. Solo soñaba despierta con personajes de libros, hasta que Sin Nombre llegó. Y ahora no me lo puedo sacar de la cabeza.

Hoy es miércoles, y como buen miércoles no tengo clases por la mañana. Si la vida no fuese cruel y maldita, sería un día para dormir o relacionarme con el mundo exterior, pero no es así. Tengo jornada completa en la cafetería. Con este ritmo de vida, ¿cómo diablos voy a ligar? Universidad, cafetería y dormir. Así lleno mis días de cafés y letras.

La verdad es que tanto la cafetería como la universidad están llenas de hombres solteros, de hombres no solteros pero dispuestos y de otros dispuestos pero de los que tú nunca tendrías. En fin, la vida está llena de oportunidades que yo nunca encuentro.

¡Odio las rebajas de hombres!

Sí, las rebajas de hombres. Siempre está la típica amiga que tiene un amigo de rebajas. «Tengo un amigo que está soltero, seguro que te interesa». No. Si un hombre tiene que recurrir a sus amigas por algo será..., pero ahí está la curiosidad que mató al gato, y siempre caemos en ella. Y terminas quedando con un tipo que no te interesa y que después

no para de llamarte por teléfono para decirte que eres la mujer de su vida.

¡Es exasperante! Nadie te ha dicho algo tan bonito, pero tampoco quieres que ese hombre te lo diga. Te sientes mal. ¡Pobre! Y descuelgas el teléfono con la libreta de excusas a mano.

Excusas que son tan malas que te pones roja al hablar. Excusas que él nunca capta. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Están llenos de ilusiones y yo me convierto en la bruja mala.

Y lo peor llega cuando por fin se dan cuenta de todo. Caen en la cuenta de que tu abuela falleció hace dos semanas y que ahora ha resucitado para romperse una pierna. También se dan cuenta de

que cada noche cuidas a tus sobrinos, aunque eres hija única. Y justo en ese magnífico momento en que tú crees que la agonía terminará, él se compadece de ti. Y entonces cree que podríamos darnos otra eterna oportunidad.

—Sara, llevas limpiando ese trozo de barra diez minutos. Seguro que ya te puedes ver reflejada en él.

Me encojo de hombros y continúo limpiando el resto de la barra. No tengo ganas de hablar con Loli ni de avergonzarme.

—No tendrá nada que ver con...

—Ni lo nombres —le digo apretando los dientes y señalándola con el estropajo.

—¿Nombrar a quién? —pregunta una voz conocida y extremadamente cantarina.

Lo que me faltaba, ahí están mis amigas. Mis dos únicas amigas, no es que yo sea asocial; es más que creo que los amigos son tesoros que puedes contar con los dedos de una sola mano.

Esther, como siempre, está despampanante. Me está mirando mientras entreabre sus labios pintados de rojo pasión. Sí, ese tipo de rojo que hace que todo el mundo desee tus labios.

—Al chico guapo, como lo llamo yo, o al cretino, como lo llama ella —dice Loli apoyándose en la barra.

Sé que está disfrutando. ¿Cómo no iba a hacerlo? Después de un tiempo, tiene algo que contar sobre mí. Y se regodea viendo la cara de sorpresa de mis amigas. Ella tiene información.

—¿Has dicho chico guapo? —pregunta Esther con sumo interés.

Raquel me saluda con un beso en la mejilla. Al menos sé que en ella encontraré algo de apoyo en la conversación que se avecina y me apetece tan poco tener.

No quiero hablar de aquel hombre. Sí, es guapo, pero ya está. No lo voy a volver a ver, ha venido dos días seguidos a la cafetería y todo quedará ahí. Él se ha reído de mí con su amigo, y Loli tendrá un tema del que hablar para dos semanas. Fin de la historia. No hay amor, ni perdices, ni flores. Solo hay un hombre guapo y una mujer sencilla. Él se ha reído de mí y yo lo odiaré el resto de mi vida.

—Es un cretino.

Lo repito para que quede constancia. No quiero que intenten emparejarme con él. Yo podré estar más o menos hormonada, podré necesitar más o menos sexo, pero no voy a caer tan bajo. No iré a ese baño con él, nunca.

Algún día llegará un hombre sensato y que realmente me interese. Quizá deba dejar de pensar en los tíos fibrados y quedarme con los delgaditos, ellos también tienen su encanto. —Los cretinos follan bien —dice Esther, ni corta ni perezosa. No tiene pelos en la lengua. Le da igual estar hablando con mi jefa. Ahí está ella: feliz y satisfecha.

—Para ti todos follan bien —le contesto con los dientes apretados simulando una sonrisa

más que forzada.

¿Por qué estamos hablando de follar bien o mal? ¿Dónde ha quedado el romanticismo?

—¿Qué te hizo? —pregunta Raquel.

Agradezco la preocupación que oigo en su voz. ¡Alguien que me entiende!

No quiero dar muchos detalles, porque, en realidad, simplemente fue un grosero, pero necesito sacar la rabia de mí.

—Me trato como a una cualquiera —contesto concisa.

¡Era la pura realidad! Me había invitado a ir al baño, delante de su amigo. Yo había sido amable con él. ¡Me había preocupado por sus pantalones! Tenían pinta de ser de los caros.

Loli dice algo que no logro escuchar y Esther suelta una carcajada. ¡Odio que hagan eso! No me gusta que hablen de mí entre cuchicheos. Las miro mientras les alzo una ceja. Al menos podrían disimular un poco.

Esther me está mirando. Por cómo lo hace, sé que va a soltar una de sus bombas. Ella ve el sexo como algo natural..., que no digo que no lo sea, pero es que Esther tiene mucha experiencia. ¡Qué digo! De hecho, tiene demasiada experiencia. No quiero juzgarla, porque es mi amiga y la quiero, pero a mí no me interesa llegar a ese punto en mis relaciones con el sexo masculino.

Tal vez sea una mujer chapada a la antigua. No es que quiera estar con un solo hombre, ni tampoco soy de las que piensan que hay que llegar virgen al matrimonio, pero sí que creo que tiene que ser algo especial. Ha de haber algo de afecto. No me interesa un acto frío y sucio.

—Cariño, los hombres son así. Si es guapo y te gusta, solo es cuestión de que tú cojas la batuta. Si le sueltas un par de groserías, terminará rendido a tus pies. Hazme caso.

No es que no quiera seguir los consejos de Esther, pero intento no escucharla. Ella juega en otra liga.

Intento limitarme a limpiar la barra. No le contesto. Puede que así terminen por aburrirse y se pongan a hablar de otra cosa.

—Ella le tiró el café encima, se volvió torpe por momentos.

No, Loli no acababa de contar aquello. ¡Maldita cotilla! No puedo creer que disfrute contando mis penas. ¡Será...! La pienso llamar Lola el resto del mes. Señora Lola.

En esta ocasión, no solo es Esther la que se ríe, Raquel también la acompaña. ¡A mí no me hace gracia! Es de mala educación reírse del mal ajeno.

—Por suerte, no suele ser así de torpe. Si no, ya la habría despedido.

Lo que me faltaba por escuchar.

Gracias a Dios, y no hablo del cretino, la conversación deriva hacia otros temas en los que yo no hago el ridículo. Después de un rato, mis amigas me dejan sola con mi jefa. Aquello era peligroso. Ella estaba demasiado contenta con tanta conversación.

—Lola, no me toques lo que no suena —la amenazo antes de irme al baño.

Después de una semana sin ver al cretino, tengo que admitir que me siento desilusionada. Sé que no quiero saber nada de él, que no me conviene, pero una parte de mí quiere que él me desee. Curioso, ¿no? La mente de la mujer es tan complicada.

Tengo que mentalizarme de que no lo volveré a ver. En fin, una anécdota más que contar en las reuniones con mis amigas, donde ellas siempre terminan riéndose de mí.

—Buenas tardes —me saluda una aterciopelada voz.

Quiero morir. Ahí está otra vez, acariciando las palabras. Me tiemblan las piernas. Si lo sé, me hubiera puesto a pensar en él mucho antes, así, tal vez, no hubiera tardado tanto en aparecer. Me entra el pánico. Está bien verlo, desearlo y pensar que quiero que me desee, pero no necesito hacer más el ridículo con él. No he olvidado que es un cretino a quien debo odiar. Quiero huir, pero Loli es más rápida que yo y me deja sola en la barra. ¿Cómo es posible que una mujer que ronda los cincuenta sea más ágil que yo?

Nota mental: debería apuntarme a un gimnasio.

Tomo aire y afronto el problema. Cuando levanto la mirada, lo veo: mi corazón sufre. Así de duro es ser yo. Mi corazón lo desea; mi orgullo lo odia. Ese tipo de persona soy yo.

Sin Nombre está frente a mí, con esa sonrisa torcida que te deja sin aliento. Dios existe y me tiene manía. Eso está claro. ¿Cómo puede alguien sonreír de esa forma y no ser delito? Intento no devolverle la sonrisa, pero los músculos parecen aliarse contra mi voluntad.

Aprieto mi mandíbula y me planto frente a él.

—Hola —me dice sin dejar de sonreír.

Mi conciencia lo analiza profundamente.

No testigos.

No alcohol.

Hoy toca ser Mister Simpatía, cómo no. Es increíble cómo puede cambiar tanto.

—Buenos días —contesto intentando sonar fría.

—Conseguí sacar la mancha del pantalón.

Y el hombre abrió la boca y la fastidió.

Y yo, cómo no, no puedo controlar mi lengua.

—Eres un cretino —le digo, y a duras penas consigo aguantarme las ganas de abofetearlo. Siento que la rabia me quema en la cara. ¿Cómo puede ser tan grosero? Se suponía que hoy tocaba la parte amable de la que me prendé. Se suponía que vendría a desearme, no a tratarme como a una cualquiera. ¡Que no soy así! Que a mí me gusta que venga y me hable con respeto y que haga que me descoordine y que sonría como una estúpida.

—¿Perdona? —pregunta él con sorpresa.

Intento no sentir compasión por él, parece afectado, pero me importa un comino.

—Perdona tú. No pienso acompañarte al lavabo ni hacer nada por ti. Así que si esa es tu intención, ahí tienes la puerta.

Se la señalo.

—¡Sara! —me grita Loli.

Me giro y ella me fulmina con la mirada. No hace falta que me diga nada más. Voy al almacén, seguramente acabará despidiéndome. ¿Voy a perder mi trabajo por un cretino?

No puede ser. ¡La vida es tan injusta!

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Nunca había oído ese tono en Loli (hoy más que nunca es Dolores). Agacho la mirada. No me gusta que me sermoneen. Juego con mis dedos intentando calmarme. No sé qué decirle, puede que no sea el lugar, pero una tiene unas necesidades y yo tenía que decírselo.

—Es un cretino, necesitaba decírselo.

—Cretino o no, es un cliente. Ahora quiero que vayas a disculparte..., o date por despedida.

Llevaba trabajando para Loli desde hacía dos años y nunca había tenido que amenazarme con despedirme. Justo aparecía Sin Nombre y lo hacía dos veces. ¿Casualidad? No, mis hormonas estaban jugando en mi contra.

Asiento. No puedo permitirme perder el trabajo.

Salgo fuera. Por primera vez desde que lo conocí, siento que no me intimida. O al menos eso creo.

—Vengo a disculparme —digo alzando la barbilla. Sí, vale, me disculparé, pero a mi manera—: Por decirte la verdad.

—Sara —me amenaza mi jefa.

¡Dios, esa mujer es una maldita cotilla! Tengo que arreglarlo. ¡Con lo bien que me había quedado!

—Ha estado mal. ¿Me disculpas?

Levanto la mirada para mirarlo y veo que está conteniendo la risa. Ese tipo es insufrible. Quiero irme, he tenido suficiente de él. Hago el intento de girarme, pero Loli está ahí con su mirada fulminante.

Me hace un gesto con los ojos que yo no logro entender. Me encojo de hombros para que se dé cuenta de que no comprendo lo que me está intentando decir

Ambas parecemos sufrir algún tipo de tic, intentando hablarnos por signos.

—Creo que quiere que me invites a algo.

Abro la boca para pedirle a Don Guapo que no hable, pero, en ese momento, Loli asiente con la cabeza. No puede ser. ¡Odio a esa mujer! ¡Odio a este hombre! ¡Los odio a los dos! Sonrío falsamente. Mis labios se fruncen mientras intento que mi expresión sea la más natural del mundo.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto con la boca pequeña.

—Pues la verdad que me encantaría tomarme un café, pero... —Alzo una ceja ante ese «pero». Espero que no haga ningún comentario grosero, porque mi mano saldrá disparada hacia su cara y

yo iré derecha a la cola del paro—. Te agradecería que te lo tomaras conmigo en la mesa. Así podemos discutir sobre la definición de cretino.

—No tengo ningún diccionario a mano, lo lamento —contesto, y odio no tener un chicle en la boca para poder hacer una pompa. Quedaría más interesante, sería una buena forma de decirle que me aburre.

El dios alza una ceja. Mierda, estoy siendo demasiado borde, pero no puedo evitar tirar la última puñalada, se la debo, por cretino.

—Si prefieres te pongo una cerveza, así no corres peligro de que te quemé.

Él sonrío.

—No gracias, yo no tomo alcohol.

Intento no lanzar un grito ante aquel comentario. ¡Sucio mentiroso! ¿Qué pasa, que tiene doble personalidad? Al final, va a resultar ser un tipo peligroso. Miro a los lados, pero no hay nadie que pueda ayudarme. ¿Dónde demonios está Loli cuando se la necesita?

Tengo que andarme con cuidado. Sonrío al chico guapo y decido hacerle un café descafeinado. Estoy segura de que la cafeína no le va bien para su enfermedad.

He cedido a lo de tomar un café con él, porque, en el fondo, soy una amante del peligro. Me gusta todo lo que se sale de lo normal, y está claro que él tiene alguna enfermedad rara.

Me siento a su lado e intento analizarlo. Es guapo, muy guapo, pero está tarado. Viste un traje negro con una camisa de color blanco. El primer botón lo lleva desabrochado y no hay rastro de vello en su pecho. Bien, su camisa parece ser de la talla adecuada.

Me estiro con la intención de localizar una pulsera o una placa donde ponga algo sobre su enfermedad. Es algo básico, estas cosas deberían quedar claras para todo el mundo. Sus manos son bonitas, pero no tiene nada en las muñecas.

Escucho una carcajada y me tenso. Se está riendo de nuevo.

—¿Buscas algo? —me pregunta sin dejar de sonreír.

No puedo evitar sonrojarme. Estoy paranoica. Él no está loco, simplemente está mintiendo.

No sé por qué me sorprende, es algo habitual en los hombres. Suspiro derrotada.

—Nada.

—Bueno, Sara —dice, haciendo que mi nombre suene realmente sensual—, ¿podrías decirme en qué momento me he convertido en un cretino? Me tienes intrigado, la verdad. Lo miro sopesando cuál será mi diagnóstico final.

Mentiroso, doble personalidad o alzhéimer. Esto se pone realmente interesante.

¿Qué le digo? He de ser sincera. Al menos, que lo sea uno de los dos. Me humedezco los labios antes de hablar. En realidad, no sé por qué hago ese gesto, quizá porque mi subconsciente quiere besarlo, a pesar de que es un sucio mentiroso.

—Bueno, el martes pasado cuando tú...

Su risa interrumpe mi explicación. Alzo una ceja en su dirección. Él está negando con la cabeza mientras su sonrisa se amplía haciendo que mi boca empiece a segregarse saliva. Quizá podría dejar que me mienta solo por verlo sonreír. Odio las mentiras, pero adoro esa dichosa sonrisa.

—Perdona —se disculpa, antes de dar un sorbo a su café—. Continúa.

Sin duda: doble personalidad. ¡Soy una desalmada! Él está enfermo y yo lo he insultado. Suspiro. ¿Cómo puedo explicárselo sin ofenderlo? Me remuevo incómoda en mi silla.

—Como te decía —digo, para que el pobre Sin Nombre no se pierda—, cuando viniste con tu amigo, me dijiste cosas que me molestaron.

Tengo la mirada clavada en mis dedos. No puedo mirarlo, me da vergüenza ver su reacción.

¿Por qué el amigo no me dijo nada?

Silencio. Tal vez esté esperando a que levante la mirada. Y, cuando lo hago, veo que sus ojos verdes me miran de esa forma tan especial. Mi estómago (que es un romántico) siente un placentero cosquilleo.

—Y si te digo que el martes no vine...

«¡Mierda!», grito en mi interior. Lo miro, no quiero que se note que estoy maldiciendo. ¿Qué le digo? Quizá pueda coger mi teléfono y consultarle a san Google qué hacer en estos casos. ¡No sé cómo tratarlo!

—Bueno, vino tu otro tú —digo con palabras que suenan decididas, aunque, en realidad, me siento una completa imbécil.

Él suelta una carcajada y tapa su perfecta boca con la mano. Siento que en mi cara se ha declarado un incendio y que mi subconsciente me grita que he metido la pata en el diagnóstico.

Es un mentiroso y se está riendo de ti.

Mi estómago se relaja. Si solo es un mentiroso, puedo combatirlo.

—No sabía que aquí a los gemelos los llamabais «tu otro tú» —dice con un temblor en la voz.

¿Gemelos?

El color se va de mi cara y me quedo fría. Helada.

Capítulo cuatro

Dos por dos

Entre padres y hermanos, no metas tus manos.

ANÓNIMO

¿Gemelos? ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Definitivamente, tengo que dejar de ver *House*. Siempre termino haciendo deducciones extrañas sobre los comportamientos de los demás. Es frustrante.

Miro a mi nuevo y adorable dios.

—Entonces eres perfecto.

Mi deducción es lógica, y puede que él sea perfecto, pero mi lengua se ha vuelto completamente loca. Suelto una risita tonta. Sí, esa típica risita que hace que te avergüences de ti misma, pero que no puedes evitar soltar. Es la típica risa que te deja en evidencia.

—¿Qué? —me pregunta él sonriendo.

No lo voy a repetir. Él no sonrío de forma forzada y tonta. Él tiene una sonrisa de anuncio.

Intento arreglar la situación, aunque sea de forma estúpida.

—Que esto es perfecto.

—¿El qué?

—Tener un hermano gemelo

Él niega con la cabeza y su sonrisa desaparece. No quiero que deje de sonreír. ¿Por qué lo hace?

—No, no lo es. Solo hace que meterme en problemas.

Quiero que vuelva a sonreír. Sé que es una locura, pero, cuando lo hace, yo también sonrío, quizá lo haga de forma estúpida, pero lo que importa es que lo hago. Lo miro con sorpresa cuando asimilo su respuesta.

—¿Soy un problema para ti? —pregunto haciéndome la ofendida, pestañeo y hago que mi labio inferior sobresalga. Estoy haciendo un puchero, y me doy cuenta de que quizás es algo gracioso cuando lo hacemos mis amigas y yo, pero creo que no es una buena táctica para ligar. Quizá tenga que comprarme un manual de cómo cortejar a un hombre. No me fío de mis reacciones espontáneas.

—Claro que no. —Niega con la cabeza y una sonrisa vuelve a iluminar su cara—. No hagas eso.

Creo que «eso» es mi intento de puchero, por lo que dejo de hacerlo. Puede que este sea el momento de dejar de comportarme de forma extraña, aunque ha merecido la pena hacer el

ridículo. Él ha vuelto a sonreír.

—Sé que no está bien lo de hacer esto con mis labios, pero tú me descontrolas. Ya has visto mi pequeña evolución: primero he pasado por la fase torpe, después por la parte rarita y termino comportándome con una niña pequeña.

Decir todo eso en voz alta hace que me sienta de forma extraña. A Sin Nombre le parece divertido mi discurso, pero creo que autocalificarme de rarita no es algo bueno para mí. Me muerdo el labio.

—Seguro que has sacado una impresión un tanto extraña sobre mí —acabo diciéndole.

—Tú también has sacado una impresión mala de mí..., y sigues aquí.

—¡Bah! —Muevo el brazo intentando quitarle importancia—. Solo pensé que tenías desdoblamiento de personalidad, alzhéimer o que eras un mentiroso compulsivo.

Un momento, él también cree que soy rarita. Y yo lo remato hablándole sobre las enfermedades que creía que tenía. Necesito ese manual para ya. Siento calor, mucho calor.

Calor por la vergüenza que siento con mi propio comportamiento y más calor al comprender que, si quiero ese dichoso manual, es porque he decidido que quiero ligármelo.

Y yo, Sara Ramírez, nunca he ligado, pero deseo intentarlo con ese hombre, también conocido como Dios.

—¿Pensaste eso? ¿Antes o después de ser tenerme por un cretino? —pregunta él colocando ambos codos encima de la mesa. Descansa la barbilla sobre las manos y me mira con un brillo especial en los ojos.

—Después —digo con un hilo de voz. Agacho la cabeza, avergonzada.

Sus dedos aparecen en mi campo de visión. Él tamborilera la mesa con ellos.

—¿Y qué pensabas hacer al respecto? ¿No era peligroso para ti?

Su pregunta hace que levante la mirada. Se está riendo de mí. Con suerte, quizá, pasaré de ser la camarera rarita ser la camarera graciosa. Algo es algo. Entrecierro los ojos en su dirección y dejo que mi lengua se desinhiba. Total no puedo decir nada peor que lo dicho. —Pensé en buscar en Google cómo tratarte, pero, en mi humilde opinión, en estos casos, la gente debería llevar una pulsera o un collar identificativo.

La gente no puede confundir así como así. No es justo.

—¿Como los perros? —pregunta abriendo los ojos demasiado. Se lleva las manos al pelo; tiran de él hacia atrás. Ese simple movimiento me parece tan *sexy*... ¿Podrías repetirlo? Mis hormonas deben de haberse despertado por primera vez en toda su vida; las noto más que alteradas. Mis muslos se tensan y siento una pequeña pero presente palpitación en mi sexo.

—No, bueno, sí. No lo sé —respondo, intentando que mis hormonas se vuelvan a dormir— De todas formas, no conozco a nadie con ese problema. —Niego con la cabeza para que quede más claro —. No tengo por qué preocuparme.

—Me alegro de que quisieras ayudarme con el tratamiento.

Y ahí está de nuevo su risa. Tengo que cambiar de tema, no quiero que se ría de mí todo el rato. Lo mire por dónde lo mire, solo veo perfección. Su pelo, sus ojos, sus labios, su sonrisa... Podría continuar analizándolo, pero quiero cambiar de tema.

—¿Sabes?, me inspiraste en mi examen de filosofía.

Ese ha sido un buen giro. Estoy orgullosa de mí misma. Ahora cambiaremos de tema y no tendré que lamentarme de mis idioteces más rato. Dejaré a mi lengua descansar.

—¿De qué trataba el examen?

Y esa pregunta hace que yo tosa para no atragantarme con mi propia saliva. Intento pensar lo más rápido posible. ¿Qué decir? Voy a lo fácil: llenarle el estómago.

—¿Te apetece otro café?

Mi intento de huida no se le pasa por alto. Sin Nombre alza una ceja y me observa. Su mirada me hace sentir incómoda. Me siento tímida por momentos... Bueno, la verdad es que siempre me siento tímida cerca de él... y de otros chicos guapos.

—No vas a decírmelo, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Demasiada información para un dios. ¿Qué imagen se hará de mí si se entera de que pensé que era un hombre perfecto? Perfecto, cretino y enfermo.

Lo mejor de lo mejor.

Se inclina. Sin duda, es un gesto peligroso para mis hormonas. Las puedo notar rebotando por mi estómago. Sus labios se acercan a mi cuello y me susurra al oído:

—Lo averiguaré.

Y esa promesa me calienta demasiado. Los dioses no susurran al oído ni sonríen de esa forma. Y soy consciente de que estoy sonriendo como una tonta (de nuevo), pero dejo que mi cara continúe haciéndolo. ¿Para qué reprimirse? Su boca ha estado peligrosamente cerca.

—No lo harás —le reto sin dejar de sonreír. Doy gracias por que mi lengua no ha añadido la coletilla «tonto» al final de la frase. Ya he completado el cupo de «adolescente hormonada» por hoy.

—Siempre consigo lo que me propongo.

Alza las cejas en un gesto gracioso. Ahí está su ego. ¿Los dioses perfectos tienen de eso? Miro a los lados haciéndome la sorprendida. ¿Por qué me pone que intente averiguar algo que no quiero que averigüe?

—¿Cuándo os cambiasteis? —pregunto intentando no sonreír (todavía más)—. Pensé que el arrogante era «tu otro tú».

Él niega con la cabeza y hace que su lengua se pasee por sus dientes (esos dientes tan perfectos).

—Soy realista —dice, y después mira su reloj. La sonrisa de su cara desaparece y se levanta de forma apresurada, pero elegante—. Tengo que irme a trabajar.

No quiero que se vaya. Barajo mis posibilidades. No puedo volver a usar el comodín del puchero, sería demasiado infantil. Batir mis pestañas tampoco funcionaría. No hay otra, debo dejarlo marchar. Mi estómago le despide con unas agradables cosquillas.

¿Sonaría muy desesperado si le pregunto si lo volveré a ver? Sí, definitivamente, sí. En el manual, que me tengo que comprar, seguro que dice algo sobre hacerse la dura, pero yo no estoy acostumbrada a la presión de mis hormonas, así que decido que mi lengua se lance a un nuevo intento de suicidio.

—¿Cómo sabré que eres tú la próxima vez?

Sin Nombre y Guapo está pensando qué decir. ¡Mierda! ¿Por qué he preguntado? No sé nada de él. Quizá tenga novia, puede que sea gay o, lo más probable, tal vez no le interese. Intento pensar que decir para arreglar aquel desastre cuando él habla.

—Te haré esto.

Esas tres palabras hacen que mi cuerpo se impaciente. Mis piernas tiemblan, mi sexo se calienta y mis labios se abren ansiosos. ¡Por Dios (el de verdad), espero no estar babeando!

Se inclina hacia mí. Me va a besar, lo sé, ¿Por qué si no se iba a inclinar tanto? Espero no desmayarme, sería algo demasiado embarazoso. Sus labios están juntos, en posición de beso. No quiero pestañear. No puedo perderme ningún detalle. Y ahí está mi beso. Uno suave y rápido... en la comisura de mi labio.

Siento un escalofrío y rezo para no llegar al clímax por un simple beso. ¡Diablos! Solo ha besado mi cara, no es para tanto, ¿verdad? Pero mis hormonas están de fiesta bailando la conga.

Cuando mis labios reaccionan y consiguen que mi boca articule una palabra, él ya no está.

—¿Cómo te llamas? —pregunto cinco minutos después.

—Loli, ¿no lo recuerdas?

Mi jefa sonrío. Me reprimo para no enseñarle mi dedo corazón. Mi día había sido demasiado bueno para acabarlo con un despido.

—¿Sigues pensando que es un cretino?

Mis labios se estrechan formando una fina línea. La parte cotilla de mi jefa ya ha llegado a la ciudad, pero yo no voy a complacerla.

—No pienso hablar del tema contigo.

Me giro sin darle opción a replicar. Estoy de buen humor, me planteo limpiar el horno, pero eso solo conseguiría arruinarme el día. Decido sacar el lavavajillas y pienso en todo lo que le he dicho.

Siento tanta vergüenza que creo que mis mejillas vuelven a arder. Espero que no se entere de que trataba mi examen. Sería caer demasiado bajo. ¿Perfección? Venga ya, como si él necesitara más adulaciones a su perfecto y maravilloso ser.

—Hola de nuevo —saluda la voz aterciopelada.

Mis hormonas se desperezan. ¿Ha vuelto? ¿Por mí? Mis piernas tiemblan, y eso lo logra solo un saludo... ¿Qué se habrá olvidado? ¿Un café para llevar? ¿Un beso de tornillo?

Veo que sonrío con la que proclamo es la sonrisa más *sexy* del mundo. Cierro los ojos. No creo que mis piernas logren soportar el peso de mi cuerpo si veo que sus labios se acercan de nuevo a mí. Sé que mi mejilla es suave y sin impurezas, pero mis labios deben de ser más apetecibles.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Abro los ojos de golpe. Lo evalúo y, de pronto, mi maravilloso buen humor se evapora.

—¡Tú! —grito señalándolo con mi dedo.

—Yo —contesta, y se ríe.

¿Por qué tienen que reírse igual? Odio que mi cuerpo reaccione a él y a su sonrisa. Odio los cretinos, y si resulta que son guapos, todavía los detesto más. ¡Hormonas, desconectaos!

—¿Qué quieres? —pregunto seria.

Tengo que dejarle claro que no me interesa. ¡Mierda! Siento que la vergüenza se apodera de mi cuerpo. Lo primero que le dije al dios cretino era si se le había ido la mancha de los pantalones. Cualquiera mente sucia como la suya pensaría mal. Pobre, solo alenté más su tórrida mente.

—¿Esa es la forma que tienes de tratar a los clientes? —me pregunta serio—. Te recordaba más simpática.

¿Simpática? Yo no fui simpática. Hui de él en cuanto mencionó el baño. Analizo la situación; está la cosa complicada. El cretino está solo, quizá podría divertirme un poco y dejarle claro que conmigo no tiene nada que hacer.

Me hago la tonta, eso se me da bien.

—No sé de qué me hablas. Nunca te había visto antes. Puede que hablaras con mi hermana gemela.

Tal vez así capte que lo he pillado. Entenderá que sé a qué está jugando, deducirá que conozco a su encantador hermano y que, obviamente, me quedo, sin ninguna duda, con el hermano guapo y simpático.

Él sonrío, no sé por qué. ¿Qué me he perdido?

—¿Hermana gemela? ¿En serio? Yo también soy gemelo —dice, contento de tener algo en común conmigo.

Claramente el reparto de inteligencia en los hermanos fue desigual. Mi dios guapo se quedó con el noventa y ocho por ciento; al hermano cretino solo le quedaron las sobras. Por un momento, me permito sentir lástima por él. Tal vez sea un cretino porque no le da para más.

Lo miro. Es guapo. De hecho, la palabra «guapo» se queda corta. Aun así, no debo olvidar que es

un cretino.

—¿En serio? No me digas... —Dejo que la frase se quede en el aire. Quizá le dé para captar mi ironía, que es más que evidente.

—Sí —afirma con seguridad. ¡Bravo! No lo ha pillado—. Tal vez podríamos quedar los cuatro, pero tú eres para mí. Entre nosotros, tu hermana es un poco arisca. Le pega más a mi hermano.

Definitivamente, voy a limpiar los hornos.

Me giro y lo dejo con la palabra en la boca. ¿Arisca? ¿Yo? ¡Ja!

Capítulo cinco

Teorías

La teoría en la práctica es otra...

PAZOS

Maldigo en voz alta mientras miro mis manos.

—¡Me he quedado sin uñas! —grito frustrada.

Limpiar el horno nunca es divertido y mucho menos con la rabia corriendo por mis venas.

Le he dado tan fuerte que mis dedos han sufrido las consecuencias.

Estoy tumbada en mi cama, aparto la mirada de mis manos y la enfoco en el techo. Asimilo todo lo que me ha pasado estos días. He conocido a dos hombres físicamente perfectos. Bien. Son guapos, tanto que duele mirarlos. Y pensando en ellos me quedo dormida hasta que mi querido despertador suena. Hora de ir a clase. Hoy es el día de las notas. Espero que el profesor no haga ningún comentario sobre mi intenso y poco válido monólogo.

Mi universidad, la Universidad San Pablo, es enorme y católica. Mi madre, tan cabezota como ella sola, me obligó a escogerla. No es que me queje, porque la oferta académica es brillante, pero sí que la gente te mira de forma diferente cuando dices que estudias en una universidad católica. Algunos incultos ya te tachan de «mojigata». Señores, mi amiga Esther también estudia allí y su preciado conocimiento de lengua no se debe a sus clases. No.

Estoy enamorada de la fachada de mi universidad. Todavía no me puedo creer que sea una universitaria, y eso que ya estoy en tercero. Pero no logró evitar que se me llene la boca.

Soy la única universitaria de mi familia. Mi madre recorrió medio pueblo para ir pregonándolo alto y claro. Sara, Sarita va a ir a la universidad. Y no a una cualquiera no, a Madrid. A la capital. Claro está que, cuando todos pusieron el grito en el cielo preguntándose como una chica tan joven se iba a vivir sola a una ciudad nueva, mi madre insistió e insistió en que fuera a una universidad católica. ¡Cómo si eso lo hiciese todo menos peligroso!

Sacudo mi cabeza. Hay gente corriendo por los pasillos. Eso solo puede significar una cosa: llego tarde, para variar.

Entro en el aula y siento la mirada del profesor en mi nuca. Seguro que está pesando que la perfección es puntual, no como yo.

Me siento en la parte de detrás. Allí mi rubor no estará al alcance de nadie, o al menos de nadie de primera fila. Miro el reloj deseando que llegue la hora de para irme a trabajar. Y aquel pensamiento me sienta como un jarro de agua fría. ¿Desde cuándo quiero ir a trabajar?

Me miro las uñas, pintadas en dos tonos de azul, pero mi conciencia no se deja distraer con facilidad. Sí, lo admito. Quiero ir a trabajar para sonreír como una idiota esperando a que el dios llegue.

Y no sé por qué tengo esa esperanza, ya que el dios no solía venir hasta ahora. ¿Será nuevo en la ciudad? ¿Estará solo de paso?

¿Por qué diablos no sé su nombre?

—Buenas tardes —saluda el profesor, y yo no quiero mirar hacia él. Debería haber faltado a clase. No quiero comentar mi examen—. Hoy he traído a mi colega, el doctor Ryan Cooper. Él estará encantado de comentar junto con nosotros el tema del examen del otro día.

Lo que me faltaba, que el amiguito del señor profesor venga a hablar de la perfección. ¿No se dan cuenta de que tengo un debate interno? ¿Por qué el profesor se trae «colegas» a clase? Bien, tengo que levantar la mirada y hacerme la mareada. Pediré permiso para ir al baño y después huiré.

Alzo la cabeza poco a poco, tengo que parecer enferma de verdad. Pongo mi cara de mareada cien por cien y miro al profesor. Y entonces siento que mi estómago se va de paseo y me mareo de verdad. El señor Ryan Cooper es mi dios. Pero lo peor de todo es que no sé cuál de los dos hermanos peligrosos es.

Estoy empezando a hiperventilar. Dios, dime, por favor, que no se ha leído los exámenes, dime que es el cretino y que no sabe mi nombre. ¡Dios, que no sea el cretino! No quiero que haga comentarios sobre la mancha de sus pantalones. ¿Por qué demonios me he sentado tan atrás? ¿Ahora cómo voy a huir sin caerme? Señor, ten piedad. No soy egoísta, solo quería quedarme con la versión buena y no pecadora del ser perfecto. Vamos, déjame huir sin llamar la atención.

—¿Se encuentra bien, señorita Ramírez?

La voz del profesor se oye lejana, pero, si mi oído no se equivoca, me está hablando a mí. Centro la mirada en él, pero antes me quedo atrapada en unos ojos verdes. Puedo ver que se está divirtiendo. ¿Quién eres, guapo? ¿Por qué diablos no llevan las pulseras identificativas?

—Sí, solo tengo calor.

Mis mejillas realizan el esfuerzo de hacer más creíble mi versión y se tiñen de rojo. Bien, ahora toda la clase me mira. Nunca más volveré a sentarme aquí detrás. ¿Quién diseñó estas aulas con pendiente? Todos pueden verme. Seguro que mi rojez no pasa desapercibida.

—Bueno, tal y como ha comentado mi gran compañero, he venido aquí para solventar vuestras dudas sobre el examen que realizasteis el otro día. Tengo entendido que el tema es la perfección, uno de mis preferidas.

Ruedo los ojos mientras mi mente grita: «¡Creído!».

«Siempre consigo lo que me propongo», me dijo el dios guapo y perfecto. ¡Ajá! Sé que eres tú. Lo

miro a los ojos intentando asesinarlo, pero las dudas me abofetean. ¿Por qué un chico como él se iba a tomar tantas molestias? ¿Por qué son tan iguales? Podrían hacer algo, no sé, teñirse, por ejemplo. ¿Había dicho doctor?

Me fijo en su ropa. Lleva unos pantalones tejanos y una camiseta negra. Una camiseta negra demasiado estrecha. Debe de ser Don Cretino y Sexy. ¡Maldición!

—Debo decirles que he echado un vistazo a los exámenes y algunos son realmente buenos.

Otros no se centran en ninguna teoría conocida, pero eso también está bien. Me gustaría saber en quién os inspiráis para este tipo de narración.

Es él. Lo sé. Solo quiero que el tiempo se pare y salir corriendo de aquí. Voy a cortarme la lengua. ¿En qué estaba pensando cuando se lo conté? Y, definitivamente, estoy frente a un psicópata. ¿Quién se toma tantas molestias? ¿Cómo ha encontrado mi clase? Es un acosador, un acosador guapo. ¿Es eso el que síndrome de Estocolmo?

—Bien. ¿Alguien me puede decir dónde se puede encontrar la perfección? —pregunta él con ese tono de voz prohibido.

Y el suspiro colectivo de la clase no tarda en llegar. Todas las chicas están pestañeando en su dirección. La perfección deja de existir para mí. ¿Por qué son todas tan guapas? ¿Por qué todas van tan monas y pintadas? ¡Víboras!

—La podemos encontrar... —dice arrastrando las palabras.

¿Va a dar su propia teoría? Solo faltaba que él diga que se puede encontrar en una camarera torpe. Entonces sí que mi corazón dejará de latir. Trago la poca saliva que queda en la boca.

Muerdo lo que queda de mis uñas. Soy la mujer más nerviosa del mundo. Miro a los lados intentando encontrar algo con lo que ocupar mi vista. No quiero mirarlo, siento que el calor nace desde mi estómago.

—En una mirada o en la comisura de un labio.

Y, en ese momento, la combustión llega. Señores, ahora (léase con tono caliente) soy la mujer más ardiente del mundo. Mi chico guapo acaba de hablar de la perfección en mí. Mi boca decide que es hora de salivar. Me atraganto. Toso para no morir en esta situación tan embarazosa. Ryan, mi dios, me mira.

—¿Está bien, señorita Ramírez? —pregunta sonriendo.

Asiento, gracias a Dios, asiento, pero me quiero morir. Acaba de hablarme en medio de una clase llena de mujeres guapas dispuestas a lamerle los pies. Sin embargo, yo, la que va sin peinar, estoy siendo el centro de su mirada.

Tengo ganas de hacerles un corte de mangas a todas.

—Bien, como iba diciendo, la perfección se encuentra dentro de la imperfección de los demás. Cada uno sabe que es perfecto para él, y no se tiene que dejar influir por nada más.

Debéis saber escoger vuestra perfección.

Termina de hablar y creo que veo un guiño en su ojo. Escucho a la gente cuchichear, pero no les presto atención. Ryan acaba su discurso y se despide. Sale de la clase como si hubiera una alfombra roja bajo sus pies. Más suspiros, más cuchicheos. Me quedo embobada sin dejar de mirar la puerta por donde se ha ido.

¿Lo volveré a ver?

Suena el timbre y decido concentrarme en mis pies. Primero el izquierdo... y después el derecho. Uno después del otro. No quiero caerme. No quiero caerme. Salgo del aula con la alegría de no haberme tropezado. Entonces me topo con algo duro contra mi cara.

—Veo que tu torpeza es marca de la casa —dice la voz aterciopelada.

—¡Tú!

—¡Yo!

Alzo una ceja. ¿De verdad no eran el mismo? ¿Estaban jugando conmigo? Quizá simplemente está intentando volverme loca.

—Eres... —empiezo a decir sin saber cómo seguir.

—¿Un cretino? —Se ríe de un forma *sexy* que resulta infernal—. No, ese es mi otro yo, ¿recuerdas? —Entrecierro los ojos ante él. Se está riendo de mí. Su sonrisa desaparece de inmediato —. ¿Otro diagnóstico precipitado que quieras contarme, Sara?

Niego con la cabeza. ¿Por qué él me conoce tan bien y yo no sabía ni su nombre hasta hace una hora escasa?

—¿Viste un nuevo capítulo de *House* anoche? ¿Tengo algo terminal?

—No —contesto agitando las manos de forma enérgica.

Un momento, ¿cómo sabe que veo *House*?

Ryan me arrastra hacia el hueco de las escaleras. ¿Qué demonios hace? Tiemblo, pero creo que es de excitación y no de miedo.

Lleva su mano hacia mis labios, y sus dedos recorren el contorno de estos. Y, en ese momento, no quiero que deje de tocarme. Está peligrosamente cerca, y mis impulsos son incontrolables. ¿Estamos en la universidad? Sí, lo estamos..., y en una católica. ¡Dios, perdóname!

No entiendo cómo nuestra relación ha evolucionado tan rápido. La vida es una caja de sorpresas. Un día le quemas a un tipo en el trabajo y al otro está acorralándote contra una pared.

—¿Te acordaste de nuestra señal? —pregunta con un hilo de voz ronca.

Y, en ese momento, la cordura desaparece de mi mente. Y, en vez de asentir y besarlo como haría cualquier mujer en su sano juicio, digo lo primero que se me pasa por la cabeza, destrozando el momento de tensión sexual no resuelta que flota en el ambiente.

—Pensé que eras un acosador.

Su boca se aleja de la mía y su risa resuena sincera. Se mesa el pelo con una mano y yo no puedo evitar tocarme los labios. ¿Iba a besarme? Trago saliva y lo miro.

Aquellos ojos verdes brillan demasiado. Parece estar pasándose bien. Al menos, mis palabras no le han ofendido. Eso es bueno, ¿no?

—Sabía que acabarías contándome qué pasa por tu cabeza. Eres débil. ¿Te das cuenta de eso?

¿Débil? ¡Qué va! Tengo una lengua que cortar por ir suelta de palabras, pero no soy débil. Para nada.

—Señor doctor, dígame usted qué persona no acosadora —digo alzando mis dedos y remarcando lo de no acosadora— se toma tantas molestias por el tema de un examen. ¡Es más, por el examen de una camarera torpe y débil, según usted! Sinceramente, señor Cooper, eso sí que es de acosador.

¿Cooper? ¿Qué tipo de apellido es ese? ¿Será algún directivo de los coches Mini Cooper? Parece que mi ataque le resulta gracioso. ¿Está llorando? No puede ser. Mi pie golpea el suelo mientras cruzo mis brazos. El dios parpadea antes de hablar.

—Bueno, señorita experta en acosadores, fue todo una coincidencia. Estaba tomando un café con mi colega de la universidad y me comentó lo del examen.

—Mientes —le digo señalándolo con mi dedo índice.

—Quizá sea usted la paranoica, señorita Ramírez.

Mis ojos se abren de golpe. ¿Acababa de llamarme paranoica? Sí, eso es lo que ha dicho. ¡Será posible!

—Mira, Don Perfecto —digo, dispuesta a soltarle algo que lo deje helado, pero no se me ocurre nada bueno.

—Hablando de la perfección, me encantó tu examen.

Decidido. Odio a Ryan Cooper. Sin ninguna duda. Me llama paranoica, aparece en mi clase, se ríe de mí. La perfección no existe. ¡Y punto! Él se cree perfecto, con esa sonrisa de anuncio y esos andares de divo, pero no. No es perfecto, porque abusa de..., de esa... adulación. Y eso solo lo hacen los pedantes. Por el amor de Dios, ¿quién se ha creído que es?

¿Y de dónde viene su nombre? No parece tener acento extranjero.

—Eres insoportable —digo, presa de una rabia sin sentido, pero que no puedo evitar—. Tu otro tú es hasta mejor, ¿sabes?

Me giro enfadada y doy gracias por no golpearme con la escalera que está a escasos centímetros de mi cabeza. Camino con paso ligero y lo noto detrás de mí. ¡Ja! Y después tiene el morro de decir que no es un acosador. Los no acosados siempre van un paso por delante.

—Me acabas de ofender, señorita Ramírez. ¿Mi otro yo? ¿Acaso no nos distingues?

Me quedo quieta. Encima con recochineo. Me giro con intención de enfrentarme a él, pero no soy consciente de que está tan jodidamente cerca. Lo huelo, y huele de maravilla. ¡Atenta, Ramírez!

Tienes que parecer enfadada, no que lo estás oliendo como una perra en celo. ¡Maldita sea!

Su pecho se mueve haciendo que su aroma me embriague. ¿Qué colonia usará? Mi lengua quiere preguntárselo, pero yo, que estoy consiguiendo domarla, me quedo callada.

—¿Otra de tus teorías? —me pregunta susurrándome en el oído.

¡No tiene permiso para pasar a la fase susurros! Yo siempre mojo las bragas en esa fase. Lo miro a los ojos, esos perfectos y bonitos ojos de color verde. Odio que sea tan guapo.

—¿Por qué hueles tan condenadamente bien? —pregunto furiosa por su reacción.

—Te diría que es perfume, pero sé que tú estarás pensando que es un aroma propio para secuestros. Un rasgo claramente de acosador.

—Más bien para ser acosado —digo entre dientes, intentando no olerlo.

¡Diablos! Si respiro profundamente, nuestros pechos se rozan. Y eso, junto con el olor, los susurros y sus preciosos ojos, hace que me excite. Y no es bueno excitarse en un pasillo de la universidad. Mucho menos en uno de una universidad católica. No es nada bueno.

Y él vuelve a reír. Al menos sé que es un tipo alegre.

Ryan suspira de nuevo. Es la primera vez que veo a un hombre hacerlo.

—Esta es nueva. ¿Me dejas hacer de víctima por un momento?

Y esa imagen corre por mi mente. Sería divertido verme vestida de colegiala persiguiéndolo por toda la universidad, haciendo fotos de él e intentando tocarlo a toda costa.

Hablando de tocar, lo está haciendo.

Su dedo está en mi barbilla, tira de ella hacia arriba y sus labios avanzan hacia los míos.

Dios, sé que te he pedido varias veces que la tierra me trague, pero no lo hagas en este momento. Ahora no.

Cierro los ojos, esperando el ansiado beso de mi acosador favorito, pero él se desvía. ¡Siempre se desvía! Y va a la comisura de mi labio, otra vez. Y mis piernas tiemblan de la frustración.

Suspiro. Bien, algo es algo.

—Casi olvido nuestra contraseña.

Sigo con los ojos cerrados. Puede que, así, él se mueva y me bese. Busco desesperada algo que decir.

—¿Y yo? ¿Cómo haremos para que no me confundas? —digo sintiéndome tonta.

—Sara, tú no tienes una gemela.

Mierda. Este hermano es el inteligente. No puedes andarte con tonterías.

—Qué lástima —digo entre un susurro y un suspiro.

—Tú eres única.

Y no sé si lo que me dice es un cumplido, pero yo me lo tomo como tal. Se gira y, sin darme otro beso, se va. Soy única, torpe, lengua viperina y paranoica. ¿Alguien da más?

Capítulo seis

Tarde de chicas

Toparte con un hombre mentiroso y descubrirlo te hará ganar un pedazo de Cielo...

—Chocheas —dice el señor Martínez mientras chasquea la lengua.

Su mujer lo mira sin pestañear. Puedo deducir lo que viene a continuación: ese matrimonio se va a poner a discutir. Sí, como cada jueves.

El señor Martínez y su mujer son una pareja de ancianos que llevan más de cincuenta años juntos, y siempre están discutiendo. Resultan cómicos, siempre llaman la atención.

—Jovencita, llevo aquí, en Madrid, desde que nací, y nunca he conocido mujer más cabezota que esta —dice él señalando a su mujer.

—¡Cállate! —le grita la mujer—. Sarita, ¿cómo está tu madre?

No me sorprende, siempre me pregunta por ella cuando quiere ignorar a su marido. Yo, como un robot, le contesto, aunque sé que ella no me está prestando atención.

—Bien, siempre liada con su trabajo. Y sabes, su peluquería no cierra apenas. Creo que para el puente de la Hispanidad iré a verla, ya toca.

Me encojo de hombros y bebo un sorbo largo de mi vaso de Coca-Cola. La señora me ignora, como ya sabía.

Estoy en lo que teóricamente es mi descanso, pero con solo diez minutos ¿adónde voy a ir? Me quedo en la cafetería y miro a los clientes. Apoyo los brazos en la barra y me agunto la cabeza con ellos. Estoy cansada, no he dormido bien.

Siento como unas grandes manos me toman la cintura. Tomo aire y lo expulso por la boca. Espero que no sea el marido de Loli, ese hombre y sus manos largas resultan inquietantes. Me aprietan tenaces. Si ese hombre piensa que soy una fresca, lo lleva claro.

Intento encontrar las palabras adecuadas para decirle que es un completo cerdo, cuando noto el aliento en mi cuello.

Me tensa. No huele a puro ni a vino tinto. Y ese aliento viene de una altura más considerable que la del señor González. ¿Quién me está tocando?

—Adivina quién soy.

Aquel tono de voz capaz de arrasar con todas las defensas de mi cuerpo. ¿Quién de los dos es? Me giro con la intención de mirarlo, pero aquel par son como dos gotas de agua.

Intento acordarme de respirar mientras retrocedo. La fría barra se topa contra mi espalda. No tengo escapatoria. Sus labios, se está humedeciendo los labios. Inclina la cabeza, va a besarme.

Cierro los ojos esperando que su beso llegue a la comisura de mi labio. Aquella inquietante espera hace que mis piernas tiemblen como flanes.

Sus labios chocan contra los míos. Son húmedos, besables y saben bien. Siento la excitación en mi sexo. ¿Quién es? ¿La versión cretina o la adorable? ¿Quién quiero que sea? Abro los ojos esperando encontrar una pista en la cara del hombre con cuerpo de Dios y me encuentro con la almohada.

¡No! ¿Por qué mis mejores besos siempre terminan siendo con la dichosa almohada? La tomo con rabia y la golpeo. Siento frustración. Una dolorosa y molesta frustración. ¿Qué bien me sentía besando aquellos labios!

Me levanto con un salto y voy directa a la ducha. Necesito agua fría. No hay mejor remedio para los calentones nocturnos.

—La Tierra llamando a Sara. Un, dos, tres. Probando.

La voz de Raquel se oye lejana. Intentó quedarme soñando despierta un poco más. Aquellos labios me sentaban tan... bien.

Sacudo la cabeza y me centro en el presente. Raquel y Esther me miran con ojos acusadores. Parpadeo e impulsivamente me llevo las manos a la boca.

—¿Tengo chocolate? —pregunto sin dejar de tocarme la cara.

Mis amigas se miran entre ellas y enseguida vuelven a observarme. Conozco esa mirada.

Van a interrogarme. Raquel sonrío levemente: la típica sonrisa que utiliza para que me relaje. Es como el cachetazo en la nalga antes del pinchazo. Recoge aquella melena morena suya sin dejar de sonreírme. Definitivamente, se está preparando para su papel en el interrogatorio. Esther, en cambio, me mira con paciencia.

—¿Qué te pasa? —me pregunta con tono cálido—. Tú y helado no sois una buena combinación. ¿Desde cuándo no lo toma? —le pregunta a Raquel frunciendo el ceño—. Creo que la última vez fue en el primer día de universidad, después de hacer el ridículo cayéndose por las escaleras delante de aquel chico buenorro. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo.

—Marcos —contesta Raquel con su mirada fija en mí.

—Marcos—repite Esther con un tono que no sé descifrar.

Me encojo de hombros. ¿Qué tiene de malo comer helado? Niego con la cabeza antes de hablar. Esto me pasa por tener amigas que saben todo de mí. Debería haberlas sacado de mi vida antes. Manejan demasiada información.

—No me pasa nada, tenía antojo de chocolate. Nada más.

Raquel deja de sonreír. Entrecierra los ojos mientras sus pestañas revolotean de esa forma suya tan particular. Estira el dedo índice, como pidiendo permiso para hablar.

—¿Has hecho algo que no nos hayas contado, pequeña? ¿Follaste con el cretino?

Me sonrío. Entiendo el tono de su pregunta. Veo cómo las dos se recolocan, esperando que les

suministre más información. Intento mantener la compostura. Esta conversación es tan habitual que sé que a continuación llegarán mil y un consejos.

Me inclino hacia ellas, como si fuera a contar algo confidencial. Se sonríen entre ellas e imitan mi postura. Entre las tres creamos una especie de círculo.

—Siento decirlo que mi virginidad ha crecido. ¡Señoritas, vuelvo a ser virgen! —digo alzando un puño al aire.

Puedo ver la decepción en sus ojos mientras vuelven a su postura anterior. Ambas miran a los lados, nerviosas. ¿Se avergüenzan de mí? A mí no me importa si alguien más me ha escuchado. Las verdades son así.

—Sarita, ¿sabes la cantidad de chicos que están disponibles?

Esther ataca de nuevo con su sermón. Está a punto de sacar su agenda. Esa que tiene llena de *follamigos*. Chicos dispuestos las veinticuatro horas para venir y darte un revolcón. Sin compromisos, sin mañanas donde no sabes qué decir. Sin cepillos de dientes queriendo entrar en tu baño.

No sé cómo decirle que yo no estoy en la fase desesperación, todavía.

—Entonces, ¿de qué tienes antojo? —me pregunta Raquel con esa mirada suya.

Sé que voy a desembuchar. Alzo los brazos en señal de rendición. Soy débil, como dice Ryan.

—Vale. ¡Me gusta un chico! ¿Contentas?

—Voy a por más bebida. No me lo puedo creer. Sara, mi Sarita, se ha fijado en un chico. Esther se levanta entusiasmada. Y Raquel continúa con su mirada penetrante.

—¿Quién es? ¿Es el cretino?

Mis labios tiemblan por las ganas que tengo de hablar. Pero no puedo, no. Si lo hago, lo contaré todo, incluido mi frustrada relación con la almohada. Miro hacia otro lado cuando la puerta se abre.

Y por ella entra un Cooper. ¿Cuál de los dos será?

Mis manos deciden ponerse a sudar y mi cara arde. Y yo no puedo seguir mirando hacia él, porque cualquiera de los dos me da miedo. Vuelvo a mirar a Raquel. Ella continúa esperando una respuesta.

—¿Piensas desembuchar?

Y sé que lo voy a hacer.

Mi lengua está más que dispuesta a hablar. Lo está hasta que veo que Don Perfecto le susurra algo a Esther en la barra. Don Perfecto y Esther. Definitivamente, la pareja ideal. Ella es dolorosamente guapa; él es un dios. Y el mundo, como siempre, se decanta por los guapos.

Está claro que Esther era capaz de conseguir a cualquier hombre, tanto al cretino como al adorable acosador. Mi mirada baja cuando veo que ambos se acercan a la mesa.

—¿Ya ha dicho quién le gusta? —pregunta Esther sin pelos en la lengua.

¿Dónde ha dejado la vergüenza? ¿Por qué diablos está hablando de este tema delante de él? Quiero asesinarla. Sí, maldita sea, lo quiero hacer. Me imagino a mí misma tirándole del pelo y me siento un poco mejor.

—¿Quién le gusta a quién? —pregunta el guapo.

En ese momento, me quiero morir.

—Chicas, os presento a James.

No es Ryan, mi estómago se relaja, pero no del todo. Tenemos en la mesa de invitado al Don Cretino. ¿Por qué ha terminado en la mesa con nosotras?

—Encantada —dice Raquel, su tono parece amigable, ningún matiz desesperado a la vista.

Continúo apreciando la mesa. Necesito ir al baño, huir.

—Voy a por una cerveza. ¿Alguien quiere tomar algo más? —pregunta James. Y nadie contesta, imagino que han negado, pero no quiero mirar—. A tu amiga le ha comido la lengua el gato.

Deduzco que va por mí. Alzo la cabeza con la intención de negar, no voy a darle a mi lengua cancha. Entonces él me reconoce.

—Pero si es la camarera. ¿Quién eres la simpática o la borde? —pregunta, pero, gracias a Dios, se gira y se dirige a la barra.

Noto las miradas de mis amigas sobre mí. No pienso dar explicaciones. Esther me mira y sé que está atando cabos. La temo.

—No será James el chico del que nos hablabas, ¿verdad? —pregunta, y parece preocupada por mí.

—¡No! —contesto ofendida. ¡Solo es su hermano gemelo! Este es demasiado cretino para mí.

—¡Menos mal! —dice aliviada—. Pensaba llevármelo a la cama; pero, de todas formas, si te gusta, después pasará a estar en mi superagenda. Ya sabes.

Esther me guiña el ojo. Odio su superagenda.

Su melena rubia es tan perfecta que siento que los celos hacen que, de nuevo, sienta ganas de tirar de ella.

Miro a la barra. Allí está James, *el Cretino*, sonriendo de lado. Tengo que comprar esas plaquitas con los nombres. No cuesta nada y pueden evitar muchos problemas. Soy consciente de que odio a los cretinos y de que me gusta el acosador encantador, pero mi cuerpo parece que no tiene ningún tipo de filtro hacia los caracteres. Él adora ese par de cuerpos. Estoy babeando al ver esos tejanos apretados.

Tiene un culo de diez. Y yo me planteo qué tal será al tacto.

Las dudas me corroen. ¿Qué es lo que de verdad necesito? ¿Qué es mejor, un cretino o un acosador? Con la versión cretino, ya sabes qué te espera. Hay cama y puerta. Lo tienes claro desde un inicio, y simplemente disfrutas de la atracción. En cambio, la versión acosador encantador es algo más complicada.

No sabes qué te deparará, y no puedes evitar hacerte ilusiones, y después te mete en su cama y te da puerta.

Me humedezco los labios. Quizá tendría que plantearme la opción de desfogarme con la versión usable. Siento como mi sexo arde, seguramente en estos momentos rompería cualquier termómetro vaginal. ¡Por el amor de Dios! No sé el tiempo que hace que no practico sexo.

Todavía pienso que mi teoría de que la virginidad crece es aceptable. Soy realmente patética. Ya no sé ni qué tengo que hacer. ¿Tumbarme y mirar al techo? Eso sí, sé que debo mantener las piernas bien abiertas.

Sacudo mi cabeza de nuevo (a este paso me haré una contractura en el cuello). Opto por levantarme a dejar las copas vacías. Quiero mantenerme ocupada y no pensar en los espasmos que siento entre las piernas.

James se acerca a mí. ¿Por qué he venido a dejar las copas?

—No te pongas celosa de tu amiga, siempre tendré tiempo para ti —me susurra, y con eso logra erizar mi piel.

Y, en este momento, me alegro de tener una lengua inquieta y de reflejos rápidos.

—Tranquilo, no necesito tu tiempo. No me interesas.

Mis hombros se encogen. Estoy orgullosa de mí, y más aún al ver su cara. Él suelta una carcajada. Al parecer, estos hermanos son de risa fácil. Eso, o no me toman en serio. El muy cretino se pasa una mano por el pelo, un gesto estudiado. Demasiado sensual, demasiado perfecto. ¡Se ha copiado de su hermano! Se humedece los labios y sonrío. Sí, estoy segura de que lo ha practicado ante el espejo. Es el típico movimiento *rompebragas*. —Por más que lo disimules, sé que te gusto. Nadie se me ha resistido, nunca. Y tú terminarás en mi cama. Lo sabes, ¿verdad?

Cretino es una palabra poco acertada. Era un puto arrogante. Pero ¿de qué narices va? «Hola, soy James, y colecciono bragas».

Tengo ganas de enseñarle mi dedo corazón, pero no lo hago. Ante todo voy a ser educada. Lo miro y coloco mis brazos en jarras. ¿Qué se ha creído?

—Te vas acostar con mi amiga. ¿De verdad crees que soy la típica tía que se tira a los rollos de sus amigas?

Él alza ambas cejas. Quizás ha captado mi punto. No pienso acostarme con él, lo odio.

—Con otro quizá no —dice finalmente—, pero yo soy superior a tus fuerzas.

Se mueve rápido y se pega a mi espalda. ¿Dónde queda mi espacio personal? Con un dedo recorre mi cuerpo. Odio que este se sienta tan débil con su roce. Mi sexo se humedece. ¡Maldito traidor!

—Es más, te hago una propuesta —dice, y me sopla cálidamente en el cuello—. ¿Qué te parece los tres? No puedo esperar a estar entre tus piernas.

Su cadera hace un giro y se frota contra mí. Tengo que sujetarme a la barra. Por un momento, me imagino en la cama con los dos hermanitos. Ellos podrían deshacerse de mi recuperada virginidad

por partida doble. ¡Un trío! Dos cuerpos perfectos, dos lenguas maestras, sus manos en mi cuerpo sin dejar de acariciarme.

Siento que es demasiada información.

—Sí, nena. Tú, yo y la rubia. Los tres.

Toso. ¿Acaba de proponerme un trío con Esther? ¿Por qué diablos mi mente calenturienta se había planteado lo otro?

—Ni lo sueñes —le escupo.

Él parece divertido con mi comentario. Se muerde el labio inferior. Un labio que me he imaginado en mi cuerpo. ¡Joder!

—No, yo no lo soñaré. Estaré ocupado haciendo gritar a tu amiga, pero tú sí que lo harás.

Los dos lo sabemos.

Odio a este tipo. Es lo más creído que ha parido madre. ¿Cómo puede ser tan prepotente?

—¡Eres un cretino!

—¡Y tú una estrecha!

James Cooper acaba de declararme la guerra. Y todo el mundo sabe que no se le puede declarar una guerra a una mujer frustrada.

Esther se acerca hasta la barra, entierra su cabeza en el cuello de él. Supercretino sonríe con lo que sea que ella le ha dicho. La mano de mi amiga va directa a su culo. Sí, ese culo que yo he alagado hace cosa de cinco minutos. James le susurra algo al oído y ella sonríe ampliamente. ¡Por el amor de Dios! Su cara parece tener un cartel que pone: «Esta noche voy a tener un polvazo increíble. Que os jodan».

Miro a James con mi mirada de odio profundo y él se ríe. Y su sonrisa es *sexy*. Nota mental: hacer reír más a menudo al dios de los cretinos. Esa imagen me podría servir en mis momentos ducha. ¿Qué pasa? Me toco, sí. Mi virginidad puede estar en aumento, pero sigo siendo una mujer necesitada.

Tendré que comprarme otra almohada. Esta noche tiene pinta de doble tentación.

James y Esther se van con prisa, sin despedirse. Se meten en el coche y él le dice algo al oído. Por la cara de ella, sé que es una guarrada, una de esas guarradas que solo te dicen los tíos que apenas conoces y que te ponen a mil.

Entro en el lavabo y voy directa al espejo. Tengo que empezar a ensayar mi cara antihombres. James va a volver, y necesitaré parecer indiferente. Sé que esa lengua tan mordaz que tiene me lo va a hacer pasar mal, pero resistiré, ¿verdad?

Capítulo siete

Dos focos de calor

Anoche tuve un sueño. soñé que te apretaba, mojé mi almohada...

Te invito, de Aventura

Abrazo mi almohada. La beso. Y lo hago porque mi vida sexual y sentimental es nula. Sueño despierta con Ryan, pero James siempre aparece por ahí. No puedo evitarlo. Soy patética.

Me suena el móvil. ¿Quién narices me llama a estas horas?

Miro la pantalla. No, no puede ser. No estoy preparada para esta llamada. Es Esther. Coloco el móvil en silencio, ya me contará en otro momento que tal folla Mister Cretino. Me siento mal, quizá necesite mi ayuda. Tal vez algo vaya mal.

Descuelgo rápidamente.

—¿Sí? —digo nerviosa.

—Sara, tengo que contarte...

Conozco ese tono, es el tono de bien follada. Diablos. Me toca escuchar lo bien que lo hace Mister James.

—Cuéntame —digo mientras me planteo apartar el teléfono de mi oreja. No quiero escucharlo. No quiero tanta información. No antes de dormir.

—Eso, eso. ¡Cuenta! —grita Raquel.

No, esto no es posible. Es una conversación a tres. Y eso no tiene más que un significado. Esther nos va a contar con todo lujo de detalles su megapolvo.

—¿Os acordáis del chico del bar? —pregunta Esther.

Me entras ganas de golpearla. Estoy a punto de decirle que no, pero eso solo conllevaría una descripción física del sujeto y no quiero más tortura.

Raquel le insiste en que continúe. Por si fuera poco, le exige detalles. ¿Qué culpa tengo yo?

Nada de detalles, por favor. Cuento con una imaginación poderosa y los detalles pueden hacer que mi mente vuele a polvos imaginarios.

—Ante todo, quiero deciros que ha sido el mejor polvo de mi vida.

Pongo los ojos en blanco. No, no y no. Ese hombre es un delito, me persigue con su sexualidad por todas partes.

—Vamos, Esther, hace unos días te acostaste con un tipo al que decidimos llamar «Castorcillo», porque tú no lograbas acordarte de su nombre, y afirmaste rotundamente que ese era tu mejor polvo.

Recuerdo a Castorcillo. Se convirtió en una llamada de más de veinte minutos. Suspiro, quizá

pueda fingir que no tengo cobertura, o tal vez pueda colgar y desconectar el teléfono, sin más. Ya sé que está a salvo, no sentiré remordimientos.

—Este es, sin duda, mejor que el Castorcillo, el bombero y el gogó juntos.

Mi cuerpo se calienta.

—Por cierto, ¿cómo se llamaba el hombretón? —pregunta Raquel; sé que está intentando probar la memoria de Esther con los hombres.

—No lo recuerdo.

—James Cooper —digo con tono cansado.

¡Mierda! ¿Por qué diablos lo he dicho? Rezo para que ellas cambien de tema. Ya sabemos que ese cretino folla bien. Y ahora podrían tener la amabilidad de dejarme dormir tranquila.

—Es verdad, James —dice Esther con un tono ronco—, pero no recuerdo haber dicho su apellido. Es más no recuerdo que él me lo dijera. Pero debo confesar que tiene los tres puntos que yo busco en un buen hombre: buen cuerpo, bien dotado y con buenos movimientos. Fue una auténtica maravilla.

No, no lo hagas, me repito a mí misma, pero mi mente no puede evitar desnudarlo mentalmente. Si Esther habla de bien dotado, es que lo está. Ella es una mujer que ha visto mucho mundo y mucho hombre desnudo. Y ahora que sé que está bien armado pienso en sus palabras.

Me había propuesto sexo. Lo había hecho. Si yo eliminaba de la ecuación a Esther, estábamos él y yo, y su bien dotado sexo.

Mis muslos se contraen y mis piernas tiemblan levemente. ¿En serio me está pasando esto con tan solo un pensamiento?

Me siento frustrada.

—Vamos, Esther, es solo un cretino —digo indignada, y aprovecho para golpear mi almohada.

—Cuando aprenderás, Sarita, que los cretinos son los que mejor follan.

Y aquella afirmación hace que la humedad de mi sexo roce el ochenta y cinco por ciento.

Vuelvo a plantearme la opción de polvo más puerta. Sería algo fácil y rápido. Y este temblor en mis piernas desaparecería.

—Seguro que es un borde —digo luchando contra las reacciones de mi propio cuerpo.

No necesito un hombre creído y prepotente en mi vida, ni tampoco entre mis piernas. Se iba a reír de mí y de mi nueva virginidad. ¿Sangraré?

Escucho a Esther reírse. No hace falta que me diga que es un borde, lo sé.

—Bueno, que te digan cosas guarras a mí me pone un montón —dice como si estuviera hablando de la telenovela de anoche—. Y, créeme, si se lo tiene creído, es porque puede.

¡Todavía siento temblor en las piernas! ¿Alguna vez te lo han hecho rudo?

Bueno, bueno. Ella también tenía ese tembleque en las piernas. Así que no merecía la pena

intentar probar sus encantos si me iba a quedar igual de cómo estaba. ¿No? ¿Que si me lo habían hecho rudo? He de agradecer que, por lo menos, me lo hubieran hecho. Me lo habían hecho en la parte de detrás de un coche una noche de borrachera. Fue una noche diferente. No recuerdo si me dolió o no. Simplemente me lo hicieron.

—Esther, conoces mi historial sexual perfectamente. Dudo mucho de que me lo hicieran rudo, lo recordaría. O al menos, eso creo.

—Bueno, pero estamos aquí para hablar de mi superpolvo, no de tus no-polvos.

No. No me apetece saber cómo son sus polvos. No quiero que esa información me atormente cada vez que lo vea. Tengo que resistir a sus constantes propuestas indecentes.

Raquel parece entusiasmada con obtener más información. Otra pervertida. ¿Por qué no sienten compasión de mí? No quiero meter a mi almohada en otro compromiso con mi lengua.

Esther nos narra su noche. El cretino y bien dotado no la dejó llegar al apartamento. La abordó en el ascensor y se lo hizo allí sin ninguna pizca de vergüenza. ¿Cómo podía tener buenos movimientos en un espacio tan reducido? No puedo imaginármelo. Necesito dibujitos explicativos.

—Consiguió que me excitara más que nunca —confiesa Esther, y todavía se puede intuir la excitación en su voz.

—Tú siempre estás excitada, Esther.

No quiero más piropos para James. Él no es perfecto. Solo es un saco de huesos bien formado con una bomba sexual entra las piernas. Nada más.

—Nunca lo he estado tanto.

Me dejo caer en la cama y me tapo la cara con la almohada.

—No me lo creo —añado, ya cansada.

Quiero terminar con la conversación, pero mi lengua parece inquieta. Ella desea al cretino, lo desea desde que lo besó imaginariamente en nuestro sueño. Está desesperada por probarlo en la realidad.

—Bueno, después te paso su número y me cuentas.

¿Perdona? Yo no quiero su puto número, solo quiero dejar de hablar de él. Parar de pensar en cómo de bueno es en la cama, dejar de imaginarme que él me besa y me aplasta contra sí.

Me desespero. Todo tema de conversación termina con él y yo en la cama. Y yo me siento débil, y con él no quiero serlo. Simplemente no voy a serlo.

Lanzo la almohada por los suelos. Estoy enfadada conmigo misma.

—Esther, no quiero su número. No me tiro a los rollos de mis amigas.

Y siento que esa frase ya la he dicho hoy. Ella resopla y me habla de que nadie debería morir sin haberlo probado. Pues si ella seguía así yo moriría virgen, demonios. Quiero colgar. ¿Qué me lo

impide?

—No a las mujeres mal folladas. Pon un James en tu vida —dice ella con un tono melancólico.

Y esa pequeña pincelada de tristeza me alerta. ¿Qué no nos ha dicho?

Quizá ya le ha dado puerta. Esther no es una chica que esté acostumbrada a eso, normalmente es ella la que va cerrando las puertas.

—¿Te ha dicho que no quiere nada más contigo? —pregunto sin rodeos. Puede que haya sido demasiado directa, pero no me arrepiento.

—Me dijo que no era nada personal, pero que no repetía con nadie.

Lo sabía, y también sabía que nunca podría acostarme con él, porque, por mucho que te hagas a la idea de que no volverá a pasar, que va de frente y que solo es sexo de una noche..., las mujeres tendemos a pensar involuntariamente que nosotras seremos la que lo cambien.

Y queridas, no es así.

Él solo te otorgará el placer más maravilloso del mundo. Te hará tocar el Cielo con la punta de los dedos para después decirte: «Ahora te jodes, nunca más lo conseguirás».

Bienvenidas a la cruda realidad.

—Tú sigue follándote a cretinos, Esther.

—Sí son como este, son cretinos estupendos.

Decido poner fin a esa conversación. Es momento de intentar dormir.

Capítulo ocho

Quiero ser la excepción

Si tú la quieres, mírala, tú sabes que es así, es posible que ella también te quiera. Hay una manera de preguntarle, no hace falta ninguna palabra, ni siquiera una sola palabra. Ve y besa a la
chica.

Kiss the girl, de ASHLEY TISDALE

¿Qué es lo mejor que puedes hacer después de una noche llena de sueños tórridos? Irte a la playa. Pasar de calor a más calor es lo mejor. Calor al cuadrado. Ardiendo por fuera y por dentro. Definitivamente, necesito un polvo de mantenimiento, uno que haga que mis hormonas dejen de entrar en combustión ellas solitas.

Alicante tiene unas playas impresionantes. Para gustos y colores. Pero no estoy en Alicante. Estoy en Madrid y aquí no hay playa. Echo de menos mi tierra, pero no pienso volver. Pero, bueno, no todo está perdido aquí, en la capital. ¿Quién ha dicho que Madrid no tiene playa? Bueno, quizá yo en alguna que otra ocasión, pero la verdad es que tiene una... artificial. Y allí vamos a pasar el día mis amigas y yo.

Llevo dos horas tumbada en la hamaca. Tiempo suficiente para que mi blanquecina piel absorba todo el sol de esta abarrotada no playa. Miro mi bikini, está bien colocado y es bonito. Tengo que admitir que el color azul combina bien con mi tono de piel.

Cuando siento que mi piel pica demasiado decido que ya es hora de ir al agua. Me levanto y coloco bien la parte de abajo de mi traje de baño. Parece que siempre intenta convertirse en tanga sin mi consentimiento. No me molesto en preguntar si quieren venir, ellas prefieren rociarse agua, que supuestamente es de Cuba. Raquel siempre encuentra métodos extraños para broncearse hasta parecer mulata.

Lo bueno de esta no playa es que no me tengo que concentrar en las olas, demasiado agresivas. No es la primera vez que una de esas miserables intenta, con éxito, arrebatarme una de mis minúsculas prendas de baño. El agua está fría y no es para menos, todavía estamos en junio; mis pezones se endurecen y me planteo girarme y volver a la cálida hamaca. Dudo. Entonces, cuando estoy a punto de girarme, un mocosito me salpica entera.

¿He dicho que tengo frío? Lo fulmino con la mirada, pero él no me tiene miedo. No, ese niño toca narices se gira y se va moviendo los pies con energía y mojándome completamente el pelo.

¡Yo no quería mojarme el pelo! Me lo había planchado antes de venir..., y ahora mi melena no envidia el estilo afro.

Me hago una coleta alta y maldigo al puñetero niño.

—Estás mucho más guapa con el pelo suelto.

Esa voz es una melodía para mis oídos. Mi cuerpo se tensa por completo. Esto no es normal. No había visto a aquel par de dioses en mi vida y ahora no hago más que encontrármelos. Y después me acusan de ser una mal pensada, una paranoica. ¡Ja! Esto es acoso.

Me giro sin saber a quién me voy a encontrar y doy gracias por que las bragas de mi bikini no se han bajado de golpe fruto de un fatídico desmayo. Si antes pensaba que eran dioses, ahora pienso que están muy por encima de eso.

Ese cuerpo no se puede ir enseñando así como así. ¡Claro que no! Aquello puede provocar arritmias. Su estómago, liso y musculado; sus pectorales, bien marcados. Y ahí estaba, la perdición de cualquier mujer. La súper V. Me obligo a no continuar mirando, porque sé que, si sigo admirando ese maldito cuerpo, el agua de mi alrededor empezará a hervir. A él no parece afectarle mi escrutinio. Mi boca se abre ligeramente, puede que no esté respirando con normalidad y que necesite más oxígeno.

Aunque ahora que lo pienso, no estaría nada mal que ese hombre (por catalogarlo de alguna forma) me reanimase con un profundo y sexual boca a boca.

El dios está en versión mejorada se acerca a mí y me besa en la comisura del labio. Y no veo capaz de coordinar mi cuerpo. Medito los pasos que he de seguir. ¡Vamos, Sara! Cierra la boca, piensa y habla. Él es Ryan. No tienes que parecer retrasada.

—Hola —saludo, y me siento orgullosa de mí misma. Estoy prosperando.

Analizo la situación y evalúo los daños. Él parece encantado de estar frente a mí. Cierro la boca. Miro a mi alrededor con una media sonrisa. ¡Jodeos perras, me ha besado a mí!

Veo a Raquel y a Esther buscándome con la mirada.

¡Mierda!

—¿Aguantas mucho la respiración? —pregunto rápidamente.

Ryan alza una ceja para después sonreír de lado. No sonrías, chico. ¡Me desconcentras!

—¿Cómo de largo quieres el beso, señorita?

—No, no es eso —contesto sin pensar y de forma atropellada—. Es para saber cuánto tiempo aguantas debajo del agua..., aunque no me importaría besarte. Es decir, saber cuánto tiempo aguantas sin respirar en mi boca. ¡Bueno! ¿Cuánto tiempo? Ya sabes.

Se me seca la boca de hablar tan deprisa. Él se muerde el labio inferior y yo estoy sofocada.

¿Ha hablado de besarme? Mi lengua se relame. Podría haberlo besado y ya está, pero no..., en este momento solo importa huir.

—¿Para qué quieres que me meta debajo del agua?

¿Qué le digo? Contengo mi impulso de gritarle y decirle que solo lo quiero para mí, puñetero dios griego. Pero, como estoy mejorando mi concentración, no lo digo. ¡Jódete, lengua viperina!

Me encojo de hombros, como si pedirle a alguien que se meta debajo del agua fuera lo más normal del mundo.

—Para que no te vean mis amigas.

Y decido que mi nivel de concentración es pésimo y que no puedo seguir hablando con este hombre en bañador.

—¿Te avergüenzas de mí? —pregunta, y no sé leer su expresión.

No sé si está ofendido o se está divirtiendo a mi costa. Y esto solo me pasa por no darle rienda suelta a mi maldita sinceridad. Podría haberle dicho que, simplemente, sucede que soy posesiva.

Así que disparo.

—No, simplemente que mi amiga se tiró a tu hermano y quiere que yo también lo haga.

No sé por qué le he dado esa información. Quizá quiera ver su reacción, pero, en este momento, me siento muy incómoda. Mi chico guapo e inteligente parece tener problemas para procesar la información.

Frunce el ceño. Suspiro al ver que sigue estando igual de guapo.

—¿Por qué quiere tu amiga que tú también lo hagas? ¿Y qué clase de amigas tienes? Normal que después solo intentes analizarme. ¿Tengo que estar mal para poder ser tu amigo?

Entrecierro los ojos. Se ha levantado gracioso hoy. Cruzo los brazos a la altura del pecho intentando que parezca un poco más elevado. No guapo, no te quiero como amigo. Te quiero como algo más. Podría aceptar la versión amigos con derecho a roce. Definitivamente, necesito encontrar mi termómetro vaginal.

—Porque cree que tu hermano es una especie de agente de caridad. Va regalando orgasmos a diestro y siniestro.

—Sarita, estás aquí —dice Esther con voz ronca. Odio que me llame Sarita delante de desconocidos.

¿Esther dentro del agua? ¡Que me peguen un tiro! Esa mujer nunca se mete en el agua. Miro de reojo a Ryan y lo comprendo todo. Ella cree que mi acosador es su cretino. Y viene en busca de más dosis de sexo maravilloso.

Intento hacer una señal con mis ojos a Ryan, quiero que sepa que esta es mi amiga, la generosa, que se había acostado con su otro yo, pero creo que soy demasiado mala gesticulando. —Hombre, James, no te había visto.

«¡Mentirosa!», grito en mi interior. Levanto el labio superior en una mueca de asco. Noto que Ryan me está mirando, intentando contener la risa.

—¿Queréis venir con nosotras a las hamacas? —pregunta con un tono que promete sexo perverso.

Niego con los ojos tan rápidamente que casi me mareo. Ryan esboza una sonrisa torcida. Odio que

sonría.

—Claro, será un placer.

Mi boca se desencaja. Analizo de nuevo la situación. El gemelo bueno sigue siendo un hombre — y qué hombre— y Esther es un monumento andante. No hace falta tener una carrera para saber qué es lo que está pasando. Uno más uno son dos follando.

Cierro la boca y evito hacer un puchero. Suspiro abatida. Acabaré acostándome con el cretino; al menos él no me romperá el corazón. Pero eso sí, lo llamaré Ryan.

Sigo a la pareja de modelos hasta la hamaca. Aunque, sinceramente, prefiero que me pique una avispa que presenciar cómo mi encantadora amiga Esther me levanta al chico perfecto.

Alzo la mirada y veo a Raquel, que observa a aquel polvo andante. ¿Venderán almohadas en la playa? Me tumbo en mi hamaca e intento ignorarlos. No quiero escuchar la conversación de ese par.

—Pensaba que estabas fuera esta semana —dice Esther batiendo las pestañas de forma exagerada. No puedo evitar resoplar. Ryan me mira divertido; odio saber que él es consciente de que estoy celosa.

—¿Eso te dije?

—Sí, después del momento lavabo. ¿Recuerdas? —dice ella, fresca como una rosa y con una sonrisita traviesa.

No puedo más. Esto es superior a mis fuerzas. Esther no parece tener vergüenza, y, encima, yo siento la mía y la suya.

¿Por qué diablos está manteniendo esta conversación aquí? No es apropiada. ¡Demonios! Y no sé por qué él le está siguiendo el rollo. No le veo la gracia.

—La verdad es que no. ¿Podrías refrescarme la memoria?

Ahogo un grito. Ryan me mira y me guiña un ojo. Siento que mi corazón da un vuelco. ¿Qué significa eso? Se está intentando quedar con mi amiga. ¿Intenta castigarla por su interés en que me tire a su hermano? Si no fuera porque soy pudorosa, me quitaría la parte de arriba del bikini y bailarías una conga por la playa.

Ryan me está mirando con ese brillo especial cuando Esther se levanta y se sienta a horcajadas encima de él.

Definitivamente, es de abertura fácil.

—Creo que podría refrescarte la memoria —dice ella, y yo quiero morir.

Aquella imagen era difícil de ver. Trago saliva y me remuevo en la hamaca. El bikini de Esther son tres minitriángulos que tapan lo justo. Ella es envidiablemente guapa.

—¿Cuál era tu nombre? —pregunta Ryan, y creo descifrar que está algo incómodo.

—Esther.

—Vale, Esther, ¿puedes hacer el favor de bajarte de encima? Ya me hago una idea de lo que

hiciste con mi hermano.

Me tapo la boca para no soltar una carcajada. Este momento lo recordaré toda la vida. Esther parece no reaccionar, continúa encima de él. Lo mira y no dice nada. Creo que piensa que James está jugando con ella.

—¿Cómo? —pregunta, claramente confundida.

—Hola, soy Ryan. Anoche debiste de estar con mi hermano gemelo, James.

No lo veo venir. La mano de Esther golpea la cara de Ryan, que enseguida se duele. Mi amiga se levanta de un salto y se coloca en posición de ataque. Puedo ver cómo sus cejas están alzadas y su nariz aletea nerviosa. Va a chillar, lo sé.

Me remuevo en la hamaca. ¿Qué puedo hacer?

Ryan no dice nada, me imagino que no se esperaba tal reacción.

—Me gustabas más ayer, cuando ibas de cara. Te vas con el cuento del hermanito a otra. ¿Quieres tirarte a Sarita? Pues me lo dices. Pero no vengas ahora de hermano cortés, porque ella tiene razón, eres un puto cretino. Podrás follar de maravilla, pero te odio. Esther dice todo con la cara roja. Está rabiosa. Frustración e impotencia son las dos palabras que la definen en este momento. Se gira, con un movimiento de pelo que es de anuncio. Recoge sus cosas en un tiempo récord y se va hacia el aparcamiento.

Yo todavía no reacciono. Raquel se disculpa con la mirada antes de seguirla. Tengo que reaccionar. No puedo quedarme quieta y callada.

Me levanto desganada, tengo que apoyar a mi amiga.

—Lo siento de verdad, pero tú te lo buscaste.

Ha sido gracioso, pero no debería haber jugado con ella. Tendría que haberle dicho que se confundía. Él teóricamente no era un cretino.

—¿Adónde vas? —pregunta cogiéndome del brazo.

Un simple roce y mis piernas ya están temblando. Siento ganas de enterrarme en sus brazos. Quiero besarle la mejilla, donde Esther ha estampado su mano, pero sé que lo razonable sería ir con mis amigas, además hemos venido con su coche.

—Ellas tienen el coche. Creo que Esther estará enfadada y querrá irse ya para casa.

Y yo no quiero irme, es más, mis pies parecen enterrarse cada vez más en la arena. Dudo, miro hacia donde se han ido mis amigas, y después lo miro a él. Vamos, Sara, hora de irse.

—Yo tengo coche, puedo llevarte más tarde. Además, no pensarás dejarme aquí después de este espectáculo —me dice con un lindo puchero en los labios—. ¿Por favor?

Traidor. Está utilizando mis tácticas profesionales de chantaje. Miro a mi alrededor; noto que la gente nos está mirando. Sí, hemos dado el espectáculo. Me ruborizo y agacho la cabeza. Y me doy cuenta de que su bañador es de color azul, vamos a conjunto. Sonrío como una tonta. ¿Por qué no me he dado cuenta de ese detalle antes? Bueno, quizá porque su estómago era demasiado perfecto.

—Bien, me quedaré, señor Cooper. Usted necesita una terapia urgente para su desdoblamiento de personalidad —digo con tono serio—. ¿En qué diablos estabas pensando? Por un momento, pensé que te querías aprovechar de tu condición de «otro yo» para acostarte con Esther.

Escucho su carcajada y paro de hablar.

—¿Qué?

—Por partes —dice con la sonrisa *made in* Cooper, alías Los Rompebragas—. Me encanta que me analices. Es interesante. ¿En qué estaba pensando? En pasar un rato en tu compañía sin tener que aguantar la respiración debajo del agua.

Suelto una carcajada demasiado fuerte y me tapo la boca. Seguro que piensa que estoy loca, pero, por alguna razón, le gusta mi locura, o al menos eso parece.

—De todas formas, no me gustan las chicas que le gustan a mi hermano —dice mirándome fijamente a los ojos. Y no sé por qué, pero esas palabras me hacen ponerme triste. ¿Le gustaré yo?

—¿Te molesta que no me guste tu amiga?

—No, no es eso. Me encanta que no te guste Esther... Bueno, tampoco es eso.

—¿Entonces qué es?

Agacho la mirada de nuevo. No puedo mirarlo. No, porque sus ojos hacen que pierda los papeles. Quiero decirle tantas cosas, quiero que aguante la respiración conmigo, pero no creo que sea adecuado decírselo. Mi lengua se impacienta. ¡Dios! ¿Por qué no me besa y nos dejamos de historias?

Desentierro los pies de la arena. Si no puedo afrontar una pregunta, debo huir. Una retirada a tiempo siempre es mejor.

—Si me quedo, tengo que avisarlas.

—¿Intentas evitar mi pregunta, Sarita? Porque ya sabes que yo siempre consigo lo que me propongo.

Bien, esa frase ha ido directa a mi entrepierna. ¿Cómo ese hombre puede manejar mi cuerpo a su antojo? ¿Y por qué me llama Sarita? En su boca queda hasta bien. Cojo el móvil del bolso. Le enviaré un mensaje a Raquel. Ignoro su pregunta y así gano algo de tiempo para pensar qué decir.

«Me quedo en la playa, ya veré como vuelvo. Besos para las dos».

«Las dos sabemos que quieres comprobar el cuerpo, el tamaño y los movimientos. Espero que lo disfrutes. Besos».

Mi cara se pone como un tomate. Ryan se acerca y me pregunta qué me pasa. Intento quitar los mensajes de la pantalla torpemente. Como siempre, este hombre hace que sea más descoordinada de lo normal.

—Raquel cree que me quiero beneficiar a Don Cretino.

Consigo bloquear el teléfono y guardarlo en el bolso. Nada más podía entretenerme. Él se acerca y se sienta en mi hamaca. Su cara me dice que quiere que me siente a su lado, y lo hago.

Estar cerca de él me pone nerviosa. Se humedece los labios, o eso es lo que yo creo ver. Mi vista se nubla.

—¿Es lo que quieres? ¿Quieres beneficiarte de mí?

—Dijiste que tú no compartías gustos con tu hermano —digo contestando a su primera pregunta. ¡Por el amor de Dios, puedo contestar a la segunda! ¿Beneficiarme de él? ¿Eso implica besarlo, tocarlo y montarlo? Sí, quiero beneficiarme de ti, señor acosador.

Su cara me indica que le ha costado entender mi giro en la conversación, pero sonrío.

—No me suelen gustar las mismas chicas que a mi hermano.

Decepción. No sé qué me hace pensar que yo le gusto a su hermano, bueno quizá sus proposiciones de sexo. Sí, creo que algo le gusto, y eso hace que no esté dentro de los gustos de Ryan.

¡Qué puto lío!

—¿Has hecho alguna excepción?

No sé dónde quiero ir a parar, bueno, sí que lo sé. Quiero gustar a ese hombre. Porque he decidido que lo quiero en mi vida. ¡Pon un acosador en tu vida! Él levanta ambas cejas y me mira de forma extraña.

Mierda, creo que no le gustan tanto mis preguntas.

—No, no que yo sepa —dice encogiéndose de hombros—. ¿Y este interés? ¿Ahora analizas a mi hermano? ¿Te gustan los cretinos?

Su tono cada vez es más bajo. Parece que le molesta pensar que a mí me gusta su hermano.

Y esa no es mi intención. Yo quiero gustarle a él, solo a él.

—No, solo que tu hermano me propuso...

Sus facciones se endurecen. Veo como un músculo de su perfecta mandíbula palpita bajo su seria postura. Está enfadado. ¿Estará celoso? ¿Un poquito solo?

Y, en ese momento, me doy cuenta de que la distancia que nos separa es mínima y que quiero recortarla todavía más.

—¿Te interesa mi hermano?

Esa pregunta sí que no me la esperaba. Sí, quizás esté celoso. Suelto una carcajada. ¿Yo y el cretino? Bueno, tal vez en sueños, pero nada más.

—A pesar de que mis amigas insisten en decirme que los cretinos follan bien —digo, consciente de que mi lengua lleva las riendas de esta conversación—, no me gusta para nada tu hermano... Bueno, físicamente sí.

Perfecto. Teniendo en cuenta que este es el hermano inteligente, acabas de dejarle claro que te gusta.

—No me gusta su forma de ser. Y como tú decías que no compartías gustos...

Y hasta aquí puedo leer. Es inteligente, debe captarlo. Nene, no me gusta la personalidad de tu

hermano, pero tú sí. ¿Lo captas o te lo escribo en la arena?

Él está dudando qué decir. Quizá lo he presionado demasiado. Tendría que haberle preguntado si todavía formo parte de su lista de posibles adquisiciones, pero me contengo.

—Deberías plantearte qué tipo de amigas tienes. Quieren que te folles a cretinos, que te folles a sus rollos... Tu vida sexual debe de ser toda una experiencia.

—¡Qué va! Soy virgen.

Mis ojos se abren como platos y mi boca se cierra de golpe. ¿Por qué he dicho eso? No, no y no. No puedo explicarle mi teoría sobre la virginidad y su crecimiento. O sea, lo voy a espantar.

Joder, no quiero mirarlo a la cara. Me entretengo dibujando en la arena. ¿Eso es un corazón? Lo borro enseguida y dibujo un cuadrado.

—Prefiero que me digas que eres virgen a que me digas que te has tirado a mi hermano.

Ganas más puntos.

He ganado puntos. ¡Bien! Pero no puedo empezar una relación mintiéndole. Sí, lo sé, no estoy empezando ninguna relación, pero..., por si las moscas.

Agacho la cabeza más antes de hablar. ¿Por qué estoy teniendo esta conversación con él? —No soy virgen —digo borrando el cuadrado—. Es otra de mis superteorías. Es decir, ¿crees que la virginidad vuelve a crecer? No sé por qué te estoy hablando de esto. Me vuelves loca.

Me atrevo a mirarlo.

—Nunca había escuchado nada igual, pero estaría encantado de que me lo explicaras. Eso sí, cuando dejes de enterrarte los pies.

Miro mis pies, no se ven. He estado tan concentrada en hacer algo para no pensar en lo que estaba contando que he terminado con los dos pies enterrados por encima de los tobillos.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. Son cálidos, parece estar a gusto. Eso hace que me relaje y, como consecuencia, que hable sin parar. ¿Qué más dará? Me encojo de hombros y sonrío un poco.

—Nada, simplemente que cuando llevas un tiempo considerable sin practicar sexo, creo que eso... Bueno, dejémoslo. Es patético.

—¿Cuánto tiempo es considerable?

¡Dios! Eso sí que no. Siento que moriré por una combustión instantánea de mi cuerpo. Aprieto los labios y me enfrento a su mirada acusadora.

—¡Eh! Yo no te pregunto a ti cuánto tiempo hace que no te acuestas con una chica.

Soy demasiado efusiva con mi comentario y alzo los brazos. Un poco de arena sale disparada y cae en sus ojos. ¡Mierda!

Él se lleva ambas manos a la cara. Lo cojo del brazo y tiro de él. Necesitamos llegar a la ducha. Debe de dolerle. ¿Por qué soy tan torpe? Llego a la ducha mientras él se va quejando entre dientes.

Después de esto no querrá saber nada de mí. ¡Joder!

Lo coloco debajo de la alcachofa, abro el agua y me intento apartar, pero su mano me pega a él.

—¡Picaste! —me dice con una sonrisa.

El agua cae sobre los dos. Está helada. Él sonrío y yo me pego a él. Baja su cara y me besa.

Esta vez en los labios. Mi corazón retumba con ritmo. Se siente condenadamente bien. El agua deja de estar fría, o quizás es que yo estoy demasiado caliente.

El momento es perfecto hasta que oigo una voz conocida. Los labios de Ryan siguen sobre los míos, así que solo puede ser su hermano.

—Hombre, Ryan...

Capítulo nueve

Sed que quema

El único idioma universal es el beso.

ALFRED DE MUSSET

—Hombre, Ryan.

Aquella voz melodiosa y picante. ¡Dios, eres cruel! No podía ser, no puedo tener a James detrás de mí. ¡Eso es cruel!

Me giro desganada. Mis labios todavía sienten el cosquilleo y el anhelo por aquel húmedo beso. Y ahí está el segundo monumento andante, con el *pack* sonrisa pervertida de regalo.

Me siento en medio de un sándwich. Estoy entre dos dioses griegos, el bueno y el malo. Y las informaciones eran que el malote era un amante de ensueño.

¿Calor aquí? ¡Qué va! No puedo permitirme pensar en la reputación del cretino. ¡Por el amor de Dios, he besado al chico bueno! «Bueno, bueno, bueno», me repito a mí misma. Estoy en racha, conozco a un chico guapo (por decirlo de alguna forma) y encima me beso con él. Espero que esto no sea otro sueño tórrido y que mi almohada no esté baboseada de nuevo.

—James, ¿qué haces aquí? —pregunta Ryan rodeando mi cintura con su brazo.

Bien, el chico bueno me está tocando. ¿Será bueno en la cama? Por una vez en la vida, me siento deseada, mientras ambos se taladran con la mirada.

—Veo que te diviertes con la gemela —responde James dándome un repaso con una mirada sucia y sensual.

—¿Gemela? —me pregunta Ryan arrugando la frente.

Mis mejillas arden, las pobres deben estar sobrecalentadas entre tanta hormona y tanta pregunta tonta.

Dejo que el aire salga de mis pulmones y me siento algo más pequeñita.

—Mi otro yo —digo mientras agito los brazos en el poco espacio que tengo en aquella ducha infernal—. Admito que ese día dejé mi torpeza a un lado para ser irónica, pero tu hermano no lo captó.

Consigo decir aquello en un tono bajo, demasiado íntimo. Ryan sonrío de lado y mi boca se abre. ¡No! No, sonrisas lascivas en la ducha, no. ¡Dios, creo que mi entrepierna está húmeda!

La ducha contigua se abre. Unas gotas salpican mi cuerpo. Me giro. Y ahí está Don Cretino mojado, muy mojado. Y sus movimientos tan perfectos me recuerdan a los anuncios de champú. Mi cordura parece evaporarse por el calor. Incluso creo estar escuchando una música pegadiza de fondo.

No puedo seguir mirando para aquel lado. Es un cretino follador. Y yo y mi virginidad peligramos. Me giro y me encuentro con el perfecto pectoral de Ryan. Aquellos podían ser perfectamente los ingredientes necesarios para mi autocombustión.

Bajo la mirada. ¡Mis pies son horribles! ¿Cómo alguien con semejantes pies puede salir con un dios? ¡Que no se fije en mis pies! Intento esconder los dedos, proceso que resulta inútil.

Siento un escalofrío cuando su dedo roza mi barbilla. Dejo que este me guíe, alzo la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos verdes brillan de forma espectacular. ¿Seguro que es humano? Ese brillo no es normal.

Suspiro y mi sexo arde.

—¡Qué tierno! —se burla James desde la otra ducha.

—James, corre, ve a buscar la pelotita.

Ryan hace el amago de tirar una pelota. Aquello tiene pinta de pelea de hermanos y yo estoy justo en medio. ¿Dónde está el barro cuando se necesita? Esos cuerpos cubiertos de barro y yo en medio... Definitivamente estoy en medio de un proceso de insolación.

—Mejor ve a buscarla tú, yo me quedo con tu amiga.

Y así de fácil. Con solo una frase, el cretino ha conseguido que mi cuerpo se sacuda en un espasmo. ¿Podré llegar a un orgasmo solo con escucharlo? El calor está irradiando todo mi cuerpo. Solo tengo una opción. Aprieto el botón de la ducha y el agua fría cae sobre mí.

El contraste de la frescura del agua contra mi ardiente cuerpo me calma un poco. Cierro los ojos intentando tranquilizarme. No voy a permitir que mi orgasmo explote en medio de ellos dos. Yo he elegido al bueno. Mis orgasmos solo serán para él, ¿verdad?

Abro los ojos de nuevo para ver el cuerpo mojado del dios. En ese jodido momento, el agua parece arder.

—¿Tienes calor? —me pregunta mientras se pega más a mí.

Su cuerpo perfecto está rozándome. Espero que mis pechos tapen la visión de mis pies. No sé que lógica emplea Ryan. Si se supone que tengo calor, que él se acerque solo hace que aumente más y más.

Mi corazón cabalga a un ritmo trepidante con aquella pregunta. ¿Se habían cambiado? ¿Desde cuándo Ryan lanzaba semejante frase? Estaba llena de sexo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando pienso que quizá mi dios bueno sabe follar igual de bien que su hermano cretino. Mis piernas tiemblan, mi sexo tiembla. Toda yo tiemblo. —¿Ahora frío? Ven —dice, y me rodea con los brazos.

Estos cambios de temperatura no deben de ser buenos. Mi cuerpo se adapta demasiado bien a su pecho. Rodeo su cintura. Soy torpe, pero no tonta. ¿Alguien podía ser tan amable y abrir la ducha por mí? Yo tengo las manos ocupadas.

—Ryan, tu manera de calentar es poco eficaz, pero, bueno... Cuando la señorita se canse de tus

castos abrazos, ya me llamará. Como siempre pasa. Os dejo intimidad, pero recordad que hay niños en la piscina.

«¡Playa», le grito en mi interior. Esto es una playa. Es mucho más sensual una playa que una piscina. ¿O es cosa mía?

James era un tipo seguro de sí mismo. No parecía celoso por nuestra actitud, sino absolutamente seguro de que yo terminaría llamándolo. ¡Maldito creído! ¿Las antiguas novias de Ryan habían llamado a su hermano? Aquello era espantoso.

James aprieta el botón de la ducha y se gira para irse.

Bonito culo.

—Siento mucho que vieras el numerito de hermanos.

Ryan se separa de mí mientras dice la frase. Agradezco que mi lengua esté sofocada, si no habría gritado un «no» eterno. ¿Por qué se separa? Estaba tan a gusto.

—Verás...

Mis ojos se entrecierran. Puede explicarme lo que quiera, pero ¿podemos volver a la posición anterior? También sé escuchar pegada a él. Me gustan las sensaciones extrañas que siento cuando estoy pegada a él.

Respiro. Seguramente ahora vendrá una explicación por ese beso corto que yo he catalogado como el mejor de mi vida. Intento concentrarme. No debo abrir la boca, a no ser que sea para repetir el mismo acto húmedo y caliente de antes.

—Lamento haberme comportado así contigo, pero te he cogido aprecio y no quiero que mi hermano juegue contigo.

Alarma. Alarma.

Acaba de utilizar la palabra: aprecio. Sara, tu cerebro lamenta comunicarte que ese término solo se utiliza cuando pasas al modo amiga. ¿En qué momento he pasado a ser una amiga? ¿Que no quiere que su hermano juegue conmigo? ¿Y quién diablos va a apagar este dichoso fuego?

—Oh.

Es lo único que le permito decir a mi boca. Me pica la mano; quiero abofetearlo. ¿Por qué tiene que decidir por mí? ¿Por qué me besa y después me aparta? La frustración arde en mis venas. Lo miro, él está tan perfecto jugando con su bonito pelo.

—Te he cogido mucho cariño, amigas como tú no se encuentran todos los días, y no quiero compartirme con mi hermano, eso lo estropearía todo. No podríamos ser amigos si tú...

¿Amigos? ¿Compartir? ¿En la misma jodida frase?

Mi mano vuela y se estampa contra su cara.

Hoy el dios bueno tendrá dos manos marcadas en la cara. Quizá no sea tan bueno. Ese es el puñetero problema de los hombres. ¿Por qué demonios solo los cretinos son sinceros? Te dicen que quieren sexo y eso nos escandaliza. Y después están los que van de buenos, que te ilusionan

para después dejarte mojada, nunca mejor dicho. Son santos. ¡Pues no! Estoy enfadada, muy enfadada. Con él, conmigo, con la vida y con mi virginidad encontrada y *porculera*.

—Creo que soy suficientemente mayorcita para decidir por mí misma quién me conviene y quién no. No necesito tus obras de caridad. ¡Salvemos a las amigas! No mereces la pena.

Me giro y lo dejo detrás de mí. Camino hacia el mar (¡lo sé, es artificial, ¿y qué?). La impotencia y la rabia me guían. Allí está Don Cretino. No lo pienso. Voy directa a él. Le tomo la cara con las manos y lo beso.

¡Chúpate esa, Don Acosador!

Y mis besos son de los que dicen: fóllame, besos que arden por sí solos, sin ninguna mecha.

Su mano va directa a mi culo y me acerca a él. Mi lengua parece un torbellino que quiere arrasar con todo. Sé que aquello le ha sorprendido, pero él siempre está dispuesto, o eso parece.

No siento mariposas en la barriga ni un cosquilleo en mis labios. No, nada de eso.

Simplemente ardo. Ardo en llamas.

Me separo de su agarre y me voy. Sí, ahora soy yo la cretina. Vuelvo a la ducha, espero que nadie haya sido consciente de mi ataque de furia. Me coloco donde antes ha estado James.

Ryan sigue ahí, me mira con lo que yo puedo creer que es decepción.

—Él tampoco merece la pena —digo antes de presionar el botón de la ducha. ¿El agua también limpia la impresión de haber sido una zorra?

Me voy antes de que el chorro cese. Sé que me he comportado como una niña, pero siento rabia. ¿Me había besado solo porque había visto a su hermano? Yo había sentido algo.

—¿Qué pasa, que ahora eres tú la que sufres de desdoblamiento de personalidad? —pregunta Ryan, furioso.

—No te importa.

No paro de caminar, acelero el paso. ¿Por qué viene? ¿No intuye que estoy huyendo? Su altura me intimida. Caminar rápido por la arena puede resultar cómico o patético, dependiendo de tu estado de ánimo.

—Te comportas como una niña, ¿lo sabes?

—Que te den.

Le contesto. Adiós a la niña. Hola a la zorra mal hablada. Me doy cuenta de que me he dejado mi toalla y mis cosas en la hamaca. ¡Felicidades, Sara! Tienes que dar media vuelta.

Además, teóricamente me tenía que volver a casa con él.

Si vuelvo a la hamaca, pareceré estúpida. La mejor opción es ir al chiringuito de la playa y emborracharme, pero... ¡Esto no es una playa! Y el bar de la piscina no me gusta como plan, pero es lo que hay. Estoy en Madrid, me gusta Madrid, ¿no? ¡Pues aquí no hay playa!

Camino hasta la hamaca con los puños cerrados, tomo mis cosas sin mirar a Don Acosador Capullo, que me persigue.

Miro a mi izquierda. ¡Hay un bar! Pues allá voy. ¡Alcohol ven a mí!

—Un chupito doble de tequila —digo, y aporreo con energía la barra. Estoy perdiendo las normas, lo sé. Pero, en ocasiones, la rabia se vuelve incontrolable.

El chupito no tarda en llegar. Arde. Me quema la garganta cuando el líquido pasa por ella.

¡Virgen santa! Miro al camarero y él me pone otro. El segundo quema menos, siempre quema menos.

Mi mano toma el vaso. El tercero hará que me sienta mejor, pero este desaparece de entre mis dedos. Ryan. El dios acosador, pero solo amigo, me lo ha quitado.

—No bebas más.

Intento coger el vaso, pero él es más ágil y más rápido. No es buena idea pegar saltos, todavía estoy en bikini. Y seguimos yendo a conjunto. ¡Lo odio!

—¿Alcoholismo? Normal que hables de enfermedades y perfecciones. ¡Eres alcohólica! Intento no reírme. Extiendo mi mano con la palma hacia arriba y hago que mi pie golpee el suelo. Quiero seguir bebiendo hasta caer redonda. Quiero que él se vaya y dejarme de sentir como una completa estúpida.

—Dame... el... vaso —digo con una profunda mirada de odio en mi cara.

Sara amenazadora. Estoy segura de que no la quiere conocer. Su ceja se alza de forma divertida. Al parecer no le he dado miedo. Me ofrece el vaso para después bebérselo todo de un tirón. Su cara es un poema. Quema, ¿verdad? ¡Pues jódete!

Lo señalo al tiempo que mi boca se abre de par en par.

¡Imbécil!

—¡Mentiroso! —grito de forma acusadora—. Dijiste que no bebías.

—Y no lo hacía —contesta él con una forma adorable de fruncir el ceño—. Esto es horrible.

¿Te gusta que te arda la garganta?

Me acerco a él, con caminares de tigresa enjaulada. He sido afectada por el virus cretino. Y mi lengua parece estar más que contenta de que el modo *mute* esté desactivado.

—La garganta me ardía igualmente. Tus besos dan sed —le digo invadiendo todo su espacio. Total, ¿para qué lo quiere?—. ¿Te das cuenta de ello?

Noto que mi lengua está en plena orgía mental. Cierro la boca antes de que pase a la segunda base. Y no tengo ninguna almohada cerca para que se desfogue. Así pues, cuidado, ciudadanos de Madrid y los alrededores, estoy borracha.

—Otro chupito —reclamo al camarero, apartando la mirada del dios griego.

—Dos, por favor.

Miro a Ryan y sonrío. Mi lado cretino está resurgiendo de algún lugar profundo de mi ser.

Quizá pueda emborrachar a Ryan y dejar que su lengua también se suelte. Una orgía de lenguas parece un buen plan. Cuidado, Ryan..., estoy que ardo.

Capítulo diez

Resaca intrigante

¿Para qué empeñarse en disimular, si sabes que el bar ahí siempre va a estar, para verte bien, para verte mal, para verte doble? ¿Para qué soñar con ser algo más, si mañana no me voy a acordar del dulce sabor de nuestro sudor, ni tú, de mi nombre?

De bar en peor, de MELENDI

El agua es densa y yo estoy encima de ella. Me engulle, me siento pesada. Mis brazos tardan en reaccionar, intento moverme, pero la velocidad de mi cuerpo es mínima. Mi estómago parece estar en el Infierno. Arde y tengo lava que sube y baja por él.

Necesito salir del agua. Podría ahogarme. Intento ponerme en pie, pero no consigo tocar el fondo. Noto que caigo en picado. No puedo parar. Grito, o eso creo, y la lava sale por mi boca. Al caer, mi cuerpo rebota contra el colchón. ¿Hay colchones debajo del agua?

Entreabro mis ojos. La luz me ciega por completo. Oigo un murmullo, un murmullo que me resulta familiar. ¿La alarma de mi móvil? Abro los ojos, no sin gran esfuerzo. Las pestañas me pesan demasiado. Miro el techo y veo un ventilador. Ese techo no me es familiar. Mi mano se mueve por lo que parece una mesita de noche, en busca de mi teléfono.

Bien, analicemos. Esta no es mi habitación, esta no es mi cama. ¿Yo, sigo siendo yo? Me incorporo de forma brusca. Miro mi cuerpo, continúa siendo el mismo cuerpo flacucho con pies feos, bien. Y todavía tengo, o eso parece, todos mis órganos.

Respiro profundamente y me dejo caer en el cómodo colchón. Me relamo los labios, están secos y parecen hinchados. ¡Un momento! Sigo sin estar en mi cama. Respiro de nuevo. Estoy despierta, por lo menos no estoy muerta. Continúo en mi cuerpo, pero no en mi cama. ¿Estoy sola? Oigo un sonido, un sonido que parece una respiración. Los muertos debajo de la cama no respiran, por lo que descarto el momento *Sexto sentido*. Me muerdo el labio antes de girar lentamente la cabeza.

¡Joder! Aquí, tumbado a mi lado, hay uno de los dioses griegos. Y si digo griego, es porque su cuerpo escultural está tapado únicamente por un trozo de sabana. Después de reconocer su cuerpo, paso al mío. Estoy en ropa interior. ¿Me la he llegado a quitar? ¿Quién es él? ¿Por qué no compré las malditas pulseritas identificativas?

Me duele la cabeza. Intento recordar la noche anterior, pero solo me topo con oscuridad.

No volveré a beber en la vida. Quizá me había acostado con aquella perfección andante y no me acordaba de nada. ¿Se podía ser más desgraciada? ¿Qué iba a hacer?

«Hola, ¿me puedes contar qué hicimos anoche? No te cortes con los detalles, gracias». ¿Quién de

los dos es? Miro a los lados y después dejo que mi mano levante la sabana con delicadeza. Lleva bóxers. Bien, eso no aclara nada. Tengo ganas de despertarlo y hacerle un test. Es sencillo, solo tiene que decir sí o no.

¿Lo hemos hecho? ¿He gritado? ¿Estoy embarazada? ¿Quieres casarte conmigo?

Ah, y, al final del cuestionario: por favor, indique su nombre. Gracias.

Definitivamente, no puedo preguntar nada de eso. Tengo que investigar. Mi mano va directa a mi sexo. No me duele, pero no sé por qué debería hacerlo. Estoy segura de que mi cuerpo no se resistió a semejante hombre. Estoy mojada, pero eso no significa nada. ¿Quién no está mojada cuando se despierta con un dios a su lado?

Miro por el suelo y no encuentro ningún envoltorio de preservativo. Mi móvil suena de nuevo. ¿Este hombre está sordo? El teléfono está cerca de su cabeza. Una de dos, o está muy cansado por la gran noche que nos dimos, o simplemente se está haciendo el dormido para no ver mi cara.

Chasqueo la lengua, decepcionada. ¡Mierda! Si mi alarma suena, es por algo. ¡Debo ir a trabajar! Me tiro fuera de la cama y busco mi ropa. ¿Dónde está? No quiero despertarlo para preguntarle si ha visto mis pantalones.

¡Ahí están! Justo al lado de la puerta. ¿Por qué me los quité? Decido no hacerme más preguntas hasta que la resaca me haya abandonado. Gateo por toda la habitación y no encuentro nada más. Bueno, tampoco es tan grave ir a la calle con la parte de arriba del bikini. ¿Bikini? Ahora recuerdo la no playa. ¡Mierda! Bueno, si no encuentro mi camiseta, lo más correcto sería quitarle la suya a Don Perfecto. Es lo justo, seguramente él me quitó la mía, o quizá no. No lo sé. Miro al suelo. Su camiseta está ahí, tirada como si la noche de ayer hubiese sido una noche de locura.

Cojo la camiseta y me la pongo. Cuando mi mente se aclare y consiga averiguar quién de los dos hermanos modelos es, ya se la enviaré por correo. No puedo evitar soltar una carcajada. Me imagino el paquete con la camiseta y una nota: «Vosotros sabréis de quién es.

P. D.: ¿No os enseñaron a marcar la ropa en la guardería?».

Bien, estoy medio vestida. ¿Y mis zapatos? No puedo aparecer en el trabajo con el pelo alborotado, camiseta de chico y descalza. Quiero llorar. Esto no me puede estar pasando. Odio el tequila. Miro hacia la entrada y veo un zapato. Bueno, mejor ir con un zapato y a la pata coja que descalza. Empiezo a buscarlo cuando caigo al tropezar con algo. ¡Mi otro zapato!

Antes de salir necesito ir al baño. Debo peinarme e inspeccionar mi cuerpo en busca de chupetones. Es tan frustrante no saber qué has hecho. No sé dónde está el baño, no sé dónde estoy. Abro la primera puerta que me encuentro. Y mi corazón se quiere suicidar saliendo por mi boca.

Allí boca abajo está el otro (o eso creo), desnudo por completo.

Me quedo parada. Hermanos, gemelos, ducha, playa, barro, beso... o, mejor dicho, besos. No, no y no.

No te lo montaste con los dos, no te lo montaste con los dos. Lo repito para intentar calmar

la llama que ha renacido en mi sexo. Esto no es normal. No puedo dejar de mirar ese culo y su magnífica perfección. ¿El otro sería completamente igual? Miro mi mano, que está quieta cuando debería estar cerrando la puerta.

Joder, joder, joder.

Cierro la puerta con la ayuda de mis dos manos. Abro la siguiente puerta y esta sí es un baño. ¡Aleluya! Me miro y siento un poco de frustración al no encontrar ninguna marca en mi cuello. Mis mejillas están sonrojadas, no sé si es la cara poscoital o precoital, pero no es normal.

Me ato el pelo en una coleta, intentando parecer algo decente. Me lavo la cara y salgo del baño. No hay monumentos andantes a la vista, así que salgo de allí a paso ligero.

Llego a la cafetería con un enorme dolor de cabeza. Al parecer, Loli no está enfadada por mi retraso. Es más, incluso parece hacerle gracia mi aspecto. Me limito a limpiar la barra mientras intento pensar en el día y la noche de ayer.

Un *flash* me abofetea.

—Entonces, el hecho de que nunca hayas compartido gustos con tu hermano me quita todas las posibilidades, ¿verdad?

—Bueno, pensándolo bien, a mi hermano le gustan todas, y eso haría que yo me quedase sin ninguna. Así que creo que todavía tienes posibilidades, Sarita.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Estoy a punto de saltar de la alegría. Ese tenía pinta de ser Ryan. Yo, Ryan y corazones flotando en el aire.

Muevo mis caderas de lado a lado al ritmo de la música que suena en la radio. *Love me again*, de John Newman. Y su gran estribillo que me viene como anillo al dedo: «Yo necesito saber ahora, saber ahora. ¿Me puedes amar de nuevo?».

Me paso el trapo de una mano a la otra y sonrío. Quizá, solo quizá, mi noche estuvo bien. Y tal vez si le canto esta canción a Ryan él querrá amarme de nuevo. ¡Oh, sí, nene!

—Qué contenta estás hoy. Oye, esa camiseta podríamos decir que es un poco... ¿masculina?

Miro a Loli con intención de llamarla aguafiestas, pero entonces me llega otro *flash*. Estaba borracha, muy borracha. Ryan también. Ambos entrelazamos nuestras manos para beber nuestro último chupito. Era divertido, los dos reíamos, hasta que yo derramé mi chupito por su camiseta. Él parecía divertido. Salió del bar mientras niega con la cabeza.

—Veo que mi hermano no sabe aprovechar lo que tiene. ¿Te han dicho alguna vez que besas muy bien?

Mierda, mierda, mierda.

¿Qué he hecho? ¿Con quién?

—Perdona, creo que te has dejado esto en mi casa.

Alzo la mirada y me encuentro con el sujeto X con gafas de sol y con cara de pocos amigos. Su

mano está extendida y mi camiseta cuelga de ella.

Tierra, trágame.

Capítulo once

Me encantas

Tratar de olvidar a alguien es querer recordarlo para siempre.

ANÓNIMO

Casi no puedo moverme. Mis ojos, a pesar del escozor, se abren de par en par. ¿Quién narices es? Vamos, sonríe, vamos. Enséñame tu magnífica sonrisa torcida. ¿Quién de los dos es? Está serio. ¡Maldición! Seguro que le he dado el peor sexo de su vida. Si soy mala serena..., ¡imagínate borracha! Agacho la mirada, no hay nada más ridículo que quedarse embobada como yo lo estoy en este maldito instante.

Consigo estirar el brazo sin mirarlo y cojo la camiseta.

—Gracias —digo con un temblor traicionero en mi voz.

—¿Llevas mi camiseta? —pregunta él, y su voz, cómo no, no tiembla. Suena perfecta, ni rastro de resaca.

—Eso creo.

Bien, acabo de admitir que no tengo ni idea de quién es. Alzo la mirada para poder comprobar el destrozo que he ocasionado con aquella frase dubitativa. Sus ojos me están estudiando. Y mi mente se teletransporta al Lejano Oeste. Me imagino a los dos mirándonos como en un duelo; una bola de paja se pasea entre nosotros mientras, de fondo, suena una música pegadiza. Nuestras manos están en el revólver. ¿Quién será el primero en disparar?

—¿Eso crees? —pregunta, y noto un molesto alivio en su voz.

Quien fuera de los dos, está claro que está disfrutando de encontrarse con una mujer resacosa y con una curiosa laguna mental. Cambio mi peso de pierna, no sé cómo diablos colocarme. ¿Qué se supone que tengo que decir y/o hacer?

—No sabes quién soy, ¿verdad?

Una risa se escapa de entre sus labios. Hasta ayer tenía claro que ese sonido era perfecto, maravilloso e incluso celestial. Pero, en este momento, sin ninguna duda, lo detesto. Me duele la cabeza y tengo amnesia. Nada de risas, por favor.

El chico de risa detestable se muerde el labio. Mi cuerpo reacciona ante ese maldito gesto. Al parecer, él sí que lo reconoce, quizás este dios griego me ha enseñado sus dotes amorosas esta noche y yo soy tan patética que tengo una laguna mental.

—¡Claro que sé quién eres! Pero ahora mismo no estoy para tonterías, algunas trabajamos

—digo antes de darle la espalda en un perfecto giro.

¡Muy bien, Sara! Tendrás que beber más a menudo. Puedes mentir, coordinar los pies y controlar

tu lengua. Nota mental: llevar una petaca de vodka en el bolso.

—Bueno, entonces te gustó, ¿verdad?

Siento cómo mi cuerpo se hiela. Estoy destilando lo que queda de alcohol en él. Un sudor frío cala mi espalda. Me muerdo la lengua con fuerza, así no tomará vida propia.

Me permito el lujo de mirarlo.

—No estuvo mal —digo sin rastro de temblor en mi voz.

Al parecer, mi lengua aprende a base de palos. Nota mental dos: morderme la lengua más a menudo.

Espero paciente algún tipo de contestación de Mister Mundo, pero nada.

Bien. Sara dos, individuo «X» cero.

Me giro de nuevo, esta vez utilizo el efecto Pantene, haciendo que mi pelo vuele como si de un anuncio se tratase. Intentaré no hacer el baile de la victoria hasta que él se vaya.

—¿De qué parte estamos hablando?

¿Qué? ¿Qué tipo de pregunta es esa? Me quedo congelada en el sitio, sin poder reaccionar.

¿De qué parte hablamos? Pues de esa que no me acuerdo. ¿Tanto le costaba estar callado e irse a dormir? Giro levemente el cuello y examino su expresión. No muestra ningún sentimiento. No hay ira ni alegría. Solo está ese brillo en los ojos, un brillo que, al parecer, sabe a victoria.

—De la parte en la que tú estabas sobre mí.

Mi lengua ha hablado sin mi permiso, pero, involuntariamente, esa frase ha hecho que un *flash* me abofetee la cara.

Sí, puedo recordar la parte en la que el Señor Perfecto está encima de mí. Como no tiene pulsera sigo sin saber quién es, pero recuerdo más que bien lo que me dice: «Me encantas, Sara».

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Le encanto. No sé quién de los dos es, pero le encanto. Y eso significa que no soy un cero a la izquierda en la cama. Necesito bailar, pero caigo en la dura realidad. Quizás ese «me encantas» llegó antes del coito. Mi labio superior se estira haciendo una verdadera mueca de asco.

Siento un escalofrío en la espada.

—Sara, quítate de la corriente. Estás mojada y te vas a poner enferma —me riñe Loli desde la entrada a la cocina.

Salgo de mi ensoñación y me aparto del ventilador. ¿Por qué tengo la espalda mojada?

—Qué casualidad, en la parte que comentas, también estabas mojada.

Mi cara arde. Ese comentario solo lo puede hacer James. Y eso significa que me he acostado con un cretino que se lo monta de maravilla..., y que no me acuerdo de nada. Más bajo no se puede caer. He tenido dos polvos en mi vida, los dos borracha. Y no recuerdo ninguno de los dos.

Me muerdo el labio inferior y mi pie golpea con fuerza el suelo. ¡Odio esta sensación! ¿Por qué me tiene que pasar a mí? Suena de nuevo esa melodía del demonio, también conocida como risa de los hermanos Cooper.

—Estabas mojada porque nos duchamos con los aspersores del jardín, Sara. No recuerdas nada, ¿verdad?

Me rindo. Niego con la cabeza y dejo que mis dientes liberen mi labio inferior para después subirlo en forma de puchero.

Estoy tocada y hundida. El individuo X solo me había dado una ligera ventaja, para después machacarme. Así es la guerra.

—Te advertí que era mejor no beber. —¿Ryan? —pregunto claramente emocionada. ¿Ryan? ¡Dios existe! Él asiente con una ligera pero perfecta sonrisa, y yo lo abrazo con energía.

—¡Ryan!

Sus brazos rodean mi cintura y me pego a él como una lapa. Creo que mi cuerpo está hecho para él.

—¿Te alegras de que sea yo? —pregunta.

Odio percibir un rastro de duda en su voz. Soy una buena chica, no me acuesto con cretinos. Puede que lo besara, pero solo fue un acto de venganza idiota.

Asiento con la cabeza. Mi garganta está seca, no sé si por la resaca o si por su presencia. Humedezco mi labio inferior antes de hablar.

—Pensé que me había acostado con tu hermano —digo con tristeza en mi voz.

¿Por qué diablos bebí? El chico guapo con aires de Dios sonríe de lado.

—¿Quién ha dicho que no lo hicieras?

No puedo pestañear. Me cuesta respirar. Me he acostado con el cretino y, con ello, he perdido mi oportunidad con el caballero de armadura de hierro. No sé qué decir ni qué hacer. ¿Le estrecho la mano? ¿Todo terminará con un «encantada de conocerte»? ¡Dios! Creo que voy a llorar.

—Es broma, alejé a mi hermano de ti. ¿Hice mal?

Mis pestañas vuelven a tener vida y aletean entusiasmadas. Sonrío, intento no hacerlo, pero mi cara tiene vida propia.

—Claro que no, gracias.

Aspiro su olor. Y puedo encontrar su aroma debajo del olor a tequila y tabaco. Siento que mi barriga se contrae intentando contener las mariposas que luchan por salir evolutando.

No debo permitirme sentir nada, no después de la tarde de ayer.

Lo miro de arriba abajo. No se ha peinado, va mal vestido, pero igualmente está guapo. Él lo estaría con cualquier trapo. El mundo está mal dividido. Están los dioses, que están divinos se pongan lo que se pongan. Y después estamos los de la plebe, que nos tenemos que esmerar mucho para estar simplemente bien. Ryan se acerca a mí. Se inclina, apoyando los codos en la barra. Me

mira a los ojos y siento que el mundo deja de existir. Sé que está hablando porque mueve los labios e intento prestarle atención.

—Todavía tengo que ducharme... Si no me voy ya, llegaré tarde al trabajo —dice mientras me coloca un mechón de pelo—. Por tu culpa, me duele mucho la cabeza, pero ¿sabes una cosa?

Sé que debería sentirme culpable por su dolor de cabeza, por arrastrarlo a una noche conmigo y con tequila, pero no puedo. Su mano continúa jugando con mi pelo y sus ojos me están hipnotizando.

Consigo asentir, que me diga lo que quiera.

Su cabeza se inclina y lucho contra mis labios para que estos no se junten estúpidamente en busca de un beso.

—Me encantas —dice, en lo que considero el susurro más erótico de mi vida.

Antes de que pueda pensar algo coherente que decir, él se separa de mí y la soledad se apodera del ambiente. Admiro embobada su forma de caminar. Tengo que decirle algo, dejo las notas mentales a un lado y permito que mi lengua actúe por sí sola. Es la única que no se ha quedado tontamente embobada con él y su sensual «me encantas».

—Ryan —lo llamo, e intento no sonar desesperada—. ¿Qué hicimos?

Mi lengua es directa, sin tapujos. Además, él tiene prisa, ¿no? Su sonrisa me deslumbra de nuevo. Al parecer la pregunta no le ha molestado.

Vamos, dímelo. Y, si es necesario, me puedes hacer un esquema práctico en el baño, con las posturas más utilizadas de la noche. ¡Dios! Creo que me voy a volver a morder las uñas.

Aquel dios camina de nuevo hacia mí y mis piernas flaquean. No se frena, sus labios van directos a los míos. Me preparo para que su lengua me atormente, pero falsa alarma. Lo que parecía que iba a ser un beso apasionado, se convierte en un ligero roce de labios..., pero oye, algo es algo.

—Solo te diré —me dice a escasos milímetros de mi boca— que fui bueno.

Y con eso se va, y esta vez no se gira para mirarme ni para despedirse. ¿Bueno? ¿Bueno en qué sentido? Bueno de «te puedo catalogar en la lista de los más activos sexualmente», o bueno de «no te he tocado ni un pelo y seguiremos así hasta el matrimonio». ¿Será virgen? ¿Quién me manda meterme a mí en estos líos?

—¿Qué tal anoche?

Lo que me faltaba. Ahí está Esther, fresca y bonita como una rosa, con su mirada de amiga muy enfadada. Creo que no es el mejor momento para atenderla, pero no puedo evitarla. Resoplo, cojo una lata de Coca-Cola y me bebo media del tirón. Necesito cafeína. La miro a los ojos y le contesto.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —me pregunta. Confirmado: está enfadada—. Para una vez que me haces caso y te tiras a un tío, ahora no te acuerdas... Voy a obviar el momento en el que me lo

robaste de las narices, porque, cariño, te la devolveré.

Esther me mira con una ceja alzada. Ese gesto me indica que lo que va a salir por su boca no me va a gustar en absoluto. Cambio el peso de mi cuerpo y miro hacia otro lado. Me siento incómoda, muy incómoda.

La Barbie rubia me continúa inspeccionando con la mirada. Si buscas chupetones, guapa, no los vas a encontrar. Ya los he buscado yo.

—Si con un tío así no te acuerdas, te lo tienes que hacer mirar.

Dejo caer la cabeza entre mis manos. Tiene razón. Debo intentar tirarme a los tíos cuando no esté bebida. Así solo me siento terriblemente frustrada. Cojo mi lata de Coca-Cola y me siento a una mesa. Esther me sigue y se coloca junto a mí.

Si Loli no me despide hoy, no lo hará nunca en la vida. No he hecho nada desde que he llegado. Soy un desastre.

—No me acuerdo de nada —admito mientras miro mis uñas, y siento la necesidad de morderlas. Soy rara, a falta de memoria sexual, me como las uñas. ¿Dónde quedó el chocolate?

—Por pasos —me contesta Esther irguiéndose en su asiento—. ¿Te has acostado con él? Suelto todo el aire de mis pulmones. Como si fuera tan fácil la dichosa preguntita. ¿Qué parte no entiende de «no me acuerdo de nada»? Intento camuflar mi frustración. Vuelvo a humedecer mis labios. ¡Dichosa sed interminable! Quizá la Coca-Cola no quita la sed, pero está rica.

—Me he despertado en la cama de Ryan, pero James también andaba cerca.

Supuestamente, según Ryan, él mantuvo alejado a James de mí, pero, bueno, yo no sé nada. Los ojos de Esther se abren de par en par. Su frente se frunce, y, *voilà*, Barbie también tiene arrugas. No eres tan perfecta, encanto. Sus dedos, con su manicura francesa (está sí que es perfecta), tamborilean en la mesa.

—¿Quién es Ryan?

—El chico que abofeteaste en la playa, el hermano gemelo de James, el tío que te tiraste. Sé que estoy siendo cruel, porque siento satisfacción cuando termino la frase. Quiero que sepa que Ryan no está en su lista de conquistas y que no lo estará. Alzo la mirada esperando ver su reacción.

Su expresión es graciosa, parece no estar entendiendo nada.

—Uno más uno son dos. Hay dos, Esther. —Alzo dos dedos para que le resulte más ilustrativo.

Ella sacude la cabeza, aturdida. Parece captar la información, porque ahora es su boca la que se abre. Su dedo índice me señala de forma acusadora. Su boca se vuelve abrir y se cierra sin llegar a decir nada.

Después de los treinta segundos más graciosos de mi vida, consigue encontrar las palabras:

—¿Me estás diciendo que me puse encima de un tío intentando recordarle algo que no hemos hecho, y, para más inri, no conseguí nada con él? —Parece a punto de entrar en *shock*, con la

mirada perdida—. Es decir, hay otro dios griego con atributos inconfundibles que yo no he probado... Esto no puede quedarse así.

El *shock* para mí. No puede ser. ¿Hay ser más egoísta en el mundo? Ella, no contenta con uno, quiere acostarse con los dos. Ni siquiera yo, que tengo una vida sexual bajo mínimos, me he planteado esa opción.

Vale, sí, los he besado a los dos, pero, de ahí a acostarme con ellos, va un mundo. Puede que también fantaseara mínimamente con ello, pero nunca me lo he planteado seriamente.

Siento que la rabia arde en mi pecho. ¿Celos? ¿Inseguridad? No lo sé, pero no pienso morderme la lengua en este momento. Estoy segura de que, si lo hago, me envenenaría a mí misma.

Coloco las manos sobre la mesa, mejor tenerlas en un lugar seguro y controladas. No quiero dejarme llevar por las hormonas y tirarle de los pelos. ¡Diablos, es mi amiga! Hablaré como las personas civilizadas.

—Esther, ni se te ocurra follarte a Ryan.

Bien, he sido una persona civilizada, un poco vulgar, pero al menos no la he agredido ni la he amenazado con nada, todavía.

Mis mejillas arden. Y, si lo hacen, es porque he hecho algo mal. Quizá he hablado demasiado fuerte. Puede que por eso todos me estén mirando. Tierra, trágame, por favor.

Capítulo doce

A veces, intentar vengarse no es lo correcto

En la venganza, el más débil es siempre más feroz.

HONORÉ DE BALZAC

Mi jornada laboral llega a su fin. Ha sido larga, he tenido sed y dolor de cabeza todo el día.

Loli me dice adiós con la mano mientras yo me encargo de terminar de recoger.

Hoy me toca cerrar a mí, justamente hoy, que estoy confundida y resacosa. Apago la luz, cojo mi bolso y me alumbro con mi móvil. ¿Para qué se necesitan las linternas? Llego hasta la puerta sin golpearme con nada y salgo.

Introduzco la llave en la cerradura y la persiana baja automáticamente. Quiero llegar a mi casa y ponerme debajo de la ducha.

—Buenas noches, Sarita.

Esa voz inconfundible y ese tono solo pueden ser de una persona: James. Me giro con una mueca de asco en la cara. Estoy feliz, por una vez no he dudado de su identidad.

—¿Y esa cara? Anoche no ponías la misma...

James es especialista en ser *sexy* hasta cuando se comporta como un verdadero idiota arrogante. Su sonrisa torcida, sus ojos brillantes y sus rasgos perfectos. Intento sacudir sus encantos de mi mente. Está intentando confundirme, quiere que caiga en su trampa, pero no.

—No me vengas con tonterías, James. Tan solo fue un beso. No significó nada.

Es de lo único que estoy segura. He besado a los dos hermanos. En la playa, por despecho. Hasta ahí mi memoria llega, pero no tiene mucho más almacenado.

La persiana llega hasta el suelo, me agacho para cerrar el candado mientras noto el peso de su mirada en mi trasero. Me incorporo rápidamente, me siento incómoda. ¿No tiene modales? No, los cretinos no tienen de eso.

—¿Beso? —pregunta con un gesto de confusión puramente teatral—. ¿En singular? Yo diría que fue más de uno, Sarita. ¿Qué pasa? ¿No te acuerdas?

Cretino en versión grosera sonrío. ¿Qué me pasa? Odio que me llame Sarita, odio no acordarme de lo que pasó anoche, odio que me sonría y, sobre todo, odio tener la necesidad de morder esos labios. ¿Por qué soy tan débil?

Su mirada me hipnotiza, su sonrisa se esfuma, pero mis dientes todavía quieren marcarlo.

—Es una lástima que no recuerdes nada.

A pesar de que lo ha dicho en una especie de susurro erótico, lo he entendido a la perfección. ¿Qué les pasa a los hermanos Cooper? Deberían prohibirles hablar de esa forma. Hace que mi

cuerpo reaccione y mi boca empiece a segregar saliva. En definitiva: babeo.

James, no contento con susurrar de forma pornográfica, se acerca a mí invadiendo todo mi espacio. Total, ¿para qué lo necesito? Su dedo repasa el contorno de mis labios. Sé que tengo que apartarme, que tengo que huir, pero lo único que consigo es retroceder un paso y toparme contra la pared.

Sus dientes, más listos que los míos, muerden su labio inferior. Mis ojos se quedan mirando ese gesto. Trago saliva. Babas no, gracias.

—Deja de intentar confundirme —digo utilizando la parte casta de mi cuerpo. Estoy orgullosa de mí, no me siento débil. Lo voy a conseguir.

—¿Te confundo? —me pregunta, y su voz se rompe al intentar susurrarme de nuevo.

Se acerca, noto su aliento en mi oído. Espero que la parte casta de mi cabeza resurja de nuevo, pero no. La traidora ha decidido pasarse al lado oscuro. Mi piel se eriza y en mi cara se dibuja una estúpida sonrisa. Cierro los ojos y espero. Soy patética, lo sé, pero mi cuerpo es débil. ¿Qué puedo hacer? A ver qué haría cualquier mujer cuando un monumento andante la acecha de esa forma.

—¿A qué esperas?

Abro los ojos con urgencia. James está recostado contra la pared y ya no invade mi espacio personal. ¡Estúpida! Definitivamente mi rango de patética está bien alto.

—¿Sabes? Tengo una norma irrompible. —James habla con aires de grandeza—. Nunca repito con la misma mujer, por lo que tú nunca sabrás qué tal fue anoche.

¿Y? A mí que me importa que él no repita con las mujeres. Y, al fin, me canso de la situación. Y decido plantarle cara. No sé qué diablos se cree (aparte de irresistiblemente guapo), pero es él quién me está acosando.

—¿Qué tiene que ver que tú no repitas con que yo me entere de qué diablos pasó anoche?

Estoy perdiendo las formas, tengo ganas de enseñarle mi dedo corazón. Estoy alterada, noto como mi corazón se acelera, y no por lo guapo que es, nada de eso. Lo odio, lo odio desde lo más profundo de mí ser.

Su ceja se alza y comprendo que me he perdido algo. Como no dice nada, no tengo más opción que preguntar.

—¿Me puedes repetir la frase? —Siento que mis mejillas arden de la vergüenza—. No, no me la repitas. ¿Tú y yo? Ah, no, tu hermano me ha dicho que no pasó nada.

—¿Mi hermano? ¿El segundo plato de tu noche?

No consigo procesar toda la información. Él no para de sonreír, parece disfrutar con mis lagunas mentales. Nunca volveré a beber. Lo prometo.

—¿Segundo plato? Él me contó que...

Pero el grosero en todo su esplendor no me deja explicarme y me corta alzando un dedo.

Suelta una carcajada. Vamos, que James es de risa fácil a mi costa, está claro, pero podría ser algo más educado.

—¿Qué te contó? Mira que llegas a ser inocente. Tú y yo pasamos la noche juntos. ¿Mi hermano te dijo que la pasaste con él? Esto es el colmo. Quizá le gusta pensar que, cuando recuerdes mis artes amatorias, pensarás en él.

—No te creo.

Es lo único que consigo decir, pero ¿lo hago? Alza las cejas y odio comprobar que, con cada gesto que hace, está todavía más guapo. Parece decepcionado con mis palabras.

Niega con la cabeza.

—Piensa lo que quieras.

Trago saliva sin inmutarme. ¿Por qué juegan conmigo? No me lo merezco. ¿Quién narices dice la verdad? Y si he tenido sexo explosivo, ¿por qué no me acuerdo? Estoy condenada a ser la eterna virgen que cree haber tenido sexo. James se acerca. Como siempre, camina de esa forma tan intimidante. Mis muslos se tensan. Este hombre es mejor que ir al gimnasio.

Tonificación de muslos gratuita.

Se acerca a mí, me mira de esa forma que no sé descifrar. Se humedece el labio inferior, ese que yo quiero morder. Intento calmar mis piernas. ¿Se acordarán ellas de él y su miembro?

No, claro que no. Solo intenta confundirme.

—Por cierto —y ahí vuelve su voz rota susurrante—, me encanta el lunar de tu pecho izquierdo.

El señor cretino, barra grosero, barra intimidador se va tan campante dejándome aquella bomba. Lunar, pecho y yo en la misma frase.

¡Joder! ¿Qué narices he hecho?

Este par me van a volver loca. ¿Por qué Ryan me miente? Se supone que los caballeros no mienten. Es lo malo de irte con el supuestamente bueno, que siempre termina decepcionándote más que el cretino.

Los odio. A los dos. Y no hay nada peor que una mujer frustrada. Saco el móvil del bolsillo mientras me doy prisa para llegar a casa. Le escribo un *whatsApp* a Esther. Necesito el teléfono de James. Si él quiere jugar, jugaremos.

Una vez con el teléfono del cretino en mi poder, lo llamo.

—¿Diga?

—Hola, he estado pensando en lo que me dijiste en el bar.

Tengo que ser directa. Quiero desarmarlo, no sé si podré hacerlo, pero estoy segura de que James Cooper se acordará de mí el resto de sus días.

—¿Sara? —pregunta extrañado.

Agradezco que no me llame Sarita, lo odio. ¿Por qué tanta sorpresa? ¿Acaso pensaba que me quedaría muda de por vida por mi intento de «no beso»? Soy patética, pero reacciono.

Tarde, pero lo hago.

—No esperaba tu llamada.

Bingo. ¿Le estoy molestando el futuro polvo? ¿Estará trabajando? ¿Trabaja? Yo pensaba que se dedicaba a regalar orgasmos en su vida, nada más, pero al parecer no. Ahora mismo parece incluso modosito.

Voy a intentar molestarlo. Intimidarlo. Y allá voy con mi artillería pesada. Vamos, querida lengua, expláyate.

—Respecto a la conversación que hemos tenido en el bar. Sí, quiero repetir, quiero que memorices mi lunar, que recorras cada centímetro de mi piel. Que lo hagamos de nuevo, ya sea en la cama, en la ducha o en tu coche. No me vale eso de que no repites.

—Sara, ¿qué estás diciendo?

No puede ser. James Cooper se está haciendo el inocente. Intento contenerme a restregarme las manos. Sonrío, me siento la mala malosa, y lo peor es que me encanta la sensación.

Intento alargar el momento. Espero que esté en una reunión importante. ¿Conseguiré sacarle los colores?

—¿Qué te pasa? ¿Ahora te da vergüenza?

Mi momento estelar. He dejado a James Cooper, alias el Cretino Follador, sin palabras. Yo, una mujer sin experiencia sexual. Yo, una mujer inmersa en una laguna mental peligrosa.

—¿Ahora? ¿Desde cuándo he querido que me hables en este tono, Sara? Yo pensé que eras distinta, pero veo que no.

—¿Ryan? —pregunto con un hilo de voz.

No, no y no. ¿En serio? Esto solo puede ser una pesadilla. O sea, un día que dejo que la maldad aflore en mi ser y me pillan. No estoy hecha para ser bruja. ¡Dios!

—Sí —contesta claramente molesto.

—¿Por qué respondes al móvil de tu hermano?

—¿Estabas llamando a James? —me pregunta.

No sé analizar el tono de su voz. No quiero que Ryan me odie. Quiero que me dé tiempo para explicarle por qué parezco una fresca en celo. Yo no quería por nada del mundo decírselo a él. Consigo decir un «sí» tímido. ¿Está enfadado conmigo?

—Mi hermano tiene la manía de dar mi número de teléfono a todas las chicas con las que se acuesta.

Joder con Mister Cretino. Era un cretino con todas las letras. Le había dado el número de su hermano a Esther. No quería saber nada más de ella. No puedo evitar soltar una carcajada al imaginarme la cara de mi amiga cuando se lo cuente.

—Encima te hace gracia.

—Perdón, perdón. Ha sido un malentendido.

—No sé qué me molesta más —dice él, y mi cuerpo se tensa, parece muy enfadado—. Sí esas cosas me las dijeras a mí o a mi hermano. Eres como todas.

Y con esa coletilla me cuelga.

Me quedo parada en medio de la calle. Repaso todo lo que ha pasado desde ayer y llego a la siguiente conclusión: no he practicado sexo con ninguno de los hermanos Cooper, para variar.

He hecho el ridículo con ambos.

Ryan cree que soy como todas. Mis probabilidades de estar con él disminuyan a toda velocidad.

James, como mucho, me ofrecerá un polvo de consolación para después dejarme.

¿Qué diablos puede arreglar todo esto?

Capítulo trece

A por todas

Prefiero una locura que me entusiasme a una verdad que me abata.

CHRISTOPH WIELAND

Hundida, estoy completamente hundida.

Diez intentos. Diez arrastrados intentos de que Ryan me coja el teléfono. ¿Qué diablos he hecho? Aparte de convertirme en Miss Obsesiva 2013.

Para una cosa buena que me pasa en la vida, voy y lo fastidio. Debería haberme quedado en la calle, roja y dolida, porque el cretino me había dejado mal, pero no. Yo debía vengarme, o al menos intentarlo.

¿Cómo vengarme? La teoría había sido fácil y estúpida. Ponerme a la altura del cretino. Había pasado de ser la estrecha mosquita muerta a convertirme en una leona en celo. Mi plan era sencillo. El león vendría a olisquear a la leona y, entonces, lo enjaularía. Pero supongo que esto no es la selva y existen los teléfonos. Teléfonos que, unidos a una lengua viperina, hacen que metas la pata hasta el fondo. Resoplo por quinta vez consecutiva. Llevo toda la tarde buscando en Google la dirección de Ryan. Una objetivo algo difícil de lograr, teniendo en cuenta que no sé de qué trabaja.

¿Psicólogo Cooper? Me siento invadida por la decepción. Si es un psicólogo, me tratará como a una paciente. ¡Dios! Hará una tesis conmigo. Adiós a mi historia de amor de novela.

Puedo imaginar cómo será su informe: «Mujer de veintitantos años de edad con un desequilibrio mental considerable. Encuentra enfermedades donde no las hay. Cree que todos son asesinos o acosadores. Tendencia a creer que su vida forma parte de una o varias series de ciencia ficción».

Definitivamente, me pondrán una camisa de fuerza y me sedarán de por vida. Estaré encerrada..., sin haber tenido sexo del bueno. ¿He de pagar ahora que aún estoy a tiempo?

¿Algún enfermero querrá acostarse conmigo? ¿Algún enfermo mental? ¡Dios, Dios! Dios, ayúdame. Terminaré teniendo sexo mental, no físico, con mis compañeros de manicomio.

No, todavía peor, no tendré sexo nunca más en la vida. Y hablaré sobre mi virginidad y su forma de extenderse.

Estoy tan concentrada que creo que me duele la entrepierna. Levanto la cabeza para mirar al cielo. ¡Sí! Todavía miro al cielo cuando pienso en Dios. Entonces, de golpe, me encuentro con un Cooper.

Entrecierro los ojos. Vamos, Sara, por tu cordura, ¿qué hermano es? ¡Ja! Solo James puede caminar con esa prepotencia. Te tengo, cretino, te tengo. Esta vez me vas a oír.

Cruzo la calle y lo sigo. Acaba de entrar en una cafetería, una de estas modernas con sofás. ¿Buscas magreo, Jota? Dejo que pasen un par de minutos y entro. Soy una acosadora, lo sé, pero con clase. Tengo mis tácticas.

Busco con la mirada a Don Cretino. *Voilà*, sentado en un sofá con una mujer a cada lado. No hace falta ser detective para ver que, por su falda con complejo de cinturón y sus operaciones varias, ambas buscan restregarse con él.

Me aclaro la garganta antes de hablar. No es que lo necesite, pero creo que es un gesto interesante. —Hola, James —digo con una sonrisa falsa en mi cara—. ¿Podemos hablar un momento, por favor?

Puedo ver la confusión en sus ojos, pero es rápido y enseguida su cara se muestra relajada. Sonríe, le dice algo a las dos lapas y se levanta con elegancia. Va hasta la barra y yo le sigo, no sé por qué, pero me siento importante por unos momentos. La mujer normalita tiene la atención del gigoló... y sin pagar.

Se apoya de forma casual en la barra, pero yo sé que es otra de sus poses ensayadas. Demasiado perfecto.

Tendría que espiarlo mientras ensaya.

¡Cretino!

—Te dije, bonita, que no repito con nadie. Lo siento, tu turno pasó.

—Corta el rollo —le digo alzando el dedo índice, que vaya con ese cuento a otra—. Dime dónde está la consulta de tu hermano.

James levanta las cejas. Le he pillado por sorpresa. Me he dado cuenta de que repite ese gesto bastante. Quizá no está acostumbrado a que lo manden callar, pero me da igual. Necesito ver a su hermano, creo que tiene que darme terapia urgente.

Su expresión de sorpresa se evapora.

—No ayudo a mi hermano a follar. No te lo tomes como nada personal, son normas familiares.

James se gira para irse de nuevo con su par de amigas. Lo tomo del brazo, no puedo dejar que se vaya sin la información que necesito. Busco una forma rápida de atacarlo. A este ser no se le puede manchar los pantalones, porque, una de dos, o se los quita y se queda tan campante, o manda a una de sus dos amigas a limpiárselos con la lengua.

Aprieto mis labios mientras pienso. Mi mano toma con firmeza su brazo; no quiero pararme a pensar lo musculado que está. No, no puedo distraerme con cuerpos de un solo uso. Hay que centrarse.

—¿Quieres, señor Cooper, que le diga a tus amiguitas lo pequeña que la tienes?

Sí, lo admito, es la peor amenaza del mundo, pero sé que los hombres están más que obsesionados por el tamaño de su amiguito aparato reproductor de orgasmos. Intento no pensar en que tengo datos del tamaño de su miembro: según la Barbie rubia, no es pequeña, pero

¿qué más da?

—Bueno, cielo. El tamaño no importa si sabes usarlo bien. Lo sabrías si no fueras una frustrada. Ahora, si me disculpas —me dice con un tono natural que automáticamente odio—. Yo sí tengo una vida sexual activa.

Bien, aquí Mister Polvos Mágicos me ha llamado frustrada. Y, por la coletilla que ha empleado, sé que no he hecho nada con él. No tengo vida sexual activa, no, solo polvos fantasmas después de una borrachera.

Siento la rabia en mi pecho, que me quema. ¡Odio a James!

—Bueno —digo, y me sorprendo de que mi voz sea ronca y malvada—, quizá se enteren de tu recién detectada enfermedad de transmisión sexual.

Sus pies se frenan. ¡Toma esa! Se gira despacio y sus ojos parecen estar más oscuros. Me quedo quieta e intento contener la respiración. Es mi minuto de gloria. Veo algo en su mirada, algo demasiado oscuro. Yo y mi tendencia a ver *Vampire diaries*, hace que me plantee que este hombre tan sexy no es humano. ¿Vampiro? ¿Qué hay que hacer en estos casos? Quedarse quieta y no respirar. Ah, no, eso es con los dinosaurios. ¡Correr! Sí.

Me giro y, gracias a la adrenalina, no tropiezo con mis pies.

—¿Adónde crees que vas? —me pregunta; su voz parece normal.

—Pues me gustaría decirte adónde voy, pero solo estoy siguiendo a mis pies.

—Que se estén quietos —dice con tono autoritario.

Y yo, sin lógica alguna, me paro. James se coloca detrás de mí, puedo notar su respiración en mi espalda, en mi cuello. Y, por primera vez, ese acto no hace que mi mente calenturienta se despierte. ¿Se me ha pasado el celo?

—Ni se te ocurra jugar con ese tema, Sarita. No menciones «enfermedad de transmisión sexual» junto a mi nombre.

Intento cambiar de tema. La valiente Sara se ha ido de paseo, pero todavía me queda algo de voz.

—Dime dónde puedo encontrar a tu hermano, sé que es psicólogo y...

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta.

Caigo en la cuenta de que no me lo ha dicho nadie. Básicamente me lo inventé. James sonrío y expulsa el aire de sus pulmones en mi cuello.

—¿No es psicólogo?

Él niega con la cabeza. Y esa información me hace tener sentimientos contradictorios. Creo que, después de lo sucedido, voy a necesitar un psicólogo, pero que no sea uno de esos sudorosos. Saber que Ryan no es psicólogo y que, por lo tanto, no quiere analizarme, hace que sea algo más feliz. Intento controlar mis ganas de mover las caderas.

Quizá todavía tenga alguna oportunidad.

—¿Tiene que ser psicólogo? —pregunta James, y creo que se ha fijado en mi felicidad encontrada. Noto su ironía y le enseño mi dedo corazón. Esto es amor por mi (espero) futuro cuñado.

James se coloca la camiseta, creo que está incómodo. Su mirada va de mis ojos al sofá, donde le esperan sus amigas.

—¿Quieres saber dónde trabaja mi hermano o no?

—Sí, por favor.

—Bien, trabaja en el periódico que hay en la calle de al lado de tu cafetería. ¿Sabes dónde está?

— me pregunta.

Asiento con una sonrisa. ¿Trabaja en un periódico? ¿Puede ser más perfecto? James continúa dándome indicaciones del lugar. Puede que sea ser cretino, pero sirve para dar información privilegiada.

—¿Qué te ha hecho mi hermano para que sonrías así?

Mi sonrisa se amplía. Suspiro y me dispongo a girarme. Me agarra del brazo. ¿Qué quiere ahora? Su cuerpo se inclina. Noto su aliento y llega su susurro ronco.

—Esta noche estoy ocupado, pero te juro que tú terminas pidiendo que te folle. Lo tengo clarísimo, y te digo que todo lo que se propone James Cooper, lo consigue.

Me lame el cuello, cosa que hace que mis piernas tiemblen, que mis pulmones expulsen todo el aire que contienen y que yo sepa lo que es quedarse paralizada. ¡Hasta mi lengua se ha quedado inmóvil!

Él se va tan campante con sus nuevas conquistas.

Bien, después del minuto de combustión térmica de mi cuerpo, voy a analizar la situación.

He chantajeado a Jota y he conseguido que me prometa el mejor sexo de mi vida. Bueno, en otras palabras, pero eso es lo que me ha dicho. Si lo intento con Ryan, ¿conseguiré lo mismo?

Salgo de la cafetería con una idea fija. Tengo que ir al periódico y conseguir hablar con Ryan. Me tiene que escuchar, debo disculparme. Mis pies se mueven rápido y no me he tropezado. Todo un logro para mí.

No sé de dónde he sacado el valor para presentarme así en el trabajo de alguien que apenas conozco. Lleno mis pulmones de aire antes de entrar en la recepción. Trago saliva,

camino hasta la mujer que está atendiendo el teléfono. Espero a que termine, intentando meditar que le voy a decir a Ryan. Cómo explicarle lo de la llamada.

La secretaria cuelga el teléfono y me mira expectante.

—¿Está el señor Cooper? —pregunto sorprendida de que mi voz no tiemble.

La secretaria me mira por encima de sus gafas de pasta. Sus ojos parecen estar haciéndome un escáner. ¿Y esa actitud?

—Perdone, señorita, pero aquí trabaja Ryan Cooper, el señor James Cooper no se encuentra aquí.

Mi boca cae al entender a la señorita secretaria. ¿Me acaba de llamar fresca? Cree que soy

el tipo de mujer que caería con James. Bueno, quizá todas caen, pero yo no. Casi, pero no. Intento contener mi lengua, no quiero formar numeritos en el trabajo de Ryan.

—Siento el malentendido —digo, y mi mente grita: «¡Imbécil!»—, pero vengo buscando al señor Ryan Cooper.

—Ah.

Aquel monosílabo es lo único que dice la bruja de la secretaria. Marca los números en el teléfono y lo tapa para dirigirse a mí.

—Perdone —dice, y sé que le cuesta ser cortés conmigo—, pero no me ha dicho su nombre.

—Sara Ramírez.

La mujer está esperando mientras su mirada rehúye de la mía. Estoy nerviosa, quiero morderme las uñas, pero me contengo.

—Señor Cooper —habla ella con un tono meloso—, está aquí la señorita Ramírez, Sara, que dice que le gustaría hablar con usted.

Casualidades de la vida. El apellido Cooper en la boca de aquella odiosa secretaria suena como algo divino (no la culpo), pero al decir mi nombre parecía que estuviera escupiendo. Una sonrisa aparece escondida bajo su nariz.

Zorra.

—Lo siento, pero el señor Cooper está «muy» ocupado. No puede atenderle. Inmediatamente, la registro en mi lista de personas más odiadas. Ella sonrío y yo imito su gesto. No sabe con quién se ha topado. Si he plantado cara a Jota, ella no tiene nada que hacer.

—Puede volver a llamarlo, por favor, y le comenta que es «muy» urgente. Creo que se le ha olvidado mencionarlo.

Cuando termino de hablar, la miro y bato mis pestañas. Creo que esta especie de código morse entre intentos de pijas funcionará.

—Usted no lo mencionó en ningún momento —me contesta, y bate sus pestañas más deprisa que yo las mías, y encima son tamaño XXL. ¿Serán postizas?

Bien, esto es la guerra.

Sonrío, eso siempre molesta a tu enemigo.

—Sí, te lo he dicho —miento sin dejar de sonreír—, pero, al parecer, estabas más pendiente de mi ropa que de otra cosa.

La tuteo porque no merece mi respeto.

Sus pestañas superpobladas se mueven de nuevo. ¿No puede parar unos segundos?

—Perdone, no estoy acostumbrada a ver ropa sin marca por aquí.

Huy lo que me ha dicho.

Si en este instante estuviéramos en una película, se escucharía un rugido aterrador mientras avanzamos las dos a cámara lenta. Ambas con las manos estiradas hacia delante

con una clara intención de tirarnos de los pelos. Sin embargo, como tengo que habituarme a la vida real y quiero conseguir que Ryan me tome en serio, me limito a alzar una ceja.

—Vuelve a llamar al señor Cooper o tendré que montar un numerito sobre las actitudes poco profesionales de la secretaria. Creo que a todo el mundo le encantará saberlo.

Sigo la mirada de mi nueva amenazada. Hay gente en el vestíbulo, ¿quizás algún jefe? Sonrío ante la tensión de su cuerpo.

—Mientras le llamas, me vas a dar uno de esos caramelos que tienes ahí —digo indicando un bote con caramelos que hay encima de su escritorio.

La secretaria descuelga el teléfono y me ofrece un caramelo. Bien, cómo han cambiado las tornas en un momento.

—Señor Cooper —ahí está de nuevo la dulzura en su voz—, perdone. La señorita Ramírez insiste en que es muy urgente.

Sé, por su expresión, que desea que Ryan diga que no, pero no lo hace. Lo sé porque ella aprieta la mandíbula y asiente. Vamos, Sara, hoy es tu día de suerte.

Cuelga el teléfono y puedo sentir el sabor de la victoria. La mujer alza la cabeza, se coloca las gafas con el dedo índice y sonrío de forma falsa.

—Segundo piso, puerta tercera —me dice.

Esa mujer debe de tener serios problemas para ir al lavabo.

—Bien, dame otro caramelo para el camino. —Sé que me paso con mi nuevo rol de chica mala, pero es tan fácil—. Y, un consejo, toma All-Bran, te ayudará con esa cara.

Giro sobre mis talones y, por un momento, me siento una modelo Pantene.

Definitivamente, hoy es un gran día para mí. Me ha salido todo redondo. Un tío bueno me ha ofrecido sexo (anotar que, si Ryan dice que no, me lo plantearé) y le he ganado la batalla a la recepcionista estreñida y borde.

Salgo del ascensor tarareando una canción. Y me lo encuentro.

Ryan tiene los brazos cruzados a la altura del pecho y su mirada me deja helada. ¿Cómo puede haber tanto odio en su expresión?

—¿Hola?

Capítulo catorce

Métodos de pedir perdón

El perdón es la alegría de los que hicieron algún daño sin mala intención...

ANÓNIMO

Miro a Ryan. Es guapo, guapo a morir. Sus ojos brillan de una forma especial. Siento que, a pesar de que está enfadado conmigo, nadie me ha mirado nunca como él. Repaso sus rasgos, no encuentro imperfección por ningún lado. Entonces comprendo que estoy enamorada. La perfección no existe, pero sí que están las personas que son perfectas para

ti. Y estoy totalmente segura de que Ryan Cooper es perfecto para mí. ¿Cómo lo sé? No puedo decirlo con exactitud, es un presentimiento. Y si tengo que sacar las uñas y afilarlas, lo haré.

Después analizaré cómo es posible que me enamore tan deprisa, pero ahora me está mirando. Puedo ver cómo su mirada me atraviesa intentando hurgar en mis pensamientos.

Muevo la lengua en círculos en el interior de mi boca, quizá así la mareo y no termina diciendo todo lo que tengo dentro.

Hay que dosificar la información. Ryan está enfadado. Después de un eterno silencio, me indica que pase a su despacho.

Agacho la mirada, sé que no debería, pero no puedo evitar sentirme pequeñita a su lado. Él es perfecto y yo solo soy una chica con mucha imaginación. A pesar de tener la mirada gacha, estudio su despacho. Está todo perfectamente ordenado. Cuánta luz, aquí podría estudiar horas y horas. Las paredes son de color blanco y con poca decoración. Sencilla, pero elegante. Me gusta.

Huele bien. Si mi sentido del olfato no se equivoca, es lavanda.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sara? —pregunta con un tono demasiado serio—. Vamos, sorpréndeme.

Bien, eso puedo hacerlo. Soy toda una caja de sorpresas hasta para mí misma. Sigo con la mirada en el suelo, no puedo mirarlo a los ojos, porque sé que entonces no podré articular palabra. Tengo la extraña necesidad de abrazarlo. Me muerdo el labio inferior y mi pie empieza a tamborilear el suelo.

—Lo siento —contesto, y me siento orgullosa de mí misma. Son dos palabras difíciles de decir, y que, en la mayoría de las ocasiones, podrían salvar el mundo.

—¿Eso es urgente, Sara? —pregunta. Al parecer solo he conseguido molestarlo más—. Bien, pues ya puedes irte a tu casa, mensaje captado.

—Por favor, escúchame —le ruego alzando la mirada—. Lo lamento. Yo solo quería vengarme de

tu hermano. Fue una idea estúpida y mal organizada. Perdóname.

Sus músculos se relajan mínimamente. Sus labios continúan formando una fina línea.

Tengo que conseguir que al menos sonría un poco. Cambio el peso de mi cuerpo y lo miro con toda la intensidad que creo tener. No intento esconder mis sentimientos, procuro que mis ojos expresen que verdaderamente estoy arrepentida de todo.

Me siento desesperada y me da igual sonar patética.

—Te prometo que dejaré de ver *House* y que no te psicoanalizaré más. Bueno, y, si quieres, mandaré que me psicoanalicen a mí. —Mi lengua está ágil y lo larga todo seguido—. Pero, por favor, mantén los hombres sudorosos lejos de mí.

Alza ambas cejas ante mi comentario. ¿Por qué he dicho eso? Agito la mano para que intente olvidar esa parte de la frase.

¿Hombres sudorosos? ¡Venga ya! Iba por buen camino.

—Después te lo explico —digo para poder continuar con mi discurso de redención ante él—. ¡Vale! También devolveré las pulseritas que compré en eBay. Estoy casi segura de que ya puedo distinguíros. ¡Es todo un logro!

Ryan traga saliva. Albergo una pequeña esperanza de que quizá me conceda otra oportunidad. ¿Qué más puedo hacer? Bien, si tengo que desprenderme de todas las series y fricadas varias que tengo, lo haré.

—¡Está bien! Regalaré los DVD de defensa personal. No pensaba emplearlos contigo, pero, si crees que son peligrosos para tu salud, lo haré.

Yo iba a empezar el lunes con mis clases, pero la verdad que da igual, llevo aplazándolo al siguiente lunes demasiado tiempo.

El dios suelta una carcajada, una melodiosa y adictiva carcajada. Me parece que con eso ya soy feliz. Niega con la cabeza mientras se humedece los labios. Quiero grabar esa imagen en mi mente para el resto de mis días. Si le pido que lo vuelva a hacer, ¿sonará a muy desquiciada? Quizá sí, lo haré en otra ocasión.

Ryan pasa de estar sonriendo a volver a esa posición fría.

Mierda. ¿Qué he hecho esta vez?

—A ver, dime —digo ya desesperada—, ¿qué puedo hacer? Quiero demostrarte que no soy como las demás.

Termino la frase con un tono de desesperación que roza lo patético, pero no me importa cuando él se acerca y atormenta a mi lengua con la suya.

Me besa como si el fin del mundo estuviera pisándonos los talones. Me pega a su cuerpo. Con su mano en mi cintura, me arrastra hasta él.

Sonrío con su boca pegada a la mía. Sonrío porque creo que estar aquí con mi cabeza entre sus brazos acaba de convertirse en mi lugar favorito.

—¿Esto significa que estoy perdonada? —pregunto sin dejar de sonreír.

—¿Esto? —dice mordiendo mi labio inferior—. Esto es solo producto de tu imaginación. — Bendita imaginación —susurro.

Nos besamos de nuevo. Mi lengua parece estar en la gloria, está conociendo a otro músculo fuerte que la está acariciando. Así nunca querrá callarse de nuevo.

Sus manos se pasean por mis costillas y, a medida que él va tocándome, siento mil cosquillas en el estómago. Cierro los ojos para que la sensación se intensifique. Busco su boca y lo vuelvo a besar. Lo hago de forma urgente. Lo necesito. Y, en este momento, comprendo que no quiero que nadie más me bese en la vida.

Sus labios se separan de los míos. Siento el vacío de su ausencia. Abro los ojos intentando controlar mi respiración.

—¿Puedo imaginarme que hacemos eso otra vez?

—Espero que tu imaginación dé para algo más que un beso como este —me dice con un tono de voz que promete sexo—. Espero que aprendieras algo de las series.

Me ruborizo. Mi mente está viajando a aquella calurosa noche de verano. Sí, lo reconozco, termine viendo una película porno. Tengo que admitir que al principio sentí curiosidad por los diálogos. Quería pasar las escenas en las que practicaban sexo, para solo poder seguir el argumento (por cierto, pésimo), pero algunas escenas se me quedaron marcadas. Incluso tuve que inclinar mi cabeza hacia un lado para poder comprender el ángulo de entradas y salidas.

—¿Te sirve Sexo en Nueva York?

Ryan asiente y yo sonrío de forma traviesa. Mi lengua cree que esa afirmación es una señal de vía libre para liberarse. Y sale, queriendo explorar boca ajena.

Entierro los dedos en su pelo y lo beso. Siempre he pensado que hay diferentes tipos de besos, y yo no he escogido el beso casto, no. Lo beso como si fuera lo último que puedo hacer en el mundo.

Lo beso. Sin darme cuenta, estoy arrinconándolo contra la mesa. Mesa

que está perfectamente ordenada hasta que yo llego como un huracán, pero son cosas que pasan.

Sus manos me toman del trasero y siento que mi sexo arde. ¡Fuego! Hay fuego en mi cuerpo. Tiro la cabeza para atrás intentando coger aire. Ryan termina sentado en la mesa y mi cuerpo está entre sus piernas. No paro de besarlo, lo miro a los ojos y, para mi sorpresa, él también lo hace. Y, en ese momento, siento la conexión, siento que no hay nada más allá de nosotros. Que lo demás no importa, solo estamos él y yo. Bueno..., él, yo y mi calentón.

Su boca se despegaba de la mía y un quejido sale de mi boca. ¿Por qué? ¿Por qué para de besarme?

La respuesta no tarda en aparecer. Su lengua (oh, querida lengua) acaricia mi cuello.

¡Peligro!

Me aparto ligeramente. Nadie puede tocar mi cuello, y mucho menos él. No es que no me

guste, no. Me encanta. Y si él y su boca están en mi cuello, yo puedo combustionarme de forma rápida.

Llaman a la puerta (sonido que odio desde este mismo instante), y él se aparta de mí. Se levanta alisando su traje.

—¿Señor Cooper? —dice con voz nasal la recepcionista.

—Pasa —le invita él.

La recepcionista estreñida entra en la sala sonriendo. Retrocedo un paso para estar fuera del campo visual de Ryan y la saludo con la mano. Un simple giro de muñeca al más puro estilo real. Un simple gesto que sabe a gloria.

Le sonrío con un mensaje claro en mi cara:

«Jódete, nena».

—Lo siento, señor Cooper, no quería interrumpir nada.

Miente, sí que quería. En el curso de secretariado seguro que tenía una asignatura del tipo:

Cómo ser una *porculera* y disimularlo.

—Dime, Jéssica. ¿Qué necesitas?

Aprovecho que Ryan está de espaldas a mí para advertirla. Le hago una señal con los dedos. Quiero que sepa que la estoy vigilando. La mujer parece no haberme hecho caso con mi consejo del día: toma *All-Bran*, porque se puso roja como un tomate. ¿Te indico dónde está el baño, bonita?

Ryan automáticamente se gira para mirarme. Yo soy ágil, por lo que mis dedos ya estaban enfundados de nuevo. Amenazas, ¿quién?

—Su reunión es dentro de quince minutos. ¿Quiere tomar un café? —pregunta con esa voz nasal que ya no soporto.

—No, gracias. ¿Algo más? —pregunta cortésmente. ¿Por qué tiene que ser tan educado? Algo de la actitud cretina de su hermano no le vendría mal.

—No, gracias.

Vamos, lárgate, pienso con todas mis fuerzas. Me muerdo el interior de mi mejilla para no soltar alguna barbaridad. Ella se gira dejando la habitación llena de su perfume barato y sale del despacho.

Ryan se gira despacio y alza una ceja.

—¿Acabas de amenazar a mi secretaria?

Mierda, por lo visto, mis reflejos no son tan buenos como yo creía. Disimulo. Es lo mejor que puedo hacer. Disimular y cambiar de tema. Dos pasos infalibles para salir gloriosa de una discusión.

—¿Ella no es la recepcionista? —pregunto, y me contengo para no insultarla.

Ryan parpadea, pero contesta rápido. Es un gran contrincante.

—Es recepcionista y secretaria.

Quiero hacer algún comentario sobre dónde estudió y por qué demonios escoge a mujeres tan estúpidas, pero no es de mi incumbencia.

—¿Por qué la amenazabas, Sara?

Bueno, no salgo de una discusión y entro en otra. Alzo la cabeza con intención de pedir perdón de nuevo, y me encuentro unos ojos mirándome con curiosidad. No veo rastro de enfado ni de odio. Su mirada es juguetona y está sonriendo.

—Bueno..., digamos que tuvimos un pequeño enfrentamiento en la recepción.

No estoy orgullosa de ello. Sé que no debo ponerme a la altura de nadie, pero la vida es dura y ella es una fresca.

Sus dedos apartan un mechón de pelo de mi cara. La esquina de su labio se alza formando una perfecta sonrisa picarona. El calor vuelve a mí. Sus labios me besan, un beso casto, pero que hace que mis mariposas revoloteen ansiosas en mi estómago.

—Estás preciosa cuando te pones posesiva —me dice con su aliento embriagador.

Lucho por no poner los ojos en blanco, pero, cuando sus dientes atrapan mi labio, suelto un gemido. ¿Qué quiere? Una no es de piedra y está necesitada. Virgen o no, tengo mis necesidades.

Retrocedo y termino sentada en su mesa. Nadie me ha mirado igual que él, sus labios están entreabiertos y yo vuelvo a gemir. ¿Por qué? No lo sé, pero empiezo a preocuparme. ¿Qué va a pensar de mí? Estoy demasiado caliente.

Pienso en una pared blanca con un punto negro. Ahora aparece otro punto negro. Tengo la pared blanca, los dos puntos negros y un palo. ¡No! ¡Eso parece un pene! Dios, creo que estoy enferma. Abro los ojos y lo miro. Trago saliva. Hace mucho calor.

Se acerca y su lengua se pone en modo aventurero. Se desliza por mi clavícula y se extiende por mi cuello. Lengua y cuello, una combinación explosiva. Trago saliva de nuevo. ¿Qué demonios le pasa a mi cuerpo? No paro de segregarse líquidos, babas y..., bueno, lo dejaré solo en babas. Pongo los ojos en blanco. Si continúa lamiéndome de esa forma, tendré un orgasmo aquí mismo.

Noto cómo mi respiración se agita. Mi corazón parece estar aporreándose desesperado.

Cierro los ojos (de nuevo) y me humedezco los labios.

—¿Cómo va esa virginidad recuperada?

Escucho la pregunta y mi corazón deja de latir por un instante. No, no pienso tener una conversación sobre eso con él, y justo en este momento. Vuelvo a pensar en el palito negro con las dos pelotitas. Es mejor eso que un tío bueno hable de tus estúpidas teorías cuando tú solo estás pensando en no correrte porque él te está lamiendo el cuello. No soy una mujer tan fácil. ¡Diablos! ¡¡Aquí hace mucho calor!!

—¿Cuándo quieres que comprobemos tu teoría?

Mi garganta se seca. Sí, ahí está la solución para el exceso de babas. Que tu supuesto ligue te descuadre con frases que una nunca debería oír. No entiendo qué está pasando. Se suponía que este era el gemelo bueno, romántico. El que quiere hacerte el amor y no explorar tu supuesta virginidad.

Inspiro y espiro.

Bien, todavía sé cómo respirar.

Evalúo la situación. Ryan está en modo calenturiento, su lengua ha estado jugando conmigo. Me ha besado y habla de explorar mi cuerpo. A pesar de no tener experiencia, no soy tonta. Sé que tengo que dar un paso más.

Virgen puede, estúpida no.

—Me parece perfecto empezar a buscarla —digo sin apenas convicción. Espero que tarde mucho en encontrarla, que juguemos y juguemos. Debo dejar de pensar en eso, porque no quiero poner cara de perra en celo.

—Pues creo que deberíamos dejar la exploración para otro momento, tengo una reunión dentro de nada —dice él sin dejar de mirarme a los ojos.

Ryan se separa (muy mucho) de mí. ¿Muy mucho? Nota mental: autorregalarme un diccionario de sinónimos para Navidad.

—Pero no puedes dejarme así —digo frustrada. Gracias a un control mental, consigo que la lengua no termine la frase: «con este calentón». Aprieto mis muslos para intentar que no tiemblen de la necesidad.

Tengo una descoordinación importante. No consigo contener un jadeo. Es demasiado lo de mantener mis muslos apretados y no terminar la frase. Y ahora no sé qué es peor. Ryan alza una ceja. Parece divertirse a mi costa.

Miro disimuladamente su entrepierna. ¿Dónde está su erección? Dios, yo estoy aquí modo *on fire* y él nada. Alucino.

—Sara, llevas así... ¿veinticinco años? Por un ratito más no te va a pasar absolutamente nada.

Evito levantar mi labio superior y enseñarle los dientes. ¿De dónde ha salido esa puñetera ironía? Alzo mi dedo índice y estoy a punto de decirle cuatro cosas sobre mi vida sexual, aunque sean inventadas, cuando él me coge la cabeza con ambas manos.

Huele tremendamente bien.

Un momento..., ¿cómo sabe mi edad?

—Merecerá la pena esperar, te lo prometo.

Hola, promesa de buen sexo. Humedezco mis labios y me atrevo a mirarlo a los ojos. Siento que me mira, que sus ojos me hablan. Me muerdo el labio inferior. Necesito a ese hombre... y no solo entre mis piernas. Lo necesito en mi vida.

Quiero secuestrarlo. Estoy a punto de proponérselo cuando vuelven a llamar a la puerta. Sé que es

ella. Puedo oler su perfume barato.

Escucho su voz nasal a través de la puerta.

—Señor Cooper, la reunión está a punto de comenzar...

—Ya salgo —contesta él mientras se coloca la corbata.

—Zorra —siseo entre dientes.

Ryan frunce el ceño. ¡Mierda! Lo ha escuchado. Piensa, piensa. Intento buscar alguna palabra que suene igual.

—Borra —digo, y sé que soy tonta, ¿qué frase empieza por «borra»? ¿Por qué es tan perfecto? Un poco de sordera no le habría ido mal—. Borra de tu mente todo lo que te he dicho antes...

Bueno, menos mal que soy de lengua rápida.

—No quiero borrar nada —me dice mientras me coloca un mechón de pelo tras la oreja. Decidido: ese gesto es el más romántico de mi vida. Lo es porque sus ojos no se apartan de los míos y porque tengo la extraña sensación de que, cuando me mira, lo hace de corazón.

Y en ese momento romántico, donde yo estoy buscando desesperadamente una excusa para secuestrarlo un ratito más, su secretaria barra recepcionista mete la cabeza en el despacho. ¿En otra vida fue jirafa?

Me levanto de la mesa de un salto. Ryan ya está en la puerta, me dirijo hasta allí.

—Encantada de conocerte —le digo a la jirafa, y nos adentramos en una pequeña, pero reñida batalla de pestañas.

Quizá Ryan crea que tenemos un tic, pero no. Esto es un código parecido al Morse y mi mensaje es claro: «Estoy marcando territorio, perra».

La secretaria extiende su mano y yo se la estrecho. Todo sea por aparentar. La miserable entierra sus uñas en mi palma. Sonrío como respuesta.

—¿Qué perfume usas? Me es familiar, creo que es el mismo que utilizaba mi abuela —digo sin dejar de sonreír.

Sus pestañas cargadas de rímel dejan de moverse y sus uñas ya no forman parte de mi cuerpo. Me giro. Ha llegado el momento cumbre. ¿Lo beso o no lo beso? Voy hasta él, me coloco de puntillas y le susurro al oído.

—Prepárate, bonito, te voy a exprimir.

Sonríe. Y no es una sonrisa normal, no. Es una sonrisa de «vale por un polvo». Y esa sonrisa es mucho mejor que un beso en los labios, esa sonrisa le deja claro a Miss All-Bran que Bryan es todo mío.

—La que se tiene que preparar eres tú —me contesta.

Es una amenaza que me hace feliz. Sus labios rozan los míos y, gracias a Dios, (en este caso mi futuro novio) consigo controlar el gemido que tengo en la garganta.

Evito hacerle un corte de manga a la secretaria. Me da pena, no va bien al baño y encima yo le

quito al jefe buenorro en sus narices. La pobre se va a deprimir.

Ryan se va por el pasillo acompañado por Jéssica, alias la Jirafa. Mi cerebro no precisa información innecesaria. Estoy a punto de irme cuando Ryan se gira, su gesto es serio.

—Señorita Ramírez, recuerde que tenemos nuestra expedición pendiente. —Termina la frase con un guiño de ojo.

Siento calor en mi sexo.

Siento temblor en mi sexo.

¡Necesito un baño!

Capítulo quince

Pelos fuera

Lo único que necesito para hacer reír a la gente es un parque, un policía y una chica guapa.

CHARLES CHAPLIN

¿Cuánto dura una reunión? ¿Por qué existen las reuniones? ¿Por qué diablos las secretarias van a las reuniones? ¿Por qué sigo en mi coche? Resoplo mientras giro la llave. Un ruido estrepitoso me indica que el motor ya está en marcha. Coloco el intermitente antes de incorporarme a la carretera. Al pasar por la puerta principal, aminoro la marcha. Ahí está señorita Jirafa, hablando con un chico moreno. Me alegro de que no está en la reunión. Para variar, está gesticulando de forma exagerada y hablando en modo cotorra. Ya puedo imaginarme su entretenida conversación: «O sea, me he roto una uña. O sea, soy tan divina...».

Ahora entiendo por qué las secretarias tienen fama de tener buenas «tácticas orales», siempre están con la letra O auestas. Quizás es un requisito para el puesto. Ya me veo el uniforme con *kit* de rodilleras. No, Ryan no es así. Ella tiene cara de fácil acceso, pero nada más. Sus noches deben ser horribles, entre la pesadez de parpados y el dolor de mejillas. Me paro en el semáforo con mi cara de superenamorada. Me acabo de besar con Ryan Cooper. Bueno, si matizo, es mejor decir: me acabo de restregar con Ryan Cooper. Y lo mejor de todo es que estaba dispuesto a explorar mi Amazonas. Sí, eso es lo que yo tengo entre las piernas.

Me tengo que depilar, porque creo que la opción de apagamos la luz y haces como que no existen... no es factible.

No tengo hora para depilarme y no quiero posponer nuestra expedición, no vaya a ser que se arrepienta. ¿Existen los depila exprés? Miro a los lados. Todo son locutorios o cibercafés. ¿Qué pasa en esta sociedad moderna? Parece que todo se arregla con Photoshop y amores cibernéticos.

Saco mi teléfono móvil. Mi única esperanza es que Raquel conozca algún local que esté cerca. Marco el número y después de tres tonos descuelga.

—Hola, cielo —me saluda ella con su dulce voz.

—Ra, necesito tu ayuda —imploro con tono histérico.

—Dime.

Coloco de forma torpe el altavoz de mi teléfono. No necesito una multa en estos momentos.

El tráfico es lento, pero yo no suelto el volante.

—Necesito un sitio para depilarme —digo con tono seco. No quiero que me pregunte por qué, no me apetece dar explicaciones.

Espero que la reunión tarde. No sé cuánto tiempo van a emplear para sacarme de mi cuerpo todo ese vello y no quiero que una mata de pelos afecte mi relación. Escucho la risa fresca de Raquel. ¡Maldición! La tía ha captado mis intenciones.

—¿Depilarse? Esto suena a cita... Cuéntenos.

¿Ha hablado en plural? ¿Otro trastorno? No quiero más. Tengo suficiente con los míos y con los que me invento. Respiro hondo antes de tratar a mi nuevo paciente. Está claro que mi destino final es un psiquiátrico. Quizá podría cambiarme a la rama de psicología y hacerme doctora.

Doctora Cooper suena hasta bien. ¿Por qué en España la mujer no adopta el apellido del marido?

—¿Cuéntenos? —pregunto intentando seguirle el rollo.

La norma primordial para tratar con locos es que nunca debes decirles que lo están. Se tienen que dar cuenta ellos solos de sus pequeños fallos. Escucho una voz que no suena como la de Raquel. Me quedo callada.

¿Ha llegado hasta el punto de hacer dos voces? Esto es demasiado para mí. Creo que tengo que llamar a Ryan. ¡Mierda, no! Que al final ha resultado que no es médico. Tamborileo el volante con mis dedos.

—¿Raquel? —pregunto con un hilo de voz.

—¿Al final te vas a acostar con el hermano romancón?

¡Esther!

—¿Estás haciendo una llamada a tres sin mi permiso? —pregunto alzando mi voz considerablemente.

¡Dios! Qué susto me he llevado. Por un momento he pensado que mi amiga se había vuelto loca.

He debido gritar demasiado, porque el conductor del coche de al lado me mira espantado.

¡Mire a otro lado, cotilla!

—Disculpe —dice una voz varonil a mi izquierda.

Giro la cabeza lenta y entrecortadamente. No es normal que te hablen hombres cuando estás parada en un semáforo. La culpa es mía. ¿Por qué tengo la ventanilla bajada?

La voz varonil viene de un guardia de tráfico. Está con el equipo completo: mayas ajustadas, calcetín en los huevos, botas de chúpame la punta y unas gafas de sol de las que te hacen parecer interesante.

Pongo cara de niña buena. Intento no mover las pestañas ni abrir la boca. No quiero parecer una mujer interesada en pagar con favores sexuales.

—Sara, vamos, no te quedes callada. ¿Qué tipo de depilación quieres para la ocasión? ¿Brasileña o completa? Yo optaría más por la segunda, no sabes lo que un hombre puede

hacerte con la lengua. Y, si se parece algo a su hermano, créeme, es bueno con ese músculo.

El tono de mis mejillas va aumentado de rojo a medida que sigue hablando. No puedo descifrar la expresión del guardia.

El semáforo se ha puesto en verde, pero deduzco que yo no puedo continuar mi camino.

—Chicas —digo con un hilo de voz—, he de colgar. Tengo aquí a un señor policía.

Lo trato de señor para que se apiade de mí. Voy a colgar cuando Raquel habla. ¿Por qué diablos he puesto el manos libres? Preferiría pagar la multa a que el guardia escuche hablar a mis amigas.

—¿Está bueno?

Al menos la pregunta ha estirado la comisura de los labios del guardia. Coloco mi dedo en el botón rojo con intención de colgar; él se encoge de hombros:

—Puedes contestar.

Quizá pueda contestar, pero es que no quiero hacerlo. Al parecer tenemos aquí a un policía al que le gusta que le regalen los oídos. Mi dedo tiembla. Podría colgar y después decir que fue sin querer.

Me aclaro la garganta.

—El señor guardia que está aquí escuchando todo —digo remarcando el todo— es muy apuesto.

«Apuesto» es una palabra que siempre te saca de este tipo de apuros. Esa y la expresión «¡qué mono!», para no decir que un niño es poco agraciado, siempre te van a ayudar. Esperaba que entendieran mi mensaje y que ellas mismas colgaran, pero no. A ellas le hace gracia la situación.

—Hola, señor agente apuesto. Soy Esther Sánchez —dice ella elevando el tono.

Las mataré.

Lo juro.

No pueden hacerme esto.

El policía sonrío.

—No multe a nuestra amiga —continúa hablando Esther, al menos algo bueno ha dicho—. Sabemos que es muy torpe, pero no lo hace aposta. Seguro que lo pueden arreglar tomando un café juntos.

Toso de forma exagerada. El agente sigue sonriendo, pero, al parecer, lo hace como un tonto y no como un prepotente.

—Me encantaría ir a tomar algo con usted, señor agente, pero tengo una cita con la esteticista. Estoy segura de que mi amiga Esther estaría encantada de ir a tomar algo con usted. Ella es perfecta. Ya sabe: rubia, con curvas de infarto y fácil. Déjeme que cuelgue y le paso su número.

Antes de que ella conteste, cuelgo. Por una vez en mi vida mis dedos y mi lengua se coordinan para algo. Sonrío al agente mientras le doy el teléfono de mi amiga. Él me aconseja sobre que mi

manos libres no es el adecuado, pero, al parecer, no habrá multa de por medio.

Estoy a punto de aconsejarle que lleve el calcetín a la cita, pero evito correr riesgos. Un exceso de confianza con el señor agente y dejará su amabilidad a un lado. Continúo mi camino.

Me dirijo al único centro de estética que conozco.

Espero que tengan un hueco para mí.

Aparco el coche y me adentro en el local. La esteticista está mascando chicle y mirándose las uñas, decoradas con mariposas de tonos rosas y lilas. Son horrendas.

—Bonitas uñas —digo con una sonrisa.ç

Cuando necesitas algo de otra persona, lo mejor es hacerle la pelota. Lo siento, sé que suena ruin, pero es así.

—Gracias —contesta con una sonrisa—. ¿Qué necesitas?

—Venía a depilarme. ¿Tiene algún hueco?

—Sí, justo una clienta ha cancelado su cita. Pasa.

Entramos en la sala de depilación. Me llega el olor a incienso. La mujer me indica donde puedo dejar la ropa. Es un colgador metálico que hay en la puerta. Me siento algo incómoda desnudándome por completo, pero lo hago de forma rápida. No hay tiempo que perder.

Introduzco mis calcetines dentro de mis zapatillas y miro mis braguitas. ¡Dios! ¿Qué hago con ellas? El bolso, eso es, las meteré en el bolso y ya está. ¡Qué momento más incómodo!

Me estiro en la camilla y miro al techo.

—Nena, ¿cuánto hace que no te depilas?

La mujer parece asombrada cuando ve mi entrepierna. La verdad es que nunca me he depilado mis partes. ¿Para qué? Sufrir por nada es tontería. No he tenido citas importantes... Bueno, más bien, no he tenido citas.

Pero, aparte de pelotear, sé mentir.

—He perdido la cuenta —digo haciéndome la pensativa.

—Normal, creo que yo no sé contar hasta ese número —me contesta ella, irónica.

¡Será bruja! Sonrío ante la broma de mal gusto. No puedes ponerle mala cara a alguien que va a poner cera caliente en tus partes.

Respiro hondo mientras esa mala mujer maniobra en mis ingles. ¿Cómo puede doler tanto?

Ahora tengo que posponer mi cita. Nadie podrá tocarme ahí en días. Después de largos minutos de calvario, donde llamé a Dios y lo maldije, la mujer termina. Intenta ponerme una crema en la zona, pero todavía me quedan energías para negarme. Me la pongo yo, con delicadeza.

Creo que me he quedado ronca de tanto gritito. Ahora no podré hablarle de forma sensual ni podré dejar que me toque. ¿Qué voy a hacer?

—Cariño, te voy a pintar las uñas de los pies como las mías. Me alegro de que te gusten.

Mi cara debe de ser un poema, porque ella no tarda en aclararme que es un regalo de la casa. No me niego, no me quedan más fuerzas para hacerlo. Esto me pasa por mentir, Dios no tenía otra forma de castigarme. Menos mal que gracias a la evolución existe el magnífico quitaesmalte.

Salgo del local e intento andar de forma normal. Las braguitas se pegan a mi sexo. Me suena el teléfono. Seguro que es Esther, que quiere recriminarme su cita a ciegas.

Descuelgo mientras intento colocarme bien mi ropa interior.

—Lo siento, no quería ir a comer con Mister Caletín.

—Creo que tienes un problema con tu teléfono. Siempre acabas confundiendo las llamadas.

Eso o ahora me llamas Mister Caletín y estás rechazando mi invitación a comer.

La voz de Ryan hace que se me erice la piel.

—Lo siento, lo siento —me disculpo torpemente—. Creía que eras otra persona.

¿Por qué me pasa esto a mí? Sí, lo sé: por ser un desastre y no mirar antes de descolgar. Y también por ser una payasa que pone motes comprometidos a todo el mundo.

—Te suele pasar —dice, y parece que su tono de voz es amigable. Espero que no esté molesto—.

¿Quién es Mister Caletín?

—Es una historia larga. Además, hay un señor aquí que me mira de forma extraña. Me parece que cree que le pongo nombre a mis calcetines —digo con un susurro.

Miro al hombre. Creo que alguien debería bajarle el volumen de su Sonotone. Escucha conversaciones que no le incumben.

—Cariño —me dice Ryan—, ¿cuándo podemos vernos?

Alzo mi mano en el aire y meneo la cadera. ¡Sí! Me acaba de llamar «cariño». Un mote más como ese y creo que tendré que ir a casa a por una ducha fría.

—Cuando quieras.

¡Mierda! Eso ha sonado demasiado desesperado, ¿verdad? El señor que está sentado en el banco asiente. Lo he pensado, ¿no? El señor vuelve a asentir. Doy un paso para atrás. Ese hombre con el sentido del oído tan agudo empieza a darme miedo. «¿Puede usted leer mis pensamientos?», le pregunto mentalmente lo más claro que puedo, a pesar de los nervios. Y él vuelve a asentir.

—Ryan, tengo que colgar. El señor lee mi mente —digo, intentado pensar cuál es el camino más corto hasta el coche.

—No me digas que el señor que cree que pones nombre a tus calcetines también lee tu mente —dice Ryan empleando un tono de ultratumba.

—Señor Cooper, si vuelve a emplear ese tono, me voy a asustar.

Pego mi espalda a la pared. Miro al anciano a los ojos. Son de color marrón con motas verdes.

«¿Tengo que asustarme?», pregunto mentalmente.

El hombre asiente.

Trago saliva.

«¿Debo correr?»

La cabeza del hombre se mueve de arriba abajo afirmando. No voy a llorar, no voy a llorar. Humedezco mis labios. Acercó el teléfono más a mi oreja e intento hablar de forma calmada.

—Ryan, por si muero hoy, tengo que confesarte que me gustas, me gustas mucho, demasiado.

—Sara, no vas a morir. Y he de decirte que tú también me gustas.

Ryan parecía divertirse con aquella situación. La gente puede reírse si no tiene a hombres locos alrededor.

—Si no tuviera que huir, ahora mismo bailarí de alegría, pero debo correr —digo mientras busco las llaves del coche en mi bolso. ¿Por qué uso un bolso tan grande? Nunca encuentro nada—. ¿En qué dirección corro?

—Dime dónde estás e iré a buscarte —dice con su tono calmado.

—Ryan, esto es peligroso —contestó en un susurro estúpido. El señor podía leerme la mente, no sé para qué narices susurro. Me agacho y me quito el zapato intentando no perder el equilibrio.

Si ese hombre se acerca, le atizaré con el zapato.

—¿Me has entendido? —le grito al hombre, ya cansada de pensar en voz alta.

Y él, vacilón, asiente de nuevo.

—Estoy en la calle paralela a la de tu trabajo, al lado de la caja de ahorros —digo atropelladamente, y camino cojeando, pues voy descalza de un pie—. Ryan, no quiero morir virgen.

—Estoy llegando.

Miro al hombre y lo amenazo con mi zapato.

—¿Dónde está? —me pregunta Ryan con voz calmada.

Empiezo a sentirme una niña histérica, cosa que no me gusta nada. Señalo con la mano en la que tengo el zapato en la dirección del hombre. Ryan se tapa la boca con la mano intentando ocultar una carcajada.

—Cielo, ¿no ves que ese pobre hombre tiene un tic?

Mi mandíbula intenta desencajarse, pero yo la mantengo cerrada. Me muero de vergüenza.

¿Cómo he sido tan terriblemente estúpida? Intento sonreír. Quizá si me esfuerzo un poco puedo fingir que todo ha sido una broma.

—Me has prometido dejar de ver *House*, ¿recuerdas? —pregunta, y yo asiento sin ganas—.

¿Quieres venir a mi casa?

Su tono es irresistiblemente sexual. Mis muslos se aprietan y mis braguitas se pegan más a mi sexo. Recuerdo que aquella zona está hipersensible, pero me da igual. Iré a su casa. No puedo hablar. Si lo hago, gemiré. Así pues, mi límite a asentir.

—Oh, Dios mío —dice Ryan con tono dramático—. ¿El tic es contagioso?

Capítulo dieciséis

Me gustas

La pasión te obliga a pensar en círculos.

OSCAR WILDE

¿En tu casa o en la mía? ¿Encima o debajo? Hace mucho calor. ¿Por qué diablos no ponen el aire acondicionado? ¿No te gustaría estar más cómodo? Sin ropa, por ejemplo. ¿Cuándo nos vamos?

Las preguntas se me van acumulando en la punta de la lengua. Ryan ha decidido parar a tomar algo en una cafetería. ¿Para qué hablar si tenemos cosas mejores que hacer? Vale, quizás él es un hombre experimentado y puede esperar, y me encanta, en serio. Pero yo no me he depilado y me he pintado las uñas con mariposas para estar sentada en esta cafetería.

Desabrocho un botón más de mi blusa. Quizás este pequeño detalle le dé a entender que tengo calor, mucho calor.

—Y en ese momento mi hermano decidió amargarme la vida.

Mierda, no he estado prestando atención. Y no sé a qué dichoso momento se refiere. Escojo uno de mis monosílabos de emergencia.

—Ajá —digo prestándole atención. Vamos, tengo que evitar que este calor me afecte.

—¿Qué te parece la situación? —me pregunta, y veo en sus ojos que espera una respuesta profunda. Una respuesta que yo no tengo, porque solo pienso en cómo será en la cama. ¡Madre mía, me he vuelto una cretina!

Necesito utilizar el plan de emergencia para salir airosa de esta pregunta. Lo mejor es cambiar de tema. Un cambio radical.

—No estoy conforme. ¿Qué te apetece cenar?

Quiero terminar la frase con un «en mi casa», pero no quiero parecer una mujer desesperada, pero lo peor es que creo que lo estoy. Desabrocho otro botón de mi camisa.

Espero no enseñar el sujetador. Solo intento insinuar.

Insinuar está bien, enseñar pezón no.

—¿Con qué no estás conforme? ¿Y podrías ser tan amable de no desnudarte? No soy de piedra.

—Pues no lo parece —digo, y para mi pesar lo suelto con tono frustrado.

¿Puedo ser más patética? Puedo ver la desilusión en su mirada. ¿Qué diablos me pasa? El calor, debe de ser eso. Este dichoso sobrecalentón me ha afectado.

—¿Sabes?, en ocasiones creo que solo buscas sexo. Te has equivocado de hermano —dice con tono serio mientras se levanta.

¡Oh, Dios mío! Esta vez he metido la pata hasta al fondo.

Me quedo quieta por un instante. ¿Qué puedo hacer? Si tengo que ponerme de rodillas, lo haré. Lo que haga falta. Suplicaré.

Me levanto de un salto y tomo sus manos.

—Lo siento, lo siento. Me gustas de verdad —digo colocando mis ojos de gatito de *Shrek*—. Todo tú.

Él parece aminorar su marcha. Me mira a los ojos y ahí está la magia. Esa forma que tiene de mirarme. Ese instante en el que para mí el resto del mundo desaparece. La esquina derecha de su labio se alza formando una perfecta y sensual sonrisa torcida.

Dejo de mirarlo con lástima para pasar a la mirada felina. En fin, mi manera de ser siempre queda en el reino gatuno.

—¿Tanto como para esperar? —me pregunta con un tono indescifrable.

Vale que quisiera al hermano bueno, pero no al santito. Es decir, quiero amor, quiero romanticismo, lealtad y respeto, pero tengo necesidades. Necesidades del tema *mete-saca*.

Aun así, de todas formas, asiento. Lo quiero. Y, si tengo que esperar para tenerlo, lo haré.

Su risa melodiosa suena. Él niega mientras me mira mordiéndose un labio. A ver, yo puedo esperar, pero que no se muerda el labio, ni se ría, ni me mire de forma sensual. Que no tengo freno de mano.

—¿Qué? —le pregunto con un tono algo seco.

—¿Seguro que puedes esperar? —pregunta mientras me empieza a masajear los hombros.

Definitivamente, me ha tomado por una especie de mujer desesperada. Y, bueno, quizá lo sea, pero solo con él. Además, nunca lo admitiré en voz alta. Bueno, tal vez en momentos cercanos a la muerte, pero ahora mismo no.

Junto mis labios en una mueca que más que interesante parece que esté pidiendo un beso.

La quito rápidamente.

—Solo estaba bromeando —me dice, y otra vez suena su risa melodiosa.

Cruzo los brazos a la altura del pecho. ¿Qué se había pensado? He estado a punto de ponerme de rodillas para pedirle que no se marchara. Llevo la camisa desabrochada enseñando canalillo. Me siento indignada.

—Pues ahora soy yo la que quiere esperar —digo con tono serio.

Mis brazos siguen cruzados debajo del pecho y, al intentar dar más énfasis a mi enfado, los he levantado haciendo que el pecho izquierdo me sobresalga algo de la camisa.

Intento colocarlo bien de nuevo, no quiero que piense que estoy intentando provocarlo. No lo miro a los ojos, no me fío de mi lengua.

—A ver, ¿qué cosa casta quieres hacer hoy? —pregunto entre dientes mirando hacia un lado. Iremos paso a paso.

—Mírame.

Tiene una mirada seductora, unos ojos que te desnudan el cuerpo y el alma. Sabe lo que se hace y, por eso, me dice que lo mire, pero yo soy fuerte. Cojo aire llenando mis pulmones y lo miro. Bien, como es de esperar, no puedo mantener la mirada en ellos. Te seducen, hacen que mis rodillas tiemblen y no quiero ser tan miserablemente débil.

Bajo la mirada hasta sus labios. La segunda arma fuerte de este hombre. Su lengua sale y se desliza por ellos, humedeciéndolos, haciéndolos todavía más tentadores. Este hombre es malo. Malo maloso.

—¿Estás intentando seducirme? —le pregunto. Y en parte me siento poderosa, ya que mi voz no ha temblado.

Sonríe de forma inocente.

—¿Yo? No. ¿Por qué dices eso?

Hábil mentiroso. Entrecierro los ojos y señalo su boca con mi dedo índice.

—Estabas relamiéndote los labios como si fueras el protagonista de un anuncio de helados.

—Solo me estaba limpiando el café —me contesta encogiéndose de hombros—, pero, claro, si tú ves un acto de seducción en este casto e inocente acto, ¿qué tengo que pensar yo de que lleves solo dos botones abrochados?

Bajo la mirada a mi torso. Mi sujetador está al descubierto, menos mal que hoy llevo puesto el que tiene puntilla y parece algo más decente. ¿Tantos botones he desabrochado?

Siento mis mejillas arder. Menos mal que yo no soy Esther, ella optaría por ir sin sujetador.

Con mis manos temblando, intento abrochar al menos un par de botones más, pero mi coordinación es nula.

—Trae, ya lo hago yo.

Los dedos de Ryan se desenvuelven bien con los botones. Yo pensé que a estas horas él estaría desvistíendome, no haciendo lo contrario. Pero, bueno, tengo que admitir que el momento íntimo lo he conseguido.

Ryan parece querer taparme hasta el cuello, no deja ni un botón desabrochado. ¿Es posesivo? No lo sabía. Una parte de mí se alegra.

Lo agradezco, todavía con tono tímido. Mi dios no puede parar de reírse y yo termino riéndome con él. Ha sido una tarde un tanto patética y me gusta su compañía. Presto atención a lo que dice.

Todo lo que me cuenta me parece fascinante, podría estar horas y horas escuchándolo.

Y siento que no tengo prisa por pasar a la segunda fase. Lo único que espero es que mi vello púbico no crezca muy deprisa, no me gustaría haber sufrido para nada.

Nos quedamos callados. Hasta el silencio en su compañía es maravilloso.

—Entonces —dice él sacándome de mi ensoñación—, ¿soy buen seductor?

Sus labios están humedecidos. Me mira y puedo ver su picardía. Se acerca a mi cuello. Su

nariz se pasea por él. Noto cómo aspira mi aroma. Y ese simple acto hace que mi cuerpo empiece a despedir llamas. Intento controlar mi respiración, mi desesperación.

¿Cómo narices quiere que sea casta y pura así?

Lo miro y siento que necesito besarlo. Y nada de besos castos. Necesito beberme su boca. Trago saliva. No voy a empezar a segregar babas de nuevo. No, ahora estoy con la camisa abrochada hasta el cuello.

—Te juro que no intento psicoanalizarte ni nada por el estilo —le suelto—, pero ¿a qué juegas? Estoy realmente confundida. Intento parecer una buena chica, que él no crea que soy una cualquiera.

—Intento que me quieras en tan solo una semana. Ya sé que es complicado. ¿Crees que lo hago bien?

Ryan hace un puchero adorable, pero siento miedo. Este hombre es cien por cien adorable, pero a la vez es bipolar. Tiene unos cambios de humor que me vuelven loca, pero lo peor es que sí: creo que le quiero, creo que es lo que necesito en mi vida. Siento que es parte de ella. Me hago la interesante por unos minutos.

—¿Que te ame? —pregunto finalmente, como si aquello fuera la proposición más horrible del mundo—. La verdad es que tu intento es un poco extraño. Primero me besas, para después decirme que solo me ves como una amiga; después me emborrachas..., o quizás te emborracho yo a ti... ¡Qué más da! Te enfadas conmigo por una estúpida confusión telefónica. ¡Me vuelves a besar! Dices que vas a ayudarme con mis teorías sobre virginidades recuperadas, pero después decides que hay que esperar. Te chupeteas los labios, me masajearas, pero... ¿Sabes qué? ¡Que sí! Te quiero un poquito.

Su sonrisa se ensancha y yo suspiro. ¿Qué? En el fondo soy una sentimental. He dicho que le quiero un poquito, pero la verdad es que es algo más. Pero una parte de mí tiene miedo de admitirlo en voz alta.

No quiero correr, no quiero correr.

—¿No me vas a preguntar por qué te he hecho esa pregunta?

Mi cara debe de mostrar una expresión algo extraña, porque noto que mi campo de visión ha disminuido. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

Me siento tímida por momentos e intento no caer en la tentación de desabrocharme un botón de la camisa. No es que la desnudez me quite la timidez, pero me siento ahogada con todos estos botones abrochados.

—Nunca me he planteado por qué quiere una persona que otra la ame. Lo más racional sería porque esta también ama a la otra.

No soy consciente de lo que estoy dando a entender hasta que termino la frase. Alzo los ojos, temerosa. No quiero más malentendidos. Para mí es fácil dar por hecho que yo ame,

quiera o adore a Ryan Cooper, pero que él me ame a mí es una cosa distinta. Yo me conformo con gustarle un poco y que piense que no estoy loca barra desesperada.

Estoy a punto de rectificar cuando él dice:

—Buena respuesta —siento cómo los músculos de mi cuerpo se relajan—, pero hay una cosa que quiero decirte. —Su tono es serio; siento que la tensión vuelve. ¡Vivan los nervios y las inseguridades! —. Yo nunca practico el sexo.

Siento como si me hubieran echado encima un jarro de agua fría. ¿Qué? Un hermano tanto y el otro tan poco. ¡Viva el equilibrio! Ahora me soltará todo el rollo sobre que el sexo no es importante en una relación. Realmente, yo no puedo opinar, pero, vamos, mis hormonas creo que no están conformes con eso.

Bien. ¿Puedo superar esto? ¡Vamos, no puedo ser tan dramática! He estado sin sexo la mayor parte de mi vida, no puede llegar ahora y ser el centro de mi universo. Tengo que reaccionar, he decirle que no me importa. Que seremos felices igual.

—Yo solo hago el amor.

Plof. ¡Bragas al suelo!

Sí, quizás es la cursilería más grande del mundo, pero es «mi» cursilería. Y es tan adorable y amoroso que quiero abrazarlo y estrecharlo muy muy fuerte.

¿Qué puedo contestar a semejante declaración?

«Sí, nene, hazme el amor o ámame» es algo que en mi boca puede quedar poco creíble.

Sus labios me besan dulcemente. Cierro los ojos y me dejo besar, me dejo amar de forma tranquila. Permito que mi estómago crea tener fuegos artificiales dentro.

Pero una idea atraviesa mi mente y hace que todo pare.

—Ryan, ¿eres virgen?

Sé que es una idea cogida con pinzas, pero tiene su lógica. ¿Qué hombre de nuestra época es virgen? Quizás esté esperando al matrimonio. Estoy algo molesta con el tema. No por el hecho de que sea virgen, sino porque esa información creo que es de interés si estás conociendo y calentando a alguien.

—Vamos, que yo te cuento lo de mi virginidad y tú te quedas calladito, ¿no?

Su ceja se alza y sé que me va a atacar. Nos vamos conociendo. Me preparo para su ataque con una sonrisa.

—Supuesta virginidad, ¿no? —comenta con retintín.

¿Será posible? Me está echando en cara mi intento de polvo. Vamos, creo que tengo serios problemas. Quizás practica alguna religión en la que solo permiten casarse con gente virgen. Tal vez solo puede intentarlo si realmente soy virgen. ¡Dios! ¿Puedo parar de pensar?

—Perdón, Don Perfecto No Practico Sexo. No es mi culpa que, un día, borracha, perdiera la virginidad en la parte de atrás de mi coche.

—¿Estabas borracha?

¡Dios! ¿Ahora me va a sermonear? Creo que tengo suficiente con mi sentimiento de culpa.

Estoy a punto de decirle que todos cometemos estupideces, pero él dice:

—Haberlo dicho antes, seguramente todavía sigues siendo virgen. Cariño, ya conozco tu imaginación posresaca.

Huy, lo que me ha dicho.

Aquella lógica aplastante me abofetea. Es cierto que aquel miserable, ruin y fanfarrón de Tom aseguró que habíamos practicado sexo, pero quizá fuera toda una mentira. ¡Esto es indignante! Llevo más de dos años pensando que soy una mujer frustrada y resulta que soy una casta, pura y virginal mujercita.

¡Manda narices!

Tengo dos polvos fantasmas en mi currículum. Vamos, que soy un intento de virgen camuflada. Y mi reciente y encontrado amor no practica sexo, solo hace el amor. Bien, ¿alguien me puede decir cuánto tiene que esperar una mujer casta para hacer el amor con su novio y seguir siendo decente?

—Vale. Supongamos que he pasado a ser completamente virgen. ¿Por qué tú, un dios griego, es virgen?

Parece que mi pregunta no ha terminado de caer en gracia, y eso que creo que podría ser nominada como mejor pregunta del año. La expresión de Ryan se ha vuelto cansada.

—¿Tú por qué eres virgen, Sara?

Bien. El señor, guapo y amoroso, contraataca.

—Creo que no ha aparecido la persona indicada.

Toma esa. Yo también tengo un diploma de cómo decir cursiladas.

Ryan no me mira. Tiene la vista fija en la mesa. Su mano encuentra la mía, su dedo acaricia la palma de mi mano. Un simple roce y todo mi cuerpo lo está aclamando. Intento no suspirar, intento no gemir.

—¿Ya sabes cómo encontrarás a la persona adecuada?

Su voz es ronca. Es una pregunta que yo respondería abalanzándome sobre él. Lo besaría, me lo comería, pero no puedo hacer eso.

—Sí, cuando quiera a alguien.

—Ahí está. Yo solo creo en el sexo con amor.

Sonrío como una tonta, una tonta enamorada.

Ryan mira su reloj de pulsera.

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

Asiento.

Intento dejar mi mente calenturienta a un lado. Él solo quiere amor. Pues querido, amémonos, pero

eso también lo haremos desnudos, ¿no?

Capítulo diecisiete

Dos supuestos vírgenes en apuros

El sexo solo es sucio si se hace bien.

WOODY ALLEN

¿Dónde quedó toda aquella pasión que vivimos en su despacho? ¿Dónde? Después de dos semanas con sus nueve respectivas citas, he llegado a la conclusión de que nuestra relación necesita dar un paso más. Y, gracias a no sé qué, porque a Dios ya no lo menciono, él también cree que debemos superar nuestra frustrada vida sexual. Eso sí, con amor, con mucho amor.

Me siento una ninfómana. Es duro admitirlo, pero sí. Soy mujer, se supone que lo tenemos que tener fácil, que nos buscan, que no buscamos, pero eso solo pasa en las relaciones de los demás. En la mía, soy yo la que busco y después me arrepiento. ¿Por qué? Porque no soy tan casta y pura como digo ser.

Supuestamente, estoy inmersa en una terapia deNOa las series televisivas, pero en ocasiones quiero pedirle a Ryan que vea alguna. Quizá comprenda que la tensión sexual existe y que hay remedios para combatirla. Menos mal que mi novio no es como Sheldon Cooper (sí, comparten apellido), el *The big bang theory*. Él sí que me da besos de amor con lengua.

¡Gracias a Dios!

Ryan está sentado en el sofá y parece no inmutarse con mi nuevo y preciado atuendo. Es un conjunto que insinúa, no enseña, muy bonito. Mis pechos están a salvo de suicidarse.

Estoy tumbada a su lado y he hecho que mi aliento salga y acaricie su cuello. Pero empiezo a pensar que estaba equivocada y que la segunda meta parece estar cada vez más lejos.

—¿Qué te pasa? —dice pegándose más a su pecho.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, y por mi tono está más que claro que sí que me pasa algo.

—Has suspirado ocho veces.

—He decidido cambiarme el apellido. Ahora me llamaré Jones, Sara Jones. En honor de Bridget Jones. Soy su sucesora. Harán una película sobre mi vida, ya sabes. Seré la próxima madurita frustrada.

—Creo que estás exagerando —me contesta con un tono que no acabo de interpretar.

Quizá deba cambiar de tema, puede que se sienta atacado. Y, vamos, no soy la única jovencita virgen (supuestamente) del mundo. Britney Spears estuvo con el gran Justin Timberlake sin hacer absolutamente nada.

—Es verdad, lo peor será cuando engorde veinte kilos y esté empeñada en seguir usando

estos minipantalones. —Bingo. Ryan sonrío—. Prométeme, que no me dejarás hacer eso.

Él se incorpora y toma mi mano con ímpetu. Nos levantamos y nos dirigimos hasta su habitación.

¡Vamos a la cama! Esto..., guau. ¿Ha llegado el momento? Admiro el cuerpo de

mi novio, es más que perfecto.

Ryan se tumba en mi cama y me mira invitándome a echarme a su lado. No veo ningún fuego en su mirada.

—Creo que nos sobra ropa —digo con voz entrecortada.

¿Tengo que llevar yo la voz de mando? Vamos, yo y mi intento de polvo en la parte trasera del coche vamos a hacer las cosas bien. ¿Qué necesitamos? Dos cuerpos, preservativos y una erección. ¿Qué tenemos?

Adoración. Ryan, me mira con adoración.

¡Maldita sea! Creo que así no funcionará.

Él se quita la camiseta de forma lenta y mi mandíbula tiende a desencajarse. Ya he visto ese cuerpo, ya lo he tocado, pero no quita que cada vez que lo vea sienta que mi cuerpo quiera estallar en llamas.

Después del momento babas, Ryan se sienta en la cama y me mira. Me siento a su lado y me preparo para soltar una indirecta. ¿Qué mejor forma que tosiendo un poco?

—Aquella «gran» tarde en tu oficina, parecías algo más suelto —digo camuflando la verdad entre la tos.

—Ese día estaba enfadado —contesta frunciendo el ceño.

Y mi mano reacciona. Le pellizco un pezón. ¿Le va el sado?

—¿Qué haces? —dice después de soltar un quejido. Se tapa el pezón con una mano.

¿Dónde está la sangre caliente de Ryan? Que alguien me lo diga.

—Intentaba enfadarte. ¿Lo he logrado? —pregunto con un tono algo molesto.

¡Vamos! ¡Quiero acción!

Utilizó la técnica secretaria diplomada en técnicas orales: bato las pestañas, abro mi boca y me relamo el labio superior.

—Jones, Sara Jones, tienes mucha ropa todavía —dice Ryan con un tono demasiado infantil para nada acorde con el fuego que veo en sus ojos (sí, ¡hay fuego!). Sus manos, perfectas como todo él, tiran de mi camiseta y la rompen.

Guau. Sí, podría enfadarme porque me ha roto la camiseta, pero bienvenido sea ese fuego.

Nota mental: dar mil pellizcos a su pezón.

Su lengua se adentra a mi boca. ¿Dónde estaban esas dotes húmedas antes? ¿Por qué no me ha besado así antes? Sus manos están en mis nalgas y se sienten jodidamente bien. Parece que esto va bien. Vale, tengo que centrarme. ¿Qué he de hacer ahora? Dejarme llevar, sí. La situación marcará el ritmo, solo acuérdate de pónitelo, pónitelo.

Mi lengua se pasea por su clavícula y da círculos por su cuello. Bien, puedo notar cómo su respiración se acelera y sus manos van directas a mis pechos. Está siendo delicado, lo sé, y me encanta cómo me siento cuando, al oído, me dice que me ama. Creo que mis piernas van a dejar de soportar mi peso.

Sus dedos se están desabrochando el botón del pantalón. Al cabo de menos de un minuto, estoy tumbada en la cama solo con mis braguitas, las cuales creo que están empapadas. Posiblemente no podré utilizarlas más veces. Las tiraré o las enmarcaré, ya veré qué hago cuando termine lo que se supone va a ser la noche más maravillosa de mi vida.

Los dedos de Ryan hoy están cien por cien activos, se han deshecho de toda mi ropa para después adentrarse en mi interior. Su lengua me besa con delicadeza mientras entra en mí de forma suave. Cierro los muslos, siento su roce. Es deliciosamente perfecto.

Y, en este momento, comprendo que soy virgen. Algo así no podría olvidarlo en la vida. ¿Qué se siente con un orgasmo? Porque, en estos momentos, estoy sintiendo pequeñas explosiones de placer en mi bajo vientre. ¿Soy multiorgásmica?

Siento cómo mi boca se reseca. Si siento todo eso con sus dedos, no sé que sentiré con su miembro. ¡Madre de Dios! No me había fijado en su tamaño hasta ahora. Lo miro, es grande, parece enorme, pero la verdad es que no entiendo de tamaños. Su bóxer está pegado a él.

Estiro mi mano y lo acaricio con un dedo por encima del bóxer. Él parece agradecido con el tacto, puesto que cierra los ojos, así que me aventuro a inspeccionar. Adentro mi mano dentro de su ropa interior y le cojo el miembro. Un jadeo sale de su boca y mi sexo arde. —Para, para —me pide, retrocediendo un paso.

Respiro hondo y paro de tocarlo. No soy una experta en el tema, pero creo que esto huele a eyaculación precoz. No pasa nada, esto lo podemos superar juntos. Existen los consoladores, además sus dedos son maravillosos.

Lo superaremos.

—Pedía que parases de gemir, cariño, nos quedan muchas cosas que hacer.

Vale. Yo estaba gimiendo. ¿Por qué me haces esto, cuerpo? Bueno, me da gusto el placer ajeno. Eso es bueno.

—Tumbate, por favor.

Me dejo caer en el colchón sin dejar de mirarlo. Está completamente desnudo y yo creo que no hay mejor visión que esa y que verlo sonreír. Se coloca entre mis piernas y hace que su sexo se frote contra mi entrada. ¿Toda esa humedad es mía? ¿Estoy de rebajas? Dios, Dios y Dios.

Condón, condón, condón.

Estiro la mano hacia la caja de preservativos y él sonrío. Abre el paquetito con sus dedos mágicos y se dispone a ponérselo, pero yo hábilmente se lo quito. Quiero hacerlo yo. Esto es cosa de dos.

—Dame, Sara.

Niego con la cabeza y coloco el preservativo en la entrada de su miembro, pero algo sale mal. ¿Dónde están las instrucciones? Intento coger la caja para poder leerlas, pero Ryan es más rápido y me quita el globito de la mano.

—Cariño, después lees, después preguntas, pero ahora no perdamos el tiempo con esto. Su mano acaricia su sexo y yo quiero sentarme, coger un bol de palomitas y memorizar esa imagen, pero no. Me tumbo y abro las piernas. Pongo la mirada en el techo, blanco, pero esta vez el palo con las dos bolas está en otro sitio.

Me siento nerviosa. Tengo a mi amor entre las piernas entrando despacio, demasiado despacio para mi gusto. Sus besos cálidos aparecen en mi mejilla, él va adentrándose en mí y el dolor llega. ¿Soy virgen? Eso parece.

—¿Te duele? —pregunta él, claramente preocupado.

Niego con la cabeza, no me veo con fuerzas para decir nada. Sé que si abro la boca saldrá un grito. «No», con voz de trol. ¡Claro que me duele! Los hímenes se rompen y eso no provoca cosquillas, pero debo admitir que el ligero placer hace la experiencia algo más amena.

—Si no te duele, ¿puedes hacer el favor de no clavarme las uñas en mi trasero?

Abro mis garras de forma instantánea. Había sido un acto involuntario, no era consciente de que estuviera haciéndole daño. ¡Joder! Qué desastre. Intento relajarme, he leído sobre las primeras veces. El dolor solo es en la fase inicial, después viene lo bueno.

—Perdón —consigo decir con un hilo de voz.

Ryan va moviéndose poco a poco en mi interior y el dolor va menguando. Miro a mi dios, parece estar disfrutando de la experiencia, o al menos eso es lo que interpreto de sus gestos y sonidos.

Y, en este momento, tengo la maravillosa idea de que si cambiamos la posición, quizás yo también puedo disfrutar algo más. No quiero que salga, así que intento hacer el cambio de postura sin dejar la unión. No lo probéis nunca si sois inexpertos. Este cambio de posiciones está indicado para alguien con algo más de experiencia en el ámbito sexual, o al menos, esa es mi opinión.

Intento girar, con la mala suerte de que mi cabeza golpea el cabecero. Ryan quiere ayudarme, por lo que él termina saliendo de mí y cayendo al suelo. Maravillosa la experiencia, pero gracias a Dios seguimos de una pieza.

Ryan vuelve a adentrarse en mi interior y esta vez no me duele. Podría haberme ahorrado la maniobra peligrosa, total, yo solo la hacía para que él no tuviera que entrar de nuevo. Una vez arriba, esto me gusta algo más. Siento más placer, menos dolor. Me muevo con la ayuda de él, pero nadie me había advertido que hacer el amor cansaba. Mis piernas están doloridas, no sé si por la tensión acumulada o por el ajeteo.

Siento cómo las explosiones llegan de nuevo. Mis orgasmos eran pequeños, pero dulces. Ryan se mueve despacio. Nos miramos a los ojos y veo que él me ama. Siento que yo también le amo. Su

boca se abre mientras jadea. Noto que una de las explosiones es más grande, más duradera y soy consciente de que este está siendo mi primer orgasmo.

En resumen: no soy multiorgásmica, él no es eyaculador precoz, y nuestra primera sesión de hacer el amor ha sido una maravilla.

—Ha sido genial —digo sin conseguir dar con la palabra adecuada para la situación.

—Sí —me contesta él abrazándome contra su pecho.

—No ha estado mal para dos vírgenes en apuros —digo riéndome. Me ha gustado la expresión.

—Cariño, yo no era virgen.

Siento como si aquella frase me hubiese abofeteado. Me levanto, desnuda y mojada. Lo miro de forma acusadora. Tiro de la sábana, necesito algo de intimidad para poder gritarle.

—¿Me has mentido? —digo indignada.

—No —contesta él poniéndose en pie, completamente desnudo—. Rebusca en tus archivos, porque esa información no ha salido de mi boca. Fuiste tú la que dedujiste todo.

Yo solo no quería entrar en el tema. Lo anterior a ti no importa. No practico sexo, solo hago el amor, pero no soy virgen. No lo era.

Tiro la sábana al suelo y así me quedo en igualdad de condiciones que él. ¿Que buscara en mis archivos? ¡Todavía no grabo las conversaciones! No soy tan *freak*. No lo entiendo.

—¡Si no eras virgen, para qué tanto rodeo!

Dos semanas esperando esto, esperando a que él estuviera preparado para esto.

—Que sea virgen o no lo sea, no significa que no necesitemos tiempo para hacer algo. Esto era importante para mí. Además, tú sí que lo eras. Lo bueno se hace esperar, siempre. Y odio que estemos discutiendo después de un momento tan íntimo.

Beso a Ryan, lo hago de corazón. Un beso que dice mucho, un beso que pide perdón, que pide permiso para volver a amar. Un beso que hace que Ryan me bese sin barreras, sin permisos.

—Te quiero, virgen o no. Te quiero.

Capítulo dieciocho

El despertar

La vida es un sueño. El despertar es lo que nos mata.

VIRGINIA WOOLF

Después de la noche más maravillosa del mundo, llega la mañana más extraña. ¿Qué puede pasar después de una noche inspeccionando un nuevo mundo lleno de fuegos artificiales? Que una no sabe caminar. Soy lo más parecido a un jinete sin caballo.

Me siento en el baño intentando comprender por qué mis ingles tienen un ángulo extraño.

Mis muslos antes se rozaban, ahora no.

Abro mis piernas e inspecciono la zona como si de la escena de un crimen se tratara. La pobre estaba sensible. La he depilado dos veces en apenas quince días. He descubierto una nueva obsesión con los pelos. No los quería, así estaba mucho mejor. Y entre la cera caliente, el roce y los intrusos, mi sexo está más que resentido.

—Sara, cariño, ¿estás bien?

—Estupendamente —contesto con falso entusiasmo.

Vamos a centrarnos. Tengo que ir a trabajar y no puedo hacerme la enferma. No por esto.

Me coloco unos pantalones holgados, para darle espacio a mi preciado sexo, e intento recuperar mi estilo caminando. Pero no es tan fácil.

Tengo que afrontar el problema. Me bajo los pantalones de nuevo y busco soluciones. Lo más práctico es el hielo. Baja la inflamación. Yo no sé si mi sexo está inflamado o está demasiado excitado. Pero seguro que bajará algo.

Bien, ahora tenía la operación hielo en marcha.

Lo primero es conseguir que el hielo venga a mí. Descarto de inmediato la opción A, que es la más fácil, pero a la vez humillante. La opción A consiste en decir las palabras mágicas:

«Ryan, por favor, ¿puedes traerme hielo?». Y estoy completamente segura de que él lo haría, pero eso traería una respuesta por su parte: «Claro, cariño ¿para qué lo necesitas?»

Mec, no necesita saber que tengo problemas para caminar.

El plan B cuenta con más posibilidades de éxito. También consiste en que Ryan me traiga algo, pero ese algo está más lejos.

—Ryan, cariño —digo desde el cuarto de baño. Hay algo que tengo claro, cuando quieres pedir algo hay dos normas básicas que siempre has de cumplir. Norma número uno: siempre has de alagar y/o emplear motes cariñosos; siempre ayudan—. ¿Puedes ir a buscar algo para desayunar?

Después de pedir algo, la norma número dos: bate las pestañas. En este momento, estoy en el baño, por lo que el campo de influencia de este gesto seguro que es menor, pero ante la duda: siempre hay que batir las pestañas.

—Había pensado en hacerte unas tostadas.

¿Tostadas? Mis tripas rugen con solo pensar en comer una tostada. Es un sol, quiere prepararme el desayuno con sus manitas.

—¿Con mermelada? —pregunta mi lengua traicionera.

—Sí, de fresa— contesta él, y noto su entusiasmo.

Mi preferida. Dios, perdona mis pecados. He practicado sexo fuera del matrimonio y ahora voy a mentir, no me lo tengas en cuenta.

—No me apetece —miento, y mi barriga se queja con un rugido—. ¿Podrías bajar a por unos gofres?

Odio parecer la mujer más caprichosa del mundo, pero todo sea por conseguir caminar de forma decente. Espero un resoplido por su parte, pero nada. Él solo dice que no tardará y escucho la puerta cerrarse. Tomo una toalla y me tapo, no me gusta ir desnuda ni estando sola.

Cuento hasta diez y salgo al comedor. Intento correr lo mejor posible, teniendo en cuenta mi pequeño problema inferior. Llego hasta el congelador, cojo la cubitera y me giro para ir de nuevo al cuarto de baño cuando las huelo.

Ahí estaban las tostadas con la mermelada de fresa untada. El pobre hombre ya las había hecho, y huelen tan irresistibles...

No puedo comérmelas, debo volver al lavabo, pero, quizá, si me como solo una, no se dará cuenta. Total, ¿quién cuenta las tostadas?

Devoro la tostada en un momento, me estoy relamiendo los labios cuando oigo el portazo. Pillada.

—Pero, bueno, ¿qué tenemos aquí? Una mujer desnuda con una cubitera en la mano.

Déjame adivinar...Mi hermano te ha dejado con el calentón, ¿verdad?

Humillada.

—No estoy desnuda —contesto sin apenas convicción. Mi cara está ardiendo.

Miro el recorrido hasta el cuarto de baño, es poco. Puedo intentar correr y encerrarme. Solo debo intentar que la toalla no se me caiga en el intento.

—Apuesto a que no llevas nada debajo de esa toalla... Pero, sea como sea, ¿quieres que te ayude con el hielo?

—No es lo que piensas —salto a la defensiva.

Tengo que ir hasta el baño y espero caminar sin parecer estar escocida. Aguantaré el dolor como una mujer hecha y derecha. Claro que lo haré.

Dudo, no tengo fe en mis posibilidades de salir airosa de esto.

—Encanto, yo no pienso, pero, en vista de que no te apartas, deduzco que es por algo. ¿Necesitas ayuda?

De perdidos al río.

Asiento.

El cretino no tarda nada en invadir todo mi espacio personal. ¿Por qué he dicho que sí? Su expresión pasa de sorpresa a perversión en cero segundos. Su mano se coloca en mi cintura y, de repente, me veo estampada contra la pared.

—No ese tipo de ayuda —consigo decir justo cuando su lengua estaba dibujando el inicio de mi clavícula.

—¿Qué necesitas? —pregunta con voz ronca susurrando en mi oído.

La mano que sostiene la cubitera tiembla. ¿Qué diablos le voy a decir? «Mira, querido James, tú que eres un hombre con experiencia, ¿me podrías decir como juntar mis piernas?».

Fantástico, nótese la ironía.

¿Por qué está aquí?

—Nada, olvídalo —le digo, e intento moverme, pero su cuerpo está taponándome la salida.

—Dímelo, o puedo tirar un poco de aquí —dice cogiendo la punta de mi toalla.

Perfecto, estoy siendo chantajeada por mi cuñado el cretino y ni si quiera puedo correr en condiciones. Tengo ganas de gruñirle, quizás incluso de enseñarle los dientes, pero no puedo.

—Se lo diré a Ryan —le amenazo poco convencida. Ha sonado como un «se lo diré a mi papá».

—Huy, qué miedo. Prueba otra vez —me contesta mientras sus dedos atrapan la punta de mi toalla.

Si Ryan llega y me ve así con su hermano, va a pensar mal; además, todavía siento tensión en mis muslos. Me rindo, no puedo más con este cretino. ¿Por qué narices tiene llave de aquí?

—¡Está bien! No puedo caminar bien ¿Contento? —pregunto derrotada. Necesito ir al cuarto de baño urgentemente.

Siento sus espasmos al reírse. Tiene apoyadas ambas manos a la pared y mi cabeza está en medio de sus dos garras. Necesito espacio.

Sus carcajadas no tardan en llegar. Ya está bien, ¿no? Una ya ha rebasado el cupo de humillación por hoy.

—No sé para qué te digo nada. ¿Te puedes apartar? Por favor.

Intento moverme, pero corro el peligro de que, en un momento de forcejeo, pierda la toalla.

Mejor quieta y tapada que intentando correr desnuda.

—Está bien, está bien —dice él, y, por un momento, creo que está cediendo. Su voz tiembla, se está riendo. Lo odio tanto—. Intentaré ayudarte, pero nunca me había encontrado con un caso parecido. ¿Tan grande la tiene mi hermano?

—Eres un cretino.

No es que sea una información nueva. Es el cretino número uno del mundo mundial, pero sienta bien decírselo a la cara.

Él sonrío ante mipreciado adjetivo.

Mal nacido.

—Cariño, esto te ha pasado por la falta de práctica y de delicadeza de mi hermano. Yo te lo haría mejor y, además, caminarías de maravilla.

—Tu hermano ha sido delicado —digo a la defensiva—. Veo que dices tener mucha experiencia, pero no tienes ni idea de cómo ayudarme. Así que haz el favor de dejarme espacio, pareces una lapa.

Parece que el comentario le ha ofendido. ¡Oh, Dios mío! James Cooper no es ninguna lapa, a él se le pegan. ¿Cómo he podido decir eso? Ruedo los ojos ante mi maravillosa ironía. James me quita el hielo de malas formas.

—Debes de tener los abductores contraídos. Supongo que estabas totalmente en tensión, cagadita de miedo. Podrías haberme dicho que eras virgen, habría hecho yo los honores. No creo que el hielo funcione. Ponte crema hidratante, masajéate los muslos. Haz que se destensen.

Aquello parece tener sentido, pero nunca se lo voy a admitir. Le doy un empujón en el pecho. Necesito mi espacio personal para poder pensar. Si él está cerca, nunca me destensaré.

—De todas formas, yo tengo una fórmula más rápida y eficaz. Yo puedo destensarte con un orgasmo. ¿Cuándo lo has hecho con mi hermano te has mareado? ¿Has notado como todo tu bajo vientre explotaba? ¿El mundo te ha dado vueltas?

—No me he drogado, James. Hemos hecho el amor.

La sonrisa de James se amplía al escucharme.

—Nena, el sexo es una droga. Dile a mi hermano que te folle, lo necesitas. Aunque yo estoy aquí más que dispuesto a darte una pequeña muestra, ¿qué me dices, Sarita?

—Que te den por el culo —contesto malhumorada—. Ah, no, que quizá te gusta.

Me giro sin movimiento de pelo y agarrando con fuerza la toalla. En tres zancadas me meto en el baño y cierro con pestillo.

Bien, ahora estoy en el baño sin hielo, sin crema y muy enfadada. ¿Por qué existen los cuñados groseros?

La puerta se cierra de nuevo. Cruzo los dedos esperando que James se haya ido de una vez, pero no.

—Cielo, ¿dónde estás? —pregunta la voz melodiosa de Ryan.

—Aquí, ¿no me ves, cariño? —se burla James.

—¿Dónde está ella? ¿Qué narices haces aquí, James?

Abro el armario del baño desesperada por encontrar una crema. Cojo la primera que encuentro y me masajeo los abductores. Duele, molesta. Están cargados, pero no me ando

con tonterías. Aprieto con los dedos intentado deshacer la tensión.

Me coloco los pantalones y salgo de baño esperando que aquel par no hayan llegado a las manos.

—Hola, Ryan —digo con tono meloso y me acerco a él, gracias a Dios, coordinada. Le beso en la boca.

Ryan está tenso. Observa a su hermano como si quisiera asesinarlo. Su mirada me está dando un repaso de arriba abajo.

—¿Cojeas? —pregunta con retintín James.

Maldito traidor. Noto que el calor sube hasta mi cara, pero lo ignoro. Miro a Ryan y le sonrío. Bato las pestañas, me humedezco los labios. Quiero que vea que le deseo y que el estúpido de su hermano sobra.

En nuestra relación solo estamos Ryan y yo. Su hermano cretino no tiene cabida.

—¿Te has puesto mi crema? —pregunta James olisqueando el ambiente.

¿Su crema?

Lo odio, lo odio, lo odio.

Capítulo diecinueve

Fenómenos paranormales

En estos momentos, mi alma es tan débil como un corazón de cristal en el centro de un volcán en erupción.

ANÓNIMO

He llegado al trabajo después de un largo paseo. He descubierto por qué los enamorados no dejan de sonreír. Todo es tan maravilloso cuando piensas en tu amor... No te molesta que te empujen o te pisen desconocidos. No te importa que haga frío en la calle, pues ya estás ardiendo por ti sola. He salido airosa de un ataque de James. He mirado embobada a mi novio. Sí, ciudadanos del mundo, os informo de que tengo novio. Estoy feliz y me da igual oler a hombre y estar despeinada. Entro en el trabajo y mi cara debe de ser de «bien follada», porque Loli me sonrío de un modo extraño.

—¿Por qué caminas tan raro?

Siento que me pongo pálida. Estoy falta de reflejos, debería estar soltando algo ingenioso, pero nada. ¿Por qué? Quizás he segregado demasiadas babas. ¿Caminar mal? Yo creía que había solventado mi pequeño gran problema de muslos separados estilo *cowboy*.

—Parece que vayas pisando huevos.

Bien, quizás estaba caminando como supuestamente lo hace la gente feliz en los anuncios de televisión. Intento evitar contestar. El sexo ha hecho que deje de tener reflejos ante los ataques de las marujas.

—Lamento llegar tarde —digo intentando parecer apenada, cosa difícil, pues mi cara no puede hacer muecas después de enterarse de que somos multiorgásmicas.

—Cariño, llegas una hora antes.

¡Mierda! Hoy entro una hora más tarde. ¿Cómo no he caído? Podría haberme comido varias tostadas y esos deliciosos gofres que Ryan ha ido a comprar. Me odio a mí misma y a mi falta de memoria.

Pero una idea luminosa nace en mi mente.

—Llego antes porque quiero salir una hora antes.

—Entonces, ¿por qué te disculpas por llegar tarde? —me pregunta, haciendo que mi felicidad disminuya. Es imposible hablar con esta mujer.

Mi día está siendo un poco diferente, por llamarlo de alguna forma: piernas que no se cierran, hielos que no enfrían, cremas que desprenden olor, cuñados demasiado dispuestos, novio tímido y jefa tocacojones.

Definitivamente, voy para santa.

Después de siete horas intensas de trabajo, llega la hora de salir. Estoy algo cansada de comentarios sobre mi nuevo perfume y mis pelos de leona.

Cuando llego a casa, me meto en la ducha e intento lavarme con maña. Quiero que ese olor se desprenda de mi cuerpo. Me aliso el pelo, quiero estar perfecta. Nada puede hacer que mi noche se tuerza.

Tengo serios problemas de concentración. Pienso en la noche anterior y solo quiero meterme en la cama con Ryan de nuevo. Vale, que solo tenemos que hacer el amor, que será romántico y maravilloso, pero lo necesito ya.

Llaman al timbre y corro de forma descoordinada.

«No sudes, Sara, no sudes», me digo a mí misma.

Antes de abrir la puerta, me miro en el espejo del recibidor. Tengo el pelo bien, huelo mis axilas. ¡Todo está perfecto!

Al abrir la puerta, un gran ramo de flores me espera a manos del que supongo que es Ryan. Mis piernas tiemblan. Quiero tomar el ramo de flores y repartirlo por la cama.

—Buenas noches —dice la voz de mi novio tras las flores.

Su cabeza asoma y puedo ver sus ojos brillando de amor. Siento que el temblor de mis piernas aumenta. Eso parece más un terremoto que otra cosa. Su boca se abre y con ella la mía. Su lengua invade mi boca. El beso hace que todo mi ser esté aún más ansioso.

—Buenas noches —consigo contestar cuando su lengua me deja un segundo.

Tomo a Ryan de los hombros y lo estampo contra la pared. Mi lado romántico cae al suelo junto con las flores. Alargo una pierna y cierro la puerta con el pie. Aprovecho para estirar un poco los abductores. Creo que la noche va a ser movidita y no quiero tener que embadurnarme de nuevo en crema para irme a trabajar mañana.

Una de las manos de Ryan se coloca en mi nalga. Vamos, mi chico tímido va mejorando. Con un salto ágil, nada propio de mí, hago que mis piernas rodeen su cintura. Mi intento de pasión casi hace que nos caigamos al suelo. Ryan se desequilibra, pero consigue que los dos nos mantengamos en vertical apoyando mi espalda contra la pared.

—¿No quieres cenar primero? —me pregunta con un hilo de nerviosismo en su voz.

—Dicen que tomar el postre primero adelgaza —le contesto mientras hago un croquis mental de cómo desnudarlo sin caerme de culo contra el suelo.

Miro la chaqueta, es bonita, pero sobra. Intento averiguar cómo quitársela si sus brazos me están sujetando contra la pared. Demasiado pensar, así que voy a lo fácil: desabrocho sus pantalones y estos caen a la altura de sus tobillos. Aprecio su erección. ¡Vamos bien! Pero mis ansias hacen que los dos terminemos en el suelo. Lo beso con fuerza, él intenta retroceder y su pantalón en los tobillos hace el resto.

Ambos caemos, pero parece no importar. Al menos a mí no me importa. Lo beso, con ganas e ímpetu.

Pero lo que parecía una erección clara y dura, nunca mejor dicho, al parecer es solo una media carga.

Intento de forma desesperada tomar las flores y ponerlas cerca. ¿Quiere romanticismo? Yo le doy romanticismo en el suelo también, pero no. No funciona. Paso al plan B, el infalible: su pezón.

Lo pellizco y acto seguido noto al pequeño Ryan intentando endurecerse. Vuelvo a pellizcarlo, esta vez con algo más de fuerza. Sí, lo sé, esto no es romántico, pero, bueno, quizá pueda ponerme una de esas flores en la boca.

—¿Sabes?, tengo más pezones —me dice, y noto como el derecho está duro y parece inflamado.

¡Dios! Qué bruta soy. Me muerdo el labio inferior dudando si continuar con la tortura de pezones o no. Ryan alza las caderas y me olvido de los pellizcos y de todo.

Me froto contra él. Con las manos temblorosas consigo quitarme la camiseta.

—¿Vamos a la cama mejor? —me pregunta él.

Analizo la situación. Estamos en el suelo, yo estoy caliente y al parecer él también. ¿Por qué tenemos que ir a la cama? Estoy a punto de negarme e iniciar un intento de violación simulada, pero eso me hace sentir egoísta.

Asiento con la cabeza y me levanto algo desganada.

Tenemos que hacer el amor, y el amor se hace en la cama, no en el suelo. Siento ganas de arrancarle la ropa, pero me reprimo. Lo dejaré para la habitación. Ambos nos sonreímos y me siento tímida. Lo quiero, y sé que lo quiero tanto que haría cualquier cosa por él. Puede que desde fuera parezca una locura, apenas nos conocemos, pero estoy segura de que es el hombre de mi vida.

Entramos en mi habitación. Doy las gracias: está ordenada.

Cuando me siento en la cama, agradezco que hacer el amor sea algo más cómodo. El suelo estaba duro y frío.

Nos tumbamos en la cama y nos miramos. Ryan me quita la ropa lentamente, sin dejar que sus ojos desconecten de los míos. Siento que la intimidad que nace entre los dos es muy profunda. Nuestros labios se encuentran, nuestras manos se buscan. La excitación continúa entre nosotros, de una forma más gradual, más controlada, pero es tan hermosa. Me dejo guiar por él esta vez. Siento cómo me hace el amor de forma lenta y profunda. Miles de mariposas aletean en mi estómago, veo todo de forma distinta. Y cuando lo tengo dentro de mí, sé que es el mejor momento de mi vida.

Los dos, juntos, amándonos.

Sus labios besan mi cuello; sus dientes muerden mi oreja.

Su sexo entra en mí de forma lenta, y sorprendentemente no me duele. Muevo mis caderas

haciendo que el placer explote en mí. Me siento sobre él y me muevo. Sus manos toman mis caderas guiándome. Siento que mis piernas empiezan a flojear, el placer está llegando, lo puedo notar cabalgando desde mi bajo vientre. Miro a Ryan, su cara de placer hace que el mío aumente. No puedo creerme que esté teniendo sexo, y mucho menos que no haya alcohol de por medio. Sacudo mi cabeza, intentando concentrarme en lo que tengo entre manos en ese momento. Noto como él se tensa, sé que está a punto de llegar. Me relajo, tiro la cabeza para atrás intentando concentrarme. Soy consciente de que el placer está cerca, quiero frenarlo, quiero que los dos nos vayamos a la vez, pero es una tarea difícil.

Sus manos toman mi cara, tiran de ella y me obligan a que lo mire. Es tan bonito lo mires por donde lo mires... Sus ojos me están abrasando, me cuesta respirar. Intento inspirar por la nariz, tranquilizándome, pero mi respiración está acelerada. Gimo, no puedo evitarlo cuando sus caderas se mueven debajo de mí.

Ahora él es el que se está moviendo... y sé que esa es mi perdición. Intento frenarlo, lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo.

—Dios, Ryan —digo mientras el orgasmo llega arrasándome por completo.

Él para de moverse, noto su respiración agitada. Sus ojos se abren por completo, su boca se abre, pero ningún sonido sale de ella. Noto espasmos en mi sexo, no sé si es él o yo, pero hemos conseguido llegar a la vez.

Y esta experiencia es maravillosa.

Intento concentrarme en respirar. Miro a Ryan, que está con una preciosa sonrisa en la cara.

Debería hacerle una fotografía así, está más guapo que nunca.

—Te quiero —me dice, y sus brazos tiran de mí.

Caigo en su pecho, apoyo la cabeza y me dejo mimar.

Su mano acaricia mi pelo. Mis manos le ofrecen besos castos a su pecho.

Y solo por esto siempre elegiré el amor antes que el sexo, porque en el sexo después del orgasmo solo hay despedidas. Sin embargo, aquí, en el amor, después del sexo te quedas en las nubes, sonriendo.

—Te quiero —contesto sin avergonzarme.

Y es que es así: lo quiero.

Cierro los ojos y dejo que el sueño me abrace.

¿He dicho que me encanta mi nuevo postre?

Capítulo veinte

Tiempo juntos

Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando.

RABINDRANATH TAGORE

¿Alguna vez has amado tanto a alguien que solo tienes ganas de sonreír? ¿Alguna vez has llorado de emoción después de hacer el amor? ¿Alguna vez has sentido que al estar con esa persona todo lo demás sobra?

Antes de conocer a Ryan no creía en el amor. Creía en la pasión, en el cariño y el respeto. Cuando lo conocí, supe que era el hombre de mi vida, pero nunca imaginé que yo podría ser la mujer de la suya.

Las dudas me atacaron, pensé que alguien como él nunca se fijaría en alguien como yo. Él roza la perfección, pero lo mejor es que juntos la tomamos. Sé que suena al discurso cursi, pero es lo que siento.

En este momento, Ryan está tumbado a mi lado y me está nombrando en sus sueños. ¿Hay algo más mágico que esto?

Un año ha pasado desde el día que conocí a Ryan Cooper. Trescientos sesenta y cinco días en los que no ha faltado una sonrisa en mi boca. En los que cada día he comprendido el significado del amor.

Desde que estoy con Ryan, veo el mundo de forma distinta. Mentiría si digo que no continúo analizando todo de forma extraña, que más de una vez mi querida imaginación me ha jugado una mala pasada.

Intento controlarme, he madurado.

Estoy más cerca de acabar la carrera. Estoy inmersa en el cuarto curso de mi doble grado.

Sí, yo y mi indecisión no supimos escoger. ¿Para qué? Esta fabulosa universidad tiene la opción de doble grado. ¿Para qué sumergirme en una sola carrera si puedo hacer dos? ¡Dios! Se me está haciendo eterno, y en la segunda parte del curso tendré que hacer prácticas. ¿Cómo le sentaría a Ryan que le pidiese trabajar en su empresa? Quizá no sería apropiado mezclar el amor y el trabajo, pero trabaja en una de las mejores empresas de comunicación escrita.

Debo pensar en ello. Ryan es especial en todo lo que hace.

Todavía recuerdo el día que celebramos nuestro primer mes juntos.

¿Nerviosa? ¿Yo? ¡Qué va! Todavía estoy muy afectada por la locura transitoria que sufrí ese día. Tenía tantas ganas de comportarme como las protagonistas de las películas románticas que preparé

una tarde de precita a lo grande.

Llené la bañera y me sumergí en ella durante horas y horas. Pedicura, manicura, mascarilla y, cómo no, una depilación integral. Gracias a Dios, conseguí que aquella mujer no me dibujase mariposas en las uñas de los pies. Todo un éxito, sin duda.

Pagué un diner para que un estilista me peinase y me maquillase. La cosa está en que yo noto mucho el maquillaje, vale que pedí un maquillaje tipo natural, pero estuve más de una hora tumbada en una camilla. Y, después, cuando por fin me levanté medio adormilada, no noté prácticamente nada.

Mi pelo caía en cascada y llevaba un vestido caro. Sí, me gasté medio sueldo en arreglarme, y el otro medio en un regalo para Ryan. Ese mes comí a base de patatas y huevos fritos, pero fui feliz. Quería gritarle al mundo entero que estoy enamorada, que el amor existe y que es maravilloso. Que no perdieran la fe, pues, en el momento que menos se lo esperen, llegaría.

El timbre de la puerta sonó y mi estómago pareció lanzarse deliberadamente por una montaña rusa. Corrí hacia la puerta mientras mis tacones golpean el suelo. Yo y zapatos de tacón somos una combinación peligrosísima, pero estaba más que dispuesta a arriesgarme por esta maravillosa cita. Era mi primer mes de relación.

Abrí la puerta y un gran ramo de rosas me esperaba. Intenté apartarlo. Necesitaba con urgencia besar a Ryan, estaba desesperada. Sin embargo, cuando aparté aquel fabuloso ramo de rosas de color rojo pasión con mis labios preparados para atacar, me di cuenta de que quien traía el ramo no era él.

El hombre parecía divertido, quizás incluso estaba decepcionado por no haberse ganado un beso de la Barbie desesperada.

Cogí el ramo con indignación. ¿Dónde estaba mi príncipe? Encontré una nota en el ramo de rosas. La leí procurando que la desesperación no hiciese temblar mis manos: «Tienes un coche esperando abajo. Te quiero».

Adoro este tipo de detalles. Quizá para la gente que no está enamorada parecen una cursilería; tal vez la gente realista y que ve nuestra relación desde fuera puede creer que esto no es real o que no puede serlo. Pero quiero decirles que es cierto. Amo a Ryan con todo mi corazón. Aquella celebración tenía pinta de ser maravillosa.

Tomé el ramo de flores y lo coloqué en agua. Me sentí feliz por poder estrenar aquel jarrón de Ikea, no había tenido la oportunidad hasta aquel día. Bueno, tengo que decir que lo compré dos días antes. Mi mente caprichosa sabía que me regalaría flores y, además, aquel jarrón básico de color blanco era ideal para mi solitaria mesa. Los pisos de soltera son básicos y por eso necesitan complementos, básicos también, claro. ¡Pero qué digo! No es un piso de soltera, es un piso donde solo vive una chica, pero tiene novio.

Quería oler ese perfume a rosas el resto de días de la semana. Tomé mi abrigo y salí por la puerta

sonriendo. El sonido de mis tacones retumbaba en las escaleras, y no intentaba evitarlo. En aquel momento, me hacía sentir estúpidamente importante.

Llegué a la calle y busqué a Ryan. En la carretera, en doble fila, vi un Mini Cooper de color crema. Adoro su coche, siempre lo he adorado (otra de las coincidencias de nuestro amor).

Fui hasta allí sin dejar de sonreír. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo?

Caminé concentrándome en mis pies. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Intenté colocar mi pose sensual. Me miré el escote: perfecto. Me incliné en la ventanilla con una sonrisa sugerente en mi cara, una de esas que promete sexo, quiero decir, amor potente.

—Gracias por las flores, nene.

—¿Flores? —pregunta una voz demasiado ronca.

—¡Mierda!

El hombre que estaba en el coche no era Ryan. Miré desesperada a la parte de atrás y allí tampoco se encontraba mi novio. Bien, tenía un problema. ¡Qué digo! Tenía un problemón, todavía me sonrojo al pensarlo. El tipo al que acababa de llamar «nene» me sonreía de forma lasciva.

—Perdón, perdón. Pensé que eras Ryan —dije para que comprendiera que mi «nene» tiene nombre y no es él.

—Bueno, tú puedes llamarme como quieras.

Me incorporé y esperé que ese señor (por llamarlo de alguna forma) no estuviera registrando mi escote. Oí que me decía que él también podía comprarme flores. ¿Por qué siempre me confundo?

Miré desesperada a la calle. ¿Dónde está el Mini de Ryan? Mi teléfono sonó, lo miré nerviosa. Sentía que llevaba poca ropa, además que estaba peinada como si fuera a una boda. Quizá ese tipo había pensado que era una prostituta, una de las caras. ¡Una prostituta que quería que le regalasen flores!

Leí el mensaje sin bajar la guardia: «La limusina, cielo».

¿La limusina? Alcé la vista. A mi izquierda vi una preciosa limusina de color blanco.

Estaba ahí antes? Definitivamente, maquillada no veo mucho. Seguro que la culpa la tenía la terrible cantidad de rímel que llevaba. Respiré hondo sintiendo aún más nerviosa. Fui hasta la limusina con los tacones golpeando el asfalto. Esta vez creo que no me sentía importante, más bien enfadada.

El conductor se apresuró a bajar para abrirme la puerta. Bien, mis piernas estaban temblando, lo notaba. Y, por los nervios, tenía la incómoda sensación de que mi vejiga estaba a punto de explotar.

Tragué saliva y entré en la limusina. Era enorme, una luz tenue hacía que aquel lugar pareciese mágico. Los sillones eran de cuero en un tono claro. Y allí, en su interior, estaba el hombre más guapo de la Tierra.

—Buenas noches, princesa.

Mi corazón bombeaba rápido. ¿Puede una morir de felicidad? Gracias a Dios, eso no pasó, no podía fastidiar esa noche, ni mi maquillaje ni mi peinado ni... ¿Estaba babeando? No, no. Después de tocarme la comisura del labio de forma desesperada, comprobé que estaba seca. Ryan me ofreció su mano para ayudarme a llegar hasta él.

Me tiró a sus brazos, colocó mi cara en su pecho y yo aproveché la situación para olisquearlo. Oía maravillosamente bien. Me daba igual echar a perder el maquillaje, me daba igual parecer una gatita restregándose contra su dueño. Busqué sus labios y lo besé.

—¿Eras tú la chica que estaba hablando con el señor del Mini? —bromeó Ryan.

—No sé de qué me hablas.

Siempre hay que pasar de los temas embarazosos. Negaré siempre haberme inclinado contra aquel coche. ¡Menos mal que intentaba seducirlo! Menos mal que no entré directamente en el coche con los labios en posición de ataque. ¡Ya había aprendido la lección con el florista!

Ryan abrió una botella de cava. No me gusta el cava, pero, en esta ocasión, hice una excepción. Nuestras copas estaban llenas mientras nos mirábamos y brindamos por nuestro amor. Cuando bebí, intenté por todos los medios no hacer una mueca de asco.

¿Cómo le podía gustar eso a la gente?

Mis ojos se entrecerraron del esfuerzo de tragarme aquel líquido. Ryan suelta una risita y me quita la copa.

Hay que recordar que me quedé con el hermano listo, y eso tiene sus ventajas.

La noche transcurrió a la perfección. Sus palabras, sus promesas, sus besos. Todo hacía que soñase despierta con un futuro con él. Sé que soy joven, pero siempre he sido una persona con las ideas claras. Amo a Ryan Cooper por encima de todo y nada me hará cambiar mi opinión.

Esa noche hicimos el amor varias veces. Soy feliz, muy feliz.

Cada «cumplemes» es especial. Cada día es mágico. Los días pasan y siento que el nuestro es un amor verdadero. Muchas noches solo nos abrazamos. El amor es cálido y suave.

Tenemos una rutina que me gusta. Siento que él me mira con dulzura. Me acaricia como si me fuera a romper, me besa como si nuestros besos fueran los últimos.

No tenemos mucho tiempo para estar juntos. Muchas veces, simplemente nos enviamos un mensaje de buenas noches que hace que me vaya a la cama con una sonrisa.

Capítulo veintiuno

Fóllame

Los vicios de sexo no son vicios.

JOAQUÍN SABINA

Siempre me quedo la última en el gimnasio. Entre la universidad y el trabajo, no me queda mucho tiempo. Ryan tiene mucho trabajo, por lo que no puede quedar entre semana. Así que intento mantenerme ocupada para no pensar en él.

En la última hora de *aquagym* no suele haber mucha gente, y menos en esta época del año, donde oscurece más pronto. Además, que el frío se cuele por los vestuarios no ayuda en absoluto. Ayudo al profesor a recogerlo todo y me voy directa a la ducha.

Cuando entro en el vestuario, me cruzo con la señora Martínez, que se despide de forma seca. Esa mujer parece tener siempre las bragas metidas por el culo. Es tan rancia.

Entro en la ducha y dejo que el agua caliente caiga sobre mi cuerpo. Me enjabono el pelo con el champú de fresas. Adoro el olor que deja en mi pelo.

Siento los músculos de mi espalda tensos. Necesito un buen masaje, quizá cuando salga llame al fisioterapeuta. Sigo enjabonándome, y entonces oigo un ruido. Me quedo quieta.

¿Qué hora es? Tengo entendido que tenemos media hora para poder ducharnos. Quizá me haya entretenido demasiado.

Lo mejor será que me dé prisa. Me aclaro el champú, tal vez sea una estupidez, pero siento algo de miedo. El entrenador parece una buena persona, pero todos los asesinos y violadores lo deben de parecer en un momento dado.

Muevo mi mano en busca de la toalla, voy palpando la pared, pero no la encuentro. Miro hacia el colgador y ahí no está. ¿Dónde la he dejado? Yo juraría que la colgué ahí. Estoy empezando a ponerme nerviosa. Cojo la cortina de la ducha con la mano y la abro. Tengo que irme de aquí ya.

Un grito sale de mi boca cuando veo a un hombre allí.

¿Ryan?

—¡Dios! Ryan me has dado un susto de muerte, pensé que tenías reuniones toda la semana.

Él no me dice nada, simplemente me mira de arriba abajo con la lujuria impregnada en su mirada. Estiro la mano para que me dé la toalla, pero él no parece hacerme caso.

—¿Qué pasa? —le pregunto con una sonrisa en la cara—. ¿Te gusta lo que ves?

Me siento tímida tomando esta actitud. Él parece mirarme como si nunca hubiese visto nada igual. Su lengua relame su labio inferior. ¿Ha venido con ganas de jugar? Siento como mi bajo vientre se

contrae. Podríamos jugar un poquito.

—¿Te importa que me duche contigo?

Sé que este no es lugar para esto, pero no puedo negarme. Retrocedo un paso hacia atrás, para dejarle espacio. Me giro, tímida, y tomo el acondicionador. Escucho como su ropa cae en el suelo y noto sus manos en mi cintura.

Nunca me he duchado con Ryan. Siento que esta es la escena más íntima y caliente que hemos tenido nunca.

Lo noto detrás de mí, puedo sentir su erección acariciando mi trasero. Mis muslos se tensan. Su mano derecha se queda en mi cintura mientras la otra pasea por mi mandíbula.

Se inclina hacia mí, aparta mi pelo colocándolo detrás de mi oreja y me susurra al oído:

—¿Quieres que te enjabone?

Ya lo he hecho, estoy más que limpia, pero asiento. Quiero sentir sus manos recorriendo mi cuerpo. ¡Es tan caliente!

Comienzan el camino desde mi cuello. Tiene unas manos grandes que van acariciándome a medida que me enjabona. Baja hasta mis pechos y los acaricia, primero de forma suave y después toma uno de ellos con más ímpetu. Nunca me había tocado de esa forma, pero debo admitir que me gusta. Mientras una de sus manos se queda jugando con mi pecho, la otra continúa bajando.

No puedo evitar gemir cuando sus dedos acarician mi sexo. Tiro la cabeza hacia atrás para evitar gritar. Sus labios buscan mi cuello, besos apasionados que hacen que me excite todavía más.

Mi sexo parece estar gritando *boom boom*, al tiempo que intento guardar en mi mente cada momento de esa tórrida escena.

Sus dedos continúan friccionando la parte interna de mi sexo. Siento placer, un inmenso placer, pero esto no está bien. Estamos en el gimnasio. Nos pueden pillar.

—Ryan —ronroneo—, esto está mal. Estamos en el gimnasio.

—¿Está mal? —me pregunta con un hilo de voz.

Me gira de forma rápida. Ahora está frente a mí, mirándome a los ojos. Trago saliva. Tiene un cuerpo de infarto, y es mío. Solo mío. Sus ojos verdes, poderosos, me miran como si fuera un trozo de carne y yo me siento feliz con ello. Soy una carne que quiere ser comida.

—Muy mal —contesto con la boca entreabierta.

Él me besa en la boca con pasión. Noto su lengua adentrándose en mí con impaciencia. Creo que me voy a marear. Sus manos me agarran del culo y me aprietan contra él. Este tipo de besos deberían estar prohibidos. Mi cabeza parece nublarse, mientras que mis piernas tiemblan de la emoción.

—¿Sabes que está realmente mal? —me pregunta.

Mis ojos se abren como platos, ¿no puedo pensar así de excitada! ¿Qué he hecho mal? Quizá no lo he besado bien, pero no estoy acostumbrada a tanta pasión. Paso la lengua por mis labios, esperando que estos hablen por mí.

—Que todavía no me has tocado —contesta él, mientras toma mi mano y la lleva hasta su sexo. ¡Madre de Dios! Está muy muy duro. Nunca había visto a Ryan tan excitado. ¡Y no he tenido que pellizcarle ningún pezón! Gimo. ¿Cómo no voy a hacerlo? Tenemos un poco de acción por aquí.

Quizá se está poniendo así porque estamos en un lugar público. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Sus labios atacan de nuevo haciendo que deje de pensar dónde estamos. Lo único que importa es que él me está besando como nunca y que me está encantando. Muevo mi mano alrededor de su sexo. Se siente tan bien, sentir su deseo bajo mi piel.

Me aprieta una nalga con la mano. Puedo sentir su necesidad, que se parece a la mía. Uno de sus dedos se adentra en mí. Y no lo hace de forma lenta y delicada, como estoy acostumbrada. Ese dedo está tomando una velocidad asombrosa. ¡Madre del amor hermoso! Siento que, como siga así, me voy a ir a tocar el cielo. Intento seguir su ritmo con mi mano, acariciándolo, tomándolo.

Los dos jadeamos a la vez. ¡Bien, lo estoy haciendo bien!

—Ryan —consigo decir sintiendo mi garganta seca.

—Dime, preciosa —me dice él sin dejar de embestirme con su dedo.

—Nos van a pillar.

Necesito recordárselo, pero, en este momento, me da igual si nos pillan o no. Estoy sintiendo un inmenso placer, uno que nunca había sentido.

Su mano aparta la mía con delicadeza. Toma mi pierna y la sube.

—¿Quieres que pare? —me pregunta mientras toma su sexo y lo frota contra la entrada del mío.

Necesito que entre. Estoy a punto de llegar al orgasmo. Echo de menos ese dedo que tanto placer me estaba provocando. Su sexo está rozando el mío, que lo espera ansioso.

—No —consigo decir, y muevo mis caderas para enfatizar mi negación. Noto cómo la humedad aumenta en mí, cómo necesito tenerlo dentro.

—Entonces —dice él, y se frota contra mí más rápido—, ¿qué quieres que te haga?

La pregunta me sorprende. Por un momento, me siento tímida. Ardo en deseos por él. ¿Qué le voy a decir? ¿Quiero que me folles? No, eso no es típico de Ryan, aunque la verdad es lo que tengo ganas de decírselo.

Me muerdo el labio inferior y, sin poder evitarlo, muevo las caderas. Necesito más roce, más calor.

—Hazme el amor.

Cuando termino la frase, me siento realmente tímida. Sé que no debería sentirme así con mi novio, pero no estoy acostumbrada a hablar mientras lo hacemos. Simplemente sale algún «te quiero» de nuestras bocas, pero nada más.

Ryan resopla. ¿Por qué lo hace? ¿Qué he hecho mal?

—¿Hazme el amor? Sara, cariño, estamos en la ducha. Dime lo que de verdad quieres que te haga.

—¡Quiero que me folles! —contesto sin pensar.

Una ola de calor toma mi cara. Siento como entra en mí con una sola embestida. No hay delicadeza en él, pero ¿para qué? Estoy teniendo sexo con Ryan, nunca antes lo habíamos hecho así, y siento que esta nueva faceta me encanta. ¡Joder! Se siente condenadamente bien.

Su boca me gusta, me besa con pasión. Sus caderas se mueven como dos pistones dando el ciento veinte por ciento.

Mi espalda se topa contra la pared de la ducha. Él continúa moviendo sus caderas. Creo que no me voy a poder mantener en pie. Sus manos me agarran del culo alzándome. Aprovecho para entrelazar mis piernas a sus caderas. Noto cómo entra todavía más a fondo. No sabía que eso se podía hacer.

Intento moverme en círculos. Yo también quiero que él sienta placer.

—Me encantas —me dice Ryan, y quiero morir de amor.

Su boca toma mi pezón. Me mira a los ojos y puedo ver la lujuria. Gimo y tiro la cabeza hacia atrás, pero me topo contra la pared.

Ahora ataca mi cuello. Eso ya es demasiado para mí. Tengo el cuello sensible. Siento unos calambres en mis piernas, creo que mis pies se van a quedar enganchados para toda la vida.

—Ryan —gimo, y sé que no voy a aguantar mucho más.

—Déjate llevar.

Y lo hago. El orgasmo arrasa todo mi cuerpo. ¿Multiorgásmica decía? ¡¡Y una mierda!!

Nunca antes había tenido un orgasmo, no como este. Dejo que el placer me tome. Siento las piernas pesadas. Se me relajan todos los músculos del cuerpo. ¡Todos!

Ryan sale de mí y toma su sexo con la mano.

¡Él no había terminado! Tengo que espabilarme, no puedo ser tan egoísta. Me coloco de pie y lo miro a los ojos. ¿Qué puedo hacer? Me pone la mano en el hombro y empuja hacia abajo.

Estoy de rodillas frente a él. Miro como bombea su sexo con la mano. Ryan toma mi cabeza y me dirige hasta él.

Nunca antes había jugado con su sexo, pero mi lengua está ansiosa por hacerlo. Siento como sus jadeos son más fuertes. Lo estoy haciendo bien. Y me está excitando.

—Sara —dice antes de que su cuerpo comience a temblar.

Siento cómo se viene, siento cómo el placer que hemos sentido esta tarde va a marcar un antes y

un después en nuestra relación.

—Te quiero —le digo, feliz de tener una relación más que completa.

—Eres genial —me dice él con una sonrisa torcida.

Y es cuando lo veo. Ese lunar, ese lunar que no debería estar ahí. Ese lunar que acababa de hacer que mi mundo se derrumbe.

—¡¡James!!

—Hola, preciosa.

Su sonrisa torcida me asquea. El muy cretino extiende su mano, ofreciéndomela como ayuda para levantarme. La rechazo con rabia. Estoy llorando. ¿Qué narices he hecho? Me he acostado con el hermano de mi novio. ¿Cómo no he podido darme cuenta? Sus besos son distintos. Me ha follado. ¡Joder! ¿Por qué he pensado que era Ryan con la sangre caliente?

Esto es culpa mía. Me he calentado, me he dejado llevar, he pensado, he creído... ¡La he fastidiado!

No paro de llorar. Y soy consciente de que, por mucho que llore, nada va a cambiar. James se agacha e intenta limpiar mi cara, pero mi mano es rápida y le pega un manotazo.

No quiero que me toque. ¿Cómo alguien puede ser tan ruin? ¡Maldito bastardo!

—¡No me toques! Ni se te ocurra volver a tocarme. ¿Me has entendido? —grito frustrada.

¿Qué voy a hacer?

—Hasta hace un momento te gustaba que te tocara —me contesta con los dientes apretados.

No sé qué intenta con ese puñetero comentario, pero siento como si sus palabras fueran navajazos. Odio que tenga razón, odio que yo deseara lo que me estaba haciendo, pero yo no sabía que era él. Yo a él no lo deseo.

—No —digo negando con la cabeza. Me levanto intentando tragar mi orgullo. Estoy desnuda y me siento totalmente sucia.

—¿No? —dice él acercándose a mí, retrocedo—. ¿A quién quieres engañar? Has disfrutado, no puedes negarlo.

Claro que había disfrutado. ¡Más que nunca! Pero yo pensaba que era Ryan y no James. Yo no habría disfrutado lo mismo siendo consciente de que era aquel cretino. No le habría dejado.

No entiendo cómo una persona puede hacerle eso a alguien de su sangre. ¿Qué quería demostrar?

Su mirada me está analizando.

Sé que espera una respuesta.

—Pero —comienzo a decirle. ¿Qué decir? ¿No sabía que eras tú?

—Aquí no hay peros. Te gustó, admítelo.

Su dedo empuja mi barbilla hacia arriba para que nuestras miradas se crucen. Son tan iguales, tan perfectos en lo físico y tan diferentes mentalmente. Siento crecer la impotencia en mi pecho. Arde, quema.

—¡Sí! —grito dándole un empujón en el pecho—. ¡Me gustó! ¡Pero eso no cambia absolutamente nada!

Estoy enfadada, muy enfadada. Enfadada con él, pero más conmigo misma. ¿Cómo he dejado que me toque otro hombre? ¿Cómo he podido disfrutar con eso? Niego con la cabeza y sé que voy a volver a llorar.

Golpeo la pared del baño. ¡Leches! Quiero golpearme a mí misma. ¿Cómo voy a salir de esta? ¿Por qué Ryan no me toca así? ¡Dios! Mientras lo hacía, pensaba que era la mejor tarde de mi vida. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Claro que cambia —dice James, y me coge de la cara con ambas manos.

No quiero que me toque, no quiero que esté aquí. Quiero que desaparezca de la ciudad, del país, del mundo.

—No me toques —digo, pero mi voz suena demasiado floja.

Retrocedo, mi espalda topa con la pared de la ducha de nuevo. Cierro los ojos e intento calmarme. Noto como la distancia entre los dos es mínima. Ambos seguimos desnudos, completamente.

—Sara, el daño ya está hecho. Yo no pienso contar nada a nadie. Deberíamos aprovechar. Esta va a ser nuestra única vez. A ti te ha gustado, a mí me ha gustado. Podríamos despedirnos y pasar página. —No.

No, no y no. No podemos, no puedo, no debemos. Su boca está en mi cuello y mi maldito cuerpo reacciona ante James. Mi sexo parece querer más y se rinde ante él. Pero no puedo hacer eso. ¡No!

Obligo a mi lengua a reaccionar.

—No —repito sin apenas convicción.

—Por favor —me ruega mientras sus manos se pasean por mi cuerpo.

Me choca escuchar esa palabra de la boca de James. Mis lágrimas continúan cayendo, pero él se encarga de atraparlas con la boca.

Me siento deseada, un deseo que parece enfermizo. Un deseo que mi cuerpo adora. Mi sexo se humedece y siento que todo mi cuerpo tiembla de la necesidad.

—Por favor, James —insisto, esperando que él pare, no me veo con fuerzas para hacerlo yo.

Y sé que estoy obrando mal. No puedo hacerle esto a Ryan otra vez, ahora mismo sé quién me está tocando.

La mano de James se coloca en la parte interior de mi muslo. Su dedo acaricia con delicadeza mi sexo y yo jadeo.

—Tu cuerpo me quiere, me necesita, pero yo necesito que me lo digas tú. Dímelo, Sara.

El puto cretino no tiene suficiente con ver cómo mi sexo arde, no tiene suficiente con ver cómo mi cuerpo entero está temblando por él, cómo no soy capaz de moverme. No, él necesita más. ¿Me está humillando? ¿Eso está haciendo? Me sorbo la nariz y cierro las piernas, a pesar de que estas

solo desean estar abiertas para él.

—Me voy —digo con algo más de fiabilidad.

Intento moverme, pero su cuerpo está en medio. Sus manos toman mis muñecas y me las pone encima de la cabeza. No siento miedo, no me siento obligada. No, estoy excitada, estoy ardiendo por él.

Toma ambas muñecas con una sola mano mientras la otra se pasea por mi costado. Mis pezones se endurecen. Siento tal necesidad que empiezo a temblar.

Mi cuerpo parece estar emocionado por otra sesión de sexo. Sí, de sexo y no de amor. Porque, al parecer, el amor es maravilloso, pero el sexo es extraordinario. El sexo hace que todo tu cuerpo tiemble, mientras que el amor solo te balancea. No había conocido el sexo hasta ahora, solo había tenido amor, amor dulce. Y el sexo es picante.

—Dilo, Sara.

—Fóllame —digo, y le miro a los ojos.

Me rindo. Lo siento. Quiero un poco más, quiero saber qué se siente de nuevo. Siento que mi alma se ensucia, pero lo necesito.

Él sonríe, noto cómo su sexo se endurece más contra mí. Puedo ver la lujuria en sus ojos, su deseo. Y me gusta. Se repasa la lengua con los labios. Se acerca más a mí. Continúa cogiendo mis muñecas con una mano; su boca parece estar dudando entre mi cuello y mi pecho. Yo quiero sentirla en todo mi cuerpo.

—¿Quién quieres que te folle? —me pregunta susurrándome en el oído. Me lame el cuello y sopla en él.

Voy a explotar sin que me toque.

—Tú —digo con voz temblorosa. Necesito tenerlo dentro ya. Necesito que me haga olvidar lo que estoy haciendo.

Sus caderas se mueven y su sexo se introduce entre mis muslos. Gimo apretando los dientes. No necesito que me torture más.

—¿Quién? —repite, y sus dientes atrapan el lóbulo de mi oreja.

Creo que voy a llegar al orgasmo sin que entre en mí.

Jadeo e intento controlarme. Quiero que me folle, quiero que lo haga de una vez. Necesito pasar página de esto, necesito tenerlo dentro. Lo necesito.

Nunca me había sentido tan caliente. Siento espasmos por mi cuerpo, miro a James a los ojos y veo que él está tan necesitado como yo. Sus ojos llamean, su boca está entreabierta y su erección parece querer explotar.

—James, fóllame de una puta vez.

Estiro de mis brazos con fuerza y lo tomo del pelo. Si lo hago, lo haré al cien por cien. Dejaré que mi lujuria resurgiera. Nada de control, nada de pensar qué va a pensar de mí.

Nada de actuar por querer gustar.

Lo beso, lo beso de una forma que pensé que solo existía en el cine. Sus manos me buscan de forma urgente. Agarra mi culo clavándome los dedos en él y yo le arañó la espalda. Me sube y mi espalda vuelve a estar contra la pared. Entra en mí, fuerte y duro, y yo no puedo evitar gritar.

Noto la profundidad de sus embestidas, y no duele. Simplemente quiero más y más. De golpe, para de moverse y sale de mí.

No sé qué está haciendo, pero, cuando no está dentro de mí, noto un tremendo vacío.

—¿Qué haces? —pregunto entre jadeos.

—Estaré encantado de follarla, señorita Ramírez, pero estoy buscando algo un poco más cómodo, ya ha tenido la experiencia de la ducha.

James me carga de forma rápida sin apenas hacer un esfuerzo. Cuando me quiero dar cuenta, ya estoy tumbada en el banco del vestuario. Él me mira de esa forma que hace un día habría odiado, pero que ahora me excita. Veo que me desea y no puedo evitar excitarme con ello.

Me coge las piernas, se las pone a los lados de la cabeza y entra en mí. ¡Dios! Así entra más profundo. Mis manos se agarran al banco.

—Disfruta, encanto.

Me mete un dedo en la boca. Se mueve de forma rápida, se nota que sabe lo que hace, que sabe qué movimientos hacer para dejarme sin respiración.

Intento disfrutar al máximo de mi error, ya tendré tiempo después para lamentarme.

Nunca he sentido tanto placer, él sabe cómo tocarme. Siento que mi minuto de gloria está a punto de llegar, pero él parece tener mucha más pila.

—Dios, Dios, Dios —digo cuando llega la oleada de placer.

Mis muslos tiemblan, pero él no para. Cuando creo que voy a desmayarme de placer, él continua. Mi excitación parece recuperar fuerzas. Con un dedo pulgar toca un punto de mi sexo; mi espalda se arquea en la medida de lo posible.

—Tienes que parar —digo, preocupada porque nos pillen, preocupada por sentir tanto placer en una sola vez.

Me levanto y él me mira con una ceja alzada. Su sexo sigue estando duro y erecto. Se acerca a mí, me da la vuelta y me empuja la espalda, para que mis manos se apoyen contra el banco. Se coloca detrás de mí y toma mi cintura con sus fuertes manos.

Entra desde atrás y yo no puedo evitar gritar. Nunca lo había hecho así y se siente tan... diferente.

—¿Te lo han hecho alguna vez así? —me pregunta, pero no respondo, estoy concentrada en respirar—. ¿Te gusta cómo te lo hago? ¿Te gusta cómo te folla un cretino?

—¡Cállate! —escupo furiosa.

—¿Por qué? —me pregunta con un tono elevado. Su mano coge mi pelo con dureza, duele, pero es un dolor soportable. Me gusta la rudeza con la que me trata y odio que lo haga—.

Deja de fingir, deja de comportarte como la señorita que eres con mi hermano. Admite que te pone que te hable sucio. Reconoce que nunca habías sentido nada igual.

Entra dentro de mí y siento que su sexo roza mis paredes; tengo que tirar la cabeza para atrás del placer. Con la mano derecha continúa tomándome del pelo; la izquierda se encarga de manosear mi pecho.

Odio que mis caderas se muevan esperando más, pero estoy tan cerca del placer absoluto...

Tomo con fuerza las tablas del banco al tiempo que arqueo mi espalda, esperando que él continúe con el bombeo.

—Admite que él no te toca como yo —dice, y sus dedos pellizcan mi clítoris. Siento una descarga de placer, pero él no me da tregua. Dibuja círculos en mi sexo, lo toca y lo masajea.

Creo que voy a desmayarme—. Vamos, Sarita

—Yo lo quiero a él —le digo con la clara intención de hacerle daño.

Amo a Ryan. Por mucho que James sea un bomba sexual, debo escuchar a mi corazón. Lo digo porque necesito escucharlo de mi boca, porque necesito que la coherencia vuelva a mí.

James sale de mí y siento un inmenso vacío. Mi sexo parece estar estrujando la nada, desesperado, buscándolo. Noto cómo palpita de la excitación, cómo estoy a escasos segundos de irme.

—Nadie dice lo contrario, Sara —me dice mirándome a los ojos.

James alza su dedo y lo lleva a mi boca, lo introduce y esta no hace ningún jodido esfuerzo para pararlo. Sabe a mí, sabe a mi traicionera excitación. Es salada y, para mi sorpresa, el sabor me gusta.

Su mirada me analiza. La lujuria debe de brillar en mi mirada. Se pega a mí, haciendo que nuestros cuerpos desnudos se rocen. Me da la sensación de que saltan chispas cuando nos tocamos.

Su dedo sale de mi boca para delinearla. Sin querer, la entreabro. Quiero besarlo. ¡Joder!

¿Por qué?

—Ahora vamos a terminar lo que hemos empezado, que mañana será otro día. Yo no le contaré nada a mi hermano. Él nunca lo sabrá. Este será nuestro secreto. Puedes olvidarlo si quieres..., bueno, mejor dicho..., si puedes.

Ahí está su sonrisa torcida, pero ahora no la odio. Mis labios lo buscan, dejo todos mis tormentos en un cajón, recluidos. Todos los pudores que tengo se quedan en el desagüe de la ducha.

James consigue que conozca más cada rincón de mi cuerpo. Su lengua, sus dedos, su miembro; todo él es un experto en el arte del sexo. No ama, porque no me está amando, pero sí que hace que

mi cuerpo hierva de puro placer. Cuando me cuenta que el conserje no está, que se ha cerciorado de que nadie nos va a molestar, dejo que mi cuerpo reaccione a su gusto.

Grito de placer, dejo que los orgasmos me aplasten las entrañas. Toco el cielo una y otra vez. Sus palabras sucias me acarician los oídos y yo no me dejo intimidar por ellas.

James bebe de mi sexo, acto que jamás pensé que dejaría hacer a alguien. Siento que esa zona es tan mía... Sentía tanto pudor con eso que nunca imaginé que llegaría a disfrutarlo como lo estoy haciendo ahora.

—Tranquila —dice depositando un beso en mi muslo—, que podrás caminar bien.

Me deja recostada mientras se viste. Yo admiro la vista. Son diferentes. Él está algo más fibrado que su hermano. Él no tiene corazón. Él es un cretino.

—Vístete, tenemos que irnos.

—¿Ir? ¿Adónde?

Me tiemblan las piernas. Mi imaginación vuela pensando que seguiremos con más dosis de sexo en otro lugar. Quiero que este día no termine, y odio sentirme así de débil y, por qué no decirlo, de zorra. Se me hace un nudo en la garganta. Voy a llorar de nuevo, soy débil, soy una mierda.

Siento que no es él quien ha fallado, he sido yo. Solo yo. No puedo culparlo a él, no me forzó a abrirme de piernas. Lo hice yo solita.

—Mi hermano me dijo que viniera a buscarte. Tenemos que ir a cenar a casa de mis padres, cuñadita.

Maldito hijo de puta.

Capítulo veintidós

ZO.R.R.A

El adulterio es justificable: el alma necesita pocas cosas; el cuerpo, muchas.

GEORGE HERBERT

Zorra. Con todas las letras. Para ser más exactos, cinco letras que, unidas, me definen. No tengo otra palabra para describirme. Soy una rastrera de mucho cuidado. Me odio a mí misma, me doy asco. ¿Cómo he podido hacerle eso a Ryan? Por Dios, ¿en qué diablos estaba pensando? O mejor dicho, ¿con qué? Con mi sexo, no hay otra. Desconecté mi cerebro durante dos largas y húmedas horas.

—Si no cambias esa cara, notará que te pasa algo.

Y aquí está hablando mi peor pesadilla: James Cooper. Lo odio, lo odio con todo mi ser. Por ser tan tentador, por ser tan orgulloso. Nadie podía decirle que no. Hasta el punto de que tenía que conseguir a su cuñada, o sea, yo. ¡Joder! Que esto que acabamos de hacer es algo que roza el incesto. ¡No! Es muchísimo peor.

Esto es una putada. Yo, Sara Ramírez, he sido infiel al hombre más maravilloso del mundo.

—Ya veo que a ti no te pesa la conciencia —le digo con tono amenazador.

Maldito cretino.

—Cielo, no te pongas así, ninguna mujer se me resiste. Y tú no ibas a ser la excepción. Dejo que mi mano vuele con fuerza y se estampe en su cara. Lo odio, odio que esa chulería que me saca de quicio me hiciera delirar de placer hace apenas una hora. Lo odio.

Él no parece molesto por mi golpe. Es más, el maldito miserable está sonriendo. ¿Acaso algo le molesta? Necesito saber qué narices es y atacarlo. Quiero machacarlo una y otra vez, a él y a mí.

—Cariño, si te gustaba el sado, tendrías que habérmelo dicho, habría hecho que tu culito se quedase rojito. Si te apetece, ya sabes.

—¡Nunca! —grito como una histérica—. ¿Me oyes bien? Nunca me vas a poner ni un solo dedo encima.

¿Sado? ¿Yo? ¡No, por Dios! Sacudo mi cabeza y lo miro. James pone su cara de chulo, esa en la que alza la ceja y la comisura de su labio a la vez. Esa que hace que quieras partírsela, esa que hace que tus bragas quieran bajarse y marcharse para que no las mojes más.

—Tranquila, fiera. Si sigues así, vas a hacer que tus hormonas huelan. Y no queremos eso, ¿verdad?

Bajo del coche y cierro la puerta con todas mis fuerzas. ¡Que se joda! Camino hacia la casa con los puños cerrados. ¿Por qué diablos estoy aquí? Podría haber dicho que me encuentro mal,

me podría haber roto una mano en el gimnasio, quizás, incluso podría haberme cortado las venas. La cosa es que sé que no tengo que estar aquí.

¿Cómo puedo mirar a la cara a Ryan? ¿Cómo?

Y la respuesta a mi pregunta es fácil: alzando la cabeza y abriendo mucho los ojos. Ahí está Ryan, esperándome con su maravillosa sonrisa.

—Buenas noches, cielo —me saluda, y sus labios besan los míos de forma casta.

Y siento que voy a vomitar. ¡Me va a pillar! Mi boca debe de saber a sexo. ¡Por el amor hermoso! Tendría que haberme lavado los dientes doscientas veces.

—Hola —digo con cara de pasa.

Se lo tengo que decir, le romperé el corazón en mil pedazos, pero he de confesárselo. Duele, duele verlo y comprobar que he sido una maldita zorra de piernas fáciles. Trago saliva y siento que mi garganta está cerrada.

Mi corazón golpea de forma contundente. Mi pecho vibra con su choque. El aire que expulso quema.

—¿Te pasa algo?

Veo la preocupación en sus ojos. Sus manos, delicadas y cuidadas, me toman de la cara y me atraen a su pecho. Me abraza, huelo su perfume y creo que voy a llorar. No quiero perderlo, lo quiero. Sé que, si le digo la verdad, lo perderé para siempre. Sé que le haría un daño terrible. No puedo hacerlo.

Soy un ser egoísta y traicionero. Lo quiero demasiado como para ser una persona honesta.

Tengo que borrar el pasado, tengo que mantenerlo en secreto. Debo seguir adelante.

—No estés nerviosa, a mis padres les vas a encantar. Eres un cielo.

Besa mi pelo, me toma de la mano y se dispone a entrar en la casa. ¿Un cielo? Un cielo que en ocasiones se deja quemar por el potente infierno. Uno que quema y arde. Uno que tiene un mechero personal: James.

Aquel bastardo no había elegido otra ocasión para acosarme y llevarme al lado oscuro, no.

Tenía que escoger el día en que iba a conocer a sus padres. La primera vez que los iba a ver y ¿con qué se encontraban? ¡Con una furcia! Con lo buena chica que yo era hasta hace unas horas.

Era casta, pero acabo de tirar mi castidad por el desagüe de la ducha.

—Bienvenida a casa —me saluda la madre de los gemelos.

Quiero ir al baño y esconderme allí el resto de la noche. Quiero llorar. ¡Dios santo, noto que estoy a punto de hacerlo!

Controlo mis labios, que están sufriendo un ligero y molesto tembleque. La humedad en mis ojos es evidente, tanto que opto por frotármelos.

—Gracias —consigo decir con un hilo de voz.

Mis mejillas se tiñen de rojo. Tengo calor. Noto la mirada del padre puesta en mí. ¿Notará

que tengo cara de «bien follada»? Notará que soy una mujer desequilibrada que le va a joder la vida a su hijo, a su hijo bueno. Ese hombre es americano y un rey de las finanzas, sabrá captar mi versión más fresca.

No tardan en servir la cena. ¿Por qué una cena con mis suegros en plan sorpresa? ¿Por qué? Este tipo de cosas se preparan con días de antelación. Me siento al lado de Ryan. Él, como siempre, se muestra atento conmigo. Me toma de la mano y hace que su dedo acaricie el interior de mi muñeca.

Aquel simple gesto hace que me destense un poco.

James entra de nuevo en el salón, había salido a fumar, y toma asiento frente a mí. ¿Esto es una broma?

Quiere sacarme de mis casillas. Me voy a volver loca. Tengo ganas de levantarme y gritarles la verdad: «Amo a mi novio, pero he disfrutado tirándome a mi cuñado. Estoy enferma, lo sé».

Tomo la servilleta y me limpio los labios; intento quitarme los restos de sus besos. Tengo el estómago cerrado, necesito un poco de aire. Pellizco un trozo de pan y me lo llevo a la boca, quizás así consiga que se me abra mi olvidado apetito.

—James, cariño —dice Paqui, la madre de mi novio, con tono cariñoso—, a ver si aprendes de tu hermano y sientas la cabeza.

Casi me atraganto con el pan. Bebo agua e intento controlar a mis piernas, que han empezado a temblar. Humedezco mis labios e intento no mirar a Ryan.

«Esta conversación no está existiendo», me digo para mí misma con la estúpida idea de que así dejarán el tema.

James sonrío. Una vez más: ese hombre no tiene corazón. Tiene el pecho vacío. Tengo miedo de lo que pueda decir y/o hacer.

Me quedo mirando a mi suegra. Ella es Paqui, una mujer española que consiguió enamorar al gran señor Cooper. Suena chocante y a la vez alentador. Mujeres del mundo, todas podéis enamorar a un Cooper, y tirarte a dos. ¡Dios! No voy a llorar.

—Quizá mi hermano también debería aprender de mí. ¿Verdad, Sara?

Maldito cabrón. No tiene corazón ni piedad. Toso, intentado que no se note cómo aquellas palabras han sido una cuchillada directa a mi pecho. Alzo la mirada y suelto lo primero que se me ocurre.

—Yo soy atea.

Sé que esa frase no viene a cuento, pero al parecer hace que una parte de la mesa ría y cambien de tema.

Chúpate esa, James.

No quiero cantar victoria, sé que este solo ha sido un pequeño ataque. James está demasiado contento. Está disfrutando de la información que compartimos, se cree superior a Ryan.

Y odio que piense eso. Ryan es mil veces mejor. Yo soy la que ha fallado.

—Sarita —consciente de que odio que me llame así—, tienes un poco de pan en la comisura del labio.

Otra cuchillada. ¿Cómo había pensado que él dejaría el tema de lado? Le había dicho que no le contaría nada a su hermano, pero no dijo nada de no dejar pistas para que él lo descubriera.

Este es mi fin.

Ryan roza mi cara con su dedo, haciendo que mi atención se centre en él. Yo le sonrío de vuelta. No voy a rendirme. No voy a dejar que un mal día estropee un año de amor.

La madre de los gemelos nos mira con cariño. Creo que está feliz por Ryan. Dejo que mi cabeza se apoye en el hombro de mi novio. Mi estómago sigue cerrado de los nervios, pero escuchar su corazón me relaja.

—Madre, se te cae la baba —dice James con sorna—. Aprovecha de esa visión, yo me quedaré soltero para el resto de mis días.

—No digas tonterías —contesta su padre con un tono cariñoso—. Eso lo dices porque la mujer indicada no ha llegado a tu vida.

El señor Cooper termina la frase mirando con devoción a su mujer, quien entrelaza los dedos con él. Se quieren, después de más de treinta años se quieren. Siento envidia. Yo también quiero amor largo y verdadero.

Necesito olvidarme de mi error.

—¿Hay alguna Sarita para mí en el mundo? —pregunta James con tono dramático, claramente teatrero, mientras se lleva una mano al corazón. Su gesto cambia y se pone serio—. Todas las mujeres son iguales. Unas zorras.

James me mira a los ojos con dureza. En ellos veo un sentimiento que no puedo descifrar.

Quiero contestarle, pero no puedo. Tiene razón. He caído en sus redes.

Me pica la nariz, me arde el pecho. Quiero irme.

—Todas, menos mi madre —apostilla, y me siento ofendida.

Me duele que piense eso de mí. Y no sé por qué me duele. Me debería dar igual lo que piensa ese maldito, pero sé que yo también lo pienso..., y no hay nada más ruin. Tengo la extraña sensación de que me importa demasiado lo que piensa James. Una parte de mí quiere que opine que soy la mujer de su vida, esa que no va a tener. Esa que, a pesar de su error, se va a quedar con Ryan.

Es una idea estúpida, lo sé. Pero quiero que piense que yo escojo a su hermano, que eso le haga daño. Sueno demasiado creída, ¿quizá?

Noto cómo Ryan se tensa. Pero, como siempre, él es tan educado y cortés que no comenta nada. Necesita algo de nervio. La cena termina y corro para ayudar a doña Paqui. Necesito salir del comedor, necesito no ver a James.

Una vez en la cocina, intento mantenerme ocupada. Quiero llegar a casa, volver a ducharme y llorar. Limpiarme la suciedad que siento en mi interior.

Es una cocina amplia. Siempre me han gustado las cocinas así, algo que no parece muy lógico, pues mis dotes como cocinera son prácticamente nulas, pero siempre he soñado con una cocina enorme, y esta lo es. Parece tan grande como mi piso entero. Pero esto no es un pisito, no, es una casa en la Sierra. Un caserón.

Estoy tan ensimismada con aquella habitación que no me doy cuenta de que alguien ha entrado, y ese alguien me toma de la cintura. Me tenso, odio volver a estar como al principio. ¿Necesitaré las pulseritas? Quizás la mejor opción es arañar a James en la cara y dejarlo marcado de por vida. Así aprenderá a no jugar conmigo.

Me relajo, sé que es Ryan el que está a mi lado. Su perfume es mi salvación.

Sus manos se pasean por mi cintura, calmadamente. Mi cuerpo tiembla, quiere que sus uñas arañen mi espalda, quiere que sus dedos se entierren en mi pelo y me coja fuerte. Quiere que lo manejen, que lo utilicen, pero Ryan lo único que hace es besarme el pelo y abrazarme. Suave como la seda, tratándome como si fuera un diamante que debe cuidar.

Zorra. Me he convertido en una zorra que solo quiere sexo. Sexo sucio y vibrante.

—Creí que saltarías a la yugular de mi hermano cuando ha soltado ese comentario.

—No merece la pena—contesto con hilo de voz.

¿Por qué no has saltado tú?

Me encojo de hombros y rezo para que Ryan no haga más comentarios al respecto. Su padre asoma la cabeza en la cocina y le pide que le ayude en algo. Lleno mis pulmones de aire y me dispongo a quitarme el delantal.

Debería irme a casa ya. Demasiadas emociones para un solo día. Podría buscar alguna excusa buena, se me da bien inventarme cosas.

—Estás muy *sexy* con ese delantal —dice James, apoyado en la única puerta de salida de la cocina.

Respira, Sara, respira. Las zorras también respiran.

James ha pasado de ser un cretino a ser un cerdo. Un maldito cerdo semental. Miro a los lados, no hay nadie que nos pueda escuchar, pero, aun así, hablo entre dientes.

—Pensé que dijiste que haríamos como si nada.

Siento asco de mí misma. No sé cómo diablos he llegado a esta situación, bueno sí. Por no mantener las piernas cerradas. James parece estar en su salsa, él disfruta de mi sufrimiento tanto como del sexo.

—Yo hago como si nada, ¿qué he hecho mal? —pregunta adoptando una actitud de niño el día de su primera comunión. Sonrisa brillante y ojos de granuja.

—Nada —contesto derrotada—, tú nunca haces nada.

Dejo los platos limpios en la pila y me dispongo a quitarme el delantal. Tengo que salir de la cocina, de esta casa. Me lo repito una y otra vez para ver si consigo hacerlo.

Me peleo con el dichoso nudo. Abro el cajón con mala leche y tomo las tijeras. Voy a cortar el puñetero cordón para quitarme el delantal. Noto como mi mandíbula palpita, estoy furiosa. Me siento acorralada por la tentación en persona. Siento la furia navegando por mis venas.

—¿Entonces estás enfadada porque no te hago nada? ¡Qué complicada eres! Con lo fácil que es el *carpe diem*.

James sonrío descaradamente mientras sus ojos gritan: «vive y sé feliz».

Corto el cordón y me quito el delantal. Éste termina en el suelo y se libra de un pisotón porque intento mantener la compostura delante de aquel cerdo. ¿*Carpe diem* dice?

Voy hasta la puerta con los dientes apretados, pero James se pone en medio. Le pego un empujón que me hace sentir algo mejor conmigo misma. Quizá deba sacar todo mi lado malo. Podría rescatar mis DVD de defensa personal.

—¡Aplicáte el cuento, chico! Vive y deja vivir. No te metas en las cosas de los demás.

Noto que he adoptado una posición amenazadora. Mi dedo lo está señalando mientras mi frente se llena de arrugas. Él alza ambas manos a modo de rendición.

—Lo que tú digas, monada.

James se gira y se marcha por la puerta, con sus perfectos andares de chulo-prepotente-follador de primera. Y yo todavía me cabreo más porque se suponía que la que se iba de la cocina era yo.

Cojo un trapo y me seco las manos. Bueno, mejor dicho, hago el gesto de secármelas, porque mojadas no están.

Necesito pensar con claridad. Cuando Ryan vuelve, le insisto en que estoy cansada. Soy buena actriz, y sé qué cara poner cuando quiero parecer cansada y/o dormida. Lo sé, soy una farsante de mierda, pero es lo que hay. Salimos de la casa después de despedirnos. ¡Vaya día para conocer a mis suegros! El viaje se hace eterno. No puedo creerme que mi novio crea que conocer a sus padres es una sorpresa maravillosa. ¡Y un huevo!

Coloco mi mano en la muñeca de Ryan y disimuladamente me concentro en sus pulsaciones. Miro mi reloj. Ochenta y nueve pulsaciones por minuto, está perfecto. Me aseguro de que está bien, nada nervioso.

Me concentro en las mías y están rondando las cien. Sí, estoy histérica. ¿Qué puedo hacer?

Me concentro en rezar. Quizá veinte padrenuestros ayuden a la causa. Estoy arrepentida, pero no quiero perder al amor de mi vida. Puedo vivir siendo una pecadora, ¿no? Hay miles de políticos ladrones sonriendo a las cámaras cada día, yo también debería poder hacerlo.

Dientes, dientes, como diría la gran Pantoja. ¿He dicho yo eso? Sí, definitivamente necesito medicación.

—¿Qué te pasa, Sara?

Mierda, mierda. Creo que los veinte padrenuestros son poco. Lo veo y subo la apuesta a lo anterior, más diez avemarías. No quiero que Ryan sospeche. Viviré con ello el resto de mis días, pediré perdón e iré a la iglesia los domingos. Lo haré. Lo juro. Un momento..., jurar está prohibido.

Sacudo mi cabeza y miro a Ryan.

—No, nada, solo es que estoy cansada —respondo empleando la cara de cansancio ya ensayada.

Y he vuelto a pecar.

He sido infiel.

He mentido.

Iré directa al purgatorio.

¿Estará allí James?

—¡Joder! —suelto sin pensar, ya enfadada con mi subconsciente. ¿Qué diablos me pasa? ¿Estoy en celo?

Y si añado ese taco a un «No, solo estoy cansada», yo sola me estoy delatando.

—Me estás preocupando —me dice Ryan, y en este momento quiero echarme a llorar.

No merezco a este hombre.

Lo miro y sé que lo quiero. Así que decido ser egoísta. Cojo todo lo malo, todo lo que he hecho con James y lo entierro en el fondo de mi ser. Lo encierro con una llave imaginaria que después lanzo al mar.

Nunca más pensaré en James, ahora solo seré la novia de Ryan.

—Tranquilo, cariño —digo conteniendo mis lágrimas—. No me pasa nada.

Beso sus labios intentando calmarlo, y con ese beso alcanzo la paz. Amo a Ryan. Un fallo tonto lo tiene cualquiera. No volverá a pasar nunca más.

¿Verdad?

Capítulo veintitrés

Pecados

El amor sin pecado es como el huevo sin sal.

LUIS BUÑUEL

Estoy jodida, y no hablo del verbo joder en relación con follar, que, por desgracia, también.

Hablo de que mis remordimientos no me dejan vivir en paz. Sé que he pecado, sé que no puedo vivir así.

Anoche decidí que debía contárselo. Pensé que, quizá, si le lloraba para que me perdonase, lo haría, pero sé que no sería así. Soy una egoísta. Cuando sus labios me rozaron con delicadeza, no pude hacerlo. Quiero que me ame, solo él sabe amarme y no soy capaz de renunciar a esa increíble sensación.

Sus labios me besaron delicadamente..., sus manos me buscaron... y yo caí. Claro que lo hice.

Ryan ahora está dormido a mi lado. Le rodeo la cintura con mi brazo y me pego a él. No quiero que nadie me lo quite, no quiero perderlo. Es mío.

—Te amo, te amo, te amo —repito en voz alta para que el mundo entero se entere.

Anoche me costó abrirme a él, pero, una vez dentro de mí, supe que nuestra unión era la perfecta. Anoche sentí por primera vez el miedo a la soledad. Si Ryan se enterase de mi desliz (por llamarlo de alguna forma sutil), yo no lo superaría nunca.

Los días pasan y mi miedo se va haciendo más pequeño.

Al parecer fui una más para James. Como él ya predijo en su momento, aquel sería el único día en el que follaríamos. Sé que suena frío, pero en parte me alegro de que sea así..., aunque, bueno, he de admitir que una pequeña parte de mí está decepcionada. No me considero una modelo ni nada especial, pero creo que, inconscientemente, pensé que yo sería diferente para él. No es que quiera follar de nuevo con James, pero un poco de interés por su parte habría sido menos humillante.

Raquel y Esther saben que me pasa algo. Mi afición al helado va en aumento, más concretamente al helado de chocolate (sí, ese que dicen que es afrodisíaco), y no es porque eche de menos tener sexo sucio y cretino. Bueno, sí, lo echo de menos, pero el amor siempre vence y está por encima del *metesaca* divino.

Por otro lado, mi relación con Ryan va viento en popa. Seguimos con el Sí al amor y NO al sexo, pero soy feliz. Continúo con mi trabajo los fines de semana en la cafetería, necesito el dinero y no consiento que Ryan me pague los estudios. Y entre semana hago las prácticas, finalmente en una radio pequeña, pero estoy feliz por ello.

Hoy es domingo y me toca limpiar los hornos. Es algo que no me gusta, pero que debo hacer. Es mi trabajo, para eso me pagan.

Me quedan dos horas para salir de trabajar. Estoy deseando llegar a casa para llenarme la bañera, meterme dentro y relajarme. Terminó dejando el horno decente, tiro los guantes a la basura y voy hacia la barra.

Con un poco de suerte, limpiaré los vasos, la barra y, si no entra ningún cliente *porculero*, saldré antes de trabajar. Está todo medianamente tranquilo hasta que la puerta se abre y suena ese ridículo tintineo que tanto adora Loli

—Buenas tardes, preciosa. —James habla arrastrando las letras.

Sé que es él porque nadie más puede tener esa cadencia adictiva en la voz. Mi cuerpo se tensa. ¿Por qué? ¿Por qué, cuando nos alegramos de que no pase algo, aparece la manzana podrida del Paraíso para jodernos?

—¿Qué haces tú aquí? —escupo arqueando una ceja. Sí, he de admitir que este gesto está ensayado delante del espejo de mi querido cuarto de baño.

Me coloco en posición defensiva. Si se atreve a tocarme, le daré una patada en sus partes y después le golpearé la nuca. A escondidas, he estado practicando defensa personal contra violadores.

Evito soltarle un ¡ja! Quedaría demasiado prepotente.

James me ignora, o eso intenta hacer ver. Se sienta en el taburete de la barra y yo odio no tener un botón para hacer que estos desaparezcan. Tamborilea con el dedo en la barra mientras chasquea la lengua.

—Esa no es forma de tratar a un cliente, encanto —me riñe de forma suave sin dejar de sonreír.

James ha vuelto con la versión mejorada de Cretino 2013.

No me gusta que esté aquí. Su sola presencia hace que me sienta débil, me hace recordar que a su lado puedo comportarme como una cualquiera. Lo quiero fuera de mi vida, estoy mucho mejor sin él.

Mi corazón está bombeando deprisa, espero que solo sea producto de la rabia y no de la excitación de tenerlo cerca.

Tengo que rezar. Quizá, si lo ignoro e imploro a Dios, desaparezca de mi vista.

—Pensé que eras atea.

Lo miro desorientada. ¿He rezado en voz alta? Voy a terminar loca. Trago saliva e intento encontrar cuál es la mejor opción para enfrentarme a la situación.

Sin duda, debo combatir. Con uñas y dientes.

—He encontrado el camino del Señor —contesto con ironía.

Es una forma decente de decirle que no me interesan ni él ni su sexo de infarto.

James se aclara la garganta intentando esconder una carcajada.

—¿Tienes muchos pecados por los que rezar? —pregunta relamiéndose los labios. Sabe que es un chulo y un prepotente, y le encanta.

Odio el hormigueo que nace en mi estómago cuando se comporta de esa forma. Suspiro derrotada. Mi cuerpo es débil, pero mi mente no.

Sé lo que quiero en mi vida, y él no está en mis planes de futuro. Así que voy a darle una patada en el culo.

—¿Qué te pongo? —le pregunto mientras sonrío.

Quiero que note que no me incomoda su presencia, que sepa que ya no tiene efecto ninguno en mí. James se mira los dedos antes de hablar.

—Un poco de hielo —contesta justo al tiempo que alza su mirada—, ya sabes, para bajar la inflamación.

Lo odio. Odio que mi mente vuele al hielo e involuntariamente a su sexo. A cómo este no inflamó nada, a cómo me desarmó por completo. Dejo que el odio fluya por mis venas.

—Deja de pensar con la polla de una puta vez. Harás del mundo algo más fácil.

James sonrío. Se incorpora de forma rápida, haciendo que yo retroceda. Me ha asustado. Niega con la cabeza al tiempo que chasquea la lengua. ¿Siempre tiene que hacer ese insoportable ruidito? Odio ese puñetero sonido. Tengo que cortarle la lengua para que no hable, no chasqué y no lama más en la vida. ¡Dios!

Su camiseta negra de manga corta está ajustada a su cuerpo de una forma que no debería estar permitida. Tejanos de cintura bajos, rotos y desgastados, y que se ajustan perfectamente a su culo. Perfecto, cómo siempre.

Aparto la mirada, algo sofocada. ¡Calor, sal de mí!

—Deja tú de decir tacos, que te alejas del camino del señor —comenta con una sonrisa torcida y odiosa—. La tentación es tan fácil, ¿verdad?

Aprieto la mandíbula para no contestar. No voy a caer en su trampa. Lo voy a ignorar. Cojo un trapo y limpio la barra. Ya está limpia, pero me da igual. Necesito sacar la mala energía que tengo encima.

Los ojos de James parecen estar mirando en otra dirección. No voy a seguirlos, no me interesa qué mira o qué no. Ojalá encuentre a otra víctima a la que atacar. Así me dejará tranquila a mí.

Coloco los vasos limpios en su sitio e intento no prestarle atención.

—Usted era modelo, ¿verdad?

No puedo evitar girarme, mi lado cotilla es superior al orgulloso. Está hablando con Loli.

¡Será pelota! Intento contener la risa. ¡Por Dios! Loli está sonriendo como una colegiala. Se sonroja mientras mira hacia otro lado.

¡Cerdo con armas de Don Juan!

—No digas tonterías —dice ella y, claramente se puede leer entre líneas que quiere más piropos.

¡Le encantan!

Niego con la cabeza y me siento aliviada cuando una pareja con un niño entra en el local. Los acompaño hasta la mesa y les tomo nota. James parece continuar flirteando con mi jefa.

Me centro en mis clientes.

Hay vida después de James. Debo recordárselo al mundo.

—Querida —me llama Loli al acercarme a la barra—, tu cuñado es todo un seductor.

Ruedo los ojos ante aquel comentario. No quiero que Loli me hable de James, no lo necesito. Solo quiero que se marche por donde ha venido y continúe lejos de mi vida.

—Es un capullo.

—Dicen que los capullos son buenos en la cama —contesta ella con una sonrisa en la cara.

¿Será posible? No me lo puedo creer. Aquella mujer ha caído en la tentación de pararse a pensar en cómo será James en la cama. Él parece estar al tanto de nuestra conversación, porque, a pesar de hacerse el loco, está sonriendo.

No sé qué quiere, quizás estaba aburrido y haya venido a darme por saco un rato, pero no lo voy a consentir.

Siento que mi cuerpo se destensa. James deja una moneda en la barra y se marcha. ¿Tan fácil?

Bien, espero que no vuelva más.

Me siento sucia de nuevo. Quiero pegar patadas contra las cosas y romper todo lo que esté a mi alcance para poder sacar la impotencia que guardo en mi interior. Quiero que esta sensación desaparezca. ¿Para qué ha venido?

—Por cierto, tu cuñado ha dejado una nota para ti.

Me da asco cómo suena eso de «tu cuñado». Ese hombre no es nada mío. ¿Una nota? ¿A qué demonios juega? ¡Qué se compre un bosque y se pierda! Maldita sea, ya está otra vez tocando lo que no suena.

No pienso abrir esa nota. No quiero saber nada de él. Nunca más. Tomo el papel como si este contuviera la peste y lo introduzco en mi bolsillo trasero. No quiero que Loli haga preguntas, no quiero que esa cotilla de mujer sospeche nada extraño.

Recojo la mesa, barro, friego y pido salir quince minutos antes.

Gracias a Dios, o gracias al piropo de James, no lo sé, Loli parece estar de buen humor y me deja salir antes.

Una vez fuera, noto cómo el aire frío me sienta de maravilla. Camino deprisa, noto el ardor en mi pecho.

¿Leo la nota o no la leo? Tomo el papel con rabia y lo arrugo con mi mano. Hago una pelota con él y lo tiro a la papelera, pero fallo.

Intento continuar caminando, pero estoy intentando no pecar y tirar basura al suelo me convertiría en una mala persona.

Lo recojo, voy a tirarlo a la basura, pero no puedo. ¿Y si es una señal de que debo leerlo? ¿Y si me está amenazando con contarlo?

Mi lado cotilla gana la partida.

Desplego el papel: «Puede que tú seas mi excepción».

¡Y un huevo! ¿Excepción? Excepción..., ¿de qué? Rompo el papel en veinte pedazos y lo lanzo a la papelería. Maldito James Cooper y sus apariciones con intenciones calenturientas.

Recuerdo sus palabras de forma clara: «Yo nunca repito con una chica». No puedo evitar ponerme nerviosa. ¿Qué quiere ahora? Yo solo he sido un objetivo en su vida, a James nada se le resiste. Me consiguió como una meta más en su camino y ya está. Eso fue todo. No entiendo a qué diablos juega ahora.

Entro de nuevo. Me he cansado de tanto aire.

—También me ha dicho que mire en el baño —me dice Loli todavía con las mejillas sonrojadas—. Qué cosas tiene este chico, ¿verdad?

Dejo que el aire salga por mi nariz, imitando el gesto de un toro desbocado. ¿Loli sale del bar para avisarme? ¿Qué habrá visto? Me giro y voy hacia el baño. No me puedo creer que mi jefa ponga esa expresión de mujer desesperada que adora a los jovencitos. ¡Podría ser su hijo! ¡Qué digo! ¡Podría ser su nieto!

Voy hasta el baño y cierro la puerta después de entrar. Noto cómo mi corazón está alterado.

Odio que mi cuerpo todavía reaccione de esta forma con ese individuo. Es un completo imbécil.

Me miro al espejo. Estoy pálida. No tengo la boca abierta, cosa que agradezco. No tengo ganas de estar en fase «mujer en celo». Prefiero esta cara de pánico. Me mojo la cara y lleno mis pulmones de aire.

En el espejo, pegada con celo, está la otra dichosa nota.

—Puto.

¡Dios! Otra vez diciendo palabrotas. Señor, te juro..., bueno, jurar no porque es pecado, pero te prometo que, si sacas la tentación de mi vida, nunca diré palabrotas.

Desdoble el papel con rapidez. La misma caligrafía de actor porno: «¿Alguna vez lo has hecho en una cafetería?».

Miro detrás de mí, pero no hay nadie. Cierro el pestillo del baño. James Cooper y los baños.

¿Qué tipo de enfermedad obsesiva es esa? Abro el grifo y dejo el agua caer. Necesito pensar con claridad. ¿Por qué me pasa esto? Y, mejor, ¿qué narices voy a hacer?

Me mojo la cara con mucha agua y me miro de nuevo en el espejo. Sigo pálida, pero ahí está el rubor en mis mejillas. Yo soy una chica normal, no visto como Barbie Malibú. James es un Ken, es carne para protagonista de un *reality show*. ¡Que me deje en paz!

Salgo del baño con la cara todavía mojada. Loli está demasiado ocupada mirándose en el espejo. No hay ningún Cooper a la vista. Bien, tengo una misión que cumplir. He de implantar un chip a

James para saber dónde está en todo momento. Tal vez podría tomarle el móvil prestado y añadirlo en el Latitude. Necesito que esté lejos de mí.

Termino mi jornada laboral y salgo a toda prisa. No quiero más notas. He quedado con Raquel y Esther en el centro, tenemos tarde de chicas y nadie va a fastidiarme el plan.

Me retoco el maquillaje. Es simple: raya negra en los ojos, rímel y brillo en los labios. Sencillo, pero elegante. Ese es mi lema.

Hemos quedado para tomar algo. Sí, lo sé, soy masoca. Salgo de una cafetería para entrar en otra, pero no lo puedo evitar. Yo también consumo.

El local está bastante lleno, pero tenemos suerte y podemos ocupar uno de esos sofás que tanto me gustan.

Definitivamente, necesitaba una tarde como esta. Las tres sentadas en un sofá, con una cerveza en la mano y la lengua suelta. Hablamos de nuestra vida cotidiana, nos reímos de todos y de nadie.

Ellas no saben nada de mi pequeño gran secreto y espero que siga así el resto de mis días.

Yo, Sara Ramírez, soy una chica formal. La novia perfecta, la estudiante perfecta, la amiga con la moral alta. Sara nunca podría caer en la tentación.

—¿Está ocupado? —pregunta mi peor enemigo.

¿Cómo me encuentra? Quizás ese maldito cerdo me ha implantado un chip. Todos mis músculos se tensan. No necesito un exceso de hormonas por aquí.

—Hola, James, ¿qué tal estás? —saluda entusiasmada Esther.

Mi amiga, la rubia explosiva, se coloca bien en el asiento, asegurándose de que su escote quede a la vista. Resoplo mientras miro al techo. Dios no ha creído en mí y mi intención de no soltar tacos. James sonríe de esa forma que solo un experto en sexo sabe hacer. Su mirada nos recorre a las tres y yo empiezo a sudar. ¿Quién ha encendido la maldita calefacción?

—De maravilla —contesta arrastrando cada una de las letras—. Solo hay que ver la compañía.

Puedo escuchar como este par de imbéciles suspira. Pero ¿de qué me quejo yo? Yo no suspiré, yo simplemente me lo tiré.

—Estáis preciosas hoy.

Y mis amigas lo miran con la boca entreabierta. ¿No ven que son frases típicas del manual *machoman*? No lo aguanto más. No quiero sufrir las babas de este par. Me veo con fuerzas, sus frases no están influyendo a mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto por segunda vez en el mismo día; en esta ocasión mi tono ha subido.

—Yo también me alegro de verte, cuñada —contesta con una sonrisa.

¿Qué pretende? Cruzo los brazos a la altura de mi pecho y me coloco bien en el sillón. No sé qué

persigue, pero no quiero que esté aquí.

—Pues yo no —respondo entre dientes, más para mí que para el resto de los mortales.

—Huy, qué tensión, ¿no? —comenta Raquel como si nada—. Cuéntanos, James, ¿cómo te va la vida?

Ruedo los ojos. Me lo podía esperar de Esther, que es un ser necesitado de sexo, pero nunca de Raquel. Ella no suele dejarse deslumbrar por una bonita sonrisa y unos pectorales de infarto..., pero, bueno, no soy nadie para juzgarla.

Intento arrinconarme en el sofá e ignorarlos. James Cooper acaba de fastidiarme mi tarde de chicas.

Puedo escuchar las risas estúpidas de ellas. El cerdo se sienta entre las dos, les pasa los brazos por los hombros y ellas se pegan a él. ¿Qué está pasando aquí? Por su boca solo salen frases sin coherencia alguna, que hacen que las dos se rían como colegialas.

Me pido otra cerveza y bebo para no hablar. Un dedo de James acaricia la mejilla de Raquel.

No, no y no. Mi amiga debe de estar muy borracha, ella no es así. ¿Se van a montar un trío delante de mí? Y no, señoras hormonas de mi cuerpo, no voy a participar en esa orgía pública.

Y estoy cabreada porque me siento furiosa. ¿Estoy celosa de ellas? No, no puede ser. Esta sensación que me quema el pecho es la impotencia de ver cómo mis amigas se restriegan contra él, de ver que son tan débiles como yo.

Miro hacia otro lado mientras mi pie derecho se mueve con rapidez. ¿Por qué James me hace esto? No entiendo que venga, no entiendo que, después de lo que pasó, tontee con mis amigas.

—¡Raquel para ya! —digo cuando pasea su mano por el pecho de él.

No entiendo esa actitud. No la comparto. ¡Diablos!

—Tranquila, Sara, este no es Ryan —dice entre risitas.

Está borracha. Miro a James, entrecerrando los ojos. Puede ser un cretino, pero no debe aprovecharse de la gente ebria. Me levanto de golpe y siento que mi cabeza da una pequeña vuelta.

¿Cuántas cervezas me he tomado? ¿Cinco?

Me voy al baño a mojarme la cara de nuevo. Necesito estar serena. Entro en el baño y cierro la puerta con un golpe fuerte. Suelto varios tacos por la boca. Dios no cumple su trato, pues yo tampoco cumplo el mío. ¡Al cuerno!

La tentación es mala, muy mala.

—¿Estás celosa? —pregunta James abriendo la puerta. En su cara hay una mueca que no puedo describir.

Definitivamente, soy estúpida, ¿por qué he ido al baño? Es una clara invitación a cretinos obsesionados con los espejos y el sexo

Sus labios van directos a mi cuello; sus manos, a mi cintura.

La tentación está aquí, señores, y ha venido para quedarse.
¡Maldita sea!

Capítulo veinticuatro

Aquí y ahora

Adán y Eva pecaron por tentación. Tú y yo no somos distintos.

Los infieles, de AVENTURA

Sin apenas darme tiempo a reaccionar, James cierra el pestillo del baño. Yo, con un efecto bastante retardado, digo que no.

Sus manos me toman con fuerza de la cintura e intento concentrarme en cómo respirar. Intento pedir ayuda de nuevo a Dios, pero, después de mis tacos, seguro que ha cortado la conexión.

Su aliento acaricia mi cuello y mis pezones se endurecen. Mi cuerpo se ha vendido al diablo mientras mi mente intenta no caer de nuevo.

—¿Todavía intentas evitarlo? —me pregunta con voz rota.

James está excitado, lo sé porque noto su gran paquete en mi trasero. Ese gran paquete que hizo que rompiese el techo con mis sonoros gemidos.

—Me quiero ir —contesto con un hilo de voz.

¡Vamos! Me animo a mí misma, necesito algo más de fuerza de voluntad para salir de aquí. Recuerda: patada en la entrepierna, puñetazo en la cara y salir corriendo.

—No veo que te muevas. Y nada impide que te vayas —me dice mientras sus manos se separan de mi cintura y su lengua acaricia el lóbulo de mi oreja—. Abre los ojos, Sarita.

¿Por qué he cerrado los ojos? Aunque los cierre, lo malo está pasando igual. Los abro y veo nuestra imagen reflejada en el espejo. Tengo que salir de aquí. Es fácil, cojo el pestillo, lo giro, abro la puerta y me voy.

—Mírate —me dice—, tus ojos brillan de deseo, tus labios están entreabiertos. —Se pega todavía más a mí—. ¿Escuchas eso? Es tu respiración, se está acelerando. Es algo normal, suele pasar cuando las personas se excitan. —Coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja—. ¿Puedes notar cómo tu cuerpo se estremece cuando te toco?

Quiero decirle que es de asco, pero estaría mintiendo. Mi cuerpo va a la suya. Está excitado, siento cómo mi sexo lo implora, pero mi mente es más fuerte, o al menos eso es lo que espero.

—Por favor —le ruego, sabiendo que preciso que él ponga de su parte. Necesito que deje de jugar conmigo, que deje de tocarme y de mirarme como lo hace. No necesito que esté tentándome en todo momento.

Su aliento recorre paulatinamente mi cuello. Siento que mis pezones están duros, que mi

cuerpo entero arde. Aprieto la mandíbula, quiero llorar de la impotencia, pero no lo haré delante de él. No otra vez.

Tengo que ser fuerte. No puedo caer en sus redes.

Me concentro en los números en alemán, quiero que mi cuerpo desconecte de su hechizo.

—Abre los ojos —vuelve a pedirme.

Y mi error es hacerle caso. Nuestro reflejo es de puro sexo. Los ojos brillan de deseo. Él ha desabrochado mi camisa y me toma los pechos. Gimo, y me odio por ello.

Mi cuerpo pide esas manos ágiles y expertas. Mi cuerpo sabe que ese hombre puede darle placer, puede hacerlo llegar al punto máximo.

—Pensé que no repetías —le digo con un hilo de voz.

Es mi única escapatoria: que su orgullo entre en juego y que sea él quien pare. No puedo caer de nuevo. Mi comentario hace que sonría, quiero que mis palabras le hieran.

—Esto podría dañar tu reputación de cretino.

James suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Nadie se va a enterar de esto, ¿no? —me dice, y me muerde dejando la delicadeza a un lado—.

Nadie se enterará.

Su mano derecha va hasta mi sexo, lo toca por encima del pantalón. Abro la boca, pero no suelto ningún sonido. Noto su pene restregándose contra mi culo. Me lame el cuello y su respiración se agita cerca de mi oreja.

—Solo nuestros cuerpos —dice mientras toma mi pelo con actitud.

Miro nuestro reflejo de nuevo; me ha pegado más contra el baño y su rodilla entra entre mis piernas haciendo que se abran.

Creo que voy a tener un orgasmo. Mi cuerpo está firmando su acta de rendición cuando mi teléfono suena.

Dios existe y se manifiesta en forma de politono.

Cojo el móvil con clara ansiedad. Miro la pantalla: Ryan. Sonrío aliviada. Este es el motivo por el cual no tengo que caer en la tentación, es una señal.

Miro al techo antes de contestar la llamada. Gracias, Señor.

—Hola, cariño —contesto un poco acelerada.

—¿Qué te pasa? Te noto un poco alterada.

—Creía que no llegaba a descolgarte.

Sí, estoy mintiendo, pero es una mentira piadosa. No puedo decirle: «No, es que estaba luchando contra la tentación de follar con tu hermano». No, lo que cuenta es que no lo he hecho. Punto.

Miro al espejo y veo a James con semblante serio. ¿Está enfadado?

—Dime, ¿qué querías? —pregunto incómoda con el silencio que se ha creado.

—Nada, solo quería saber cómo te iba el día —me contesta, y yo sonrío ante aquel comentario.

Ryan siempre tan detallista. Miro al suelo mientras me muerdo el labio. Unas mariposas imaginarias aletean en mi estómago. Sé que parte de mi cuerpo se está reivindicando por lo que ha pasado minutos antes.

—Estoy bien, algún pequeño disgusto, pero está todo solucionado.

Lo digo para atacar a James, que me mira antes de salir del baño. ¡He ganado! No me lo puedo creer.

—¿Y eso? ¿Estás bien? —me pregunta mi Ryan, preocupado.

—Sí, cielo. Estoy de maravilla.

Me miro en el espejo y me abrocho los botones de la camisa. Después de intercambiar cuatro palabras con Ryan, salgo del baño con intención de irme a casa. Ya he jugado suficiente con fuego. Esta batalla la he ganado, pero no creo que sea el fin de mi guerra.

Tengo las hormonas claramente enfrentadas con mi dignidad.

Cuando llego a la mesa, están solo mis amigas, claramente afectadas por el alcohol.

—No puedo creer que cuatro cervezas os hagan ser tan cariñosas —las regaño, molesta.

Raquel niega con su dedo índice mientras sus labios se aprietan. Sé que está intentando mantenerse firme.

—El camarero ese intentó emborracharnos, nos dio chupitos del diablo.

Definitivamente, están borrachas. Miro al camarero. Este tío me va a oír.

—Oye, tú —le digo con un tono demasiado vulgar, pero estoy enfadada y alguien tiene que pagarlo.

—Dime, encanto.

Alzo una ceja ante aquel apodo cariñoso. No quiero que los hombres se tomen libertades que no tienen por qué tomarse. Qué cansinos. Nadie que no sea mi cuñado puede llamarme «encanto».

Bueno, él solo tiene permiso porque es un miserable.

—De encanto nada. ¿Qué le has puesto de beber a mis amigas?

Sé que estoy haciendo el ridículo, pero ¿qué más da?

—¿Esa es tu forma de pedir la cuenta? —me pregunta sin dejar de secar los vasos, cosa que está haciendo mal: ese trapo no es el adecuado; deja pelusas.

Lo analizo. Rubio, ojos verdes, alto. El típico camarero puesto allí para llamar la atención de las mujeres, pero que no tiene dos dedos de frente.

Alzo mi barbilla y lo miro directamente a los ojos. Quiero desfogarme, soltar mil tacos, pero ese no es el camino. Cojo mi teléfono y me pongo la melodía para que esta me lleve hasta la paz. No he de decir tacos, la tentación está demasiado cerca. Escucho la llamada de Dios para recuperar mi fe perdida.

—No, camarero. Esta es mi forma de preguntarte qué les has puesto a mis amigas. Creo que la frase es entendible, pero quizá de pequeño no prestaste mucha atención a los dibujos educativos.

—Pues unas cervezas y unos chupitos —me responde encogiéndose de hombros.

Quiero decirle que no sabe ni secar los vasos, pero eso que se lo diga su jefa. La información que me ha dado no me soluciona nada.

Dejo que mi mano se coloque encima de la barra, quiero tamborilear mis dedos allí, pero está pegajosa. Me limpio el dorso de la mano.

—¿De qué eran los chupitos?

Sonrío de lado al imaginarme cómo sería este interrogatorio en una de mis películas. Yo lo alumbraría con un foco a los ojos, para ver su reacción. Después me colocaría una bata blanca con unas gafas de seguridad. Tomaría la botella con mis manos enguantadas e introduciría un dedo en el líquido.

—De orujo —me contesta sacándome de mi ensoñación.

—No intentes drogar a mis amigas, chico —le digo con un tono amenazador mientras le señalo con mi dedo—, conozco a los tipos como tú, yo también soy camarera.

No sé por qué añado esta información, pero siempre va bien que sepan que somos compañeros de gremio. El rubio alza ambas cejas.

—Pero soy camarera con estudios —añado con orgullo. Quiero que sepa que no tengo intención de estar tras la barra toda mi vida, que es un trabajo muy honrado, pero que no es para mí—. Así que ten cuidado con lo que haces.

El camarero florero suelta una carcajada. Deja el trapo en el mostrador. Cosa que está muy mal hecha. La barra está sucia y pegajosa, y ahora el trapo también lo estará.

—¿Me estás amenazando por servir unos chupitos? ¿Se puede saber en qué tipo de bar trabajas? ¿Qué es lo que ofreces tú a tus clientes?

Huy, lo que me ha dicho.

Saco aire de mis pulmones y me muevo nerviosa. ¿Me acaba de llamar prostituta? Y yo sin poder soltar tacos. Espero que Dios le castigue. Lo miro y sonrío ante mi ingenuidad.

—En el mismo bar que tu madre —contesto, e imito su gesto anterior y me encojo de hombros. Chúpate esa, rubito.

El camarero florero pierde la compostura, me grita cosas que no quiero escuchar. Sé que ese hombre deberá rezar mucho para expiar de sus pecados. Quizá con dedicación y esmero algún día tendrá un politono como yo, para no caer en estas tentaciones.

Lo miro a los ojos, dejando a un lado toda la mierda que sale por su boca.

—No te alteres —le digo con un pequeño sentimiento de culpabilidad—, sé que no has querido insultarme. Ahora nos vamos a ir, pero tú vas a recordar que no más orujo para estómagos sensibles.

Salgo del bar más contenta. Esta tarde he salido airosa de una grandísima tentación.

Miro a mis amigas, que parecen estar todavía afectadas por el alcohol que han ingerido. Chasqueo la lengua (desgraciadamente, los sonidos fastidiosos son pegadizos), mi tarde no puede terminar aquí. Es una tarde de chicas.

—¿Qué hacemos? —pregunto con ganas de comer chocolate.

—Ir de compras —propone Raquel con entusiasmo.

Mierda, creo que las prefiero borrachas en un sofá. Miro de reojo el local: quizá si entro y suelto cuatro tonterías más, el camarero me pegará y acabaré en urgencias. Me rindo, me dejo arrastrar hasta el centro comercial.

No puede ser tan horrible ir de compras, pero, definitivamente, lo es. Me duelen los pies después de recorrerlo dos o tres veces. Estoy cansada de inspeccionar.

—Toma, pruébate esto —me dice Raquel ofreciéndome dos prendas de ropa.

Asiento abatida. Y eso que las dos estaban borrachas, pero, aun así, tienen más energía que yo.

Llego al probador, pero allí no hay ninguna dependienta, así que decido entrar por mi cuenta.

Entraré dentro y me sentaré. Así podré descansar.

Me quito la camisa y miro mi cuerpo. Soy un palillo sin forma.

—No sé cómo te lo montas, pero siempre terminamos frente a un espejo. Quizá sea una señal, ¿no crees?

James entra en el probador con total naturalidad. ¡Es un maldito acosador! ¿De dónde ha salido? Estoy a punto de decirle cuatro cosas, pero me manda callar con un gesto.

—Calla, que nos van a pillar —me dice con tono pícaro.

Quiero arrancarle los testículos.

Aprieto mis manos en dos puños e intento pasear por aquel minúsculo espacio. No es que la gente caiga en la tentación, es que esta te persigue por todos los sitios.

—Estás enfermo, ¿verdad? —le digo derrotada.

Ahí está, con su perfección, con sus manos fuertes, con sus labios besables y con toda esa arrogancia que en la cama, en la ducha, o dónde narices te encuentres, te atrapa.

Él sonrío mirándome a los ojos con lo que parece admiración. Retrocedo dos pasos y me topo contra el espejo.

—¿Acaso crees que llamándole cariño a mi hermano me vas a ablandar el corazón? —me pregunta invadiendo, cómo no, mi espacio personal y dejando que su aliento me embriague de nuevo.

La lascivia está en todo él. En la forma en que me mira, en el modo en que me toca. Mi piel se estremece con un simple roce. Miro mi camisa. Está en el taburete, pero él se encuentra en medio.

James me ofrece algo, miro su mano y tiene un sujetador colgando de un dedo.

—Lo he traído para que te lo pruebes, creo que quedará bien con tu tono de piel.

Este hombre no tiene sentimientos. Está en un probador con toda su altura y corpulencia, haciéndome sentir pequeña y excitada. Mi cuerpo parece estar agitando la bandera blanca de rendición, como alguien que se rinde. Quiere entregarse a él de nuevo. ¿Qué más da que sea un cretino? Solo queremos sexo y diversión de él. Podemos seguir callados y complacidos. Sacudo esas ideas calenturientas de mi cabeza.

—No sé por qué me haces esto —consigo balbucear dejando que mi mirada se desvíe al suelo.

Intento ser fuerte, no caer en la tentación, pero mis piernas tiemblan de la emoción. Mi sexo se humedece.

Noto cómo uno de sus dedos me toma por la parte inferior de mi barbilla y tira de ella para que lo mire.

Sus ojos brillan, su boca está preparada para comerme.

—Porque te deseo, aquí y ahora.

Y una batalla se desata en mi cuerpo.

¿Qué puede más, el sexo o el amor?

¿Puede el cuerpo nublar la mente y ganarle la partida?

Capítulo veinticinco

Tanga a conjunto

No creo en una vida más allá, pero, por si acaso, me he cambiado de ropa interior.

WOODY ALLEN

Aquí y ahora, aquí y ahora, aquí y ahora.

Sus palabras se repiten en mi mente una y otra vez. Me he quedado petrificada en el probador, mientras James colocan de nuevo sus manos en mi cintura.

El simple roce de nuestras pieles quema, quema mi cuerpo y quema mi alma. Estoy condenada. Soy lo peor de la faz de la Tierra.

—Está bien —digo con una calma que me sorprende hasta a mí.

Subo las manos hasta el broche de mi sujetador, puedo ver la sorpresa en su cara, pero la ignoro. Me quito el sujetador de forma ágil. Tengo la mirada clavada en él mientras llevo a cabo mi propósito.

Dejo que el sujetador se deslice y caiga al suelo. Mis pechos están al aire, pero no siento pudor. Él ya los ha visto, ya los ha tocado. La boca de James está entreabierta; es más, está respirando por ella.

Extiendo mi mano y pido que me dé el sujetador de color morado. Él mira mis pechos con deseo, pero yo tengo dominado mi cuerpo. Estoy respirando de forma acompasada. Tengo la situación en mi mano.

James me entrega el sujetador y aprovecha la ocasión para acariciarme el interior de la mano. Ese pequeño roce hace que una descarga me pille desprevenida, pero mantengo el tipo.

Me pongo el sujetador y alzo la mirada para mirarme al espejo.

El color morado queda muy bien sobre mi piel pálida. Él tenía razón. La copa es la perfecta, hace que mis pechos parezcan más voluminosos y apetecibles. Estoy segura de que vale lo suyo. Dejo que uno de mis dedos dibuje el contorno de mi escote.

—¿Te gusta? —pregunto ronroneando.

Me giro y me enfrento a él. Creo que no está acostumbrado a que las mujeres lleven el mando de la situación. Me acerco con un paso firme, con una actitud provocativa; sí, no va conmigo, y parece sorprenderlo.

Retrocede un paso, algo que no puedo ni creer; su enorme espalda topa contra la pared. Puedo ver sus pupilas bailando de un lado a otro, me humedezco los labios y sonrío. No sé

por qué siento que tengo demasiado poder, pero me hace sentir mejor.

—¿Te gusta? —vuelvo a preguntar.

Sus ojos me miran y él asiente. La lujuria lo está poseyendo. Sé que está excitado, y lo peor es que esa información hace que mi sexo se humedezca, pero en mis planes no está complacerlo.

—Me alegro —contesto con una sonrisa. Me coloco de puntillas y me miro al espejo—. Espero que a tu hermano también le guste, le daré una sorpresa.

Me coloco los pechos, puedo notar el peso de su mirada en mí. Sé que está furioso. ¡Que le jodan! Eso le pasa por ser triple C: cretino, cerdo y creído.

Le he hecho daño, lo sé y algo dentro de mí me dice que no debería regodearme, pero necesito que salga de mi vida. No puedo darle pie a nada o hará que todo se convierta en un infierno.

Hago pucheros.

—¿No me digas que pensabas que esto era para ti? —pregunto, irónica.

Voy hasta él y le pellizco el moflete: el típico gesto que siempre hacen las tías lejanas y que tanto nos jode. Noto cómo el ambiente sexual se desinfla en nuestro pequeño gran espacio.

Sus ojos se han apagado, me giro intentando no sentirme triste. El papel de mala se me está dando genial. Tengo que continuar con el *show*.

Me quito el sujetador y me tapo los pechos con una mano.

—¿Podrías traerme el tanga a conjunto? Si le voy a dar una sorpresa, lo hago bien, ¿no?

Al terminar la frase, sonrío y pestañeo. Nunca hay que dejar de batir las pestañas. Quiero proponerle que pague él, pero quizá sería demasiado cruel, aunque no lo suficiente. Había intentado seducir a su propia cuñada; bueno, quizá su intento terminó en sexo en una ducha, pero lo importante es que no iba a volver a ocurrir.

Quería demostrarle que no siempre gana el sexo.

Esta misma noche pienso acostarme con Ryan, y espero que entienda que se puede hacer el amor con un poquito más de ritmo.

James sale del probador sin dirigirme una palabra. Me visto y salgo. Espero no encontrármelo. Espero que lo de hoy le sirva para que no me moleste más.

—¿Qué tal el vestido? —me pregunta Raquel con un café en la mano.

¿Vestido? No me acordaba de él. Había entrado a probármelo, me encojo de hombros y coloco una mueca de asco.

—No me gusta cómo me queda.

No soy una persona mentirosa, pero creo que no es necesario explicarle a mi amiga por qué mi cuñado estaba dentro del probador. No puedo evitar sentirme extraña; no sé si es el sentimiento de culpabilidad o de alivio.

Raquel niega con la cabeza, creo que piensa que soy un caso perdido. Se gira y se pone a hablar con Esther sobre bolsos.

Saco mi teléfono y marco el número de Ryan. Necesito hablar con él, necesito tocar con los pies en el suelo.

Descuelga al tercer tono. Su voz, como siempre, es extremadamente dulce.

—Cariño, ¿tienes planes para esta noche? —pregunto mientras juego con un mechón de mi pelo. Camino por el centro comercial, es una manía que tengo. No puedo estar quieta mientras hablo por teléfono.

—Pues la verdad es que sí.

Siento la desilusión llegando a mi pecho. No puedo quedarme en casa pensando en lo mala persona que soy. No, necesito estar con Ryan. Estoy a punto de rogarle; puedo esperar a que terminen sus planes, pero quiero verlo.

Su risa fresca me distrae.

—Tengo pensado llevar a mi novia a cenar a un restaurante caro, uno de esos que ella tanto odia, pero no se lo cuentes. Es un secreto.

Siento un cosquilleo en mi estómago y en mi cara se forma una sonrisa. Típica sonrisa de mujer enamorada. Continúo caminando, pero esta vez parece que soy más ligera.

—No es necesario ir a un restaurante caro —me quejo sin dejar de sonreír—, podemos ir a un McDonald's.

No voy a discutir con él. No me siento cómoda en esos restaurantes, pero iré sin apenas rechistar, porque me siento culpable por haberle enseñado las tetas a su hermano. Sé que ha sido un acto desmedido, pero lo importante es que ha sido por una buena causa, ¿no? —De vez en cuando, es necesario mimarte un poco, pero no te acostumbres.

Sonrío, pero esta vez sin ganas. Esta doble vida me va a matar. Seguramente estos nervios me van a producir una úlcera en el estómago. ¿Por qué diablos Dios creó a dos? Con uno ya habría sido suficiente.

Me despido de Ryan. Me pasará a recoger sobre las nueve. Tengo que arreglarme. Sé que me tengo que sentir orgullosa de mí misma; si miro el lado positivo, me he librado de caer en la tentación dos veces. A ver quién es la guapa que no cae rendida si James Cooper, triple C, te aborda.

No sé qué ponerme. No he comprado el dichoso sujetador de color morado. Es precioso, pero no quiero más sentimiento de culpabilidad. Y no quiero, ni mucho menos, vivir un momento íntimo con Ryan pensando en James. Vale que son iguales por fuera, pero ya está.

Me apresuro a llegar a casa. Ducha, cremas varias y maquillaje suave. Me coloco un vestido azul de palabra de honor y decido no llevar sujetador. ¿Para qué? Mis tetas están bien colocadas y son incómodos de quitar.

Suena el timbre de la puerta. Voy hasta allí. Mi intención es ir corriendo, pero tengo miedo de que mis pechos decidan tomar el aire, y no es plan abrir la puerta con las tetas por encima del

vestido.

Abro la puerta y me apoyo con una mano en el marco de la puerta. Tomando una postura extraña, pero *sexy*.

Ryan me sonrío y veo la felicidad asomándose por el brillo de sus ojos. Ni rastro de lujuria, pero ¿para que la quiero? Solo dura un rato.

Me lanzo a sus brazos con demasiado entusiasmo. Me choco contra él y, por un momento, creo que vamos a terminar los dos en el suelo.

—¿A qué se debe tanto entusiasmo? —me pregunta él mientras me carga hasta dentro del piso.

Me coloco el vestido, me aseguro de que mis pechos continúen tapados y le miro a los ojos.

—Porque te he echado de menos

No estoy mintiendo. Lo amo, lo necesito y le echo de menos. Necesito que mi cuerpo se dé cuenta de una vez que lo que necesitamos es a él; que sin Ryan no podemos vivir; que J solo es una pequeña sombra en nuestro camino.

Punto final.

—Yo también. Ahora apresurémonos, tenemos mesa a y media.

No quiero dejar de abrazarlo. Voy hasta la mesa en un intento de marcha forzada. Si antes era difícil concentrarse en que los pechos no salieran fuera, ahora a eso debo sumarle que mis pies parecen no querer coordinarse.

Llego hasta el bolso sin sufrir altercados. Tomo la mano de Ryan y dejo que me guíe hasta el coche.

Cuando estamos en él, puedo centrarme en la ropa de Ryan. Él viste de etiqueta, con su mejor traje. Uno de color negro, combinándolo con una camisa azul. Vamos conjuntados. ¿Cosa del destino? La verdad es que no; le envié un mensaje para decirle que fuera de azul, pero queda bonito pensar que ha sido cosa del destino.

Su mano esta entrelazada con la mía mientras se concentra en la carretera; puedo oler el dulzón de su perfume. Intento relajarme mirando el paisaje. Ryan estaciona el coche y no puedo creerme que vayamos a cenar a este restaurante.

Quiero rechistar, seguramente la cena de esta noche costará medio sueldo mío. No me da tiempo a abrir la puerta del coche, que ya está él ahí para abrírmela. Sonrío en respuesta. Es el perfecto príncipe azul. Uno que te quiere y te respeta, que te mimas y te adora. Entramos en el restaurante sin soltarnos de la mano. Un señor muy educado nos acompaña hasta la mesa. Me sorprende que Ryan no tenga que identificarse. Al parecer, aquí lo conocen.

Nos sentamos en la mesa, una apartada y con un bonito candelabro en el centro. Me siento como una princesa en un cuento de hadas. Tengo nervios en el estómago. No sé qué actitud tengo que emplear.

Miro a Ryan a los ojos y noto cómo él me mira a mí, me toma de la mano y el resto del mundo desaparece. Es como si solo existiéramos él y yo. El resto está a otro nivel.

Era todo perfecto hasta que una voz nasal nos saca de nuestra burbuja de amor y paz.

—Hola, buenas noches, soy Jennifer. Seré quien os atienda esta noche.

Cuando alzo la cabeza, no puedo abrir la boca del espanto. ¡Lo sabía! Se llama Jennifer y es una pluriempleada. Frente a nosotros, con una sonrisa falsa, está la secretaria de Ryan.

Estoy segura de que tiene ocho hijos con desconocidos, críos a los que alimentar; por eso trabaja en dos sitios.

Está un poco cambiada, puede que ahora no lleve la faja, y está usando zapatos planos, pero es la misma.

¿Por qué se cambia el nombre?

Ryan parece no sorprenderse porque su empleada este aquí. Le está hablando de forma educada. La chica asiente y se va. ¿Es baba lo que tiene en la comisura de su labio? Petarda.

—¿Qué hace Jéssica aquí? —pregunto en un susurro.

—Es Jennifer.

Ryan está mirando el menú, concentrado. Entrecierro los ojos y me inclino para que esta conversación sea algo más íntima.

—Sabía que su verdadero nombre era Jennifer. Puedes llamarme así de la intuición, amado.

Ryan me mira por encima del menú. Niega con la cabeza antes de dejarlo encima de la mesa. Me toma de las dos manos y este gesto me resulta incómodo.

—Cariño, esta es Jennifer. Tú conociste a Jéssica, su hermana.

—Ajá —contesto para ganar tiempo.

Así que por eso pensé lo de la faja y los tacones. Simplemente esta es más bajita, más gordita, pero la cara de víbora la tienen las dos igual.

—¿Por qué todo el mundo quiere confundirme?

Estoy empezando a odiar las confusiones, los hermanos gemelos, las hermanas que se parecen. Después yo termino en la ducha con el hermano equivocado y es culpa mía. ¡Ja! Parece que mi rostro debe ser un chiste, porque Ryan se está riendo. Chasquea la lengua antes de hablar. Entrecierro los ojos. ¿Por qué él también hace ese dichoso sonido? Puedo

ver la diversión en sus ojos. Bueno, no tendremos sexo, pero al menos nos queda el humor.

¡Dios, he de tener cuidado! ¡Mi lado frustrado está saliendo a flote!

—¿El mundo está confabulando de nuevo contra ti?

Saco el aire de mis pulmones y me contengo para no enseñarle mi dedo corazón. No sería nada educado y fastidiaría nuestra noche romántica.

Mando lejos las malas vibraciones y sonrío como si todo esto me estuviera haciendo mucha gracia.

—Tu secretaria estaba destinada a llamarse Jennifer, eso es todo.

La secretaria llega de lejos. Si continúa contoneando así las caderas con la bandeja en las manos, se caerá.

Llega hasta nosotros sin dejar de sonreír. ¡Por el amor Dios! O mi sentido del olfato ha evolucionado, o esa mujer se acaba de rociar en perfume.

—Aquí tienen sus bebidas. ¿Ya saben que van a tomar?

Ryan mira la carta, que sigue en la mesa, y niega con la cabeza, pero le regala una sonrisa.

Ella parece estar contenta con aquel pequeño gesto. Está mirando a mi novio como un trozo de carne.

La mujer se gira y me apresuro a decir algo entre dientes. Debo decirlo, porque, si no, la rabia me corroerá por dentro.

—Hala, guapa, vete a poner más rímel.

—¿Perdona? —dice girándose abriendo su boca de chupóptero.

—No era para ti, estás perdonada.

Miro a Ryan y le tomo de la mano. Sí, estoy empleando una actitud poco madura y muy de gata en celo, pero, por lo menos, no me he puesto a ronronear.

La camarera se marcha con su ya típico movimiento pélvico.

—Ella podrá estar sorda, pero yo no. ¿Le has dicho que se ponga rímel?

Parpadeo ante mi hombre y sus oídos de audición máxima.

—Era un mensaje subliminal. Era para que sus pestañas pesaran más y no las batiera. Odio cuando lo hace.

Y, por un momento, temo la reacción de Ryan. Quizá crea que estoy enferma o, tal vez, que soy una inmadura. Puede pensar que no estoy a su altura. Debería haberme callado, pero es superior a mis fuerzas.

Agacho la cabeza y miro mis uñas. Son normales. Tengo una medio rota y no están equilibradas. No soy una chica detallista y cuidadosa. No llevo uñas a la última, ni tengo mil cremas para la cara.

Quizás no estoy a la altura de Ryan Cooper; puede que solo sea cuestión de tiempo que se canse de mí.

—Eres única —me dice, y lo hace con un tono cariñoso. Lo miro a la cara y creo ver que su sentimiento es verdadero.

El resto de la noche ha sido maravillosa. Cenamos unos platos exquisitos —y muy caros— y las caricias y miradas van y vienen durante el tiempo que dura la cena. Una vez en los postres, cuando mi estómago está lleno de chocolate, llega la gran frase que todos tememos oír algún día.

—Cariño, tengo que hablar contigo —me dice él, y yo analizo la situación.

¿Me va a dejar? No, no veo a Ryan como una persona cruel y mezquina que te llena el estómago

de comida y halagos para después darte una patada en el culo. Bueno, pero me imagino que él tampoco me ve como el tipo de persona que se confunde y se acuesta con su hermano.

Dios, la culpa me está matando.

Quizá me vaya a pedir matrimonio. Y no, no puede. No el día que le he enseñado las tetas a mi cuñado, aunque fuera por una maldita buena causa.

Quiero llorar.

Trago saliva y sonrío. Que diga lo que tenga que decir. Yo no dejaré esta sonrisa falsa que he adoptado.

—Es una buena noticia, bueno, creo que lo es. Me han dado un trabajo de investigación, es importante, y mi padre cree que será de portada. —Ryan habla deprisa mientras mueve las manos nervioso—. Quiero decir, ¿te imaginas? Yo escribiendo un artículo de primera plana.

Termina la frase y toma un sorbo de café. Me siento aliviada: no quiere dejarme y tampoco quiere casarse conmigo. Él tiene una gran oportunidad en su trabajo y hemos venido a celebrarlo. Algo típico en las parejas.

Estoy contenta por él, pero hay algo que me pesa. Quizá mi conciencia está gritándome y llamándome «zorra egoísta» por no contarle la verdad, pero no. Creo que Ryan está extraño, lo noto raro.

«También podría ser que los cuernos le dificulten pensar», me apunta mi lado oscuro.

—Estoy feliz por ti, Ryan, pero ¿algo va mal? Te noto raro.

Él se pasa la mano por el pelo antes de contestar. Está inquieto, lo sé.

—Estoy nervioso, es algo importante para mí. Además, tengo que estar fuera del país unos quince días. Espero que no te importe.

—Claro que no me importa.

Los músculos de mis piernas tiemblan. Dos semanas sin Ryan, dos semanas con las duras tentaciones de James. Espero que lo de hoy le sirviera de lección y me deje en paz.

Intento controlar el tic que parece querer instalarse en mi ojo izquierdo. Estoy nerviosa. Sé que una parte de mi cuerpo está de fiesta. Sucias hormonas.

La camarera trae una botella de cava. Los dos brindamos con sonrisas en nuestras caras. Mi mente trabaja a cien por hora. Quiero llorar, pero no lo haré. Voy a ser fuerte y me compraré un puñetero cinturón de castidad. Mis piernas se van a mantener cerradas. Me ataré, buscaré uno de esos cinturones que te sueltan descargas eléctricas. Cualquier cosa para mantener al cretino de James lejos de mi sexo. Si hace falta, me quedaré enclaustrada dentro de casa.

Dios me salve de la tentación, pero esta vez de verdad.

Capítulo veintiséis

Encierro

El encierro te enseña a ser precavido; el exilio, a ser desconfiado.

LUIS GABRIEL CARRILLO NAVAS

Estoy sentada en el sofá con el pijama puesto. Delante, una mesa llena de provisiones. Tengo todo lo esencial para mi encierro: chocolate, teléfono móvil, el número de todos los restaurantes de comidas rápidas a domicilio y dinero.

Llevo el pelo atado en una coleta; tengo las zapatillas y un montón de películas románticas para poder ver.

Solo hace seis horas que Ryan ha cogido el vuelo y yo ya estoy nerviosa. He bajado todas las persianas de la casa. Es un encierro en toda regla. Modo cueva con suministros.

Mi plan es maravilloso. Dormiré, veré pelis, comeré comida basura y, de vez en cuando, me ducharé. Tampoco he de ser extremista. No es necesario recurrir a la falta de higiene para mantener a raya a James.

Después de tres películas y dos cajas de clínex, me quedo dormida en el sofá. Estoy babeando el cojín cuando un portazo me despierta.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta la voz chillona de Raquel.

¡No! ¿Por qué le di una llave de emergencia? No necesito compañía.

—Intento hibernar —digo girándome y dándole la espalda.

Quizá capte la indirecta y se va por donde ha venido. Escucho cómo remueve las cosas de mi supermesa de supervivencia. Intento hacerme la dormida, pero ella no sabe lo que es callarse.

—¿Desde cuándo eres un oso? Haz el favor de ducharte y arreglarte. Nos vamos por ahí. No pienso dejarte vivir en este comedor durante quince días.

—Sí piensas hacerlo —contesto todavía con la cabeza debajo del cojín—. Lo que pasa es que todavía no lo sabes. Ahora te vas a dar la vuelta y te vas a ir.

—Tú no dominas mi mente ni me das órdenes. He conocido un chico guapísimo y quiero salir para poder encontrármelo. Y tú, como mi gran amiga, me vas a acompañar.

No piensa rendirse fácilmente. Intenta comprar mi compañía con la pena, pero no. Yo sé que ella no me necesita para salir a encontrarse con nadie. No pienso moverme de este sofá, diga lo que diga.

Estiro el brazo, cojo la manta y me tapo con ella.

—No es aconsejable que salga de casa. Estoy en cuarentena, tengo un virus infeccioso. No sé qué haces aquí, será mejor que te marches antes de que te contagie. ¿No ves cómo tiemblo?

Hago que mi cuerpo tiemble mientras cierro los ojos. Entreabro uno para mirarla. No parece muy satisfecha con mi actuación. Es como un grano en el culo. ¡Qué se vaya a dar un paseo!

—Bonita, tu novio se ha ido de viaje de trabajo, no ha ido a la guerra ni nada por el estilo.

¿Quieres que lo llame y le comente tu estado vegetativo?

Abro los ojos de par en par y miro la tapicería de mi sofá.

No, ella no me está amenazando. Tengo chocolate en vena y tres películas dramáticas en mi retina.

No quiere amenazarme. Es demasiado peligroso para su integridad física.

—No lo harás —le digo, mientras mis músculos se tensan esperando una respuesta.

Me incorporo desganada para enfocar mi mirada en ella. Está cogiendo el teléfono de su bolso.

¡Vamos, no fastidies! Es un truco muy viejo. Está haciendo ver que lo va a llamar para que yo reaccione. Quiere que le ruegue para que no lo haga y se salga con la suya, pero lo tiene claro.

No pienso decir nada.

Me quedo callada mirando cómo busca en la agenda de su teléfono. ¡Viva el teatro! Es buena, pero no tanto como yo.

—¿Ryan? —dice ella con tono falso.

Mi amiga se mueve por el salón haciendo ver que está hablando con mi novio por teléfono.

Quiero enseñarle mi dedo corazón, pero sé que estaría siendo una grosera; en el fondo, sé que lo hace por mi bien. Intento prestar atención a su conversación imaginaria.

—Quería hablarte sobre ella, está rara. No quiere salir de casa. Me parece que se está deprimiendo. Ya sabes cómo es ella de fan de todas estas porquerías dramáticas.

No puedo evitar reír ante el comentario. La verdad es que está interpretando muy bien su papel. La miro con mi cara de póquer. Hace una mueca extraña. Suelto una carcajada. ¡Está sobreactuando!

Me apoyo en el respaldo del sofá y la persigo con la mirada.

—Sí, es ella la que se ríe. ¿Quieres que te la pase?

Raquel extiende su mano y me ofrece su teléfono con gesto serio.

—Es Ryan.

Y ahí es cuando lo que yo veía como un plan tonto y teatrero se convierte en uno cruel y despiadado. Cojo el teléfono y miro la pantalla. Efectivamente, hay una llamada. Me llevo el aparato al oído y espero. Creo que la sangre de mi cabeza se ha ido de paseo a los pies.

Seguro que estoy pálida.

—¿Sara? —pregunta la voz irreconocible de mi novio.

—¿Hola? —contestó sin saber qué decir—. No te creas nada de lo que ha dicho Raquel. —Muevo mis labios en su dirección y la llamo «perra»—. Estoy de maravilla.

—Por favor, haz caso a tu amiga y sal. Hazlo por mí.

Tres horas más tarde estoy siendo arrastrada a la calle por Raquel. Llevo un vestido demasiado ceñido, quizá me he pasado con el chocolate. Mi pelo está limpio, liso y con brillo. Y mi cara está

tan maquillada que no queda ni rastro del insomnio.

No sé por qué he aceptado venir a una discoteca. No me gustan.

Entro en aquel antro sintiéndome extraña. Creo que mi vestido es demasiado corto y excesivamente apretado. El calor humano no tarda en pegarse a mi piel. Creo que no puedo respirar bien.

Lo peor de estas fiestas multitudinarias es que, como te despegues un poco de tu acompañante, ya estás perdido. Raquel entra en aquella masa humana y saluda a todo el mundo. Me concentro en respirar. Creo que voy a necesitar bajar un poco la cremallera de este dichoso vestido.

Estoy a punto de decirle a mi amiga que tengo que ir al baño, y que me tiene que ayudar con la cremallera, cuando me doy cuenta de que ella ya no está aquí.

Perfecto —digo en voz alta, enfadada con el mundo.

—¿Hablas sola?

Hay mucha gente en la discoteca y la música está alta, pero mi cuerpo sabe de quién proviene esa voz. Mi corazón se acelera y quiero llorar por no llevar puesto el puñetero cinturón de castidad.

—Esto roza la obsesión —contesto girándome para encararme con mi querido cuñado.

Lo miro intentando que mi odio sea evidente. Paso por su lado dándole un empujón con mi hombro. Y tengo que reconocer que duele.

—Lamento lo de antes, tu amiga parecía desesperada.

Me giro para mirarlo, pero lo hago por encima del hombro. Todavía recuerdo al James que retrocedía. Me gusta más esa actitud; no quiero que tome las riendas de nada. Mi parte maligna quiere volver a acorralarlo, a fastidiarlo.

Abre los ojos como platos. Y algo me dice que no es de miedo.

—¿No lo sabes? —pregunta, y quiero estrangularlo.

Es obvio que no lo sé; si no, no preguntaría. Dejo que la Sara furiosa tome mi cuerpo, lo cojo del brazo dejando que mis uñas se claven en él. Lo taladro con la mirada mientras me acerco.

—Dímelo —le exijo, enfadada con el mundo. Quería encerrarme para evitar esta maldita situación, pero aquí estoy yo, con un vestido ceñido, con la necesidad de bajarme la cremallera y con solo las manos de James para ayudarme.

Sé que está conteniendo la risa. Como siempre. Se cree superior y es un gilipollas.

Se agacha para poder hablarme al oído. Su aliento abrasa mi oreja haciendo que mi cuerpo entero sufra un escalofrío.

—Es un secreto —me dice rasgando su voz al hablar.

No soy consciente de que me estoy mordiendo el labio hasta que empieza a dolerme. ¿Un

secreto? Será mejor que me vaya. Tengo que huir. Mis pezones se han puesto duros con el solo roce de su aliento. No necesito más pruebas. Soy una chica fuerte que se va a casa.

—Perfecto. Buenas noches —digo alzando la barbilla.

Me giro intentando respirar poco y no petar el vestido. Voy a coger un taxi e irme a casa.

Veré un par de películas más, esta vez de acción.

Intento repasar mentalmente el listado de películas que tengo, para mantener mi mente ocupada, pero su mano coge mi brazo.

—Si me das un beso, te cuento el secreto.

Me quedo parada ante tal proposición. Estoy segura de, que en esta discoteca del diablo, Dios no tiene cobertura, por lo que será mejor que me vaya y deje sus secretos bien guardaditos.

No puedo darle un beso. Eso no estaría bien para mi vida casta, pura y de amor con un solo hombre.

—No pienso darte ningún beso, James.

—Está bien —contesta como si no le importara.

Me quedo quieta mirándolo; eso sí, con un poco más de distancia entre los dos. Él está como si nada, mirando al gentío, mientras su pie derecho sigue el ritmo de la música. Puedo apreciar cómo las chicas que pasan entre nosotros se lo quedan mirando con deseo.

Cansada de mirarlo, busco a Raquel con la mirada. ¿Dónde narices se ha metido? Miro de reojo a James, que continúa con la vista perdida y moviéndose con la música.

Odio la intriga. ¿Qué ha querido decir antes?

—Dímelo —le exijo, lo suficientemente alto para llamar su atención. Me mira y su sonrisa se ensancha—. Dímelo, James.

Resopla resignado.

—¿Por qué estás aquí?

Lo miro extrañada. ¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Acaso le molesta mi presencia? Pues es su problema, ya sabe dónde está la puerta. ¡Qué se vaya! Bueno, teóricamente me iba a ir yo, pero veo que mis pies se me resisten.

Coloco mis brazos en jarras y me balanceo sobre mi cuerpo.

—¿Qué por qué estoy aquí? Porque me da la real gana —contesto indignada.

—¿Seguro? —me contesta manteniendo ese tono neutral y calmado tan suyo.

Su pregunta consigue descolocarme. Miro a los lados. ¿Dónde está Raquel? ¿Se la ha tragado la Tierra? Maldición, me siento todavía más incómoda. Los nervios suben por mi estómago.

—Mira, James, déjate de tonterías. Somos personas adultas. Dime por qué estás aquí. ¿Qué quieres?

James con gesto serio viene hasta a mí. Solo le han bastado dos zancadas y mi espacio personal ha quedado reducido a nada. Inclina la cabeza. Me habla al oído, sé que es necesario para poder

escucharlo por encima de la música, pero es un gesto demasiado íntimo después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Puedo oler su perfume, es embriagador. Y ese maldito olor hace que me excite. ¿Por qué?

No lo sé, mi cuerpo reacciona solo ante él.

—Sara, quieres saber por qué estoy aquí, pero la pregunta adecuada es por qué estás tú aquí.

Su voz me camela, mis piernas flaquean y mis manos pican porque quieren tocarlo. En el probador conseguí dominar la situación. Debo hacerlo otra vez. No voy a desnudarme para espantarlo. Esta vez tendré que hacer algo diferente.

Volveré a mencionar a su hermano, es la única arma que me queda.

—Estoy aquí porque Ryan me lo pidió —contesto, y me cuadro de hombros.

Toma esa, capullo. Estoy a punto de añadir la coletilla: «Ryan, tu hermano». Pero creo que no es necesaria.

Sin embargo, para mi sorpresa, la respuesta de él no es como la del centro comercial. Está sonriendo. Y no me gusta esa sonrisa de superioridad.

—¿Estás segura de que te lo pidió Ryan, cariño?

Ese «cariño» es como una bofetada en la cara. ¿Qué narices está pasando? Algo se me escapa. La cara de James con una amplia sonrisa de victoria. Lo fulmino con la mirada.

No puede ser.

—¿Tienes tú el móvil de Ryan? —pregunto furiosa, pero él niega con la cabeza.

Voy hasta la barra, a la mierda la cremallera. Si tiene que petar el vestido, que pete por donde sea. ¡Qué más me da!

—Un vodka con hielo, por favor.

Noto la presencia de James detrás de mí. Es como un puñetero parásito.

—¿Qué te pasa, cuñada? ¿Tienes calor?

El miserable toma un cartón de publicidad de la barra y me abanica con él. Quiero estrangularlo. Le quito el abanico improvisado de las manos de forma brusca y le beso. Le beso con rabia y frustración.

Un beso fugaz en sus labios.

—Habla —le exijo mientras me paso el dorso de la mano por los labios.

—Fiera, te recordaba algo más cariñosa —me dice con una sonrisa estúpida en la cara.

Alzo mi mano con intención de abofetearlo. Estoy cansada de sus juegos, pero él es más rápido que yo.

Toma mi mano y la lleva hasta mi pierna.

—Tranquila, gatita. Tus amigas me llamaron para contarme tu situación. ¿Encerrada? Vamos, Sarita, rozas lo patético. Me propusieron que me hiciera pasar por mi hermano. Qué cosas más curiosas. En ese momento se me pasaron mil ideas por la cabeza. Una ducha, sexo, tú y yo..., y un

«fóllame» bien clarito.

Voy a sufrir una parada cardiaca. Golpea tan fuerte contra mi pecho que duele. Esto no me puede estar pasando. James y sus palabras provocan descargas en mi cuerpo. Deseo, rabia, miedo. Me está a punto de dar un ataque de ansiedad.

Las manos me sudan, bebo otro sorbo de mi copa sin poder mediar palabra.

—Pero, como soy un buen tío, me hice de rogar un poco. Les dije que tenía planes..., esas cosas. Pero, al final, cedí. Sabía que si llamaban a mi hermano, él perdería el culo por salvar a su querida damisela en apuros. ¿Estabas así por mí? Puedes estar tranquila Sarita, no te haré nada.

—¿¿No lo harás?? —le pregunto claramente desbordada por tanta información—. No hace ni cinco putos minutos que me has pedido un beso a cambio de información. ¡Y ahora tienes el morro de decir que no lo harás!

James alza sus dos manos.

—Sara, te lo pedí. No pensé que me lo fueras a dar. ¿Le das un beso a todo aquel que te lo pide? Me apoyo en la pared intentando reconstruir la situación. Mis amigas han llamado a mi cuñado para que se haga pasar por mi novio, para que me obligue a salir de casa. Mi cuñado me pide un beso a cambio de información, y yo se lo doy. Estoy aquí abatida con mi cuñado a mi lado y él no está intentando seducirme. Y yo me siento frustrada.

Y es que no hay quien me entienda. Quiero ser fiel, amo a mi novio, pero me fastidia que James no intente nada conmigo. Odio que sea un cretino y que me tienta, pero, si no lo hace, me siento dolida.

¿Qué voy a hacer con mi vida?

Me siento mal, ¿por qué?

Porque los seres humanos somos así. Nos gusta que nos digan lo guapos que estamos, que nos vayan detrás. Nos gusta que nos tienten y que seamos nosotros los que digamos que no. Nos gusta sentirnos amados y deseados. Nos gusta jugar con la tentación. Algunos son más fuertes; otros, más débiles. Pero queremos estar ahí, formar parte del juego.

—Simplemente, he sido un juego para ti, ¿verdad? —le pregunto, y odio el nudo que se forma en mi garganta.

—Sí, Sarita. Y el juego ha terminado.



Capítulo veintisiete

Interrógame

Si quieres ser sabio, aprende a interrogar razonablemente, a escuchar con atención, a responder serenamente y a callar cuando no tengas nada que decir.

JOHANN KASPAR LAVATER

El juego ha terminado.

Cuatro palabras con más de un significado.

Miro a James atentamente, tengo que realizar un análisis rápido. ¿Por qué Ryan me prohibió ver *Mentes criminales*? Ahora mismo ya sabría si estoy delante de un caso de un acosador muy listo o de un chulo prepotente con su coletilla: «El juego ha terminado».

—¿Intentas confundirme? —pregunto de forma directa, intentando evaluar su respuesta.

Me fijo en sus hombros. No están rígidos, más bien está en una postura que dice claramente: «Me la suda todo».

—No.

Aquí nos encontramos con una respuesta corta y rotunda. Una negación. Hay que decir que James es bueno. Con los monosílabos no puedo analizar si su voz tiembla. Sonrío de lado al recordar a una vieja gloria del cine. Y, al más puro estilo Sharon Stone, lo tomo del cuello de su camisa y lo llevo a los sofás. Me siento frente a él e intento cruzar las piernas con unos movimientos que intentan ser sensuales.

Obviamente, yo sí que llevo ropa interior, en este caso una braga estilo faja que contiene este intento de barriga que tengo. Mis movimientos se ven limitados por este vestido tan ajustado. A pesar de todos estos impedimentos, logro parecer una mujer profesional. Sonrío, me siento importante. Solo me falta el foco alumbrándome y el público aplaudiendo.

Mi cuñado, el triple C, alza una ceja. ¿No sabe hacer algo mejor? No sé, ¿pasarse un dedo por el labio? Algo va mal. Intento meditar qué haría la grandísima Sharon en un momento como este, y entonces caigo en la cuenta de que era ella a la que estaban interrogando. Miro a otro lado intentando disimular. Este intento estúpido de interrogatorio me va a salir caro. Seguramente, James creará que estoy intentando seducirlo y vendrá otra vez a

acosarme. Además, para más inri, estamos cerca del baño.

¡Este hombre está obsesionado con ellos!

Pasan los minutos y no sucede nada. A mí ya me duele el cuello de mirar hacia la derecha.

Miro de reojo hacia Jota. Él no me está mirando. Bien, creo que pasa de mí.

Y no sé por qué, y eso me saca de quicio.

—¿Quieres un colgante, una flor, unas gafas? —pregunta un vendedor ambulante.

¿A qué tipo de discoteca me han traído? Miro todos los objetos que lleva y ninguno se asemeja a una máquina de la verdad. Con lo fácil que sería colocar a James allí y preguntarle qué demonios quiere de mí.

—¿Tienes una linterna? —pregunto sin mirar a James.

El vendedor asiente y me ofrece una linterna de color rosa con ositos pintados en diferentes colores. Me encojo de hombros, seguramente me servirá. Lo bueno de estar frente a James es que puedo sacar mi lado más *freak*.

Sin pensármelo dos veces, enciendo la linterna y le enfoco a los ojos.

—¿Qué haces? —me pregunta, sorprendido mientras coloca una mano en su cara.

—Basta de juegucitos —digo. Sí, sí, me siento estúpida por la frase—. Dime qué quieres. Y —hago una pausa alzando un dedo— no me mientas.

—¿Intentas amenazarme con...? —dice, y antes de terminar la frase me arrebató la linterna de la mano, la examina y me mira con una mueca que no sé cómo describir—. ¿Un rayo de osos amorosos?

Frunzo los labios y extendiendo la mano. ¡Quiero que me la devuelva!

—No te amenazo, solo intento interrogarte. Ahora, ¿puedes darme mi superfoco cegador?

Puedo escuchar su carcajada. Coloca la linterna en mi mano y se acomoda en el sofá. Cruza las piernas y me mira con ambas cejas alzadas. Sus labios están pegaditos y ligeramente torcidos.

—Estupendo, interrógame.

Tengo que admitir que la situación es más que patética. Pero retomo mi postura, junto mis piernas y me inclino hacia delante. Tengo que evitar no reírme cuando lo enfoco de nuevo.

—¿Qué es lo que intentas? —le pregunto, y después sonrío como una estúpida.

Bien, ¿por qué me duele la cara de sonreír?

Él se toma su tiempo para contestar. Creo que está a gusto con su papel. Descruza las piernas y se inclina hacia delante. Tengo que admitir que mi superfoco cegador es una porquería, él no parece inmutarse por su efecto y encima está parpadeando. Creo que no le durarán mucho más las pilas.

Siento algo de nervios en el estómago.

¿Qué me va a decir?

James respira hondo. Me mira a los ojos antes de hablar.

—No intento nada —dice de forma pausada.

— *Mec* —contesto rápidamente, imitando el sonido de una alarma—. ¡Mientes!

Me reclino para atrás, apoyando mi espalda en el respaldo del sofá, enfadada con este interrogatorio. Él parece estar pasárselo bien, se ríe de nuevo y se acerca más a mí. ¿No había más distancia entre nuestros dos butacones?

—¿En qué te basas para decir que miento? —me pregunta, y creo apreciar que su lengua está moviéndose inquieta por su boca.

Apago la linterna, su constante parpadeo me está poniendo nerviosa. Lo miro. Entrelazo los dedos de mis manos.

—Tú eres James Cooper. Según tu expediente, eres un gran mentiroso, acosador y seductor.

No hablo de lo buen amante que es, no es necesario alabarlo más. Me levanto. Creo que, si lo miro desde arriba, se sentirá más cohibido; además, se me está clavando la faja en el estómago y no puedo casi respirar.

Me paseo por nuestra corta distancia.

—Creo que tengo más que pruebas suficientes, ¿no? —digo alzando la voz para que pueda escucharme por encima de la música.

Él me mira y, por un momento, veo seriedad en su rostro. Sus ojos me están hablando, cosa que nunca antes han hecho. Él siempre comía con la mirada, ahora no.

—La gente cambia. Además, tú solo te dejas llevar por lo que la gente opina de mí. No me conoces para nada.

¿Perdón? No podía estar hablando en serio. Yo había experimentado en mis propias carnes cómo él había mentido haciéndose pasar por su hermano para tener sexo conmigo. Me había confundido y me había hecho desearlo. Además, ¡él es el primero que habla de no al amor y sí al sexo loco y vicioso!

No sé por qué ahora habla de que me dejo llevar por lo que opina la gente de él.

—No vayas de víctima, James. Creo que te conozco lo suficiente como para asegurar que todo lo que digo es cierto.

Jota suelta una carcajada, pero esta vez no se está riendo. Se levanta con un impulso, colocándose a mi altura (bueno, algo más arriba). Sus ojos parecen ofendidos. Inclina su cabeza hacia un lado mientras niega.

—¿En qué te basas? En que te tomé en la ducha. ¡Vamos, por favor! Creo recordar unas palabritas mágicas: «Fóllame, James» —dice imitando mi voz—. Así que ahora no me vayas de santita.

Alzo la mano para abofetearlo, pero él la toma al vuelo. Con ella todavía cogida, se acerca a mí. Sus labios están a escasos centímetros de los míos. Trago saliva y lo miro a los ojos. —No todos los buenos son tan buenos, y no todos los malos son tan malos.

Aprieto la mandíbula. ¿Qué quería decir con eso? Yo no estaba a su altura, yo no era como James. Estaba intentando evitarlo, ¿verdad?

—Un momento de debilidad lo tiene cualquiera —digo entre dientes, pero él está lo suficientemente cerca como para escucharlo.

Sonríe de lado, pero sé que esa frase le ha dolido y no acabo de entender por qué.

Baja la mano sin soltarme y con la otra toma la linterna. La enciende y se enfoca a la cara a él mismo, desde abajo.

—Mírame bien —me dice con tono frío y desgarrador—. No intento nada. Me he cansado. Me he cansado de ser el acosador del momento. —Siento un nudo en mi garganta al ser consciente de que hay dolor en sus palabras—. Me he cansado de ser el cretino que intenta seducir a su «bastante dispuesta» cuñada.

Me está mirando a los ojos, está analizando mi respuesta a sus palabras. Siento que una lágrima traicionera baja por mi mejilla y él no tarda en atraparla con uno de sus dedos. Siento la caricia en mi mejilla y me concentro para no llorar.

Trago saliva de nuevo, sintiendo el peso de su mirada. Mi garganta se cierra.

—No somos tan distintos, ¿verdad?

No, no lo somos, pero lo nuestro no puede funcionar. Él es un cretino y siempre lo será, y yo soy una debilucha.

—Yo quiero a tu hermano —digo en voz alta, y no sé si lo hago por él o por mí. Y tampoco sé si está bien que tenga que recordármelo constantemente.

—Y yo te quiero a ti —me dice, y tira la linterna al sofá—. ¿Eso me convierte en el malo de la historia? He estado un año callado, un año intentando liarne con otras mujeres y dejando a — alza sus dedos para dibujar unas comillas— la «pareja feliz» a un lado. Un año que me autoengañaba diciéndome que solo me interesabas porque eres la única que no ha ido detrás de mí, la única que ha preferido a mi hermano.

—Y es esa la razón —digo con un hilo de voz.

Yo lo sé. Él lo sabe. Solo ha sido eso. Y él cree quererme, pero no lo hace. Si yo estuviera con él, se cansaría de mí a los pocos días. Los dos lo sabemos, tenemos que ser coherentes.

Alza un dedo para que me calle. Y yo le dejo hablar, necesita soltar todo lo que lleva dentro.

—El día del vestuario no lo premedité, no estoy tan enfermo. Entré en el vestuario sin pensar, quería darte un susto y te vi. Sara, ¡estabas desnuda! Y uno no es de piedra.

No me lo puedo creer. Lo que está diciendo no tiene lógica ninguna. Levanto las dos manos intentando expresar la incoherencia de sus palabras.

—Estaba en la ducha —digo alzando la voz—. ¿Qué quieres? ¿Que me duche vestida?

No parece que me esté escuchando. Se mueve inquieto por aquel pequeño espacio. Puedo ver cómo el músculo de su mandíbula tiembla. Se humedece los labios.

—No pude contenerme —dice negando con la cabeza—. Me rebajé, me hice pasar por mi hermano para poder tenerte. Y toqué el cielo. Me hiciste sentir más que cualquier mujer con la que

había estado hasta el momento. Eras diferente, pero yo necesitaba más. Quería que me quisieras a mí, que quisieras que el puto cretino entrara en ti. Que yo —se señala mientras arruga su labio superior—, la oveja negra de la familia, tuviese un hueco en tu cuerpo. Y ese fue el puto error.

No entiendo nada. No sé qué quiere decir. ¿Error? No puedo creer que este sea mi cuñado, es que no me cabe en la cabeza. Él simplemente actúa, no le importa una mierda lo demás. ¿Que le hice sentir más que ninguna? Si era mi primera vez así de ruda. Yo me sentí estúpida y complacida.

No puede ser, sigue jugando conmigo. Y lo está consiguiendo. Siento una sensación extraña en mi pecho. Como si me estuviera clavando un puñal. Las lágrimas se derraman por mi cara y él se apresura a limpiarlas.

—En teoría, conseguirte debería haber parado esta ansia, pero solo hizo que aumentara. Quería más y más. ¿No lo entiendes? No puedo más con esto. Todo esto es por tu culpa. ¡Eres perfecta, demonios! Me encanta ver cómo te sonrojas, me encanta cómo eres.

—No soy perfecta —digo, y me sorbo la nariz—. Si fuera perfecta, no habría jugado así con nadie. No habría caído en aquella ducha, no estaría aquí contigo y le habría contado todo a tu hermano. Soy una cobarde.

Tapo mi cara con las manos. Debo parecer un mapache de tanto llorar. Mi pierna izquierda tiembla. No me puede estar pasando esto. James me rodea con el brazo y me atrae hasta él. Me siento bien hundiendo mi cara en su pecho, quiero que me abrace más fuerte y que no me suelte.

—Soy lo peor —digo con un gruñido contra su pecho.

—No —dice besándome la cabeza—, tan solo eres la tentación en persona.

Mi cuerpo tiembla por la risa. Reír y llorar a la vez es complicado. Es curioso que él piense que yo soy la tentación. Él, James Cooper.

Niego con la cabeza y me limpio las lágrimas con el brazo.

—La única tentación andante eres tú —digo entre sorbidos y tembleques—. Eres lo peor.

—Entonces, ¿somos lo peor? —me pregunta mientras me atrae de nuevo a sus brazos. Inspiro su aroma. Me siento bien ahí, entre sus brazos. Una sensación de protección y calma me envuelven—. ¿Qué hacemos, pequeña?

Me quedo callada y contengo la respiración. No esperaba esa pregunta. Ninguno de mis esquemas mentales está en pie. ¿Qué podemos hacer? Mi lado egoísta se frota las manos:

solo piensa en besarlo, en restregarse contra él. Quiere amarlo, amarlo como nadie lo ha hecho en la vida. Debería ser yo quien lo abrazara, para calmarlo. ¿Se puede amar a dos personas a la vez? Yo quiero a Ryan, eso lo tengo claro. Pero ¿qué siento por James?

Intuyo que estoy entrando en unas arenas movedizas que solo van a hacer que me hunda

más y más.

¿Qué es James para mí?

La verdad es que ha ido cambiando. Ha pasado de ser el cretino que me tiraría una noche (o con quien no lo haría, para no sufrir) al hermano al que chantajeé, al hermano al que me tiré, al que evité, al que esperé, al que añoré.

Me pone celosa verlo con otras, me duele que no vaya detrás de mí. ¿Qué es James para mí?

Quizá también es un juego. Tal vez solo quiero tenerlo ahí, pero solo por orgullo.

Lo miro, veo el brillo en sus ojos y, en esta ocasión, percibo una pincelada de amor en él.

Siento un pinchazo en el lado izquierdo de mi pecho.

—James, eres el mejor de mis pecados.

Es la pura verdad. No me he sentido más viva en la vida como el día de la ducha. En el momento que pensé que era Ryan, creí que había conseguido la felicidad completa. Mi cuerpo necesitaba el sexo. La gente miente cuando dicen poder vivir sin el sexo. Es una parte primordial de nuestras vidas. Nuestro lado animal siempre estará ahí, más o menos dormido, y James, no sé si por desgracia o no, lo despertó.

Sus ojos están brillando. Veo el amor, pero también notó el deseo. Mis entrañas queman, lo necesitan. Sé que es un error mirarlo como lo estoy haciendo. Quiero besarlo, anhelo hacerlo. Me coloco de puntillas, pero su dedo me frena los labios.

—No me beses. No quiero un beso que mañana me privarás.

Me quedo sin aliento. Mi corazón se parte en dos. No me duele el rechazo, me duele comprender que siento algo por los dos. Que amo a Ryan, pero que James me hace dudar.

Vuelvo a dejar el peso en mis pies y niego abatida.

—Soy lo peor —vuelvo a decir sintiéndome una bruja.

—No —niega James, y tira de mi barbilla hacia arriba para que lo mire—, escúchame bien.

Aunque no seas mía, siempre te recordaré como la chica que hizo que abriera los ojos de una vez.

No me puedo creer lo que estoy escuchando. Empujo cariñosamente el pecho de James.

—Oye, ese discursito no me pega nada contigo —digo haciéndole reír—. Yo no he abierto tus ojos. Simplemente, te ciega que yo no caiga en tus redes.

—Cariño, caíste.

Me pongo roja ante aquella respuesta. La verdad es que caí, lo hice sabiendo quién era.

Lo miro sintiendo el ardor todavía en mi cara. Me muerdo la parte interior de una mejilla.

—Pero no repetí.

—*Mec* —contesta imitando el sonido que yo he empleado antes—. Mientes, sí que lo hiciste.

James sonrío de forma triunfal, haciendo que recuerde por qué le llamaba el *rompebragas*. Si continúa sonriendo así, tendré que tirar la ropa interior que llevo puesta.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto intentando retomar la conversación por la parte donde

él salía mal parado y yo no.

Nos reímos como dos adolescentes enamorados. Eso me pone de los nervios. ¿Qué diablos estoy haciendo?

Cuadro los hombros y saco el aire por la boca poco a poco.

Tengo que centrarme y dejar las hormonas a un lado. No es bueno dejarse llevar por los impulsos, porque después soy yo la que termina llorando en un sofá con tres kilos de helado.

—James, solo he sido un reto para ti —digo en voz, para hacerme daño.

Una parte de mí quiere creer que es así, a pesar de que duela; sería mucho peor si él me quisiera de verdad.

No estoy preparada para ello.

—Déjame demostrarte que estás equivocada. Dame estas dos semanas para demostrarte que también tengo mi corazón y que es bueno. No soy tan malo. —Su dedo acaricia mi mejilla. No es tan malo, dice. ¿Podría James ser bueno y caballeroso? Yo amo a Ryan, él ya es amable, caballeroso y educado. ¿Por qué no me centro en él?—. Solo seré malo en la cama, nena.

Y, con esa coletilla, comprendo por qué James sigue aquí. Sé que si tengo que elegir entre vivir solo con amor o solo con sexo, elegiría, sin ninguna duda, el amor. Pero es que ahora James me ofrece el equilibrio entre los dos.

Amor y sexo en una sola persona.

Capítulo veintiocho

Juego de palo, pelotas y agujeros

Para mí, lo peor del golf, con diferencia, siempre ha sido el golpear la bola.

DAVE BARRY

Y, con el tic del vagabundo, sello mi sentencia de muerte. Asiento, sí, asiento porque lo quiero todo. Soy así de egoísta. O quizás es que soy masoca. Quiero que me demuestre que ha cambiado, que no es el triple C, que simplemente es James. El hombre que con una mirada puede hacer que te corras. Ese James que también puede secarte las lágrimas con sus besos. Y sé que con esto solo logro confundirme más y más.

Sin embargo, hay una cosa que sí que tengo clara. No volveré a serle infiel a Ryan. Él no se merece eso. Simplemente, dejaré que James tenga tiempo para demostrarme cómo es en realidad y después meditaré la decisión.

Sé que lo más razonable sería decirle que me da igual cómo sea. Volver a mi encierro y esperar a que Ryan vuelva, y con él mi cordura. Pero también sé que es mejor arrepentirte de algo que has hecho que quedarte con la duda. No quiero pasarme el resto de mis días con él: «Y si...». Escucharé a James y después ya lloraré.

Porque sé que lo haré.

No he dormido nada esta noche. Le he dado vueltas y vueltas a la situación. Mi vida, mi novio, su hermano. El timbre de la puerta suena y yo siento que mi estómago me va a salir por la boca.

Giro mi cuello en círculos mientras me dirijo hacia la puerta. No tengo por qué estar nerviosa, solo vamos a pasar tiempo juntos. He optado por ponerme chándal, él debe conocer todas mis facetas. Mi intención no es seducirlo, sino lo contrario. Debo mostrarme tal y como soy. Un momento, ¿me he puesto alguna vez chándal con Ryan? Creo que no. Cuando abro la puerta me quedo sorprendida. James viste un pantalón deportivo de color gris y una camiseta negra de tirantes. En la mano lleva una bolsa de McDonald's; en la otra, una bolsa de papel sin propaganda alguna.

Entra, me da un beso casto en la mejilla y llena mis fosas nasales con su embriagador perfume. Va directo al sofá, palmea su lado para que lo siga. Me siento y miro expectante a ver qué tiene en la bolsa.

Cuando saca el DVD no lo puedo creer.

—¿Es la primera temporada de *Lost*? —pregunto entusiasmada. Él asiente y siento que la desilusión me acaricia—. Tu hermano no me deja ver series.

Jota (me encanta llamarlo así en mi subconsciente) se levanta y coloca el primer DVD en el reproductor. Vuelve a mi lado y me mira con naturalidad.

—Primero, yo no soy mi hermano —dice, y me parece notar rastro de dolor e impotencia en su voz—. Segundo, ¿qué tiene de malo ver series?

Se acomoda en el sofá y yo quiero colocar mi cabeza en su pecho, pero me contengo. Llevo cerca de dos años queriendo ver esa serie, solo he visto el piloto y he escuchado hablar de ella. (También he escuchado cosas de su horrible final, pero ¿qué decir? Soy masoca, en todas las facetas de mi vida).

Tomo un hilo que cuelga de mi vieja camiseta. Estoy dejando a Ryan como el malo y no es así. Hay un motivo y yo debo ser sincera con James.

—¿Sabes qué pasa? Que después comparo toda mi vida con las series, me emociono, creo que todos tenemos algo de la ficción.

—Es que la vida está llena de situaciones que después plasman en las series. No creo que ver series sea malo, para nada.

Dejo mi gesto inexpresivo. Alzo una ceja cuando él deja de hablar (sí, estoy copiando su expresión). Está jugando sucio y no me gusta que manipulen mis puntos débiles. Chasqueo mi lengua antes de hablar y presiono su pecho con mi dedo índice.

—¿Estás intentando seducirme usando las series, James?

Su respuesta es una única pero sonora carcajada. Como se ha pasado mi tono amenazador por el forro, cojo un cojín y le golpeo con él. James no se está quieto, toma el otro y me da en toda la cara, despeinándome por completo.

Cojo su pezón y lo retuerzo.

—No, para nada. ¡Suelta! —dice gritando, y yo lo suelto de inmediato, pero continúo mirándolo, esperando más información—. Simplemente, quiero ver la serie, nunca he tenido nadie con quién verla. ¿Quieres acompañarme o vas a hacer todo lo que te dice mi hermano?

Es un golpe bajo a mi orgullo. No es que hiciera lo que su hermano me pidiera, es que no quería hacer nada para perderlo. Quería que él estuviera a gusto conmigo.

Evito contestarle, pero enfoco mi vista en el televisor. Cruzo los brazos a la altura del pecho e intento hacer ver que estoy enfadada. A medida que la serie va avanzando, me voy relajando. Después de cuatro horas seguidas de maratón, termino con mi cabeza apoyada en su hombro; él me rodea la cintura y me pega a él y coloca el bol de las palomitas de forma que los dos podamos alcanzarlas.

Termina el primer DVD y él se levanta para colocar el segundo, no sé qué hora es, pero no me importa.

—No entiendo que ven las chicas en Jack —dice mientras rellena nuestros vasos con refresco.

Jack, el bueno de la serie. Guapo, responsable, médico. El gran partido para cualquier chica, un futuro estable y seguro. Un padre de familia.

—Yo, si fuera mujer, elegiría a Sawyer, le da mucho más juego —continúa diciendo. Se sienta a mi lado y me tira hacia él para que me acomode de nuevo.

Sawyer, el malo malote. El hombre guapo que podría llevarse a cualquier mujer a su cama.

Un tipo que te aseguraba emoción y riesgo en tu vida.

Ahora comprendo por qué Ryan no quiere que vea series, porque son como la vida misma.

Está el bueno, el malo, pero después resulta que el bueno no es tan bueno y el malo no es tan malo, pero siempre hay que escoger.

—Tú escogerías a Sawyer, ¿eh? —digo con la mirada perdida en las palomitas.

—Yo solo digo que ni lo bueno es tan bueno, ni lo malo es tan malo.

Entrecierro los ojos. Acaba de decir lo mismo que yo he pensado. Lo odio. James me está mirando, esperando a que yo diga algo más.

—Y después están las confundidas —exclamo junto un suspiro. La verdad es que no debería haberle dado esa información. No quiero que se haga ilusiones. Eso sería cruel.

Al parecer, mi confusión despierta el lado travieso de Jota. Él sonríe de lado y se pega más a mí, deja que su aliento caliente acaricie mi cuello haciendo que mis pezones se preparen para la fiesta, endureciéndose.

—¿Estás confundida? Yo puedo ayudarte con eso —me susurra, y mis piernas tienden a abrirse. Saco fuerzas de flaqueza y las cierro. Su lengua no me toca, pero la siento cerca. No, no puedo hacer eso. He decidido no caer y no lo haré.

—James Cooper. ¡No! —digo con tono convincente, gracias a Dios.

Mi cuerpo no está de acuerdo con lo que he dicho y quiere acercarse más, pero me resisto.

Nada de restregarse como si de una perra en celo se tratase, nada de abrir las piernas, y nada de jadear.

¡Concentración!

—Si no me importaras, ahora mismo te pondría encima de mí.

Con un gesto que parece no suponerle ningún esfuerzo, James tira de mí y me coloca a horcajadas encima de él. No entiendo la frase. ¿Esto significa que no le importo?

Él me mira, no veo amor en él, veo pasión, veo lujuria, veo deseo. No hay rastro del James *amoroso* y achuchable.

—Si no me importaras, ahora pasearía mis manos por todo tu cuerpo. Encontraría la forma de que tus piernas dejasen de temblar, callaría a todos tus jadeos con mi boca y después haría que chillases alto y fuerte. Todos tus vecinos se enterarían de que estás disfrutando.

—Sus manos se pasean por los laterales de mi cuerpo y mi garganta parece haberse hundido en su desierto particular. Estoy seca de cintura para arriba, la parte de abajo es

otro tema—. Si no me importases, ahora mismo te haría mía de nuevo, pero me importas... Así pues, siéntate en tu sitio.

Con un empujón cariñoso me devuelve a mi sitio. Es cierto que tengo la boca abierta y que lo que escucho de fondo son mis gemidos. Mis piernas tiemblan, mi sexo arde, pero voy a ser buena... ¿verdad?

—Si te importase —digo indignada—, no intentarías que me diera un ataque al corazón. Tengo calor, mucho calor. Me quito la camiseta y me quedo en tirantes. Abro las piernas ligeramente, intentando dejar de sentir las palpitations en mi sexo. Me abanico con la mano.

Él me mira con el ceño fruncido, se acerca a mí y apoya su cabeza en mi pecho. El cabrito está haciendo ver que evalúa mi corazón. Sentirlo cerca, imaginarme su boca tomando uno de mis pezones, hace que este se embale de nuevo. ¡Para, mente perversa!

—Chis, tranquilo —dice él mirando mi pecho—. La necesito viva.

Sonríe, como si de un angelito se tratase, y mira la televisión, colocándose en su sitio. Perfecto, tenemos a la bipolaridad en persona.

Odio empezar a pensar que con Ryan no soy yo realmente, odio pensar que James es la pizca de adrenalina que necesita mi vida. El bueno, siempre hay que escoger al bueno, me recuerdo a mí misma.

Vemos un capítulo más. James se estira cómodamente. Me mira desde su lado del sofá.

—¿Qué te apetece hacer? —me pregunta todavía desperezándose—. Y no pienses cosas lascivas, que sabes que no podemos hacer nada de eso —añade con un guiño de ojo.

Eso ha sido un golpe bajo. Ahora quedo yo como la desesperada número uno, y él como el santo que se resiste. ¡Ja!

Me paso la lengua por la parte de arriba de la dentadura. Me muerdo ligeramente el labio inferior.

—No sé, ¿qué suelen hacer los cretinos? —pregunto con la clara intención de molestarlo. Si a él le gustan los golpes bajos, los tendrá de vuelta.

Sus ojos se abren como platos. ¿Lo he ofendido? Se incorpora de forma rápida y me mira detenidamente.

—Sara, ¿quieres ir a ligar? —me pregunta, y se queda analizando mi respuesta, que no llega—. Así uno no puede conquistarte.

James continúa con su teatro tomándome de la mano y llevándosela a su boca. Después, con un movimiento rápido, tira de mí: nos quedamos a escasos y peligrosos milímetros. Siento su aliento cuando respira. Admiro sus hombros y su musculatura. Cómo dos cuerpos iguales pueden vestir de formas tan distintas. ¡No compares, Sara! Las comparaciones son odiosas.

—No quiero ir a ligar —digo con un hilo de voz que hace que él sonría—, y tampoco quiero que me conquistes.

James se queda un rato callado, sin dejar de mirarme. Para mi sorpresa, después de un minuto,

sonríe. ¿Por qué tiene esa sonrisa tan perfecta? Quizá debería darle un golpe y dejarlo mellado, así su sonrisa no me cautivaría cada vez que la emplease.

Se aparta de mí..., pero yo necesito tenerlo cerca de nuevo. Aun así, no me quejo. No lo haré.

James se sacude la camiseta, y deja entrever su trabajado estómago. Lo tengo visto, lo tengo tocado, pero no por eso deja de ser adictivo.

—¿Quieres ir a jugar al billar? —me propone recogiendo las cosas que quedan en la mesa.

—No sé jugar al billar.

Y caigo en que no sé hacer casi nada. Yo no soy una chica para James. Es un chico activo que hace y deshace. Alguien que necesita a su lado una chica como él, guapa y segura de sí misma. Alguien que le haga olvidarse del resto del mundo. Y yo soy más bien sosa. Creo que estoy destinada a Ryan. El único error que he tenido es que caí en las redes de Jota una vez.

(¿He dicho que me gusta este apodo? Suena a malote).

—Bueno, yo soy bueno en todo lo que conlleva palo, pelotas y agujeritos. —Sonríe de forma maliciosa—. Estaré encantado de enseñarte.

Asiento, por hacer algo. Intento concentrarme en cómo se camina. Tengo la sensación de que mis piernas se han tornado gelatina. No voy a caer de nuevo, es una promesa que pienso cumplir.

Solo voy a pasar la tarde con un amigo, no tiene nada de malo.

Al entrar en el local, siento la inercia de pegarme a James. Nunca había estado aquí, y no me suena de nada. Es un antro oscuro y lleno de humo. ¿Dónde está la ley antitabaco? Bajamos unas escaleras, demasiado estrechas para mi gusto; tan estrechas que se han de bajar de uno en uno. Coloco las manos sobre sus hombros. Tengo que ser consecuente con mi descoordinación y no quiero bajar las escaleras rodando.

La iluminación sigue siendo escasa en la parte de abajo. Huele como a humedad, sudor y humo. El ambiente es algo macabro. ¿Cómo le puede gustar esto a James? Todos parecen reconocer a mi cuñado; la mayoría de ellos le saludan por su nombre o con un gesto de cabeza.

Diviso un par de billares al fondo. James alza dos dedos hacia la camarera, que debe de entender que es lo que quiere, porque entre ellos no media palabra alguna.

—¿Quién es esta señorita? —pregunta una voz rasgada.

Enfoco mi vista hacia la voz. Es un hombre de unos cuarenta años con un bigote largo, como del típico motorista. El clásico tipo que sale en las películas buscando camorra en antros de mala muerte.

La cosa es que creo que me suena y no sé de qué. No suelo juntarme con gente de este tipo.

Miro sus ojos y me viene la imagen.

—Perdone, señor —interrumpo la conversación que está manteniendo con James, a la cual no estoy prestando atención—, ¿usted tiene padre?

La frase no debe de sonar muy bien, pues James me mira alarmado. ¿Qué hay de malo? El señor del bigote se mueve inquieto. Su labio tiembla, como su bigote.

—¿Cuál es el chiste? —pregunta con su tono terrorífico.

—No, no, perdone —le contesto con respeto, para que no se enfade más—, es que me recuerda a un señor que conozco.

Empiezo a pensar que no es una buena idea. Este tipo primero cree que quiero meterme con su padre; después, que me estoy riendo de él; y yo pretendo terminar con la maravillosa pregunta de que si su padre es un vagabundo con un tic en la cabeza.

—Bueno, en realidad, creo que me confundo —digo, esperando dejar el tema y que Jota y yo nos marchemos lejos de él.

—La verdad es que mi padre desapareció hace unos años —dice el tipo de bigote con un tono pesado.

Asiento, no pienso darle más información. Quizá corra el riesgo de volver a aquella calle e intentar decirle al señor vagabundo que su hijo quiere verlo. Lo intentaré.

James sonríe al tipo, me toma del brazo y me aparta.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Me recuerda a un vagabundo que conocí —digo entre dientes mientras sonrío. No quiero que ese hombre piense que hablo de él. Me da miedo.

James me suelta y resopla.

¿Qué pasa?

—Definitivamente, eres lo peor.

Alzo la mirada para verlo. Tengo los labios fruncidos, al igual que mi frente. No tengo la culpa de que el padre de ese hombre sea un vagabundo. James se está riendo, me mira con cariño.

Hace un gesto para que le siga y nos dirigimos hasta la mesa de billar. Las manos me comienzan a sudar. No sé jugar y no quiero hacer el ridículo. Además, ¿no había otro sitio para aprender? No sé, quizás uno más iluminado y con menos hombres cargados de testosterona y barriga...

James coloca las bolas en el centro de la mesa. Mira los palos uno a uno, y, después de escoger el suyo, me ofrece uno que no tardo en coger.

—¿Sabes cómo se coge el palo? —me pregunta con una sonrisa traviesa.

No pienso seguirle el juego, por lo que niego. Me siento pequeña. Él se coloca detrás de mí y me habla de cómo tengo que inclinarme hacia delante. Su aroma, su aliento, todo él me rodea.

Trago saliva y me concentro en respirar.

Noto como él cambia el peso de su cuerpo, está pegado a mí. Puedo notar su pecho alzándose para respirar. Su aliento acaricia mi oído.

—James —le regaña—, estás jugando sucio.

—En el amor no hay reglas —me susurra—. Además, tú y yo ya habíamos dejado de jugar.

Asiento. Tengo que concentrarme en algo frío, algo que pueda evitar todo el calor que estoy sintiendo. Algo que no sea duro, como lo que creo que estoy notando en mi trasero.

Bien, tengo un serio problema. Por más que pienso en no caer en la tentación, solo pienso en ella.

—¿Quieres que te enseñe a jugar, nena?

—¿A qué? —pregunto mientras mi cabeza ya asiente sola.

—Al billar, ¿no?

Capítulo veintinueve

Parásito

La pareja no se apoya en la permanencia del amor y de la sexualidad, sino en la permanencia de la ternura.

COSTAS AXELOS

Me miro en el espejo antes de salir de casa. Me noto extraña, tengo un destello especial en los ojos. Me pongo algo de colorete y brillo en los labios.

Tengo una sensación chocante en el estómago. Siempre pensé que cuando he quedado con Ryan, sobre todo al principio, sentía mariposas revoloteando por la barriga.

Es la típica sensación que dicen que sienten los enamorados. Ahora es distinta, diferente.

Creo que tengo un parásito, pero ¿qué es un parásito?

Un parásito es aquel ser vivo que vive y se nutre a expensas de otro ser vivo de distinta especie sin aportar ningún beneficio a este último.

Hasta hace una semana, podría decirse que James Cooper era el parásito número uno de la especie humana. Tomando lo que no era suyo, introduciéndose en mi cuerpo de forma camuflada.

Pero ahora parece que los parásitos pueden cambiar. ¿Puede un parásito convertirse en mariposa?

Suena mi móvil, es la melodía de James. Sí, le he puesto un politono a su contacto. Me miro por última vez en el espejo y odio lo que veo.

En mi rostro hay ilusión. Estoy sonriendo de forma estúpida. Soy una avariciosa. Lo quiero todo. Quiero a Ryan y quiero a James.

El sexo que me ofrece James es demasiado tentador. Es un arma de doble filo. Hoy en día, el sexo hoy mueve el mundo. Mueve la droga, mueve el dinero. En ocasiones, viene envuelto en papel de regalo, pero lo que nadie te cuenta es lo de después.

Sientes satisfacción, pero esta se evapora en un pequeño espacio de tiempo y entonces llega el vacío.

Miro la pantalla de mi teléfono. Tengo una llamada perdida de él, es la señal para que baje.

Me estará esperando, con su cara perfecta.

Mi corazón está en una encrucijada y yo me dejo hacer.

Bajo los escalones de dos en dos. Al salir veo a James, todo vestido de negro: tejanos, camiseta de cuello alto, chaqueta de cuero.

Sexy como el infierno.

Él me saluda y yo le devuelvo el gesto.

Me quedo embobada mirándolo. Hasta el momento no me he planteado la gran obra de arte que

hizo la señora Paqui. Esa mujer plantó el molde y, no contenta con uno, hizo dos. Dos hombres iguales, pero distintos.

Antes la elección era fácil. El bueno siempre gana al malo. El sexo no pesa tanto como el amor, pero ahora tenía la posibilidad de tener las dos cosas.

—Hola —vuelve a saludarme él—, no me digas que estos son los efectos secundarios de ver maratón de *Lost*.

Sonrío, pero la alegría no llega a mis ojos. Tengo que terminar con esto cuanto antes. Lo que estoy haciéndole a Ryan no está bien. Él está trabajando, y yo aquí dudando de mis sentimientos.

—¿En qué piensas? —me pregunta él.

Reacciono y me muevo. Voy hasta la puerta del copiloto e intento abrirla. Él acciona el mando y el seguro se baja. Entro en el coche.

—En bombones —contesto con agudeza. Creo que sería buena en algún concurso de televisión.

Nunca iría al de la máquina de la verdad. Seguro que estarían encantados con toda la cantidad de secretos que saldrían de mi boca.

Ya lo veo, el momento de audiencia máxima:

—Señorita Ramírez, ¿alguna vez ha mentido sobre su virginidad?

Un foco potente me deslumbra, parpadeo varias veces, me aclaro la garganta antes de hablar. — Bueno...

—Recuerde las normas. Sí o no, señorita Ramírez —dice la presentadora mientras arruga su labio, mira a cámara y le dedica un guiño.

—Sí —contesto con un hilo de voz—, pero no es mi culpa. Yo creía que no era virgen.

Los aplausos del público resuenan por el plató. Intento no mirarlos, no quiero que me desconcentren. Siento el sudor bajando por mi espalda.

—¿Alguna vez ha dado falsas esperanzas a alguien?

¿Yo? No, por supuesto que no. Me considero, ante todo, una buena persona. Dudo e intento repasar mis citas una a una. Creo que nunca he dado una falsa esperanza. ¿Lo de James cuenta como una falsa esperanza? No puedo parar el programa y preguntarle a la presentadora que si tirarme a mi cuñado en la ducha era darle una falsa esperanza. Quizá dudé durante un pequeño periodo de tiempo, pero después le confirmé que no lo volvería a hacer. Miro a la zona donde están sentados mis acompañantes. Son tres mujeres. Raquel está en una esquina. Me sonrío y alza los dos pulgares. No presto demasiada atención a Esther que, cómo no, está coqueteando con un hombre. En esta ocasión, el técnico de sonido. ¿Otro para su gran agenda?

La tercera mujer que me acompaña es Loli (aunque en su cartelito pone Dolores), que hace estos extraños con su cara. ¿Qué quiere esa mujer? Oh, sí. Lo he hecho.

—Sí —contesto recordándome que solo puedo contestar con monosílabos.

Nunca imaginé que mi primera tarde de trabajo traería tales consecuencias. Estaba yo tranquilamente limpiando la barra cuando apareció un señor con unas gafas de sol. Me acuerdo del detalle, porque es curioso encontrarte gente que en recintos cerrados las use.

Aquella misma tarde, después de tres horas de conversación, me pidió matrimonio. Yo no quería romperle el corazón, era un hombre mayor, delgado y parecía estar solo. Además, tenía alzhéimer. Se suponía que no lo iba a recordar más en su vida. Lo que yo no sabía era que su hermano estaba sentado cerca, y que lo escuchó todo.

Quizás era una señal de Dios para que no me juntase con hermanos, no lo sé.

—¿Alguna vez has sido infiel? —pregunta la presentadora.

Acto seguido, el público murmura animado por un asistente con un cartelito que seguro que indica que estos murmuren. Público manipulado, cómo no. Aunque yo en su lugar murmuraría seguro y sin indicaciones.

La cámara se acerca a mí, me enfoca el rostro. Si continúa tan cerca, reproducirá hasta mis puntos negros.

Mi expresión debe de ser de horror, porque noto las miradas acusatorias del público. Todos me gritan: «mentirosa, buscona, aprovechada, infiel».

Me levanto y grito que se callen.

Despierto gritando. ¿Despierto?

Miro a los lados. Estoy sola, en mi cama. ¿Lo he soñado todo? ¿Hasta qué punto? ¿He conocido a dos hermanos gemelos? ¿He sido infiel a Ryan? Me duele la cabeza. Miro el despertador, es temprano.

Siento pánico, no sé lo que es real y lo que no.

Salgo de la cama en busca de mi teléfono. No hay nada que no solucione mi móvil. Al ir hasta el tocador, me golpeo la espinilla contra la silla. Duele, y mucho. Cojo el teléfono y voy a mi agenda.

Voy bajando en la agenda. La letra A se me hace interminable. ¿Por qué hay tantos nombres que comienzan por esa vocal? Continúo bajando hasta que recuerdo que está el buscador que vas directa al nombre.

Todavía estoy medio dormida y no tengo los reflejos activados.

Escribo con torpeza el nombre de Ryan, le doy al botón buscar. Mi móvil comienza a vibrar.

Me asusto, ¿por qué? No lo sé, pero el espasmo que siento hace que el móvil salga volando.

Me giro a buscarlo.

No puede ser, esto no me puede estar pasando. El teléfono ha terminado dentro de mi pecera. ¿Por qué hice caso a Raquel y me compré un pez en vez de un perro? Los peces dan mala suerte.

Voy hasta la pecera, saco el teléfono. Por favor, Dios, dime que no está muerto. Lo rescato de la pecera y me golpeo de nuevo el pie. Hoy no es mi día. Quizá, si me meto en la cama y

cierro los ojos, esto no habrá ocurrido nunca.

El móvil no se enciende, pero no pierdo las esperanzas. Voy hasta el cuarto de baño, evito mirarme al espejo y cojo el secador.

Saco la batería del teléfono e intento secar su interior. Sé que es una chorrada, pero he leído por Internet que funciona. Vuelvo a colocar la batería en su sitio y presiono el botón de encender.

Al parecer, el teléfono está reaccionando. Se enciende, sí. ¡Soy buena! La alegría me dura treinta segundos, que es lo que tarda en volver a morir el aparato.

Decido que ya lloraré después por mi móvil. Cojo las llaves y bajo los escalones. Esta vez decido hacerlo de uno en uno. Tengo prisa, pero sé que hoy es el día del mes que tengo dos pies izquierdos.

Me miro en el espejo que hay antes de salir de mi edificio. Mis ojos no brillan. Dios, quizás vuelva a ser una mujer que no está enamorada. Una soltera y virgen.

Aunque, tal vez, si lo he soñado todo, no soy virgen y sí que me acosté con aquel imbécil de la fiesta de fin de curso.

Camino a toda prisa. Tengo que hablar con Loli, ella sabrá decirme algo de mi estado sentimental. Estoy a punto de cruzar el paso de peatones cuando una voz masculina me habla.

—Disculpe, señorita.

Me giro y me encuentro con Mister Caletín. Quizá sea es una señal: si lo reconozco, es que no lo he soñado. Sonríe y bajo mi mirada hasta su supuesto paquete. Dejo de sonreír. Allí no hay ningún bulto. Una de dos, o ha gastado todos sus calcetines, o formaba parte de mi sueño.

—Señorita, sabe que tiene que esperar a que el semáforo esté en verde para pasar, ¿verdad? —El guardia tira del cinturón de sus pantalones hacia arriba.

Miro al suelo buscando el calcetín, quizás entre tanto movimiento de cadera lo haya perdido.

Asiento en su dirección.

Creo que estoy para que me encierren.

—Muy bien, tenga cuidado.

¿Se encuentra bien? Tiene mala cara.

Asiento de nuevo. Quizás haya perdido el habla. Tengo problemas serios para comunicarme, pero es normal. Creo que me he montado una vida superinteresante en sueños y ahora ya no está.

Cruzo la calle sintiéndome cada vez más confundida. Miro a la gente y solo veo parecidos razonables. Creo que mi mente no es lo bastante imaginativa y ha ido repitiendo personajes.

Si me paro a analizarlo todo, caigo en la cuenta de que el señor que me pidió matrimonio se parece al vagabundo del tic, y este se parece al tipo bigotudo del bar.

Giro la esquina, me quedan veinte metros y llegaré al bar. Y allí Loli me preparará una tila y me

explicará cómo está mi vida..., pero la trama se complica aún más. Cuando llego al bar, veo que la persiana está bajada y que hay un cartel en el que pone: SE TRASPASA.

El lugar donde se supone que trabajo se traspasa, y yo no tenía ni idea. Quiero llorar. ¿Cuál es mi vida real? Soy un fraude, un sueño. Seguramente, soy peluquera, como mi madre, y me he inventado una vida con todas las historietas que he escuchado.

Historias que me he apropiado.

Ya decía yo que soy demasiado rarita para que dos tíos buenos se peleen por mí. ¡Vamos! ¿Dónde se ha visto dos gemelos buenorros tan opuestos? Solo en mi mente.

—¡Dios! ¿Por qué? —grito desesperada, y doy un pisotón en el suelo.

—Mami, esa mujer habla sola.

Miro a la niña, que todavía me señala, mientras su madre la arrastra hacia otro lado. Estoy loca. Debo pedir hora para el psicólogo, esto no es normal. Vuelvo hasta mi edificio, que, gracias a Dios, sigue siendo el mismo que en mis sueños.

Me encuentro con una vecina en el rellano. Mi último cartucho.

—Señora Martina —la llamo, incómoda. Ya no sé si me estoy inventando su nombre.

Ella me sonríe. Bien. Algo que sé.

Trago saliva y no me dejo ilusionar por la sonrisa. A los enfermos mentales les suelen sonreír por lástima.

—Señora Martina —repito—, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Sí, dime cariño —contesta ella con tono amable.

Cariño? Mi subconsciente alza una ceja. ¿Desde cuándo tengo tanta confianza con ella? Lo sabe, sabe que estás enferma, o quizá sepa que tu vida como peluquera es un desastre.

—Verás —empiezo a decir mientras me retuerzo uno de mis dedos; me sudan las manos, bueno, creo que en este momento me sudan hasta las pestañas—, sé que esto que te voy a decir sonará muy extraño, pero ¿tengo novio? Para ser exactos, un chico alto, moreno, de ojos verdes y sonrisa de infarto.

Sonríe de forma falsa y pestañeo. Tengo que demostrar tranquilidad, una tranquilidad que no tengo. Ahora que describo a mi novio y de paso a mi cuñado, bueno, supuesto novio y supuesto cuñado, me doy cuenta de que doy pena. Nunca un chico de tales características estaría con alguien como yo.

Capítulo treinta

Acosadora

No ames a un hombre al que no admires, porque amor sin admiración es solo obsesión.

ANÓNIMO

—Sara, hay que ver qué cosas tienes —dice la señora Dawson inclinando la cabeza un poco hacia atrás y riendo refinadamente.

Qué cosas tengo no. «Dime si tengo novio, pija». ¿No ve que soy una mujer desesperada sin una vida a la que agarrarse? Sonríe para que no crea que tengo un brote psicótico. Siento que mi sonrisa es maligna, pero no puedo evitarlo. Quiero la información ya.

—Lo echas de menos, ¿no? Dos semanas son muchos días —dice sin dejar de sonreír, y gira la llave—. Que te sea leve, bonita.

La mujer desaparece de mi vista cuando entra en su casa. Analizo la frase detenidamente. Yo estoy echando de menos a Ryan, ¿no? ¡Bien!

—No estoy loca, no estoy loca —canturreo mientras muevo los brazos y el culo.

Me paro en seco, sigo teniendo un mal presentimiento. No es bueno celebrar algo de forma tan prematura. No quiero arrepentirme más tarde.

Pero ¿qué puede irme mal?

Subo las escaleras silbando y entro en mi casa. Voy hasta el teléfono fijo y allí, a su lado, encuentro una tarjeta de visita. Junto al nombre de Ryan Cooper, está su número de teléfono.

Marco el número de forma torpe. Al tercer intento, consigo marcar el número bien. Para ser una chica de complexión delgada tengo los dedos como morcillas.

—Hola, guapo —digo con el tono más sensual que puedo pronunciar.

—Hola, ¿nos conocemos? —me responde secamente.

Esa voz es de Ryan, la reconozco a la perfección. Bueno, perfección compartida con su hermano, pero la cuestión es que es Ryan, sin duda.

No entiendo por qué parece que él no me conozca. Quizás esté molesto conmigo, quizás sabe que me he acostado con su hermano y quiere olvidarme por completo. O quizás estoy obsesionada con él; le digo a todo el mundo que es mi novio, pero en realidad no lo es. Puede que sea una enferma, pero no. La vecina sabe que tengo novio y que lo echo de menos.

—Yo diría que sí —comento con un hilo de voz.

—¿Eres algún tipo de acosadora? —me pregunta, y al juzgar por su tono parece molesto con mi llamada.

Yo, Sara Ramírez, estoy obsesionada con Ryan Cooper. Me he creado un mundo paralelo al

normal, en el que he llegado a creer que es mi novio. Dios, es tan degradante. Me quedo callada sin saber qué decir.

Noto que mis labios tiemblan y que todo mi mundo se derrumba. ¿Por qué me ha vuelto la cordura? Quizás estaba mejor en mi submundo. ¿Qué le puedo decir? Soy una acosadora, sí, pero dame una oportunidad.

—Sara, cariño, esperaba que me siguieras el juego. Si no, es muy aburrido.

Mi corazón, que ha estado a punto de sufrir un ataque, se queda parado. Me quedo sin respiración.

—Estúpido —digo, y noto un nudo en mi garganta.

¿Voy a llorar? No, no puedo llorar. Me sorbo la nariz y respiro hondo. Tengo que estar feliz.

Tengo un novio, es guapo y perfecto. Tengo un cuñado, es guapo y folla bien. ¿Qué más puedo pedir? Sí, dejar de ser una presa débil y en celo constante, pero la vida es dura. ¿Cómo puedo despertarme con tal inseguridad? ¿Cuándo me quedé dormida?

—Oye, tú me has llamado acosador en muchas ocasiones. Acosador, bipolar y más adjetivos, y nunca me lo he tomado a mal. ¿Qué te pasa? ¿Estás con el periodo?

Al parecer, a mi faceta de Sara, la paranoica, no le gusta ese comentario. ¿Qué pasa? ¿Una mujer solo puede estar sensible si tiene el periodo? Pues no, hay más factores, como, por ejemplo, un exceso de hormonas.

—No tengo la regla —digo entre dientes—, he tenido mala noche. Eso es todo.

Ryan me tranquiliza con sus palabras. Me habla del tiempo, de cómo me echa de menos y de su artículo. Está ilusionado con él. Me siento horrible por no poder contarle mis dudas, por no decirle que he visto *Lost*, por no contarle que quedo con su hermano y que este, cuando quiere, es encantador... y que eso me asusta.

Cierro los ojos y absorbo sus cariñosas palabras. Me despido de él, he estado treinta y cinco minutos al teléfono. Tengo el brazo derecho bastante perjudicado.

Si hay algo que tengo claro, es que quiero a Ryan. Nunca he dudado del amor que siento por él, simplemente dudo de lo que puedo sentir por James. Lo dudo cuando lo tengo cerca, así que lo mejor será pedirle que se aleje de mí.

Sería lo más racional. Yo amo a Ryan, esté donde esté.

Sé que podría vivir sin sexo duro, pero no sin estar encima del pecho de Ryan mientras me acaricia el pelo.

Mientras me ama.

Suena el timbre de la puerta. Tomo un paquete de clínex por el camino y me limpio la nariz.

Abro la puerta sin mirar quién es. Algo que nunca se debe hacer, pero yo soy experta en meter la pata.

—Buenos días, preciosa. ¿Dónde tienes tu móvil? Te he estado llamando.

Y ahí, frente a mí, está mi peor vicio: James Cooper.

Había llegado el momento de ser clara. No puedo ni debo darle la oportunidad de seguir conociéndonos, pues eso solo empeoraría las cosas. Estaría dándole falsas esperanzas. Yo nunca dejaré de amar a Ryan.

Ya he tenido suficiente con los insultos que he recibido en mi sueño. No puedo seguir jugando con fuego, porque sé que terminaré quemándome.

—Hola, pasa —digo intentando no respirar. Es mejor que no huela su aroma cegador. Debe de tener una sustancia que hace que mis hormonas monten una fiesta.

Él sonríe y entra como si nada. Sus tejanos de corte bajo le quedan a la perfección. Su camiseta de color negro es, como habitualmente, ceñida. Trago saliva. Quizás este no sea el mejor lugar para romper. ¿Romper? Creo que ese no es el término más adecuado para lo que tenemos aquí.

No es mi novio. Tengo que espabilar y tomar las riendas de la situación. ¿Cuál es el mejor lugar para decirle a un dios griego que no quieres nada con él? No puedo obviar que es Jota, el triple C. Por lo tanto, si lo dejo, su parte creída puede que no se lo tome muy bien. Será mejor tratar el tema en un lugar íntimo, no necesito numeritos en público.

—Siéntate, por favor —digo con voz entrecortada—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, una cerveza estará bien —contesta él mientras toma asiento en el sofá de forma despreocupada.

Lo observo desde la cocina. Él no sabe lo que va a suceder. Es más, creo que quiere ver más capítulos de *Lost*. ¿Por qué Ryan no los quiere ver conmigo? Sacudo la cabeza y pienso en cómo decírselo.

Nunca he dejado a nadie, y nunca me han dejado a mí. Vamos, que mi primer novio es Ryan, pero no creo que sea tan difícil; Esther lo hace constantemente.

Quizá pueda llamarla y pedirle consejo.

Me aclaro la garganta cuando llego hasta el salón y le ofrezco la botella de cerveza. La toma con la mano y aprovecha el momento para rozarme la mía. Me busca la mirada, sé que él siente algo por mí, pero yo no puedo pararme a analizar qué puede significar esa corriente repentina.

—Voy al baño, ahora vengo.

Dejo a James con su cerveza, entro en mi habitación y cojo el teléfono inalámbrico. Me meto en el baño y marco el número de Esther, que sé gracias a mi memoria selectiva.

—Diga —contesta ella al segundo timbrazo.

—Esther —susurro yo para que Jota no me escuche.

—¿Qué pasa? —me responde también empleando un tono bajo.

Siempre nos pasa lo mismo. Cada vez que una de las dos habla flojo para no ser escuchada, la otra la imita. ¡Es tan absurdo! Resoplo, miro al pasillo y vuelvo a concentrarme en la conversación.

—Tú puedes hablar en tono normal —le recuerdo—, es a mí a quien no pueden escuchar.

—¿Por qué no te pueden escuchar?

—A lo que iba —digo ignorando su pregunta—: necesito unas clases rápidas de cómo dejar a alguien.

Escucho un grito al otro lado del teléfono. No puedo saber si es de emoción o de terror. Espero paciente a que Esther deje de hacer lo que quiera que esté haciendo. Muevo mi pie, inquieta; no quiero que James me pille con el teléfono en la mano.

—¿Vas a dejar a Ryan?

—¡No! —contesto con un tono demasiado elevado para mantener mi misión de camuflaje en el baño.

¿Se está alegrando de mi supuesta ruptura con Ryan? ¡Será fresca! La Barbie posturitas no se podía perder a ningún posible soltero.

—Sara, ¿estás bien? —me pregunta James desde el comedor.

¡Mierda, mierda, mierda! Pienso rápido qué decir. Tapo el teléfono para que Esther no escuche nada y asomo la cabeza al pasillo.

—Estoy bien, solo me he dado un golpe. Nada preocupante.

Cada vez miento mejor, me doy miedo.

—No lo entiendo, si no vas a dejar a Ryan, ¿a quién vas a dejar? —me pregunta Esther. Vaya con la rubia, si la escogí a ella para que me proporcionara información era por dos cosas. Una, obviamente, por su experiencia con los hombres y sus rupturas; y dos, porque es ligera de cascos. No esperaba que me pidiera explicaciones, solo quiero que me dé la información. ¿Tan difícil es?

—No es para mí, es para una amiga.

Lo sé, es la típica excusa, pero no doy para más. Estoy en un baño en uno de los días más traumáticos de mi vida. Necesito saber cómo dejar a un hombre para después intentarlo con un cretino reformado. ¡Qué estrés!

—¿Raquel va a dejar a alguien?

—No es Raquel. Es mi vecina, la señora Martina.

No quiero entrar en la discusión de por qué diablos cree que mis únicas amigas son ellas, que vale, que puede que lo sean, ellas dos y mi jefa Loli. Por cierto, ¿por qué se traspa el local donde trabajo?

—¿La del marido buenorro? —pregunta Esther bastante emocionada con el tema. ¿Es que no tiene límites? Me cambio el teléfono de mano.

—Esther, no tengo todo el día.

Después de diez minutos, salgo del baño con las ideas claras. Sé que lo primero que tengo que hacer es disculparme por la tardanza; le echaré la culpa a la descomposición.

Entro en el comedor y James me mira divertido.

—¿Has terminado con todo el papel? —me pregunta con una sonrisa—. Espero que no te importe, pero he cogido otra cerveza.

No hago ningún comentario. Estoy demasiado nerviosa. Me siento a su lado, incómoda. Sé que lo primero que tengo que hacer es entablar una conversación, no puedo soltar todo de forma brusca.

—¿Qué tal? —pregunto, sintiéndome estúpida. Tanta imaginación para montarme mundos paralelos, pero no soy capaz de entablar una conversación trivial.

—Bien, ¿y tú? ¿Problemas con el señor Roca?

Cruzo los brazos a la altura del pecho; los nervios me están matando. Niego con la cabeza en su dirección.

—Así no hay quien pueda tener una conversación contigo —me quejo.

—Ah, ¿quieres conversar conmigo? —dice dejando la cerveza en la mesa—. Soy un hombre de pocas palabras.

James alza las cejas y me mira con lujuria. Siempre igual, y lo peor es que mi cuerpo reacciona. Esther dijo que era fácil, pero lo dudo. Lo miro, ahí sonriéndome, y me siento mal. Creo que lo mejor es que lo haga rápido, no quiero que sufra mucho.

—He pensado que quizá será mejor que estemos un tiempo sin vernos —digo de sopetón pasándome los pasos por el forro. No puedo estar dando rodeos para decir algo. Eso es dar falsas esperanzas. Me da miedo mirarlo a los ojos, no quiero ver la decepción en ellos.

Me coloca un dedo debajo de la barbilla y tira de ella hacia arriba. Lo miro. Creo que voy a llorar.

—¿Y mi oportunidad? Dijiste que podría demostrarte que me importas.

Siento que mi corazón se parte en mil pedazos. Sus ojos están plagados de una emoción incontable. Puedo ver en ellos la esperanza. James, el hombre que tiene lo que quiere, está dolido. Lo peor es que no veo rencor en él, veo derrota y me duele.

—No sé si quiero que me demuestres nada. Quiero a tu hermano y creo que no sería justo querer a dos hombres. Es más, no creo que sea posible. Tu hermano no se merece esto. No, no se lo merece. Su hermano no se merece a alguien como yo, pero soy egoísta y lo quiero para mí.

James toma mis manos entre las suyas mientras agacha la cabeza.

—Lo entiendo —dice con un hilo de voz.

No puede llorar, él no puede llorar. Intento respirar lentamente, controlando así las enormes ganas de llorar que tengo. Intento forzar los músculos de mi cara con la intención de que estos contengan mis lágrimas.

—¿Puedo pedirte un último favor? —me dice con la mirada enfocada en nuestras manos.

Asiento con la esperanza de que no me pida nada que me comprometa. Él parece dudar de cómo

exponerme su demanda. Aprieta mis manos antes de hablar, puedo notar que llena sus pulmones de aire y me mira.

Lo miro a los ojos y siento pena, pero no aparto la mirada.

—Yo no he sentido nada igual por nadie, nunca. No he sido consciente de lo que sentía por ti y no sé si algún día lo volveré a sentir por nadie.

—¡No exageres! —le digo.

No puedo creerme sus palabras. No. ¿Yo? Yo no tengo nada de especial..., y él es James Cooper. Una leyenda entre las mujeres. No puede estar diciendo esto. No va con él.

—Sara, me conoces. Yo no soy así, me has amariconado —dice con una risa nerviosa. Su dedo índice dibuja círculos en la palma de mi mano—. Yo nunca he hecho el amor. No he creído en eso, ya sabes..., y..., joder, nunca pensé que hablaría así del tema. Para mí solo era sexo y diversión. Sé que lo que te voy a pedir es muy fuerte y que no me lo merezco, pero... ¿podríamos despedirnos bien? Solo una vez. Amor, no sexo. ¿Qué me dices?

Capítulo treinta y uno

Amor, no sexo

El amor es como los fantasmas, todo el mundo habla de él pero pocos lo han visto.

ANÓNIMO

Amor, no sexo.

¿Qué le digo?

Cuando pienso en el amor, en mi mente aparece la imagen de Ryan, pero siento la extraña responsabilidad de amar a James, aunque solo sea una vez. Sé que está mal, sé que lo más coherente sería pedirle que se vaya, pero no puedo.

Noto que las lágrimas caen por mi cara, como mi cuerpo se contrae, como todo mi ser necesita consolarlo.

Sus ojos me están mirando, implorando una oportunidad, pero siento que este acto es cruel. Ryan no se merece esto. ¿Qué diablos puedo hacer?

—Solo será una despedida —dice James. Y sé que lo está diciendo para los dos, que se está autoconvenciendo de sus palabras, que le está resultando duro. Y, por un momento, creo en él.

Lo miro y sé que no está jugándomela de nuevo. Él nunca ha hecho el amor, tal y como yo nunca había tenido sexo. Quizás esté escrito en el destino que los dos nos enseñemos el arte de la cama. Los dos lados de la misma moneda.

Quizá nunca estaremos juntos, pero tenemos la obligación de enseñarnos el mundo. Ver lo que ambos nos estamos perdiendo, y después, cuando ambos tengamos toda la información, podremos decidir qué es lo que necesitamos para seguir con nuestras vidas.

Sus labios están bebiéndose mis lágrimas, cierro los ojos mientras lleno mis pulmones de aire.

Lo voy a hacer. Solo será una noche, una despedida, y después los dos nos separaremos para siempre. Tendremos que poner distancia para poder superar esto. Lo haremos y encontraremos la felicidad.

Miro a James a los ojos, todavía tengo lágrimas saliendo de los míos, pero sonrío. Él se humedece los labios y me abraza, pegándose a su pecho. Me besa en la frente. Poco a poco, sus labios van abriéndose paso por mi cara hasta llegar a mi boca.

Puedo saborear nuestras lágrimas saladas. Paso mis pulgares por sus pómulos, no quiero que lllore, me duele. Duele tanto que me cuesta respirar.

—No llores, por favor —le ruego sintiéndome un monstruo.

—Yo nunca antes he amado a alguien, y creo... —me dice mientras tira mi pelo hacia atrás—.

¡Qué narices! Sé que te quiero. Lo sé porque te necesito, lo sé porque solo quiero lo mejor para ti, y si lo mejor para ti es estar con mi hermano, adelante. Yo no haré nada que te haga sufrir, pero solo te pido que me ames una sola vez. Vamos a olvidarnos del mundo durante unas horas... Luego... despertaremos.

Cierro los ojos absorbiendo sus palabras. Me quiere, no entiendo por qué, sinceramente no creo que me lo merezca, pero no voy a pararme a analizar nada. Voy a crear una burbuja, una donde nada más exista, una burbuja donde encerrarnos por una noche. Más tarde ya acarrearé con las consecuencias.

Tomo su cabeza con ambas manos y lo beso, un beso lento y cargado de amor. Lo freno, dejo que los dos disfrutemos del momento, sin prisas y sin necesidad de ir a lo rudo. Gime en mi boca cuando me siento encima de él; coloca sus manos en mis lumbares; dejo que mi boca vaya a su cuello. Le lamo un camino desde la oreja hasta la clavícula y después dejo que mi cálido aliento lo siga.

Él me desviste, poco a poco, y yo lo imito. Me deshago de su camiseta negra, que tan bien le queda, miro su pecho, repaso sus músculos.

—Te necesito, te necesito —me susurra mientras sus manos acarician delicadamente mis pechos.

Arqueo la espalda, fruto del placer que estoy sintiendo. Noto la humedad de su boca en mis pezones, cierro los ojos.

Él es bueno en la cama, es algo que yo ya sabía, pero nunca lo imaginé tocándome con tanta delicadeza. Pasea las manos por mi cuerpo con lo que parece miedo a romperme.

—Mírame —me pide, pero yo no tengo fuerza para abrir los ojos—. Mírame —vuelve a pedirme, y esta vez sucumbo a sus ruegos.

Abro los ojos y enfoco mi mirada en la suya. Sus ojos están brillando, inundados de amor y devoción.

Él toma mi pezón sin dejar de mirarme a los ojos. Esa imagen me resulta supererótica. Mi sexo se prende en llamas.

Me lanzo a su boca, lo beso con una necesidad que parece no tener fin. Tomo su pelo con fuerza y lo pego más a mí. Yo también necesito esto, no me puedo engañar. Siento como mi sexo se contrae, lo quiere dentro, lo necesita dentro.

Nuestras lenguas se enlazan en lo que parece un combate a muerte. Me entretengo con su labio inferior, absorbiéndolo, mordiéndolo.

Quema, arde mi interior.

—Tranquila, tranquila —me dice él entre jadeos—. Quiero amarte, no follarte.

Me paro para observarlo. James me acaricia la cara. ¿Cuál es la puñetera diferencia entre hacer el amor y el sexo?

Solo está en la mente. Puedes hacer el amor de mil formas. No hay un manual que estipule dónde están los límites. La única diferencia son los sentimientos. Puedes tener sexo con un desconocido y disfrutar del placer que te proporciona.

¿Qué más da si lo haces más despacio o más deprisa? ¿Más duro o más blando?

Miro a James y sé que le quiero. No sé por qué, quizá por todo o por nada. Y si esta noche nos acostamos, estaremos haciendo el amor.

—Te quiero, James —le digo sin ningún tapujo, mirándolo a los ojos.

Él se queda parado, sus ojos abiertos al máximo. Noto bajo mi mano como su corazón bombea con potencia.

—Te quiero —repito mientras me inclino hasta su boca—. Te quiero —le digo susurrándole.

Lo beso, primero despacio, pero no me contengo. Ya lo he hecho suficiente. Lo tomo del pelo de nuevo y lo pego más a mí.

—Creo que el amor es esto, James. Lo que estás sintiendo, lo que estoy sintiendo. No puedo enseñarte cómo se hace el amor en la cama, de eso ya sabes de sobra. Lo único que cambia es que te dejas guiar por lo que sientes.

—Te quiero, Sara.

Me pone las manos en el pecho y lo empuja; no puedo evitar soltar un gritito al caerme hacia atrás. Noto el sofá en mi espalda. Su boca explora mi cuerpo haciendo que un terrible cosquilleo arrase con todo él.

Me carga en sus brazos y me lleva hasta mi habitación. No puedo evitar reír mirando como arquea la ceja. Sé que ese gesto promete buen sexo, es *made in Cooper*.

Me deja en la cama, donde reboto soltando una pequeña risita. Se coloca encima de mí y me mira con devoción.

Su lengua atrapa un pezón, mientras su mano abre mis piernas.

—Me gustas, nena. Quiero que te quede bien claro.

Su boca toma mi cuerpo, camina por él como si este fuera de su propiedad. Marcándolo a su paso. Llega hasta mis muslos, me tenso. ¿Qué va a hacer?

—Quiero todo de ti. He comprendido que, cuando quieres a alguien, tienes la extraña necesidad de que sea feliz. Por encima de cualquier cosa. Este —dice, y acaricia mi sexo con la punta de su dedo— forma parte de ti y también quiero, necesito, que sea feliz.

No me da tiempo a negarme; su lengua ya está en mi sexo. No, no puedo dejar que haga eso. ¡Madre del amor hermoso! Su lengua está dibujando círculos por mi sexo, haciendo que este palpite de la emoción.

Coloco mis manos en su cabeza, no sé qué hacer.

Tiro mi cabeza para atrás. Siento mucho placer. Clavo sus dedos en mis caderas mientras su lengua atormenta mi sexo. Mis entrañas arden, está abrasándome por completo.

Sé que me voy a ir, y no sé si quiero que él esté ahí. ¡Esto es tan íntimo! ¿Estará él bien con esto?

—James —le llamo, y me doy cuenta de que mi voz suena ronca.

Él me ignora y aumenta la velocidad de sus húmedas caricias.

Echo hacia detrás mi cabeza y emito un gemido alto y claro. Noto que la lava que produce mi cuerpo se está derramando. James está bebiendo de ella.

Cuando parece terminar su postre, trepa hasta mi boca y me besa. Su lengua sabe a mí, pero no me incomoda.

—Te amo, Sara, gracias por regalarme tu orgasmo.

¿Cómo? ¿Él me está dando las gracias a mí? Esto no puede ser cierto. Lo empujo, pero su cuerpo es demasiado fuerte y parece no inmutarse.

—¿Puedes hacer como que te caes en la cama, por favor?

Su risa resuena antes de caer a mi lado en la cama. Así está mucho mejor. Me pongo encima de él y atrapo uno de sus pezones con mi boca. Juego con él y voy bajando por su pecho hasta llegar a su sexo.

Lo tomo con mi mano y lo lamo. Despacio y por completo. Yo también sé jugar, o al menos eso espero. Juego con él y, por sus gemidos, creo que lo estoy haciendo bien.

Lamo y chupo como si de un caramelo se tratase. James coge mi cabeza y tira de mí para arriba.

No, ¿por qué? No he terminado. Niego con la cabeza y continúo lamiendo.

—Cariño, si sigues así, me correré.

—Esa es la intención —contesto, y vuelvo a la carga con mi lengua.

—No, no —dice él entre risas—. La cosa es hacer el amor.

—Te lo estoy haciendo con la lengua.

Ambos nos miramos a los ojos y reímos. James insiste en que pare de jugar con su sexo y tira de mí, colocándome a horcajadas encima de él.

Sus manos toman mis caderas, las colocan y entra en mí. Tiro mi cabeza hacia atrás al sentirlo duro y completo dentro de mí.

Siento como la fricción entre nuestros cuerpos es más placentera de lo que recordaba. Toma mis pechos y yo me muevo. Nos miramos a los ojos. Él me recuerda lo que me ama,

lo que me necesita, pero no lo hacemos despacio. No, yo me muevo deprisa, y él gime de placer.

Sus gemidos son alentadores, hacen que yo me mueva más y más, que sienta que voy a tocar el cielo con la lengua, porque mis dedos están en su boca, y me los lame uno a uno.

—¿Me sientes dentro de ti? —me pregunta sonriéndome, sonrisa que hace que mi corazón duela.

Asiento.

Estamos haciendo el amor, el amor con mayúsculas. Los dos estamos dando todo de nosotros mismos. Llegamos al orgasmo a la vez, algo que creo que es una conexión única.

Caigo y me quedo apoyada en su pecho. Él juega con mi pelo. El silencio se apodera de la habitación. Ambos sabemos lo que sentimos; nuestros corazones se están comunicando con sus persistentes latidos, pero el destino no está de nuestro lado.

Yo conocí primero a Ryan Cooper y me enamoré ciegamente de él. James estaba allí, pero su parte cretina brillaba en su máximo esplendor.

Sé que este adiós será el más difícil de toda mi vida. Decido que hacerme la dormida será lo más apropiado. No me siento con fuerzas de decir nada, voy a llorar.

Descanso en su pecho y cierro los ojos. No puedo dormir, tengo demasiadas cosas en que pensar. Siento que James se levanta, que se sienta en la cama. Sé que está cogiéndose la cabeza con las manos. Puedo imaginármelo.

Noto su mirada en mí y lucho por no llorar. Ahora no debo hacerlo, lo haré cuando se vaya.

Me besa en la mejilla. Tiene la cara húmeda, imagino que por las lágrimas que está derramando. Soy un ser horrible. Quiero llorar y lo haré. No merezco nada el amor de ninguno de estos dos hombres.

Oigo la puerta cerrarse.

Me tapo la cabeza con la almohada y dejo que las lágrimas salgan. Me arde el pecho, lloro como cuando era pequeña. No controlo mi respiración. Siento rabia e impotencia.

Golpeo la almohada.

¿Qué voy a hacer con mi vida?

Quiero a dos hombres, pero creo que lo correcto es querer a Ryan. Él no se merece nada de esto, él es una persona buena y honrada. No ha hecho nada malo, pero James es tan James.

Lloro, y sé que llorando no voy a solucionar nada, pero no lo puedo evitar.

Mi mundo se derrumba, pero soy egoísta. Y sé que no seré capaz de hablar con Ryan y decirle qué ha pasado.

Soy una puñetera cobarde.

Capítulo treinta y dos

Separación

Tú nunca estás solo, siempre te va a acompañar la soledad.

ANÓNIMO

Me escuecen los ojos. Creo que no me quedan más lágrimas, pero las ganas de llorar ahí siguen. No sé nada de James. Y lo más sensato es no llamarlo más. Sé que tengo que dejarlo ir, pero me duele soltar las riendas. Nunca imaginé que James tendría corazón. Pensé que tenía un músculo que le bombeaba en el pecho; es más que obvio, sino no se le pondría el pene tan erecto; sin embargo, nunca pensé que sería capaz de querer a alguien y, mucho menos, que ese alguien fuera yo.

Me duele el pecho. Sé que el corazón no puede doler, pero la sensación de vacío me está rompiendo el alma.

Ryan me escribe y yo contesto. Intento que no me note que estoy muerta por dentro. Sé que va a ser difícil, pero he decidido que no quiero dejar escapar. He meditado si contárselo o no. Incluso he escrito una carta para pedirle mil veces perdón, pero no sé si podré entregársela. Él no se lo espera, sé que esto le haría mucho daño y no quiero hacérselo.

Quizás esa frase que tantas veces he odiado es la apropiada: ojos que no ven, corazón que no siente.

Ya es suficiente con que mi corazón esté marcado de por vida. Quiero a Ryan y evitaré hacerle daño. Si, lo sé, soy una zorra sin escrúpulos, o eso aparento ser, pero nunca fue mi intención hacerle daño.

El teléfono suena y doy un respingo en el sofá. Estiro la mano y lo tomo, pero no descuelgo.

No sé quién es, no reconozco el número. ¿Y si es James? ¿Qué le voy a decir? Lo echo de menos, estos días a su lado han sido maravillosos. Añoro ver series con él, jugar al billar, verlo sonreír, ser yo.

Respiro hondo y descuelgo.

—¿Diga? —digo con la voz rota.

—¿Se puede saber dónde te metes, jovencita? —me regaña Loli—. Llevo días llamándote al teléfono móvil, menos mal que he encontrado este número también.

Recuerdo el momento en el que mi teléfono hizo una inmersión en mi pecera. Por cierto, ¿mi pez sigue vivo? Después lo comprobaré.

—Perdí el móvil —miento de nuevo, últimamente lo hago mucho, pero no tengo ganas de explicar por qué mi móvil terminó dentro de la pecera—. Fui a tu cafetería y la vi cerrada.

¿Qué pasa, Loli?

Tampoco le cuento que eso me creó un trauma. Y pensar que, por unos minutos, eternos, pensé que era peluquera con mi madre. ¡Mi madre no vive en esta ciudad! ¿En qué estaba pensando?

—Por eso te llamaba. Mi madre ha sufrido un infarto, ha sido algo inesperado, hemos tenido que viajar hasta Sevilla. Mi padre no se vale por sí mismo y debemos encargarnos de él. Decidimos traspasar el bar, no tenía otra opción. Lo siento por tu empleo. He hablado con la mujer de la frutería, quizás ella pueda contratarte.

En este preciso momento, no pienso en si necesito trabajar o no. Siento mucho lo que les está pasando a los padres de Loli, pero mis problemas me tienen absorta. Me pego un capón mental y reacciono. Tengo que hablar, es lo que la gente hace cuando alguien le cuenta algo.

—Lo siento, lo primero es la familia. Espero que tu madre se recupere, no te preocupes por mí. Como estoy sensible, estoy llorando y se nota en mi voz. Me sorbo la nariz, espero que Loli y su reciente adquirida sordera no aprecien mi estado.

—¿Estás llorando? Mi madre se pondrá bien, no te preocupes, chiquilla.

—Tranquila, estoy algo sensible. Ya sabes, el periodo.

Odio utilizar esa arma machista, pero me ha salido solo. No quiero dar explicaciones de mi tristeza. Cojo otro pañuelo, me sueno la nariz y dejo de llorar. Cuando cuelgue, ya tendré tiempo para hundirme en mi miseria. Debo recuperarme, quedan solo cinco días para que vuelva Ryan.

—Por cierto, ¿te has enterado de si la señora María sigue con su marido? Me han dicho que la han visto de la mano del señor aquel alto que saca al perro aquel tan bonito de manchas negras.

No me lo puedo creer. Esta mujer, ni estando su madre enferma, ni estando lejos, deja de meter las narices en los asuntos de los demás.

Niego con la cabeza y me despido de ella.

La voy a echar de menos. Ahora estoy sola, con el corazón roto y sin trabajo. ¿Algo más? Si Dios me está castigando, se está luciendo. Sé que es por mi culpa, volví a caer en la tentación, pero ¿qué quiere? Que no haga hombres tan guapos e irresistibles.

Es un poco complicado tener que buscar otro lugar donde desayunar. He pasado tantos momentos en la cafetería de Loli. Allí he estado trabajando cerca de tres años. Ella es como una madre para mí, la echaré tanto de menos.

Remuevo el café con lentitud. Me gusta ver cómo la espuma va girando a mi merced. Me quedo mirando a la camarera. Me recuerda a mí en los inicios: torpe pero educada. Su pelo está recogido en una coleta, pero tiene mechones sueltos. Saluda a todos con una sonrisa, pero es falsa. ¡Se ve a la legua!

Tiene dos mesas sin atender. En una de ellas está el típico hombre quejica. Pobre, lo cierto es que la compadezco. Todos los inicios son malos.

—Hola, nena.

Alzo la mirada, allí está mi guapo novio. Moreno, ojos verdes, cuerpo de infarto y sonrisa traviesa. Me quedo mirando su ropa. Camiseta blanca algo ajustada, no tanto como a mí me gustaría, pero tengo una gran imaginación. Los pantalones de color marrón caqui le quedan bien, dejan ver que tiene un buen culo. Las botas por encima de los pantalones, bien, así me gusta.

Después de admirar su cuerpo, lo miro a los ojos.

—Te advierto que hoy no tengo ganas de jugar —digo seria sacando la cuchara de la taza.

Bebo un sorbo de café y maldigo en voz baja. ¡Está ardiendo! La camarera podría haberme avisado. Intento mantener la calma, no la insultaré.

Miro como mi chico se sienta y me observa con las cejas levantadas. Su frente perfecta se arruga, sé que me está analizando. Me recoloco en la silla, quizá le he hablado mal.

—¿Qué pasa? —me pregunta todavía analizándome.

—He perdido el empleo, no tengo ganas de jugar. Esto ya ha terminado, llevamos demasiado tiempo. Además, casi cojo una depresión. ¡Terminaré loca!

Su risa fresca hace que las mariposas de mi estómago aleteen. Me toma de la mano, se la lleva a la boca y la besa. Alza la mano y le pide cortésmente otro café a la camarera, puedo ver cómo ella lo mira con interés.

Es mío, muchacha.

Lo miro de nuevo a él. Doy gracias a Dios por tenerlo en mi vida.

—Tengo que decir que me estaba divirtiendo con esto de ser dos personajes. El bueno y el malo. Lamento el numerito de que James se volviera bueno, pero no soportaba que nos quedáramos solo con el amor, lento y aburrido. Sabes que prefiero darte duro, cariño.

Mis mejillas se sonrojan. Sé que le gusta darme duro. Lo sé bien.

Daniel me da un beso en la boca, noto su sonrisa traviesa mientras me besa. Este hombre me vuelve loca. Sabe lo que quiero y lo que no. Él es todo, es James y es Ryan. Lo es todo para mí.

Le sonrío en respuesta. A mí también me gusta que me dé duro. Nos encanta ponernos personajes. La rutina en una pareja es una muerte asegurada. ¿Por qué tengo que engañar a mi pareja si lo tiene todo? Simplemente jugamos, jugamos a ser otros. Dos gemelos para mí sola. ¿Qué más puedo pedir?

Ha sido divertido, pero ahora no estoy de humor. Quizá retome la historia más adelante. —Ya sabía yo que las mujeres mucho decís, pero os gustan los malotes. El bueno para que os abra la puerta; y el malo para la cama. ¿Me equivoco?

Miro a Daniel sin saber qué decir. Quizás en esa parte tiene razón, pero Sara habría escogido a Ryan. Él tiene todo lo que ella necesita para vivir. Un trabajo estable, amor y respeto. Sería un gran marido, un gran padre.

En cambio, James era solo un cuerpo que se sabía mover bien. Bueno, esa era la base inicial del juego, pero entonces James ganó puntos. Resultó que James tenía un corazoncito adorable. Folla

bien y te quiere. ¿Dónde hay que firmar?

¿Con quién debería quedarse Sara? ¡Qué más da! No tengo más ganas de pensar.

El ruido del despertador es odioso. Saco la mano de la cama y lo paro. ¿Qué diablos estaba soñando? Me voy a volver completamente loca. Mi mente, desesperada, formula la solución perfecta para mí. Ni uno ni otro, un *mix*.

Daniel, ¿por qué no existes? Así yo no sería una bruja. No habría engañado a mi novio. El bueno y amable. No estoy de acuerdo con lo que he soñado, las mujeres no nos cansamos de lo bueno, ¿verdad?

No tengo que dudar de con quién quedarme, es mucho más fácil para todos si todo continúa tal y como está. Olvidaremos lo sucedido. James conocerá a otra chica, otra que le hará feliz.

Siento un dolor en el pecho de solo pensarlo, pero es lo mejor. Él tiene que rehacer su vida, no puede estar siempre en la sombra esperando un momento mío de debilidad.

Ya queda un día menos para que vuelva Ryan. Un día menos para el esperado reencuentro.

¿Podré sobrellevarlo?

Me miro las uñas, me las he mordido enteras. No me entra nada de comida, solo quiero estar tumbada en la cama sin hacer nada. Debo ir a clase, tengo un examen en el cual solo pondré mi nombre.

No he estudiado, ¿cómo iba a hacerlo?

Me siento mal conmigo misma, estoy decepcionada con mis reacciones y mis debilidades.

James no me llama, no sé si está bien. Estoy preocupada, pero no puedo llamarlo. No debo hacerlo.

Me meto en la ducha arrastrando los pies. El agua caliente cae sobre mi piel, me enjabono y me froto con fuerza. Quiero dejar de sentirme sucia, pero este jabón no sirve para nada.

Quizá deba ir a la iglesia y confesarme. Rezar para que, algún día, Dios me perdone por todo lo malo que he hecho. Le contaré todo. Desde mis pensamientos impuros, cuando pensé en montármelo con los dos. El día que mentí y chantajeé a James. El día que hice el amor con Ryan sin estar casados. Después está cuando follé con James. Dos veces. Cuando mentí a Ryan, cuando besé a James. He mentido, he engañado, pero, gracias a Dios, no he matado a nadie.

Soy un zombi. Paseo por la calle dejándome llevar por la inercia. Llego al examen, coloco el nombre arriba y leo las preguntas. Sigo leyendo, pero no estoy comprendiendo nada. Mi mente no se concentra, no hace más que dar tumbos entre la nada.

Salgo del examen sabiendo que he suspendido. Camino sin rumbo y llego a un lugar que me es conocido. Entro en una panadería y pido dos chocolates calientes para llevar. Salgo fuera y, dos calles más para abajo, lo veo. Ahí está el señor vagabundo, ese que un día me aterrorizó.

Voy hasta él y me siento a su lado. Me mira extrañado mientras asiento. Su cara parece tener algún

tipo de parálisis parcial. Siento lástima por él. El pobre está siempre solo en la calle, sin nadie a quién hacer compañía.

Continúa mirándome de reojo mientras asiente una y otra vez. Le ofrezco el chocolate caliente. Él lo mira, duda, pero termina aceptándolo. Al principio, se lo toma con ansias, pero, a medida que va bebiendo, se va calmando. Puedo ver como algo se remueve entre sus mantas.

Veo que un perro asoma la cabeza. Parece mayor, pero es de tamaño mediano. Me olisquea, debía de estar durmiendo la siesta. Lo extraño es que no se despertara cuando llegué.

—Está sordo —balbucea el hombre.

Asiento en su dirección. Rebusco en mi bolsillo y encuentro un paquete de galletas. Es el típico que te ponen con el café. Lo abro y se lo ofrezco al perro, que primero las olisquea y después se las come con las mismas ansias que su dueño.

—Lamento haberme ido el otro día a toda prisa, no me había percatado de su pequeño problema y me asusté.

Necesitaba excusarme, no sé por qué. El vagabundo asiente, pero veo que mueve los labios.

Quiere decirme algo.

—No tengo problema —consigue decirme.

Asiento en su dirección. Quizá no es consciente de su tic o tal vez no lo considera un problema. No lo sé, pero voy a hacerle compañía y, por qué no, me voy a desahogar con él.

—Pues yo sí que lo tengo, y uno bien grande.

El hombre (no sé cómo se llama) me mira de reojo mientras acaricia a su perro, que ya ha terminado con las dos galletas. No sé si eso significa que puedo contarle lo que me pasa o que es mejor que me calle, pero yo se lo voy a contar.

Miro mi vaso, que todavía está medio lleno y se lo ofrezco al perro. Quizás a él le siente mejor que a mí

—Verás, tengo novio, es un gran tipo y lo quiero.

No sé por qué le estoy contando esto, pero no puedo callarme. Necesito explicárselo a alguien. No puedo decírselo a mis amigas, porque sé que a la larga eso me acarrearía problemas.

El hombre sigue con sus asentimientos, pero continúa mirándome de vez en cuando, por lo que sigo hablando.

—El problema es su hermano. Son gemelos, ¿sabes? Un día se hizo pasar por él y...

Me callo un momento. ¿Qué le voy a decir? ¿Que me folló y convertí en ninfómana? No, no puedo decirle eso. Mi pie derecho se mueve inquieto. Tengo que soltarlo, seguro que después me sentiré mucho mejor.

—Bueno, nos acostamos. Yo no sabía que era él. Sí, ya sé que debería saberlo, pero yo no lo sabía, estaba demasiado concentrada en lo bien que me lo estaba pasando. —Tengo las

mejillas rojas. Tomo aire y continúo—: Pero ese no es el problema, es que después, no sé si fruto del calentón o qué, volví a hacerlo con él, esta vez sabiendo lo que hacía.

El hombre asiente y me mira de forma extraña. No sé si me está juzgando. Tal vez le esté entreteniéndome la tarde, no lo sé. La verdad es que, una vez contado todo, parece más fuerte.

Las verdades dichas son todavía más verdad.

—Lo he pasado mal, porque yo quiero a mi novio, y le juro que he intentado mantener alejado a mi cuñado, pero él es un hombre persistente. Yo sé que el amor puede con todo y que el sexo no es la solución, lo sé, pero el otro día mi cuñado me dijo que me quería. ¿Sabe lo que es eso?

El hombre asiente.

—Y yo creo que también le quiero, pero no se puede querer a dos personas a la vez. No es ético. No es normal y tampoco es bueno para la salud. Estaba totalmente convencida de dejarlo, es más, lo dejé, pero él me pidió que hiciéramos el amor una última vez. Él nunca había amado a nadie y yo me sentía responsable por todo, así que lo hice.

¡Dios! Va a creer que soy una mujer fácil. No puede pensar que soy una prostituta porque no he cobrado por sexo en la vida, pero, vamos, que tengo delito.

—¿Cree que soy una zorra? —pregunto ya desesperada por la culpa.

El hombre asiente. Cierro los ojos y espero. Sé que es fruto de su tic, que quizás me habla y me da su opinión.

El perro ha terminado el chocolate, me mira moviendo la cola y vuelve a su posición inicial entre las mantas.

—Yo no creo nada —dice el hombre con gran esfuerzo.

—La cosa es que ahora vuelve mi novio y no sé qué hacer. Una parte de mí quiere contarle todo, ser sincera con él, pero no quiero perderlo. Le quiero mucho. Y otra parte de mí siente pena por James, creo que también lo quiero, pero sé que no es posible.

El hombre gira la cabeza y me mira. Su mirada está vacía, no hay dolor ni pena, algo que hace que me estremezca.

Sus manos tiemblan y su cabeza sigue asintiendo de vez en cuando.

—Yo te diré que no quieres estar sola como yo. No cuentes nada, yo lo conté y estoy solo, y solo moriré.

Una lágrima rueda por mi mejilla. Siento pena por este señor, que está solo y enfermo en la calle. ¿Qué habrá hecho para merecerse esto? Siento pánico. Tengo miedo a la soledad, siempre lo he tenido.

Miro a los lados y hago lo que nunca nadie en su sano juicio debe hacer. Abrazo a un desconocido. Abrazo a aquel hombre y espero que no crea que soy una chica fácil porque me he acostado con los dos hermanos.

Él se deja abrazar, pero no hace nada por devolverme el gesto. No sé qué puedo hacer por él. Sé

que no puedo ser una hermana de la caridad y dejarle vivir en mi casa, no deja de ser un extraño. Me levanto del suelo. Voy a comprar algo más de comida y se la ofrezco. Me parece ver en su mirada un lejano brillo.

Me siento mejor después de haberlo contado todo.

Seguiré con Ryan y dejaré que James continúe con su vida. No me gustaría que ninguno de los tres se quedara solo. Tendré que superarlo, olvidar a James, aunque me duela.

Capítulo treinta y tres

Reencuentro

El día que más lo quise, me dejó.

ANÓNIMO

Faltan dos días para que llegue Ryan, cuarenta y ocho eternas horas. Estoy en casa dejando que los días pasen. Siento que mi vida vuelve a tener algo más de sentido. Le he enviado un mensaje de texto a James. Le he dicho que le deseo lo mejor, de corazón. Espero que le siente bien y que sea feliz.

Suena el timbre de la puerta. No sé quién será, no espero a nadie. Quizá mis amigas vuelven al ataque y quieren sacarme de casa. Me cabré mucho con ellas por su encerrona con James. Aquello no estuvo bien y ellas son conscientes de ello.

Abro la puerta sin mirar, es un mal hábito que debo mejorar.

Y allí me encuentro a un Cooper.

Mierda.

¿Quién de los dos es? Siento los sudores por mi espalda y creo que mis labios están temblando.

—¿Así saludas a tu novio después de dos semanas?

Me quedo paralizada. No sé si es James siendo cruel y despiadado, o si es Ryan, que ha adelantado su vuelta.

James ha cambiado, no me haría esto.

Me tiro a sus brazos. Ryan está aquí, no me lo puedo creer.

—¿Cómo es que has vuelto tan pronto? Yo quería ir a buscarte. ¡Dios! Mira qué pintas tengo. Su risa fresca me acaricia. Entramos en casa, todavía abrazados. Está aquí, no me lo puedo creer.

Su cuerpo me inspira paz. Lo beso por toda la cara y termino en su boca. Entrelazo mis brazos detrás de su cuello.

—Estás preciosa —me dice él.

Se quita la chaqueta y la deja en la silla. Se afloja la corbata y me mira sonriendo. ¡Es tan guapo! No puedo soportar estar despegada de él. Lo abrazo de nuevo y vuelvo al ataque con mis besos.

—Te he echado tanto de menos —le digo, y es cierto.

Él no me contesta, solo me mira y puedo ver lujuria en su mirada. Le quito la camisa y él se deja hacer. Es Ryan, no hay duda. Así que mi querido Ryan tiene ganas de hacerme el amor.

Su respiración es agitada, lo tomo de la cabeza y lo beso con algo más de pasión. Mi sexo se prepara para la acción. Sus manos se deshacen de mi ropa. Los dos estamos desnudos y

necesitados.

Ryan me da un empujón y caigo a la cama. Me sorprende su actitud, él siempre ha sido delicado. Quizás el estar dos semanas sin hacerlo ha despertado su lado más salvaje.

Su boca baja hasta mi pecho y sus dientes atrapan mi pezón.

—¡Dios! —grito al notar el dolor mezclado con el placer.

Sus manos me toman de las caderas y me bajan. Estoy debajo de él, su mirada me busca y puedo notar el fuego en ella. Muevo las caderas invitándole a entrar en mí. ¡A la mierda los preliminares! Lo quiero dentro de mí, y lo quiero ahora.

Él niega con la cabeza, su mano masajea mi nalga y después me da un pequeño azote que no espero.

Lo miro extrañada, mi corazón cabalga a toda velocidad en mi pecho. Mi respiración es agitada.

Él también me mira, está sonriendo lascivamente.

—¿Te gusta, Sara? —me pregunta con tono travieso.

Asiento en respuesta. Me gusta innovar, lo he descubierto de la forma más difícil, pero lo sé. Y es maravilloso que Ryan también quiera probar cosas nuevas.

Sus caderas bajan, pasea su sexo por mi entrada, pero no penetra. Juega con su miembro, lo acaricia e incluso me azota con él.

—Eso está bien, cariño. Vamos a hacer que disfrutes.

Parece poseído por la rudeza de James, pero es Ryan, ya me he cerciorado. Miro su cuerpo y lo deseo. Quiero que entre dentro de mí, necesito que lo haga. Quiero sentirlo más allá del placer. Quiero ver que volvemos a ser uno, que todo está bien.

Él mantiene su peso en sus brazos y menea sus caderas provocándome placer, pero no termina de entrar.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta.

Se ha dado cuenta de que no quito la mirada de su sexo. Está duro y venoso, preparado para entrar. Quizás haya enloquecido, pero parece hasta más grande.

Asiento, noto que mi garganta está seca. Él sonrío, quiero tocarlo, pero no me deja. Coge su sexo con una mano y se acaricia mientras me mira. Esta imagen es completamente excitante.

Su mano sube y baja, y yo lo único que puedo hacer es perseguirla con mi mirada. Su cara, sus gestos, todo está cargado de sensualidad y deseo. Me excita su expresión, ver cómo me mira.

—Date la vuelta —me exige.

Le hago caso, pero siento algo de temor. No sé qué ha pasado, por qué ha cambiado.

Además, nunca lo he hecho por detrás, y no sé si estoy preparada para ello.

Me coloco boca abajo y espero su reacción. Mi respiración continúa con sus altibajos. Mi pecho arde tal y como lo hace todo mi cuerpo.

Se coloca encima de mí, noto su peso en mi espalda, su boca está jugando con mi cuello. Estoy

excitada, creo que nunca lo he estado tanto. Siento su aliento en mi espalda. Su sexo está cerca, acariciándome de forma involuntaria.

Todavía me pica la nalga por el cachete que me ha dado, pero me ha gustado. Es diferente, es excitante. Quiero más, quiero que me azote de nuevo, pero lo quiero dentro.

Su lengua lame mi cuello y creo que me voy a correr. Es algo que no puedo controlar, cierro los ojos y respiro por la boca, bueno, más bien jadeo. ¡Joder! Sus caderas se mueven, sus manos toman mi culo y lo siento entrar. No está siendo delicado; es más, ha entrado de una sola estacada, pero, gracias a Dios, ha entrado por mi sexo, que lo estaba esperando ansioso.

Grito de placer y él se mueve a toda prisa. Una y otra vez. Agarro la sábana y tiro la cabeza hacia atrás. Él aprovecha la situación y me coge del pelo. Es rudo, me duele, pero también me gusta. Él me está dominando, me está dando un placer que no se puede enumerar. Noto que nuestros cuerpos chocan. Siento como mi sexo lo ordeña. Estoy a punto de llegar al orgasmo, pero él se detiene. Su mano vuelve a golpearme la nalga.

Sale de mí a toda prisa. No sé qué es lo que pasa.

¿Por qué me hace esto? Quiero más, quiero que continúe. Estoy a punto de quejarme cuando él me gira. Lo miro. Su cara está acalorada y jadea. Va con su mano hasta mi sexo, introduce uno de sus dedos. ¡Dios, se siente tan bien! Gimo de placer. Pero él parece estar en otro lugar, saca su dedo y sonrío. Lo lleva a mi boca sin preguntarme.

—Lame, todo esto es tuyo. Estás muy mojada.

Lamo, saboreo mi excitación. Sabe bien, está salada y no me resulta repulsiva. Nunca antes me había imaginado esta situación con Ryan, pero voy a dejar de pensar por una vez. Me dejo llevar.

Saca los dedos de mi boca y yo me relamo mirándolo a los ojos. Es un gesto que me hace sentir como una prostituta, pero me excita. No, no soy una prostituta, soy suya. Y haré lo que él quiera que haga. Dejando los tapujos a un lado, el sexo no es malo. No es sucio, es íntimo.

Estoy tan absorta en mi debate sobre el sexo que no veo venir el azote. Esta vez ha sido en mi clítoris, me quejo con un alarido.

El dolor solo ha sido un pinchazo inicial. La descarga que después ha tomado mi sexo ha sido intensa y placentera. ¡Joder! Siento que el calor sube hasta mi estómago. Respiro rápido, siento como si el placer estuviera estrujándome. ¡Parece que va a explotar!

Mi mente se nubla, me mareo.

Ryan no me deja reponerme, entra de nuevo en mí. Fuerte y rápido, sus caderas parecen pistones. Mis pechos se mueven a su merced. Él los va tocando, amasando. Su delicadeza se ha quedado muerta en el olvido, pero ambos estamos disfrutando.

Coloco mis manos en sus hombros; algunas de sus embestidas llegan demasiado profundo, pero no tengo tiempo de quejarme porque el placer puede más que el dolor.

Estoy a punto de correrme, lo sé, lo siento, pero él no parece estar por la labor. Quiero esperarme, siempre hemos intentado irnos juntos, pero no creo que pueda aguantar. Me mira a los ojos y sonrío, para después aumentar la velocidad. Mis ojos se ponen en blanco. Una oleada de descargas toma mi sexo, no puedo más. No me puedo controlar. El orgasmo me llega entre gritos. Llamo a Dios, maldigo y no sé qué más sale por mi boca. Intento controlar mi respiración y lo miro. Él continúa embistiéndome, el ritmo ha bajado. Él todavía no ha llegado al orgasmo. Me humedezco los labios, que se han resecado de tanto gritar.

Mis piernas, que por momentos se habían quedado como gelatina, vuelven a tener fuerza. Lo tomo de su cuello con fuerza y le obligo a inclinarse. Le beso, con ansia y pasión. Quiero agradecerle ese maravilloso orgasmo que me ha regalado. Ryan es perfecto. Con algo de esfuerzo consigo cambiar de posición. Me coloco encima, la visión es magnífica desde aquí.

Sus ojos de color verde me miran con expectación. Nunca antes Ryan había durado tanto en la cama. Quiero que él llegue al orgasmo, me siento en desventaja. Su placer siempre estará por delante del mío.

Me muevo, voy probando diferentes fricciones contra su sexo, en horizontal, en vertical y, dependiendo de su expresión, continúo de una forma o de otra. Su sexo está duro en mi interior. Desde esta posición es mucho más fácil controlar mi placer. Lo siento y me gusta, pero sé que así no caeré en la tentación de volver a correrme sin él.

—Te quiero, Ryan.

Se lo digo mirándolo a los ojos. Lo digo porque necesito decirlo. No quiero pensar que solo estoy teniendo sexo con él. Él y yo siempre haremos el amor, porque nuestros sentimientos están por encima de todo.

Él no me dice nada, sino que me toma de las caderas y se mueve. ¿Cómo diablos se puede mover tan deprisa ahí tumbado?

Mierda, creo que me voy a volver a ir. No, no y no.

Pero, por mucho, que diga que no, ese hombre ha encontrado mi punto débil. Grito y me caigo encima de su pecho. El placer que acabo de sentir es inmenso. Me cuesta respirar, me cuesta moverme de nuevo.

Ryan me mira.

—¿Quieres más? —me pregunta con una sonrisa torcida.

¿Más? Yo siempre querré más de él. Además, claro que quiero más. Él no ha terminado. Necesito que termine, aquí nunca se acaba un acto sexual si los dos no están satisfechos. Y nuestra balanza ahora mismo está descompensada. Vamos dos a cero.

Me siento débil.

—Vamos a por ti, necesitas acabar.

Él sonrío. Me levanta como si no le costara ningún esfuerzo.

—Colócate a cuatro patas.

Dudo por unos instantes, pero hago lo que me pide. Me coloco a cuatro patas; él se pone detrás de mí.

Sus dedos entran en mi sexo, no sé qué ha hecho con ellos, pero se siente bien. Quizá los ha humedecido. Se pasea por mi sexo durante unos instantes y después vuelve a entrar. Me clava los dedos en las caderas; creo que mañana amaneceré con moratones, pero no me importa. ¡Arriba los moratones después del buen sexo!

Su mano abierta choca contra mi nalga y él aumenta el ritmo. Su otra mano, la izquierda, me toma del pelo. Echo la cabeza hacia atrás. Sus embestidas se van combinando con las nalgadas. Siento el placer naciendo de nuevo en mí.

¿Otro? No, no puede ser.

Él continúa, me tira del pelo y lame mi oreja.

—¿Te gusta así, Sara?

No puedo articular palabra, solo puedo jadear.

Siento que voy a volver a correrme.

Otra nalgada, más tirón de pelo, y Ryan hablándome de forma ruda en el oído.

—Me voy a correr, ¿te vienes conmigo?

Y mi cuerpo no le da tiempo a mi lengua a responder. Los dos gritamos, nuestros cuerpos caen encima del colchón.

Mi pecho arde al respirar.

Siento el sudor empapando mi pelo.

¡Guau! Ha sido impresionante.

Ryan se levanta. Desnudo es la perfección completa. Coge su ropa y comienza a vestirse. ¿Qué hace? ¿Dónde está nuestro abrazo? ¿Nuestro beso? No, no quiero sexo en plan desconocidos. Quiero nuestras promesas de amor eterno, quiero que me hable, que me cuente.

¿Qué le pasa?

—Si lo que querías es que te follara como a una cualquiera, solo tendrías que habérmelo pedido.

—¿Qué?

Siento frío en mi espalda. El calor de mi sexo se evapora. Esto solo puede ser una de mis pesadillas. No, puede ser. Tengo que despertarme.

Me pellizco, pero duele. ¡Joder! ¿Qué está pasando?

La sonrisa de Ryan es triste.

—Si querías que te follara así, solo tendrías que habérmelo pedido. Teníamos confianza, pero no, tú decidiste la opción fácil: te tiraste a mi hermano. Espero que al menos lo disfrutaras.

Ryan escupe las palabras como si quemasen en su lengua. No, no puede estar pasando. ¿Cómo se ha enterado? Soy una puta ilusa que creía que podía vivir solo con mi egoísmo.

—Déjame que te explique, cariño.

—No, no me llames cariño —me dice con tono amenazador—. No quiero que me expliques nada. Simplemente espero que encuentres a alguien que te folle todas las noches, y que eso te haga feliz.

Ryan se gira, con su ropa puesta.

Se va a ir, no puedo dejar que lo haga. Salgo tras él, pero estoy desnuda. Cojo la sábana, me envuelvo en ella y lo persigo.

Unas lágrimas caen por mi cara. Esto no me puede estar pasando. No, no y no. Ryan no se merece esto. Lo nuestro no puede terminar así. Me tiene que perdonar, tiene que saber que yo no quería hacerle daño.

Lo alcanzo y lo tomo del brazo, pero él lo sacude y se suelta. Sale por la puerta con un sonoro portazo.

Me quiero morir. Me deslizo por la puerta y termino en el suelo. Sola, desnuda y llorando.

El sexo, el sucio y lascivo sexo me ha jodido la vida.

¿Qué voy a hacer? ¿Qué narices ha pasado?

Lloro y siento que mi corazón nunca se recuperara. Soy un demonio, nadie se merece mi compañía.

Pienso en el vagabundo, en lo solo que está, y veo mi futuro, un futuro sin amor.

Y comprendo que podría haber vivido sin sexo, pero no sé si conseguiré seguir adelante sin amor.



Capítulo treinta y cuatro

Consecuencias

En la vida no hay premios ni castigos, solo consecuencias.

ROBERT GREEN INGERSOL

Me lo merezco, lo sé, pero eso no quita que duela.

Me he arrastrado de rodillas, he llorado y he gritado, pero eso no me ha devuelto a Ryan. Él no quiere saber absolutamente nada de mí.

Le he fallado, dice que no me reconoce. Y no lo culpo. Ni yo misma puedo hacerlo. Ryan ha sido maravilloso conmigo, no tengo ninguna palabra mala para él. Yo, en cambio, he sido una bruja.

Lo que no logro entender es cómo saco las fuerzas de flaqueza para follarme. Que es lo que hizo la última vez que nos vimos. Llegó, hizo como si no pasara nada y me folló. Me folló como a una cualquiera, aquellas fueron sus palabras. Y así me demostró lo que he perdido.

Bueno, en realidad, yo no puedo juzgarlo. También fui a cenar con él y sus padres después de acostarme con su hermano. ¡Pero yo me sentía horrible! Me imagino que él también lo estaría pasando mal, ¿verdad?

¿Por qué me ha pasado esto a mí? He sido débil y mi corazón se ha enamorado de dos personas. ¿Cómo he podido dejar que esto sucediera? Debería haber parado todo desde el inicio, quizás así ahora mismo no estaría donde estoy.

Me pica todo el cuerpo y dejo que mis uñas me rasquen sin piedad. Estoy perdida en el mundo. No sé qué hacer con mi vida. Quiero que Ryan me escuche, que me deje explicarle, pero, ¡diablos!, ¿qué narices le voy a decir? ¿Qué sabe él?

Siento dolor por mí, pero también por él. ¿Qué le han dicho... y quién?

No puedo dejar de pensar qué pensó cuando se lo contaron. ¿Los creyó enseguida?

Repaso minuto a minuto nuestro encuentro. Y todos esos recuerdos me martirizan. ¿Cómo aprendió a practicar sexo rudo? ¿Fue fruto de la rabia? Siento vergüenza de mí misma, de

pensar cómo disfruté de aquel acto, cómo dejé que mis hormonas me nublaran de nuevo. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo pude pensar que Ryan había cambiado de la noche al día? ¡Maldita obsesión por el sexo! Mira dónde me ha llevado.

Soy una necia.

Tengo unas ojeras de escándalo. No reúno fuerzas ni para mirarme en el espejo, mi reflejo solo hace que asquearme.

Siento que mi estómago está en guerra conmigo, corro hasta el baño y dejo que lo poco que he comido salga de mi cuerpo. Nada ni nadie puede consolarme. Me quedo sentada en el suelo del baño y me limpio la barbilla con el dorso de la mano.

Siento el sabor ácido en la boca, pero no me voy a molestar en beber agua. Las náuseas no van a menguar por ello.

La vida me está castigando, lo sé y no debo quejarme por ello. He jugado sucio, ¿Cómo me habría sentado a mí que me engañaran? ¿Hay algo más horrible? ¿Qué habría hecho yo si estuviera en la situación de Ryan? No sé si podría perdonar, quizás el perdón se puede otorgar, pero nunca el olvido. Y pensar eso hace que mi estado de ánimo esté enterrado. No tengo esperanzas.

Mi teléfono suena de nuevo, es James. No puedo recordar el número de veces que me ha llamado, pero no quiero hablar con él. Todo ha sido por su culpa; su simple existencia debería ser un pecado. He caído en él, una y otra vez. ¡Le quiero! Sí, pero ahora no merezco amar a nadie. No puedo estar con él. No, he decidido dejar de ser egoísta.

Siempre he sabido que sin Ryan no podría vivir y, a pesar de eso, lo engañé. Una y otra vez, una y otra vez. No puedo creer lo que he hecho. El teléfono deja de sonar, continuo tirada en el suelo del baño y creo que me quedaré aquí el resto del día. Suena fatalista, lo sé, pero no sé qué hacer. No tengo ganas de hacer nada, pero tampoco tengo ganas de estar quieta.

Y el teléfono vuelve a sonar. ¿Por qué no deja de llamarme? No quiero hablar con nadie. El mundo ha dejado de existir para mí.

Una alarma suena en mi interior. ¿Y si le ha pasado algo malo a Ryan? Quizás haya tenido un accidente o cualquier cosa. Descuelgo el teléfono y me lo llevo torpemente al oído.

Me cuesta contenerme para no hacer mil preguntas con tono desesperado. Controló mi respiración lo más que puedo. Las náuseas vuelven, pero ahora no tengo tiempo para ellas.

Trago saliva y apoyo mi espalda contra la pared. No pienso vomitar, no ahora.

—¿Sara? —En mi oído resuena la voz desesperada de James.

—Dime —contestó, y me sorprende del sonido de mi voz.

¡Dios! Parece que estoy hablando desde la ultratumba. No quiero darle pena a nadie, y mucho menos a James. Me aclaro la garganta, ahora me arrepiento de no haberme tomado ese dichoso vaso de agua.

—¿Estás bien? —pregunta, y odio notar la desesperación en su voz.

¿Cómo quiere que esté? ¿Haciéndome la manicura? Me tomo la temperatura con la palma de mi mano, no tengo fiebre. Me duele la cabeza, lleno mis pulmones de aire y hablo calmadamente. No quiero que mi voz suene temblorosa.

—¿Qué quieres, James? —le pregunto enfadada.

NOTA DE LA AUTORA:

Mi intención era dejar colocar aquí un *FIN* seguido de un *CONTINUARÁ*. Sin embargo, como aprecio mucho mi vida, y sé que a mí no me gustaría que me dejaran en este punto, hemos decidido que, sin duda, os merecéis tener ya la segunda parte de este libro, todo seguido...

No obstante, antes de continuar, una pregunta...

¿Sexo o amor?

¿James o Ryan?

Si la tentación ha tomado tu cuerpo..., ya no puedes huir...

Tentación Doble

Si alguna vez preguntas el porqué..., no sabré decirte la razón, yo no la sé. Por eso y más, perdóname. *Perdóname*, de PABLO ALBORÁN

Capítulo uno

¿Sueño o pesadilla?

Prefiero mil pesadillas antes que un gran sueño y despertar.

ADRIANA RODRÍGUEZ

—Tranquilícese, señora, tenemos todo bajo control. ¿Cada cuánto tiene las contracciones?

Eso es lo que me pregunta el que espero que sea un enfermero cualificado. Además, ¿quién quiere un enfermero en un parto? Yo quiero una enfermera, a poder ser una mujer que sepa qué es lo que estoy sintiendo. Resoplo molesta. Observo al supuesto enfermero con mi mirada cargada de odio. Me encantaría enseñarle mi dedo corazón, pero, en este momento, tengo las manos demasiado ocupadas agarrando estos fuertes y duros barrotos.

Siento como la vena de mi cuello palpita, parece que va a explotar. Bien, puede que sea porque no paro de gritar como una loca poseída. Intento dejar de hacerlo.

Me concentro en mirar al enfermero, pero este desaparece de mi vista cuando se agacha para mirar entre mis piernas. Mi barriga, enorme por cierto, me tapa la visibilidad.

—¡Está tremendamente dilatada! —grita él.

—¿Usted cree que esas son formas de hablar?? —le contesto con un tono todavía más elevado. El enfermero asoma la cabeza, seguramente está de puntillas, y me mira sorprendido—. Sí, es así. Sé que mi voz suena a puro desprecio, pero estoy de muy mal humor. Nadie dijo que iba a doler tanto.

—¿Perdona? —pregunta sorprendido.

—Tú deberías estar hablando con tecnicismos médicos para que yo no me enterase de absolutamente nada, pero no, tenías que soltar: «Está tremendamente dilatada» —digo imitándolo—. ¿Qué tipo de conclusión médica es esa? ¿Dónde te dieron el título? ¿Por Internet? Os deberían enseñar técnicas orales de cómo hablar a una embarazada nerviosa. ¿¿O es que no ves la vena de mi cuello?? —Trago saliva para intentar evitar la sequedad de mi garganta. El tipo me mira con la boca completamente abierta—. ¡Cierra la boca, hombre! Mueve tu culo de enfermero en apuros y busca a una comadrona que sepa lo que hacer.

—Yo soy comadrón —me contesta con lo que creo que es indignación.

Este hombre cree que, en este momento, yo estoy para pensar en que titulación tiene o no. Siento un líquido cálido.

—¿¿Me estoy meando?? Tú, enfermerito, creo que me estoy meando.

—Señora —contesta él desprendiendo amabilidad—, ha roto aguas.

—¿¿He roto aguas?? ¿Y se puede saber qué haces ahí parado?? Mueve tu culo, busca ayuda.

¡Dios! ¿Qué tengo que hacer? Respirar, sí, respirar. Sé hacerlo, sé hacerlo.

Nueve meses antes

—No quiero saber nada de ti. ¿Se lo contaste a tu hermano? Le dijiste que nos habíamos acostado. Creía en ti, ¿sabes? Creía que eras bueno, pero no eres más que un cretino.

—Sara, escúchame, por favor —me ruega James desde el otro lado del teléfono, pero no quiero escuchar sus ruegos. Mi vida no tiene sentido. ¿Qué se supone que debo hacer?

Soy la mala, siempre lo he sido. Desde que decidí que James debía de ser escuchado, bueno, miento, desde que James se acostó conmigo en aquella maldita ducha y después en aquel banco. Desde que le grité que me follase como una cualquiera.

Siento dolor y que todo es una auténtica mierda.

¿Qué ha pasado con mi vida? Estaba toda encaminada hacia una dirección buena. Ryan es un hombre bueno, uno con un futuro brillante, uno que podría ser mi marido y mi amigo, pero yo soy una chica estúpida y caprichosa, y no me podía conformar con el sueño de cualquier mujer sensata. ¿Para qué?

Él, Ryan, es... un maldito cabrón.

¿Dónde aprendió a hacerlo así? Él había sido suave conmigo, un auténtico caballero de armadura, pero después llega a casa con la cabeza fría y los huevos calientes. Una combinación mezquina y cruel. Y me toma. Y lo hace como lo haría con una chica que acabara de conocer. Me giró, me colocó boca abajo y me folló como si fuera un maldito objeto. Quería castigarme, sí, y puedo entender que estuviese furioso; yo había obrado mal, peor que mal, pero él tuvo el santo valor de venir y montárselo conmigo. ¿Dónde estaba el Ryan bueno?

No puedo parar de darle vueltas, de pensar qué diablos ha pasado con mi vida. Quizás hubiera sido mejor no conocerlos. Sería una chica torpe y virgen (sin saberlo).

Continuaría con mis cábalas sobre la virginidad y su proceso de reconstrucción. Siento como mi pecho arde de dolor.

¿Y James? Él había sido siempre un cretino, uno duro de roer.

Un chico guapo, que sabía cómo moverse para crear palpitaciones en las mujeres.

Alguien al que no le importaba tomar lo que él quería, que no pensaba en las consecuencias de sus actos, pero habíamos hecho el amor.

Había conseguido amarlo, lo había hecho, pero Ryan también merecía que lo amaran. En realidad, puede que merezca una mujer mejor que yo. Una que no tuviese que ver series a escondidas, alguien que no cayese en la triste y excitante tentación de su hermano.

¿Cómo lo había podido hacer? Todo ha sido culpa de James. Había llegado y se había plantado frente a mí con su sonrisa de infarto, con su chulería innata y su facilidad para hacer que mi sexo

ardiera. Era una especie de bomba atómica y yo había sido fuerte.

Había sobrevivido a un año de puro amor, hasta que él tuvo que conseguir su premio.

¿Por qué se obsesionó conmigo? ¿Por qué me dijo que me quería? ¿Por qué es tan fácil quererlo?

No puedo, no debo.

Tengo que apartarme de los dos. No puedo estar con ninguno, no ahora que Ryan sabe lo nuestro.

¿Cómo quedaría yo? Dios, siento que mi cuerpo no puede fabricar más lágrimas. Me voy a quedar sola, completamente sola. Todo por mi egoísmo y no saber estar.

¿Cómo estará Ryan? Debe de haber sido duro para él, pero ¿cómo sabía comportarse así en la cama? No entiendo por qué no había sido más sexual conmigo. ¿Con quién había aprendido a ser así?

No puedo evitarlo, siento celos. Y mi cabeza no para de dar vueltas. ¿Me habría engañado? Quizá no se fue por trabajo, tal vez se fue para estar con otra. ¡No lo sé! Y creo que nunca lo sabré. Pienso en quedarme aquí encerrada, en mi piso, pero así no podré pagar el alquiler. Tengo que trabajar... y encima me he quedado sin trabajo. Me he quedado sin novio y sin trabajo, y el último examen de la universidad lo suspendí. Me queda un año para terminar la carrera, pero no me veo con fuerzas de continuar. ¿Cómo voy a ir a la radio así? Necesito pasar el luto a solas.

Necesito lamerme las heridas.

Como los perros..., mejor dicho, como las perras.

Nueve meses después

—Un poquito más, un poquito más.

Mi ginecólogo parece estar tranquilo, cosa que no me ayuda. Bueno, creo que en este momento no me ayudaría absolutamente nada.

—Felicidades, son dos niños preciosos.

Miro a mis bebés. Son los niños más bonitos del mundo. Bueno, no, es mentira. Son feos. De hecho, cuando nacen, todos son feos, pero para mí siempre serán lo más bonitos.

Estoy llorando de la emoción. Pensé que después de mi interminable depresión posrelación nunca volvería a llorar, pero ahí estamos otra vez.

—¿Quiere que avisemos al padre? —pregunta el enfermero barra comadrón barra estudiante *online*.

—No —contesto demasiado seca—. Estoy sola.

Y suena realmente mal, pero la verdad es que ya nunca más volveré estar sola, porque tengo a mis pequeños.

Ahora que lo pienso, podría haber dicho que mis hijos son obra del Espíritu Santo, que soy

virgen..., pero mejor mantenerme calladita.

Madre, por el amor de Dios (y de quien no es Dios), soy madre.

Capítulo dos

No quiero ser indiscreta

Todos los órganos humanos se cansan alguna vez, salvo la lengua.

KONRAD ADENAUER

—¿Y cómo se llaman?

Evito mirar a la mujer de mi lado. Realmente es una pesada. Me recuerda un poco a Loli, mi exjefa. Sé que negaré haber pensado esto, pero la echo de menos. La mujer con la que comparto habitación no para de hacer preguntas, demasiadas.

Me siento terriblemente cansada. Uno de los niños no para de llorar, parece tener un sensor de acercamiento, porque cada vez que alguien entra a la habitación se echa a llorar como un desesperado.

—Enzo y Leo —respondo sin apartar la mirada de ellos.

Son tan pequeños, tan débiles que siento miedo de romperlos con mis torpes manos.

—Son preciosos.

Bueno, bueno, parece que la mujer ha decidido darle una tregua a su lengua. Ha empleado una frase de tan solo dos palabras. Qué descanso.

Paseo mi dedo índice por la planta del pie de Enzo. Parece que le gusta, porque está sonriendo, y mi boca se inunda de babas.

—No quiero ser indiscreta, pero... —Mi compañera de habitación interrumpe mi minuto de tranquilidad.

Ya que la mujer (que debe de ser de la misma quinta que Loli) ha decidido volver atacar, intento acomodarme en la cama (cosa casi imposible, porque está dura como una piedra), la miró y sonrió falsamente.

—No he podido evitar escuchar por ahí... que has dicho que estás sola.

¡Ja! Quizá no ha podido evitar escucharlo, pero está claro que preguntarme por ello era más que opcional.

Además, no hacía falta escuchar nada, ¿no ve que no tengo ramos de flores y peluches adornando esta cutre habitación? Al margen del hecho de que no hay ningún varón semental cerca de mí.

Intento ignorarla, aunque me preparo para su arsenal de preguntas. ¿Cuántos días debo estar en el hospital? Quiero irme a casa, necesito irme a casa. Todavía no me puedo creer que mi madre esté trabajando en vez de venir aquí. Sí, sé que la crisis es mala, pero, vamos, que una no da a luz todos los días (o eso espero). Después de esta experiencia, pienso estar con las piernas cerradas para el resto de mis días.

—¡Qué cosas tiene la vida! He escuchado que, en este mismo hospital, hubo un caso de gemelos que eran de diferente padre. Qué cosas, ¿verdad?

Mi cara debe de ser un poema, porque la mujer niega enseguida con la cabeza, pero no se calla, no, ella continúa:

—Pero no es tu caso, nena. Tus bebés son tan iguales, ¿cómo iban a ser de padres distintos?

Toso, me acabo de atragantar con mi propia saliva. Aparto mi mirada de esa mujer que acaba de sacudir mi mundo y mi débil mente con solo un par de frases estúpidas. ¿Cómo

iban a ser tan iguales? Sencillo, porque me acosté con unos hermanos bastante parecidos.

Pero es una información que aquella vieja no va a tener.

¡Maldita sea! Yo ya tenía suficientes problemas. No sé quién de los dos es el padre. No lo sé, y encima esta mujer añade más leña al fuego.

¿Será era posible?

Llevo meses castigándome por todo. Por haberme acostado con los dos, por haberme quedado embarazada, por no haber huido, por no haber sido capaz de llamarlos y decirles

algo. Pero ¿qué demonios iba a decir? «Hola, soy Sara, aquella que solía acostarse con los dos... Oye, mirad, que estoy embarazada y no sé de cuál de los dos».

Fácil, ¿verdad? A ver quién es la guapa que lo hace. ¿Alguien lo puede hacer por mí? No. Creo que mi corazón va a decidirse por dejar de funcionar. Lo estoy machacando a constantes alteraciones de su ritmo.

Miro con terror aquel saco de información retorcida que tengo como compañera de habitación.

—Tranquila, mujer, nadie piensa eso de tus pequeños. No sabes quién es el padre, ¿verdad?

La mujer intenta tranquilizarme para después avasallarme a más preguntas. Quiero cortarle la lengua. Tiene que aprender a callarse. Voy a pedir que la seden... o puede que lo haga yo directamente.

—No quiero hablar del tema —contesto cortante.

Y tampoco quiero que continúe hablando de él ni aquí ni con sus amiguitas las enfermeras de la noche. No, simplemente quiero que se calle, que mire la televisión, algún programa de esos de cotilleo que la tenga entretenida todo el santo día.

Intento amenazarla con la mirada. Sé odiar con ella. Entonces Leo comienza a llorar. Me giro a mirarlo y aparece el amigable (pero de poca ayuda) enfermero. Como ya había predicho antes, creo que mi hijo es un detector andante de hombres... Bueno, todavía no anda, pero lo importante es que lo es.

—Buenas tardes. ¿Cómo está la mamá más guapa de todo el hospital?

Analizo la frase. El señor enfermero barra comadrón me ha llamado guapa. Eso solo puede deberse a dos cosas. Una: se ha enterado de que estoy soltera (pero no entera) y quiere ligar

conmigo; dos: quiere ser amable porque ya ha visto mi lado oscuro.

El llanto de mi hijo (todavía no me creo que yo, Sara Ramírez, sea madre) va aumentando.

Le acaricio con suavidad intentando calmarlo. Él parece estar queriendo mandar un mensaje a ese individuo: «Colega, mi hermano y yo vamos en el paquete».

—Estoy bien, algo cansada —termino diciendo.

—No me extraña, está usted tan sola.

Su respuesta abofetea mi ya dañado orgullo. ¿Cómo se atreve? Lo miro con los ojos entrecerrados (lo admito, es la única forma que conozco para intimidar con mi mirada).

—Oh, no quería ofenderla —dice demasiado tarde—. Me refería a que no tiene acompañante.

Su intento de ser amable me está fastidiando. Sé que estoy de mal humor y que todo me sienta mal, pero es mejor para la salud de ese hombre que se calle. Tengo ganas de llorar.

Estoy sola, ni mi madre se ha decidido a tomarse el día libre para estar conmigo. ¿Tan mala hija he sido? Sé que está enfadada conmigo, sé que esperaba que terminase la carrera, pero yo no decidí tener hijos, simplemente los creé.

Mi madre se siente defraudada conmigo, pero son sus nietos.

—Es normal que esté cansada, lo hace todo sola y encima tiene dos bebés.

—Será mejor que te calles o, al final, conseguirás que llore.

Lo he dicho, sí, en voz alta. Mi lengua quizás estaba cansada de la presión que ejercía mi garganta por aguantarse las ganas de llorar. Y ha decidido acallar a ese hombre. La parte buena es que parece haber surtido efecto.

Leo continúa llorando; quizá mi planteamiento ha sido erróneo. Puede que solo tenga hambre.

—¿Quieres darle la primera toma? —pregunta amablemente él.

Y yo olvido por un momento analizar qué intención tiene y decido que sí. Que me muero de ganas por tenerlo encima y darle amor, mucho amor. Cojo al pequeño. Ese angelito es astuto, atrapa mi pecho entre sus labios fácilmente.

La sensación es indescriptible.

Estoy tan enamorada del momento que estoy viviendo que no me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor hasta que la voz de mi ya conocida compañera de habitación me interrumpe.

—Señor, sea usted un poco más discreto, que está usted babeando.

Levanto la cabeza poco a poco y sin poder evitarlo alzo una ceja. No, ese gesto no debo hacerlo, demasiados recuerdos.

Miro al enfermero; está ruborizado.

—No diga tonterías, señora —contesta con tono nervioso.

—¿Tonterías? —contesta ella, y a mí me viene a la mente mi espléndida frase: «Huy, lo que me ha dicho»—. No son tonterías, su turno ha terminado hace media hora y... ¿dónde está?

Aquí, en la habitación de la pobre mama *sexy* del mes, ¿no? Que esta mujer sea una madre

sin padre no significa que esté tan desesperada como para acostarse con usted. Además, ¡está en cuarentena, por el amor de Dios! Tenga usted algo de dignidad. Mi compañera es una mujer honrada con dos niños que criar. No necesita un enfermero, su sueldo no le da para poder tirar de Visa.

La mujer que se había nombrado ella sola la defensora de la mujer desamparada habla sin tartamudear. Es más, creo que ni siquiera ha respirado en toda la parrafada que le ha soltado. Mi boca toma la misma inclinación que la del pobre (si, ahora siento lastima por él) enfermero. ¿Qué clase de medicina se tomaba esa mujer?

—Yo —contesta él dudando qué palabras emplear— solo quería ser amable. No quería meterme debajo de sus sábanas. No es que no la encuentre atractiva —intenta aclarar, nervioso—, que claramente lo es, y mucho —matiza poniéndose rojo como un tomate—, pero yo tan solo quiero ser amable, no soy un perverso.

Pobre enfermero barra comadrón. Su descontrolada lengua le hace sufrir; es lo mismo que suele pasarme a mí.

Enzo llora, y yo miro mis brazos, ya ocupados por Leo. Esto es muy difícil. Le tengo que pedir ayuda a alguien. Por un momento, pienso que quizás el enfermero no era tan mal plan. Sabe tratar a los bebés y parece tener problemas con su lengua, como yo, pero no. No, no y no. Debe de haber algo en la medicación de este miserable hospital. No quiero nada con ese hombre, no quiero nada con ninguno. Solo con mi adorable y traicionera almohada.

—¿Sería tan amable de tomar a Enzo? —pregunto sin perder el trato de usted.

No quiero ningún acercamiento que él pueda malinterpretar. Todos sabemos cómo son las personas que tienen la lengua floja. Malpensados y muy imaginativos. Como yo.

El enfermero toma a mi niño con calma y delicadeza, cosa que agradezco, pero su mirada parece perdida. ¿Me está mirando el pecho? Como se atreva a rozarme, le atizaré, sin pensármelo dos veces.

El hombre, ajeno a mis pensamientos, toma a mi bebé y lo mira con adoración. Lo sigo con la mirada mientras se pasea por la habitación, intentando hacer que el niño eructe. Me parece de lo más gracioso. ¿Cómo un cuerpo tan pequeño alberga un eco tan potente?

—No se la va a ganar haciendo ver que es bueno cuidando al pequeño, no se haga ilusiones.

La mujer ataca de nuevo. Y yo, sin saber por qué, mientras doy la toma a Enzo, dejo que mi mente viaje muy lejos, nueve meses antes, cuando me quedé tirada en la cama después de que Ryan se marchase. El amor de mi vida..., bueno, quizá debería hablar del doble amor de mi vida.

Me fui, me fui porque comprendí todo el daño que había hecho. Yo, Sara, la buena, la niña que no había roto un plato, se había dejado llevar por la lujuria, por el pequeño demonio que sentía dentro, y obre mal. Le había hecho mucho daño a Ryan. Y él no tuvo más remedio que devolvérmelo.

Y yo no podía hacer nada más que huir. ¿Qué podía hacer si no? ¿James? Mi James, el cretino, el follador innato, el que había conseguido derrumbar mi castillo de arena para demostrarme que no es oro todo lo que reluce. El que me hizo ver la diferencia entre el sexo y el amor. Ya, por fin, comprendo que no es cuestión de darle más duro o emplear palabras obscenas. Para nada, simplemente va más allá de todo eso, pero yo no podía seguir con James. No, porque no podría mirar a la cara a Ryan. ¿Cómo diablos lo iba a hacer? Por eso me fui. Porque la vida es así. No siempre se gana, no siempre los finales son

con arroz cayendo del cielo mientras todos sonrían. Para nada. La vida real es otra. Hay lágrimas, hay amores que te marcan y decisiones difíciles de tomar. Decisiones, que, en ocasiones, duelen. Decisiones que te pesaran el resto de tus días, pero es así.

Me fui antes de saber que estaba embarazada. Pensé que no tenía nada que me atase allí.

Me había quedado sin trabajo y los estudios los podía terminar en otro lugar. Cuando supe que estaba embarazada, quise ir a llorarle a Ryan. Pero tenía miedo. Él era un buen hombre, pero había sido capaz de acostarse conmigo para después dejarme. Estaba dolido, con razón, y seguramente me haría la dichosa pregunta. ¿Quién es el padre? Y yo no sabía qué contestar. Tenía miedo y, hoy por hoy, sigo teniéndolo. No quiero hacerme esa prueba, porque no soporto la idea de que un dichoso papel pueda dirigir mi vida.

Estoy siendo egoísta, lo sé; de buena no tengo nada. El padre debería saber quién es, pero yo tengo miedo y prefiero refugiarme del dolor.

Sé que mirar hacia otro lado no es un comportamiento maduro, ya, pero no veo otra opción.

Todavía tengo marcados los ojos de Ryan, vacíos de cualquier sentimiento, cuando me dejó aún con el orgasmo recorriendo mi entrepierna. Todavía recuerdo como James me lloró para que no lo dejase. ¿En qué clase de demonio me había convertido?

Aquella frase de Ryan, tan cortante: «Si lo que querías era que te follara como a una cualquiera, solo tendrías que habérmelo pedido».

Tenía aquella maldita frase grabada a fuego en el corazón. Si yo misma no me he perdonado por todo el daño que infligí, ¿cómo lo iban a hacer ellos?

Quizás debería tatuarme la palabra «zorra» en mi cadera. Así todos sabrían con quién diablos están tratando si se metían en la cama conmigo. No, ni hablar, no estaría con nadie.

El sexo me nublaba la razón.

No me merecía a ninguno de los dos.

—Mier... —empieza a decir el enfermo.

Lo busco con la mirada. Mi bebé, Leo, le ha devuelto en la espalda. El chico sonrío falsamente mientras continúa dándole pequeños golpecitos en la espalda. Leo lanza un sonoro y retumbante eructo en respuesta.

Oh, mi pequeño era un grosero como James.

No, no y no. No puedo compararlo con ninguno de los dos. Tengo que sacar eso de mi mente o me volveré loca. ¡Por todos los santos! Son unos bebés; no pueden parecerse a nadie. Tengo que pensar que yo soy virgen, de nuevo, y que esos niños son obra del Espíritu Santo. Eso es lo que haré. No he tenido ninguna relación con ningún hombre y mucho menos con dos. Miro a la bruja de mi compañera de habitación, aquella mujer no podía decir nada.

—Dios, dime que esa cosa pequeña y bonita es mi ahijado —grita una voz cantarina.

Me giro y ahí estaban mis amigas. Habían venido, lo habían hecho. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—No me digas que tienes amigas —comenta la mujer odiosa con alegría, parecía estar metida de lleno en una telenovela barata: la pobre y desolada madre soltera tenía amigas. ¡Qué gran giro en la trama! ¡Por el amor de Dios!

—Oh, es tan mono —dice Esther entrando en la habitación de forma espectacular, como siempre—. Pero aléjalo de mi vestido hasta que controle su trasvase de líquidos. No tengo nada en tu contra monada, pero mi vestido es demasiado caro.

Tenía pinta de caro, sí, rojo pasión. Podría haber venido con algo más cómodo, o quizá solo venía a adorar a los niños desde lejos... Pero, bueno, habían venido, que era lo importante.

—Dos amigas, nena.

La mujer se incorpora torpemente en su cama. Lleva la típica bata de hospital, esa tan... ¿cómo decirlo? Poco práctica, además de semitransparente. Los pechos de la mujer, que no lleva sujetador, caen hasta donde parecía estar su ombligo.

Esther esboza una mueca de asco en su cara, tan bien maquillada, como siempre.

—¿La vieja también va en el *pack* con los bebés? —pregunta Esther sin ningún tipo de vergüenza.

—No soy vieja —se defiende la mujer elevando mucho la voz—. Solo estoy deteriorada.

Además, un respeto. Estoy embarazada.

Me quedo callada. ¿Estoy en un hospital normal o en un psiquiátrico? Empiezo a tener dudas.

—No, no lo está —contesta el enfermero cambiando su tono de voz a una más ronca.

Su mirada se posa en Esther y su querido y despampanante vestido de color rojo. Bien, ahora ya no se fijará más en mis pechos llenos de leche. Es mucho mejor mirar los de Esther: grandes, redondos y llenos de silicona.

—Hola, soy Marcos, el enfermero que ayudó a Sara en el parto.

¡Ja! Ha dicho enfermero y no comadrón. El tipo parecía orgulloso de sí mismo cuando le tiende la mano a Esther. Quieres tocarla, ¿verdad?

—¿Este es el comadrón? —me pregunta Raquel con un susurro mientras aprovecha para darme un beso en la mejilla.

—¿Has tocado el vómito que te cuelga por el hombro con esa mano? —dice Esther con claro asco antes de ofrecerle su mano.

—No —contesta él, que duda y la retira. Se rasca la cabeza sin saber qué hacer. Siento pena por él.

—¿Quién eres tú para decir que no estoy embarazada?

La vecina de habitación ataca de nuevo; esta vez puedo notar su enorme enfado.

¿Cuándo tendré paz?

Marcos parece querer fulminar con la mirada a mi compañera de habitación. Toma un trozo de papel y se limpia el pequeño regalo que mi hijo le ha dejado en la espalda. Mi hijo, qué extraño suena eso.

—¿Cómo está mi mamá preferida? —pregunta Raquel cariñosamente mientras me acaricia el pelo. Es tan comfortable tenerlas aquí. Sentir su calor, su amistad.

—Usted, señora, está aquí por un tema en concreto, y se lo diré fácil para que me entienda: bolas de grasa. Y, que yo sepa, las bolas de grasa no toman vida y se convierten en fetos. —Lo que te pasa a ti, enfermerito, es que estás molesto conmigo porque avise a mi amiga de que le mirabas las tetas. Por eso te estás inventando todo eso.

No me lo podía creer.

¿Lo de amiga iba por mí? ¿Podría pedir el alta voluntaria o el cambio de habitación? ¿Por qué no me hice de la mutua privada antes?

—¡Es más! Pienso denunciarte por pervertido, he visto cómo me miras en la ducha.

—¡Yo no la miro en la ducha!

—¡Cochino! —grita ella desde su cama.

—Si me disculpan, señoritas, tengo otros pacientes de los que ocuparme.

Marcos se gira para irse, parece avergonzado por el espectáculo que acababa de protagonizar.

—Te recuerdo, sucio mentiroso, que tu turno ha terminado hace rato. Solo has venido a trabajarte a mi amiga, la mamá *sexy*. Además, déjanos en paz, tenemos visita.

¿Acababa de decir «tenemos visita»?

¿Por qué habla en plural?

El enfermero va hasta la cortina y tira de ella dejando a la mujer aislada en su parte. Se despide de forma rápida y se va de la habitación.

Me quedo callada y rezo para que la mujer no llegue hasta la cortina.

No hay duda: necesito un cambio de habitación.

Capítulo tres

Como dos gotas de agua

Poder disfrutar de los recuerdos de la vida es vivir dos veces.

MARCO VALERIO MARCIAL

Cuatro años, cinco meses y dos días después...

Cojo el álbum con ambas manos. Acaricio con un dedo la acolchada tapa de color azul. El osito que adorna la cubierta parece mirarme. La nostalgia se asienta en mi estómago creándome una sensación extraña. ¿Felicidad? ¿Tristeza? No lo sé, soplo la tapa e intento quitar el polvo con la manga de mi camiseta.

Lo abro y dejo que mis ojos se llenen de momentos únicos e inolvidables.

Me siento en el primer escalón. Sé que debería estar empaquetando todo, pero es inevitable no recordar al mirar aquellas páginas.

Observo las fotos y los títulos que las acompañan. Cuando veo la caja de la bañera, no puedo evitar soltar una carcajada. Su primer baño... Terminé empapada...

—Raquel, ¿dónde has comprado eso?

Observo el contenido de la caja con pavor. Mirase por dónde mirase, aquella supuesta bañera no sabía qué hacer. Parecía tener un cartel luminoso que indicase un claro y rotundo: «Mírame, pero no me toques». Su forma. ¿Qué forma es esa?

—La compré por eBay. Es de un diseñador famoso —me contesta ella mientras se ata el pelo en una coleta larga.

Miro la bañera y suspiro. Sé que la voy a romper, no me va a durar ni dos días, pero al menos espero que se rompa cuando ella no esté presente. Parece muy cara.

La forma que todavía no deduzco empieza a tener su lógica, pero hay algo que no me cuadra. ¿Desde cuándo las bañeras para bebés tienen botones? No quiero parecer una inculta, pero no tengo ningún máster en bañeras y mucho menos en bañeras de diseño.

—¿Para qué sirve ese botón? —digo finalmente señalándolo.

—Es el hidromasaje.

Mi boca se desencaja. No, no y no. Puede que una bañera hidromasaje sea la última moda en bañeras de diseño para bebés, pero eso fabrica burbujas, burbujas que pueden ser asesinas.

Mis hijos deben calmarse en la bañera, no intentar sobrevivir a un torrente de agua a presión.

—Tú.

Me limito a cerrar mi bocaza. Estaba a punto de soltar una serie de tacos nada bonitos hacia mi amiga. Algo que no debo hacer. Ella está aquí ayudándome, no debo parecer desagradecida.

—¡Es broma, Sarita! ¡Por Dios! No es un botón, es un tapón —me dice mientras destapa el chisme—. ¿Ves? Por aquí se vacía el agua.

Siento que su velocidad al hablar disminuye, ¿eso significa que me está hablando como si fuera tontita? Porque cualquier ser humano puede confundir un tapón y un botón. ¡Faltaría más! Oigo un eructo y me giro. Leo todavía tiene la boca abierta con forma de O. Ese niño fábrica más gases que yo. Bien. ¿Por dónde empiezo? Sí, tengo que desnudarlo. Me acerco a él y caliento mis manos friccionándolas, no quiero asustar a mi pobre niño.

—Voy a por la cámara —dice Raquel mientras la pierdo de vista.

Esas cositas tan pequeñitas y bonitas las había hecho yo en uno de mis dos polvos..., y qué polvos. La vida, como siempre, tan sumamente irónica. Tengo que actuar, a pesar del miedo. Son tan pequeñitos, tan frágiles, que temo hacerles daño con mi torpeza.

Lo cojo y me regaño a mí misma por temblar.

Bien, lo tengo en brazos, no se me cae. Lo voy a introducir despacito en la bañera. La forma extraña comienza a tener algo de lógica, no mucha, pero algo sí. Según las instrucciones, esta forma hace que las madres peligro (como yo) podamos colocar a los niños en la bañera y que estos no se ahoguen tan fácilmente. Tienen una pieza para que no se deslicen. ¡Qué maravilloso invento!

Coloco al bebé (no sin antes moverlo mil veces para adivinar la posición adecuada). En el dibujo del manual parece muy fácil, pero en la vida real no es así. Los niños no son muñecos. ¡Respiran! Y aquí no es como en los juegos de la Wii, que te dejan un intento para que lo pruebes. No, aquí todo el peso de la responsabilidad recae sobre mis débiles brazos.

Hablando de peso. Decían que mis niños no pesaban mucho, pues que se lo digan a mis doloridos hombros.

Raquel vuelve mientras enfoca la cámara en mi dirección. Gracias a Dios, he conseguido colocar al niño en su sitio sin ningún problema. La bañera es doble, pero ¿por qué diablos pensaron esos ingenieros que una madre puede bañar a dos niños a la vez? Y lo mejor de todo, ¿por qué he cedido a hacerlo? Sí, por las fotos. Al parecer una foto de los dos desnudos en su primer baño debe merecer la pena para arriesgarnos a hacer esto.

Leo parece disfrutar del agua.

—¡Es hidromasaje! —comenta con tono divertido Esther entrando en la habitación.

No puedo evitar mirarla con odio. Seguramente, Raquel y ella se han estado mofando de mi comentario. Maldito tapón con forma de botón.

—¡Ja! Muy graciosa.

—No es para ponerse así —contesta ella, a la defensiva—. Mira las burbujitas.

Señala con la mano el agua. Aparecen tímidas dos o tres burbujas. Busco a Raquel con la mirada. Ella continúa grabándolo todo. ¡Hay burbujitas! Pero no siguen un ritmo frecuente.

—Tus hijos tienen escapes de gas —comenta Raquel con una entonación propia de un comentarista de televisión.

—Nenes, delante de señoritas hay que mantener las formas. Así no vais a ligar.

Alzo una ceja (no puedo decir fina, porque hace días que no me la depilo) hacia Esther. No quiero que ella les dé clases de cómo ligar. Es más, ellos no ligarán nunca. Se mantendrán alejados de los orgasmos y de su terrible adicción. No pueden caer en ese mundo. Yo, cuando no los conocía, era una mujer fiel, dulce y feliz.

O al menos creía serlo. No sabía nada sobre la perversión del mundo; eso que James me enseñó; ni tampoco era consciente de que podría ver series con un chico y disfrutar de ello.

Sacudo la cabeza. No puedo dejarme llevar por mi pasado. En este momento, solo tengo que disfrutar de mis hijos.

Sonrío al ver la sesión de fotos que aquel par le están dedicando.

Mis niños son tan iguales que quizá deba plantearme lo de las pulseritas...

Pulseritas, qué estúpida fui. Son tan distintos... Quizás alguien que no los conozca no perciba la diferencia, pero yo sí. Giro la página y veo una foto mía. Estoy con los ojos muy abiertos y enseño los dientes. Busco rápidamente el pie de la fotografía. Primera palabra. Suelto una carcajada y mi mirada, húmeda por la emoción que me provocan aquellos maravillosos recuerdos, va hasta la foto. Mi cara, hay una fotografía de mi cara con un puchero de lo más ridículo.

Por fin ya distingo a mis pequeños. Es fácil, muy fácil, porque, dentro de su igualdad, hay una gran diferencia. Su carácter. Sí, a pesar de ser tan pequeños, son diferentes. Sus miradas, sus sonrisas..., te enamoran.

— *Masteta* —dice una voz débil, pero hermosa a mis espaldas.

Me giro y los miro. No sé quién de los dos ha hablado. Siento curiosidad. ¿*Masteta*? ¿Qué palabra es esa?

Miro a Leo con los ojos entrecerrados.

Sé que ha sido él, su sonrisa picarona lo delata.

—Mamá, se dice ma-má —digo con una velocidad demasiado baja para mi ansiosa lengua.

— *Masteta* —repite él.

Enzo se ríe.

No, no hace gracia. ¿Qué van a pensar que les enseño?

—No, *masteta* no —repito con el tono pausado de madre del año—. *Masteta* no —repito señalando mi pecho.

¿Quién le ha enseñado a decir «teta»? Mataré a Ester y a sus clases de cómo ligar. ¡Por Dios!
¡Son bebés!

—¡Teta! —grita él, divertido, mientras su hermano le acompaña con sus risas contagiosas.

Leo se mueve en una especie de vaivén vacilón. Sacudo mi cabeza. No, no está retándome. Es un bebé, mi bebé. ¿Verdad? Suspiro, la paciencia es bonita cuando se tiene, pero yo creo que la estoy perdiendo.

Decido girarme e ignorarlos. A los niños, según los programas de televisión (sí, ahora veo *Supernanny*) hay que ignorarlos, para que aprendan.

Así que les doy la espalda en vez de gritarles.

—Mamá.

¿Lo ha dicho?

Me giro emocionada y los miro. ¿Quién de los dos lo ha dicho? Ellos se miran y se ríen, y vuelve ese pequeño pero intimidante vaivén. Están bailando. Definitivamente, tienen una especie de baile de la victoria cuando consiguen (y lo hacen a menudo) sacarme de mis cabales. Sonrió, porque la frase «dientes, dientes» sirve hasta en edades tan precoces.

Me giro y los ignoro de nuevo. Tengo que comprarme una cámara, una de esas que van dentro de un peluche.

Así podré ver quién me llama «mamá».

—Mamá.

Me giro. Quien quiera que sea de los dos tiene la vocecita de un ángel.

—Vamos, no seas tímido —animo a Enzo; no sé por qué, pero sé que es él. Tal vez sea un presentimiento.

Risas, risas y más risas.

No es apropiado enseñarles el dedo corazón a unos bebés, así que opto por sacarles la lengua, que es la versión *light*.

Pasan días así, con el juego.

No necesito una cámara en un osito. Además, he estado buscando por Internet y son carísimos. Sí, lo he hecho, pero es que su nuevo juego es llamarme cada vez que me giro; después se reían.

Mis hijos son listos, pero no saben lo que es una *webcam*. Tomo el portátil y lo coloco encima de la encimera de la cocina. Mis hijos están a mis espaldas, los veo desde la pantalla.

—Mamá —dice Enzo.

Lo sabía, me giro y hago ver que no sé nada. Esta vez solo lo hago por que me encanta escucharlos reír. Su risa es contagiosa. Los dos pequeños se ríen y se miran.

—Mamá

Y lo que me deja parada es que en esta ocasión es Leo el que habla. Ambos me llaman. Parece ser su nuevo y divertido entretenimiento.

Me río con ellos. Ambos bailan y yo me muevo con mis bebés.

Paso la página al tiempo que me seco las lágrimas con el dorso de mi otra mano. Cuántos

momentos tan maravillosos he pasado con ellos. Abrazo el álbum y siento que me duele el pecho. Lo tenía guardado en lo alto del armario. En su día, cuando rellene el álbum, pensé en cómo sería si algún día James o Ryan lo vieran, en si, alguna vez, llegarían a saber la verdad. Si les importaría, si se enfadarían, si me odiarían todavía más.

—Mami, mami —grita Enzo bajando las escaleras de dos en dos.

—¡Chivato! —amenaza Leo desde detrás—. Mamá, dile que no se cuentan los secretos. Miro a mis dos hijos a los ojos. Sus miradas me están evaluando, una con ternura y duda; la otra con determinación.

—Depende, ¿el secreto que tiene que contarme va a hacer que me enfade mucho? Sé cuál es la respuesta.

Sí.

Algo ha hecho mi querido Leo, el travieso, el valiente.

Los ojos de Enzo me dicen que tengo razón, pero él no se atreve a contármelo, no delante de su hermano.

—Está bien, ya lo cuento yo —añade Leo de mala gana mientras termina de llegar hasta donde estoy—. Mamá, Enzo quiere preguntarte dónde está papá, pero yo no le dejo.

Siento que la sangre de mi cara corre a esconderse en otro lugar.

Trago saliva y sonrío. «Dientes, dientes». Dejo el álbum en la caja que tengo a medio llenar e invito con un gesto a que los dos se coloquen delante de mí.

—Primero, ¿por qué no le dejas preguntarme?

—Porque yo no quiero un papá —contesta tajante, y esa respuesta tan dura para un niño tan pequeño me duele.

—Cariño —digo con un hilo de voz al tiempo que le acaricié su rojiza mejilla—, mamá y papá tuvieron unos problemitas, y mamá se fue.

La estoy fastidiando. ¿Qué tipo de respuesta es esa? La había estado ensayando, lo había estado haciendo, pero todo mi plan se ha ido al traste. Bueno, al menos, no le he contado que me fui sin decir nada. ¿Qué tipo de ejemplo soy? Por Dios.

—¿Por qué? —pregunta Enzo con un hilo de voz.

—No importa. No será tan buen papá si no ha venido a vernos.

La respuesta me deja muda. No es justo, pero no sé qué decir. Su padre simplemente no sabe que existen, por eso no ha venido. No sé cómo reaccionaría si lo supiera, pero son demasiado pequeños para entender.

—Vuestro papá... —comienzo a decir, pero no puedo terminar la frase. No quiero mentirles, no puedo hacerlo.

—Mami, ¿por qué no buscas otro papá?

Miro a Enzo, preocupada. ¿Por qué sale ese tema hoy? Justo hoy que nos mudamos, justo

hoy que nos mudamos a Madrid de nuevo. Es una mala idea, pero necesito ese trabajo.

Nos mudamos porque aquí no hay trabajo, me repito para coger fuerzas.

—No necesitamos otro papá, yo pegaré a ese niño tonto.

—¿Qué niño?

La alarma de madre sobreprotectora nace en mí con ímpetu. ¿Hay un niño molestando a mi pequeño?

—Sí, pero ese niño dijo que se lo diría a su papá y yo no sé a quién decírselo.

—A mí, cariño. Yo siempre estaré aquí.

—Pero su papá es grande.

—¿Sabes?, tengo un truco para ganar a los hombres grandes. No te preocupes.

—¿Cuál? —preguntan los dos al mismo tiempo con la ilusión brillando en sus ojos verdes.

Y yo, que soy de lengua fácil, lo digo, aun sabiendo que esa opción no se les tiene que dar a los niños, pero lo hago. Porque odio que los abusones molesten a mis hijos.

—Hay que darles en... la cantimplora del pipí.

«En los huevos» me parece una expresión un poco fuerte. Ambos se miran, para después comenzar con el vaivén, y yo siento miedo. Madrid es muy grande, y nosotros, los tres, somos muy pequeños. Pero la parte buena de que Madrid sea grande es que no me encontraré con James ni con Ryan. No puedo verlos, no pueden verme.

Capítulo cuatro

¿Me regalas una sonrisa?

El niño reconoce a la madre por la sonrisa.

LEON TOLSTÓI

Madrid es grande. Es la capital, tiene que ser grande. Es enorme, es tan grande que es imposible que me encuentre con nadie que conozca. ¿No?

¡Bah! No me lo creo ni yo.

No me los encontraré, pero, para evitar probabilidades, que las hay, me he mudado a una zona apartada. A las afueras. Una casa, una bonita y acogedora casa con un jardín delantero.

En Madrid, la ciudad de la tentación.

—¿De verdad que no le importa? —insisto, me siento mal con el precio de este alquiler. En verdad, no lo puedo denominar precio de alquiler justo, es algo simbólico que el padre de Raquel me cobra.

—No la usan, está vacía, les haces un favor. Hazme caso y disfruta.

Asiento, sin todavía asimilar que estoy en Madrid, en la ciudad en la que mi vida cambió, donde disfruté y donde después todo salto por los aires, hasta que de las cenizas de mi desgracia nacieran estas dos preciosidades.

Nos instalamos en la casa de poco a poco. Está amueblada, cosa que agradezco. Tengo decenas de cajas por desempaquetar, pero los niños quieren jugar en el jardín.

—Me rindo, me rindo —dice con su tono de voz tímido Enzo, pero su hermano sigue apuntándole con la pistola de agua.

Siempre empiezan con las risitas y después terminan peleándose.

—Hijo, no ves que se está rindiendo. No le mojes más.

Me acerco a ellos para ponerme de jarras, para intentar imponer algo de autoridad.

—¡Ahora! —ordena Leo, y me apunta con su pistola de agua.

La carcajada tan característica de Enzo no se hace esperar; su pistola aparece de su bolsillo y también me apunta con ella.

¡Una emboscada! Aquel par de renacuajos me había engañado. Corro todo lo que mis pies torpes dan de sí. Tengo que entrar en casa. Intento morderme la lengua y no soltar ningún taco cuando uno sale disparado de mi boca.

—¡Joder!

He tropezado con un flotador. ¿Qué hace ese flotador en el suelo? Oigo sus risas acechándome. Ruedo para la derecha y encuentro otro flotador. ¿Los han colocado estratégicamente? Este par

son peores que el niño de *Solo en casa*.

—El pelo no, el pelo no —digo, demasiado tarde cuando los tengo ya encima de mí con la pistola apuntando directamente a mi cabeza.

Escupo un poco de agua que me ha entrado en la boca.

—Enzo, no me esperaba esto de ti —le comento intentando levantarme.

Me siento mayor.

—Pues lo del flotador ha sido idea suya —me informa Leo, para más inri—. Tenías razón, se ha tropezado. Buen plan.

Los dos chocan su mano con energía. Los miro y les enseño la lengua. Me siento ridícula con ese gesto, pero todavía no están en edad para el siguiente paso.

—Lo siento, mamá, estábamos jugando a la guerra —se defiende Enzo

—Y en la guerra, mamá, no hay amigos.

La sonrisa de Leo se tuerce de la misma forma que la que registré como cretina. No, ellos no podían hacer eso. ¿Sonreír de esa forma está en los genes? Ese gen debería estar prohibido.

Genética Cooper.

No podía ir a ver a Ryan, claro que no podía. ¿Qué diablos le iba a decir? «Hola, soy Sara. Sí, Sarita, aquella chica con la que solías salir. Sí, aquella desgraciada. Ajá... Pues, mira..., que resulta que tengo dos hijos y que puede que sean los dos tuyos, que lo sea solo uno o que no lo sea ninguno. Hay varias opciones, qué bien, ¿no?».

Apago mi modo irónico y hago que los niños entren en casa. Tenemos una nueva misión: desempaquetar. Qué gran trabajo.

—¿Qué te pasa, mami? —me pregunta Enzo una vez dentro.

Hago que se desarmen en el recibidor. No quiero guerras de agua (que sé que voy a perder) dentro de casa.

—Nada, corazón. Id al baño. Vamos a estrenar esa bañera tan grande.

Enzo continúa mirándome.

—¿Me regalas una sonrisa?

Siento como si mil mariposas aletearan revoltosas por mi estómago. Es una sensación extraña, no es como un enamoramiento, es algo más. Diferente y quizá más intenso.

Sonríó ampliamente y le acaricio su sedoso pelo. Le planto un sonoro beso en la mejilla y le animo a que suba al baño. No soy capaz de describir el amor que siento.

Dos semanas después

—Aquí Toro llamando a Comadreja. ¿Comadreja me escuchas? Corto y cambio.

Oigo la voz de Leo en el *walkie-talkie* que me hicieron comprar hace un par de días. Niego con la cabeza al escuchar mi seudónimo. ¿Comadreja?

Suspiro y cojo el aparato. Me lo acerco a los labios. Miro a los lados. Espero que nadie me oiga.

—Aquí, te escucho, dime.

No contesta. Repito mi mensaje mirando a los lados. Enzo aparece por la esquina, agachándose y comprobando que nadie lo esté persiguiendo.

—Si no dices corto y cambio, no contestará.

Su voz es como un susurro. Enzo vuelve a desaparecer entre los pasillos. Odio que salgan corriendo y se escondan. Me da pánico perderlos.

Me aclaro la garganta. No sé cómo me he olvidado de algo tan «obvio» como el dichoso corto y cambio.

—Comadreja te escucha, Toro. Corto y cambio.

—Estoy en el pasillo del chocolate. ¿Qué tengo que coger? Corto y cambio.

Cierro los ojos y respiro. Aquel renacuajo sabía cómo ir solo por un supermercado, cómo llamarme y acordarse del maldito corto y cambio, pero no podía recordar que tenía que coger Nocilla para ellos y una tableta de chocolate para la noche de los sábados.

Enzo sonríe al escuchar «chocolate». En eso se parece a mí, lo adora.

—El de Lacasitos —me ruega con esa mirada hipnótica.

—Aquí León quiere chocolate con Lacasitos. También coge Nocilla, y para la Comadreja coge el de almendras.

Me detengo a pensar si podrá con todo eso. Creo que tendremos que ir de misión de rescate donde esté.

—No has dicho corto y cambio —me recuerda Enzo.

Gruño. Sí, sé que las comadreas no gruñen, pero yo lo hago, repito todo lo anterior y añado el dichoso «corto y cambio».

—Y —digo apretando con demasiada fuerza el botón del *walkie*— no te pongas en ningún peligro.

—Estoy a punto de soltar el botón cuando caigo en que falta algo—. Corto y cambio.

—Tranquila, Comadreja, no hay hienas a la vista. Corto y cambio.

¿Hienas? Quizá sean demasiado pequeños para haberles aficionado al *Rey León*. Sin duda, aquella mentalidad retorcida y fanática de las películas y de las series la han heredado de mí. Pobres, no sabían cuánto van a sufrir. Odio cuando el capítulo se termina en lo más interesante y, encima, con recochineo, te dan el avance del próximo capítulo.

—Esto..., cariño, ¿me puedes recordar porqué me llamáis Comadreja?

Parece que mi pregunta indigna a Enzo. ¿Tan tonta soy? Tengo que pasar por un herbolario y comprar pastillas para la memoria.

—Co-madre-ja —me contesta poco a poco con aire chulesco.

Ramírez, tienes un problema. Estoy perdiendo a Enzo, y este era el bueno.

Suspiro y sonrío. ¡Cómo no había caído!

—¿Se puede saber por qué yo no puedo escoger mi nombre? —pregunto con una sobreactuada indignación—. No es justo—añado, y me indigno de verdad al ver su pasividad—. Cuidado con lo que respondes jovencito, aún estoy a tiempo de devolver ese delicioso chocolate con Lacasitos.

Sonríe, y lo hace como su padre..., o como su tío..., o como no sé quién, pero esa sonrisa es *made in Cooper*.

Lo miro y aprieto mis labios. No me va a comprar con una sonrisa, da igual que sea una sonrisa bonita. ¡Dios! Estos niños hacen conmigo lo que quieren. Acepto Comadreja, de momento, como nombre en clave.

Hago como si todavía estuviese molesta y empujo el carro. Tengo que ir a por Leo antes de que se coma el chocolate en la tienda.

Estoy tan centrada en mirar a Enzo de forma amenazadora que choco contra alguien.

—Lo siento —me disculpo rápidamente antes de enderezarme—, no estaba mirando —continúo diciendo mientras noto cómo mi voz se apaga.

Siento un sudor frío en la espalda. Mi cuerpo, al parecer más hábil que mi mente, que está bloqueada, se desplaza en un intento estúpido de tapar a Enzo.

—¿Sara? —pregunta aquel hombre, que estoy casi segura de que es Ryan.

Al parecer, los años no pasan para los monumentos andantes. Él está simplemente perfecto. Con su traje entallado, con aquellos ojos verdes brillando con fuerza y su pelo bien peinado. Puedo oler su perfume, el de siempre, desde aquí. Intento reaccionar, parecer la persona en la que me he convertido. Alguien adulto, maduro, con hormonas, pero que las sabe controlar. La vida me ha enseñado a hacerlo.

Los ojos astutos de Ryan me miran incrédulos, para después pasar a observar a Enzo. Mi niño me da la mano, parece acongojado con la intensidad de la mirada de Ryan.

Tengo que reaccionar, tengo que saludar como si no pasase nada, tengo que sonreír, tengo que ir a buscar a Leo y, definitivamente, tengo que huir.

—Cielo, ¿qué te parece las diez para cenar? —le pregunta una mujer rubia a Ryan; parece estar quedando con alguien por teléfono.

Él no contesta, simplemente pasea su mirada entre ella y yo. Curioso, en esta ocasión, sé que es Ryan, sin duda, sin mirar un lunar, sin la necesidad de un orgasmo de por medio.

Sé que es él y que esa mujer lo esté tocando hace que me yerga y saque pecho.

—Mami —me llama tímidamente Enzo.

Los ojos verdes de Ryan se abren por completo. Me mira y después desvía la mirada hacia el niño. Le mantengo la mirada, desafiante. Me he imaginado muchas veces el reencuentro con Ryan, pero nunca me lo figuré así. Siempre yo acababa llorando y pidiendo perdón, pero, esta vez, no

me siento así.

Soy más como una leona cuidando de su cría (sabía que Comadreja no podía ser mi apodo). Me siento poderosa, aunque no sé por qué. Siento la rabia hirviendo en mis venas. Lo miró allí, con su novia (porque seguro que es su novia) y siento que él también me falló. Yo lo hice mal, eso es así, pero él también.

Ryan se gira y mira a la rubia, al parecer sin saber qué decir.

Miro cómo se afloja el nudo de su corbata.

—¿Podrías esperarme en el coche? —le pregunta a la chica.

Analizo la reacción de su pareja. El tono de Ryan es serio, cosa que a ella la ha alarmado, al menos eso es lo que parece. Quizás nunca había sido tan cortante con ella. De hecho, conmigo no lo fue hasta que me dejó, en la cama, desnuda y jadeante.

Ella duda. Una parte de mí quiere que se niegue. Me siento fuerte, pero no estoy preparada para mantener una conversación de ese tipo con él, y mucho menos aquí, en un supermercado y con mi hijo delante.

¡Por Dios! Tengo que ir en busca de Leo.

La rubia me mira. Está claro que tiene los pechos operados. No tengo nada en contra de las mujeres de pechos operados; es más, en muchas ocasiones los envidio. Tan bien colocados y redonditos, son perfectos; sin embargo, me resulta chocante que Ryan esté con ella. Me suena y no sé de qué. Comprendo que el sentirme así no tiene nada que ver con que ella esté operada o no. Tal vez una escondida parte de mi subconsciente pensaba que él no habría rehecho su vida, pero ¿cómo diablos iba a esperarme durante casi cinco años? Es de locos.

La «cielo» se gira y se va contoneando sus caderas, no sin antes echarme una última mirada.

—¿Estás casada? —me pregunta Ryan, directo y con su fría indignación aflorando en sus facciones.

—Hola, Ryan, cuánto tiempo. ¿Qué tal te va? —contesto con una sonrisa en la cara y la ironía brotando en mis labios.

El sonido de su carcajada resuena en mis oídos. Sus ojos brillan, no de alegría, por supuesto, pero él niega con la cabeza mientras sigue riendo.

—Esta vez no te has confundido —contesta sin dejar de sonreír, a pesar de que su mirada no lo está haciendo—. Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—No te acerques a mi madre —ordena Leo de forma autoritaria, mientras deja las chocolatinas en el interior del carro.

Él, como siempre, tan mandón y valiente.

Trago saliva al comprender que Ryan no es tonto. Imagino que cuando vio a Enzo ya dudó, pero ahora, al ver a su hermanito, idéntico, tendría todavía más motivos para pensar que son suyos.

Ryan pierde el color de su cara, ya no ríe, simplemente mira atónito a mis dos hijos. Tiene la boca un poco abierta. Y yo que pensaba que la expresión «quedarse con la boca abierta» era una cosa que se decía por decir... Bueno, en realidad, en alguna ocasión he encontrado a Enzo con la boca ligeramente abierta cuando se queda embobado viendo dibujos, pero hasta ahora no lo había visto en un adulto.

Leo, con su forma de ser tan chulesca, cruza los brazos a la altura del pecho y veo que mueve inquieto su pie derecho.

Dios, que no le patee la cantimplora del pipí, que no lo haga.

—Leo —lo llamo con un ligero temblor en mi voz.

—¿Sabe algo de esto James? —pregunta claramente indignado.

Niego con la cabeza, al tiempo que me molesto por cómo lo ha llamado. ¿«Esto»? Son mis hijos, vale que quizá también sean de él, pero son niños, seres vivos e inocentes.

Tomo a Leo del hombro y lo arrastro hasta mi lado.

Tengo demasiada información viajando por mi mente en este momento. ¿Ryan y James no se hablan? ¿Qué estará pensando Ryan? ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer?

—¿Quién es el padre? —pregunta mientras su palidez aumenta.

—Yo no tengo padre, y tampoco quiero ninguno. No molestes a mi madre.

Leo, como siempre tan ajeno al peligro que conlleva hablarle de esa forma alguien mayor.

Por Dios, ahora no puedo inventarme otra vida, una en la que conocí a otro hombre, uno encantador y buen follador, uno que me enamoró locamente y me dejó embarazada unos meses después de que él y yo cortáramos. Una historia llena de casualidades. Yo y un novio nuevo; y luego embarazada de gemelos. ¿Qué? Podría ser verdad, pero no, mi hijo y su sinceridad han aparecido.

—Mamá —me llama Enzo tirando de mi camiseta, creo que va a llorar.

Siento dolor en el pecho por que mis hijos se vean en una situación como esa. Saco las uñas, ya que una madre saca las uñas por sus hijos.

Y no, está más que claro no soy una comadreja, soy una leona. Después deberé aclarar el tema de los nombres.

—Creo —digo con contundencia, para que le quede claro— que este no es momento ni lugar para hablar de esto. No tienes vergüenza.

Lo acuso, presa de la ansiedad que estoy sintiendo.

Tomo a Enzo por debajo de las axilas y lo meto dentro del carro. Hace tiempo que no lo hago, pero lo necesito. Quiero huir y con dos niños es bastante complicado. Estoy inclinada para repetir el procedimiento con Leo cuando Ryan me contesta.

—¿Vergüenza? ¿En serio? ¡Esto es increíble! ¿Me vas a dar tú clases de moralidad? —Se calla cuando se da cuenta de que no puede continuar hablando delante de los niños, o al menos, eso es

lo que creo.

Camina desesperado de un lado a otro del pasillo (y eso que no es muy ancho); se despeina, como siempre hacía cuando estaba enfadado o nervioso. Es curioso, hay cosas que no cambian.

Me mira, y yo, no sé por qué, me quedo quieta observándolo. Debería continuar con el plan de huida, ese plan parecía maravilloso. Siento ganas de vomitar, sé que son los nervios, que se están adueñando de mi estómago. Intento respirar y parecer impasible.

—¿Por qué no llamaste? —me pregunta finalmente, y siento que algo se rompe dentro de mí cuando veo la desesperación en su mirada. Ya no veo rabia, veo dolor, sufrimiento.

—No quiero hablar ahora —contesto de forma demasiado fría, aún con las manos puestas en los hombros de Leo.

Pero la verdad es que no puedo. Mis niños lo miran, uno con miedo y el otro con rabia. Siento que mis piernas flojean. La ansiedad me está dominando. No puedo dejar que eso suceda.

Tengo que ser fuerte y parecer entera. Me voy a ir a casa, voy a meter a los niños en la bañera y una vez que se acuesten, lloraré.

—Vale, entonces, ¿cuándo? ¡¿Cuándo se gradúen?! —grita Ryan.

Está enfadado, muy enfadado. Pero ¿qué esperaba? ¿Que saltase de la alegría? ¿Que se olvidase del daño que le hice? ¿Que abriese sus brazos y nos abrazase como si nada hubiese pasado?

No, eso no sería real, no sería lógico.

Leo no sabe nada de lo que ha pasado, solo está viendo como un tipo está gritando a su madre. Eso el Toro no lo permite.

Va hasta él y le suelta un puñetazo en la entrepierna.

Ryan se dobla con un pequeño pero sonoro quejido.

Corro para detener el próximo ataque de Leo. Lo tomo del brazo y lo aparto como puedo. —¿Qué te he dicho de pegar? —le regaño mientras escucho que Enzo me llama.

—También me dices que no se puede gritar y él lo estaba haciendo. ¿Por qué no se lo dices a él?

—No me contestes —le digo enfadada—. Ahora ve y pídele perdón.

Leo se gira a regañadientes. Es algo que lleva mal, es demasiado orgulloso como para pedir perdón, pero sabe que tiene que hacerlo. Va hasta Ryan y sin mirarlo a la cara le pide perdón con un susurro.

Ryan, al parecer todavía dolorido, se agacha para ponerse a su altura.

—Está bien que defiendas a tu madre, eso es de buen hijo —comenta en un momento que yo veo como algo tierno y demasiado sensible.

Creo que voy a llorar, me giro para que no me vea y me topo con la mirada tranquila de Enzo.

—¿Me regalas una sonrisa, mami?

Capítulo cinco

Heridas y cicatrices

El tiempo puede sanar las heridas, pero las cicatrices siempre nos recordaran el pasado.

ANÓNIMO

—Bueno, entonces, ¿cuándo quieres quedar?

¡Dios! No puede simplemente olvidarlo, no. Él tiene que insistir.

—¿Quieres venir a mi casa esta tarde? —pregunta Enzo con su tono de voz tímido. No, no y no.

¿Por qué le invita?

—Celebramos nuestro cumple.

—¿Qué te ha dicho la mama? —le pregunta molesto Leo—. Nada de invitar a desconocidos a casa, ni comer nada de desconocidos, ni dar la mano a desconocidos.

Me he quedado muda, mi lengua debe de haberse suicidado.

Mi cabeza intenta pensar rápido, pero me siento como un caracol, lento y baboso. Y las babas no tienen nada que ver con el sexo, no, para nada. Simplemente es porque Ryan parece estar enamorado de Enzo. Ambos se miran a los ojos y parece que el resto del mundo no esté.

—¿Quieres que vaya? —pregunta ajeno al peligro en el que se encuentra: Leo está cerca y es un cabezota.

—No van chicos a nuestro cumple, solo tía Raquel y Esther.

Leo, como siempre, sigue encabezonado con la territorialidad.

—¿De verdad quieres que vaya? —pregunta Ryan, que se aclara la garganta—. Pero, bueno, antes tengo que preguntárselo a tu madre.

Es muy bonito ver a Ryan hablarle a Enzo, es tan sensible y delicado con él que mis labios no pueden evitar estirarse. Los ojos verdes de Ryan brillan llenos de sentimientos, hasta que me miran; entonces, se congelan.

Bien, siente amor por él, por mí no, pero eso ya lo sabíamos.

Me sudan las manos, pero yo sé fingir indiferencia. ¿Verdad?

¿Qué me va a decir? ¿Quiere autoinvitarse a casa? ¿Por qué acepte celebrar de nuevo el cumpleaños?

Intento mantener el pánico que estoy sufriendo. Sé que voy a tartamudear, así que toso.

—Claro que tenemos que hablar —digo sin gota de temblor, pero odio esa afirmación—, mejor te doy mi número y hablamos.

Al terminar la frase, recapacito. ¿Le estoy dando mi número? ¿Creerá que estoy coqueteando con él? Porque la respuesta es: no. Yo ya no juego en esa liga, soy madre y... ¿Qué más da? Sigue

siendo guapo, guapo a morir. Es un dios en una versión mejorada. Los años le han dado ese toque todavía más interesante, pero tiene novia. ¡La novia!

—Recuerda que tienes a tu novia esperándote en el coche, ya sabes lo que dicen..., no se tienen que dejar las mascotas en el coche, que se pueden asfixiar.

Aprieto los labios, creo que acabo de llamarla perra. ¿En qué clase de mujer me he convertido? Ella no tiene culpa de nada. Bueno, por si acaso, mejor prevenir.

Ryan me mira fijamente. En otro momento de mi vida, estaría pensando en la posibilidad de que estuviera intentando seducirme, pero sé, el mundo entero sabe, que eso no está ocurriendo.

Y creo que este momento lo voy a nominar al más tenso del año. No sé qué decir. ¿Qué quiere? Ah, el número. Sí. ¿Cuál es mi número? Tengo que hablar, no quiero que piense que todavía tiene ese efecto en mí, porque no lo tiene.

—Mi número... —digo y no soy capaz de recordarlo—. Mejor te voy a dar una tarjetita con mi número. La tengo en el bolso —digo sin casi parar para respirar—, bueno, no la tengo por ahí perdida dentro del bolso, está dentro de la cartera, en el tarjetero que me regaló mi madre..., bueno, en realidad, fue un regalo de los niños, pero obviamente ellos no tienen dinero e hicieron que mi madre lo comprase, pero lo que importa es la intención, ¿verdad? Tengo la boca seca.

Ryan me mira y creo ver como su ceja izquierda está ligeramente más arriba que la derecha, pero no lo juraría del todo. Necesito agua, pero beber en ese momento quizá sea un acto desesperado.

—Mami, toma.

Bajo la mirada hasta el carro dónde todavía tengo a Enzo, que me tiende la tarjeta. Mi niño. Después de un nanosegundo de ternura acumulada hacia él, tomo la tarjeta con un gracias y me giro para tendérsela a Ryan, pero él no me está mirando. ¿Para qué?

Ryan mira a Enzo, que le sonrío. Tengo que recordarle a mi hijo que no puede ir por la vida siendo tan sumamente encantador, eso le traerá problemas.

—¿Te gusta? —pregunta haciendo girar el tarjetero para que él lo vea. Ryan asiente—. Lo escogí yo.

Enzo lo dice con orgullo, y creo que ha conectado con Ryan de una manera especial, fuera de lo habitual.

—Es muy bonita.

—Yo también la escogí —añade Leo, acercándose hasta el carro, aparentemente sin ningún interés en volver a golpear a Ryan. Noto algo de celos en su tono de voz. Quizás quiere algo de atención. Es normal. Ryan y Enzo parecen estar solos en ese momento.

Ryan toma la tarjeta de la mano de Enzo. Le dedica una sonrisa y, antes de mirarme, le pasa la mano por el pelo a Leo.

—¿Quieres que llame a James y hablamos los tres? —me pregunta, y vuelvo a sentir náuseas—. ¿O hablamos primero tú y yo? O hablas con él. —A medida que él iba hablando su cara iba recobrando el color para pasar a un rojo intenso, estaba enfadado—. ¿Con quién tienes que hablar?

Esa es una buena pregunta, pero prefiero guardarme para mí ese pensamiento.

¿Qué quiere que le responda? Si lo supiera, se lo habría dicho hace cinco años..., o quizá no, no lo sé. Soy una maldita cobarde.

Pero, en este momento, no existen las cobardías. Tengo que coger el toro por los cuernos. Nunca mejor dicho.

—Si quieres que tú y yo hablemos, lo haremos. Ha pasado mucho tiempo desde que lo hicimos por última vez. Me refiero a hablar, ya sabes —añado con las mejillas acaloradas—. Y no, no necesito a tu hermano para hablar contigo.

Ryan se muerde la lengua, sé lo que está pensando, yo misma me atacaría de forma vil y cruel. Hace tiempo que no hablamos, y tampoco debería haber necesitado a su hermano en mi cama, pero es lo que pasó. En mi cama, en la ducha, en un banco. En diferentes sitios donde la tentación hizo de mí y de mi cuerpo su tumba.

Siento curiosidad por saber de James. ¿Qué habrá sido de él? ¿También tendrá novia? ¿También me guardará tanto odio? James, él ha sido mi error; hizo que mi vida, la que parecía perfecta y feliz, se fuese al traste. Y por él no me hago los dichosos análisis. Tengo miedo, miedo a qué dirán. No quiero que un papel dicte mi destino. Sí, estoy siendo egoísta.

Lo sé, pero no vi otra opción.

Una parte de mí sabe que quizá James fue lo mejor que me pasó, que mi vida no estaba destinada a estar con Ryan, que sin él aún no sabría lo que era un verdadero orgasmo... o quizá sí, nunca lo sabré.

Sin embargo, ahora mismo lo único que me importa son mis dos hijos. Ellos y yo... sola. Y sí, lo sé, Ryan y James también tienen derecho a saber de su existencia y a averiguar si son sus hijos... Pero ¿de quién son hijos? No lo sé.

—Yo no me hablo con mi hermano desde..., bueno, ya sabes desde cuándo no me hablo con él, pero creo que debería saber esto. Si es necesario, lo llamaré. Joder, ¿por qué no llamaste Sara?

La voz de Ryan se rompe con la última pregunta. Entonces siento que las náuseas desaparecen. Mi garganta parece querer cerrarse, duele y siento como mis ojos se inundan de lágrimas.

—No, ahora no —me dice al ver que estoy a punto de echarme a llorar—. Después hablamos.

Nos miramos, pero, por mucho que él dijera que no, mis lágrimas ya caen por mi cara. Me limpio enseguida con el dorso de la mano. Las madres no lloran, al menos no delante de sus hijos. Las chicas grandes no lloran, como dice la canción, y yo no puedo hacerlo, no aquí en medio.

Agacho la mirada para tomar aire cuando siento que unos brazos me rodean. Ryan me está abrazando, sí, lo está haciendo y yo me dejo abrazar. Mi cabeza se inclina, apoyándose en su pecho. Respiro su perfume, que me calma.

—Ya está —me dice, y me da un beso en la cabeza antes de separarse.

Mi corazón, lleno de cicatrices, se hincha en busca de sentimientos que almacenar.

—Puedes venir a la fiesta, pero no abrases a mi madre.

Leo, como siempre, tiene que decir la suya.

Me aparto sintiéndome incomoda. ¿Por qué nos hemos abrazado? No es momento, ni lugar, ni vida para hacerlo.

—Luego te llamo y hablamos —me dice con tono decidido; el hombre de negocios ha aparecido de nuevo—. Vosotros dos, cuidado a vuestra madre.

Y, tras soltar esa frase, se gira y se va. Y yo lo miro irse y siento que todo en mi vida está fuera de lugar.

—Gracias, mamá —me dice Enzo

Me giro y lo miro.

—¿Por qué, cariño?

—Por regalarme una sonrisa.

Mi mano sube a toda velocidad hasta mi boca. ¿Estoy sonriendo? ¿Por qué? Que él me abrace, que fuese simpático con ellos..., eso no cambia nada. El tiempo cura las heridas, pero no borra las cicatrices. Y ambos estamos marcados de por vida con una marcada y oscura cicatriz.

—Comadreja, tenemos una fiesta que preparar. Corto y cambio.

«Después te llamo», me ha dicho. Sin embargo, la palabra «después» puede abarcar un periodo de tiempo bastante amplío. Estoy con el trapo en la mano, algo típico en mí. Cuando estoy nerviosa barra enfadada, me pongo en modo limpieza. Todo lo tengo que limpiar, todo lo tengo que cambiar.

Miro el móvil de reojo, no sé por qué me siento tanta ansiedad ante su posible llamada, si no sé qué decir. ¡Vamos! Me estoy comportando como una quinceañera cuando debería ser toda una mujer. ¡Lo soy! Soy una mujer responsable, trabajadora, con dos hijos que saco adelante yo sola, pero mi remordimiento me habla, más bien me grita, y para él solo soy una cobarde.

Estoy colocando bien las fundas del sofá (benditas fundas, no sé cómo estaría mi sofá sin ellas) cuando siento que vibra algo. Cojo el móvil con las dos manos y lo miro. No, no ha vibrado. Estoy paranoica. Decido dejarlo dentro del bolso. ¿Por qué tengo que tenerlo a mano?

Enciendo la tele y busco un canal musical. Miro por la ventana, los niños están jugando, sus risas son chillonas, pero lo importante es que son felices.

Me parece escuchar el teléfono, cojo el mando y quito el volumen de la televisión. No, no está sonando. Me estoy volviendo loca.

«Sara, no va a llamar», me digo a mí misma. Ha tenido un momento de debilidad cuando ha visto a los niños, quizás haya sentido el instinto paternal aflorando por sus venas, pero cuando ha llegado a su coche y ha visto a su mujer se lo ha pensado mejor. ¿Para qué destrozar su vida?

Cojo el trapo y limpio con más fuerza. Maldigo en mi mente cuando suena el teléfono. Miro de reojo, mi imaginación es cruel. El teléfono sigue sonando y voy hasta el bolso a toda prisa. Descuelgo apenas sin aliento.

—¿Sí? —digo, y me odio por sonar alterada.

—Hola —contesta seco, pero parece no estar frustrado con su vida.

—Hola, ¿qué tal? —contesto, y sí, esto es surrealista. «Hola, ¿qué tal?». ¿En serio he dicho eso?

Me siento extraña, en vez de ser una conversación fría y dura, tal y como debería ser decirle a alguien que eres madre y que puede que él sea el padre o que puede que lo sea su hermano... No tengo esa sensación. Es más parecido a cuando hablas con alguien por primera vez, alguien que has conocido por un *chat* o algo así, alguien con quien tienes mucha ilusión por hablar..., y sientes nervios, pues así me siento yo. Soy rara, lo sé.

—Bueno, realmente estoy algo confundido. Y mira que yo no suelo confundirme —dice, y se aclara la garganta.

No entiendo si es una broma. ¿Ryan bromeando? O directamente es un puñal en mi espalda. Siempre igual, vale que lo confundí, pero no aprecia que ahora no lo hago. Hay que ser más positivos.

—Bueno, de los errores se aprende —contesto, y aprieto mi mandíbula antes de decir cualquier cosa más.

La sensación mágica que creía estar sintiendo se ha esfumado, ahora estoy nerviosa. Siento que me arde el pecho, igual que mi cara; mis manos se enfrían. Rabiosa, estoy rabiosa.

El silencio al otro lado del teléfono se corta cuando él habla.

—Dicen que el ser humano es capaz de tropezar dos veces con la misma piedra.

Me gustaría añadir alguna coletilla, simplemente porque me gusta terminar las frases de los demás, pero no lo hago.

Me quedo callada. ¿A qué viene esa frase? ¿Para qué me ha llamado? ¿Para echarme en cara lo que no hizo hace cinco años? Pensaba que el tiempo lo curaba todo, pero, al parecer, había orgullos que no se podían curar ni en cien años.

Me siento incómoda con el silencio.

—Sé que estás en tu derecho de echarme cosas en cara, pero creía que me llamabas para preguntar, no para darme lecciones sobre lo traidoras que pueden ser las piedras.

Me callo, sé que mi tono ha sido frío, pero no tengo otro para emplear.

—Vale, pues pregunto. ¿Son de James?

¿En serio he dicho que me preguntase? ¿Por qué? Su pregunta es directa, no se ha andado con rodeos estúpidos. ¿Para qué? Noto que le molesta pronunciar el nombre de su hermano. Eso me duele.

Yo sabía el rencor que había entre ellos. James, el cretino, el que siempre había perseguido a todas las mujeres. ¿Por qué no pudo dejarme en paz? Pero una parte de mí piensa que el cretino también tenía corazón, y sí, estuvo mal lo que hicimos, pero al menos James vio más allá del sexo. Que sí, que lo tendría que haber aprendido con otra persona, pero la tentación fue demasiada y sin querer terminé amándolo.

Nunca imaginé que se pudiese amar a dos personas a la vez, pero eso fue lo que pasó. Y, en este momento, siento pena por ambos y necesito saber cómo está James.

—No —me contesto a mí misma en voz alta, no necesito saber nada de nadie, ¿verdad? Dios ahí están las dudas traicioneras de nuevo—. No lo sé.

Ryan no dice nada.

Sé que tiene que ser duro saber que tu novia te es infiel, y más duro todavía que te sea infiel con tu hermano, tu hermano gemelo, pero peor es que te sean infiel sin tomar ningún tipo de precaución.

Soy un desastre. Los calentones están más que claro que no me sientan nada bien.

Ryan sigue callado y, en esta ocasión, el silencio se está alargando demasiado.

—Lo siento —digo, y de verdad lo lamento. Nunca quise hacerle daño a nadie, pero, siendo egoísta (para variar), tengo que admitir que no me arrepiento, porque mis hijos son lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Por qué no llamaste, Sara? ¿Por qué, maldita sea, no te comportaste como un adulto? No es una conversación para tenerla por teléfono, pero me alegro de que sea así. Así él no me verá llorar de nuevo.

Intento hacerlo en silencio.

—Porque tenía miedo —admito—. Tengo miedo.

—¿Sabes, Sara?, yo también tengo miedo, tengo miedo de ser padre y de haberme perdido cinco jodidos años de sus vidas. Tengo miedo porque pensé que había superado lo nuestro, pero te he visto hoy y he sentido un nudo en el estómago. Tengo miedo de tener que llamar a mi hermano y veros a los dos en la misma jodida habitación..., pero aquí estoy, llamándote, afrontando los problemas de cara, sin huir, porque esto no es una de las putas series a las que estás enganchada. ¡Esto es la vida real, Sara! Es mi vida, y tú no eres nadie para decidir si yo quiero ser padre o no. No eres nadie. ¿Lo entiendes? ¡Maldita sea!

Siento rabia, pena, dolor. Todo junto. Todo junto taladrando mi pecho, abriendo cicatrices.

—¡No soy una cobarde! He tenido a mis dos hijos yo sola, los he mantenido yo sola. Además, si no soy nadie para decidir nada, haberte puesto un puto condón.

—¡Lo has hecho sola porque has querido! Huiste. Jodiste mi vida en su momento y ahora lo vuelves a hacer. ¡Te acostaste con mi hermano! ¿Cómo pudiste? ¿Cómo tuviste la sangre fría para hacerlo? ¡Perdón! De sangre fría nada, la tuviste ardiendo.

Siento como con cada una de esas palabras arranca una a una las grapas que yo le había puesto en mi corazón. Sé que tiene razón, lo sé. He tenido pesadillas con todas estas acusaciones. He revivido cada uno de los momentos, pero eso no quita que me duela.

Que estoy aquí, de pie, sola, aguantando todo lo que me está diciendo. Que sabía que algún día llegaría este jodido momento, lo sabía, pero nunca pensé que fuera tan directo y desgarrador. Y, como buena leona, no me puedo quedar callada y esperando a qué él continúe. Porque sí, lo hice mal, pero él también.

—Dímelo tú, cielo —digo imitando la voz de la rubia—, porque tú no te quedaste atrás.

—¿Cómo? —responde ofendido.

—Sí, tú, el santo. Yo pude ser una estúpida, y sí, me acosté con tu hermano. Lo hice, lo admito, pero tú viniste con la sangre fría, como tú dices; helada, diría yo. Viniste, me follaste y después me dejaste. Dime, ¿qué pensabas mientras lo hacías? ¿Pensabas en que cara pondría cuando me dejases?

Silencio. Está siendo terrible. Me siento aterrada. Después de esto no habrá nada más. No habrá reconciliación. No después de que nos digamos lo que el uno piensa del otro, y de mala manera.

—Pensé en que te iba a echar de menos, en lo difícil que iba a ser decirte adiós, en si todo aquello había sido culpa mía, en si yo no era lo suficientemente bueno como para que tuvieses que buscar a mi hermano... Pero cuando te vi disfrutar de aquella manera, cuando te vi poner los ojos en blanco..., pensé que solo tenías que habérmelo pedido, y no ir a otro. No puedo dejar de llorar.

—Yo no lo busqué —me defiendo—. Él se hizo pasar por ti y os confundí. Sé que estuvo mal, pero lo hice. Os confundí.

—¿Cuántas veces te acostaste con él, Sara? ¿Cuántas veces te confundiste, Sara?

No contesto, no quiero hacerlo. No necesito hacerlo. Sé que lo hice mal y que no hay excusa para lo que hice.

Trago saliva y me sorbo la nariz.

—Bueno, el pasado, pasado está.

La puerta del comedor se abre y Enzo entra corriendo. Leo le sigue y su expresión cambia al ver mi cara.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta Leo.

Me sorprende que me llame «mami». No suele hacerlo, pero, al parecer, le ha salido el modo tierno.

—Nada, lloraba de la risa —digo para quitar hierro al asunto.

Mis hijos no han de tener preocupaciones, ellos no tienen culpa de nada.

—¿Con quién hablas? —pregunta Enzo.

—Con Ryan —contesto, y me doy cuenta de que ellos no saben su nombre—. El chico del supermercado.

—Quiero hablar con él.

Dudo, no sé si quiero que ellos hablen, no sé qué hacer. Me siento confusa, quiero huir, pero no soy una cobarde. Además, necesito este trabajo, es nuestra oportunidad. Encontrar un trabajo de lo que una ha estudiado es muy complicado y he tenido la suerte de encontrarlo.

Enzo estira su mano y coge el teléfono. Sonríe y va hasta el sofá para sentarse.

—Hola —saluda con la emoción brillando en su voz—. ¿Qué haces?

Siento curiosidad por ver qué dice, por comprobar cómo reacciona. Esto es tan nuevo para todos. Como quien no quiere la cosa, me siento en el sofá. Intento escuchar lo que dice Ryan al otro lado de la línea, pero no lo consigo.

—¿Vendrás a la fiesta?... Claro que quiero que vengas... ¿Mamá?

No, quiero negar con la cabeza. No quiero que lo invite, ¿por qué lo hace? ¿Sentirá una conexión padre e hijo? ¿Será Ryan su padre? ¿Qué dicen de mí? Dios, que Ryan no le diga que cree que es su padre, no puede decírselo. No, no lo hará. Ryan es un hombre adulto y maduro. ¡Dios, qué nervios!

—Yo creo que ella también quiere que vengas. Hoy en el supermercado sonríe cuando te fuiste.

No, no ha dicho eso. No lo ha dicho.

Mis mejillas arden.

Lo señalo con el dedo índice, quiero que se calle, que no hable.

—Sí, está aquí. Está roja como un tomate. —Enzo se ríe, y Leo le acompaña, aunque no parece contento por aquel nuevo invitado a la fiesta.

—Toma —me dice Enzo mientras me ofrece el teléfono.

Lo cojo y me lo llevo al oído con un ligero pero permanente temblor en la mano.

—Sí —digo, por decir algo.

—¿A qué hora es la fiesta?

Inspira y espira, inspira y espira.

Es un buen momento para recordar las técnicas de respiración que me ayudaron durante el parto.

Capítulo seis

La fiesta

En las fiestas no te sientes jamás. Puede sentarse a tu lado alguien que no te guste.

GROUCHO MARX

El pie de Raquel golpea el suelo y ese sonido me pone nerviosa, muy nerviosa. Noto el peso de su mirada, pero no encuentro la forma apropiada para explicarle que es lo que ha sucedido. Se me da mejor escribir, pero quedaría mal que le enviase un *e-mail* si la tengo delante.

Esther también está aquí, pero parece bastante entretenida mirándose en el espejo.

—¡Escupe! —me ordena Raquel, últimamente está un poco mandona.

—No sé por dónde empezar —termino diciendo.

—Por el principio, Sara. Es obvio —comenta Esther mirándome desde el reflejo del espejo. — Bien —digo irónica—, según mi madre, mi parto fue difícil. Era un día nublado... —Sara!

—me regaña Raquel—. La última vez que te costó tanto arrancar fue para decirnos que estabas embarazada. No creo que tengas nada peor que contarnos, cariño.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Esther.

La rubia llega hasta mí y sus tacones resuenan en el suelo. Por cierto, bonitos zapatos. Su vestido de color azul eléctrico es algo atrevido. ¿Por qué ha venido así a una fiesta de unos niños?

—¿Estas embarazada de nuevo? —pregunta Esther sentándose en el sofá y cruzando las piernas con una agilidad digna de modelo.

—No —respondo indignada—. No tengo sexo desde hace años. ¿Cuántos han pasado? ¿Cinco? No estoy para nada embarazada, créeme.

Ella suspira tranquila, se pasa la lengua por los dientes y me mira fijamente. Raquel, por su parte, cambia el peso de su cuerpo y continúa acechándome con su expresión.

—¿En serio que no has tenido nada de sexo? —me pregunta impactada con su ya típico efecto retardado Esther.

Bien por mí, quizá no quiera hablar de Ryan, cosa bastante estúpida, porque aparecerá en cuestión de media hora, y entonces tendré que explicarlo sí o sí. Pero es que, además de eso, ahora Esther me va a avasallar con su agenda de chicos dispuestos. Y yo no estoy para eso. He aprendido que en esta vida el sexo no es importante... Bueno, sí que es importante, porque tu vida se jode por el sexo. En las parejas, aunque digan que no, el sexo es lo fundamental. Si el sexo va mal, la pareja va mal.

No nos engañemos, pasa. Y da igual si es la mujer la que no está con ganas de hacerlo. Señoras, todas sabemos que nuestro organismo no se enfría. Se enfría cuando no tienes buen sexo, sea por el motivo que sea. La culpa no es de la mujer, es de los dos.

En una ocasión, cuando todavía trabajaba en la cafetería, un señor de cierta edad media me contó que frecuentaba prostíbulos. Yo me quedé parada, pues no es una información que se va regalando así como así, y mucho menos a una mujer. Sin embargo, él me lo contó de un modo natural. Yo, como siempre metiendo la nariz dónde no me importa, le pregunté por qué lo hacía. Es una información chocante. Él estaba felizmente casado..., bueno, o quizá debería decir casado a secas. Me contestó que las mujeres nos enfriamos llegadas a una edad. ¡Y una porra, señor! Bueno, no le contesté eso directamente, pero sí que saqué a relucir mi vena defensora de la mujer y de su sexualidad no helada.

Le comenté que quizás él no se lo hacía bien a su mujer, tal vez por eso ella no quería tener sexo.

Sí, lo sé, fui cruel, pero... ¡Podía ser así! Él y su ego se ofendieron y su respuesta fue de lo más graciosa. ¿No va el hombre y me contesta que las mujeres no se le habían quejado? ¡Cómo se van a quejar si les pagas! Contesté y su cara fue un poema. Pobre hombre, ya no me daba mucho tema de conversación.

—Sara, que te me pierdes, ¡cuenta de una vez!

—Ryan va a venir a la fiesta —contesto de forma atropellada—. ¿Queréis un poco de agua, Coca Cola, ginebra?

—Con lo que me costó que mantuvieras las piernas abiertas —se lamenta todavía Esther—. Sé que debí enseñarte lo de «póntelo, pónselo», pero pensé que esa parte ya te la sabías.

—Esther, cambiamos de tema, viene Ryan. ¿Por qué? ¿Se lo has contado? ¿Qué ha dicho? ¿Está feliz? ¿Sigue estando bueno? —Raquel toma aliento después de soltar todo aquello.

Entiendo que estén alucinadas, por eso propuse lo de tomar ginebra; tal vez con un poco alcohol lo veamos todo más claro. No, nada de alcohol, soy una madre responsable. ¿Qué le pasa a mi cuerpo? Es verlos y hacer que tome decisiones precipitadas y malas, muy malas.

Me paro a pensar en las preguntas que me ha hecho Raquel, quien no para de remangarse el jersey de color lila.

—Enzo le ha invitado. No ha hecho falta que le cuente nada, es listo, sigue siendo listo. No quieres oír o, mejor, no quiero repetir todo lo que ha dicho, pero, bueno... No sé si es feliz o no. Y sí, sigue siendo guapo.

—Hay una cosa que no entiendo —interrumpe Esther.

¿Solo una? Todavía quiero el premio a mejor madre barra mejor amiga del año, pero, en ocasiones, mi amiga me pone demasiado difícil no contestarle obviedades.

—¿Por qué lo ves? ¿Hace cuánto que has vuelto? ¿Dos semanas, tres? Yo sigo en Madrid desde

que te fuiste y no lo he visto.

—La vida es así de simpática —contesta Raquel.

Me quedo callada. Ya lo saben, ya lo he dicho, pero sigo estando nerviosa. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Estoy bien vestida? ¿Tengo que preparar un pastel más grande?

—Bien, hay que prepararte.

Esther se levanta y camina con sus tacones con una habilidad innata. Rebusca en su bolso. Parece tener problemas para encontrar lo que quiera que esté buscando. Al fin una sonrisa de victoria adorna su cara, tan perfectamente maquillada. Su mano sale del bolso y parece tener una llave en ella. Sale del salón y vuelve a entrar con un maletín plateado.

—¿Me vas a maquillar? —pregunto entre esperanzada y horrorizada.

—Bien, préstame atención.

Me muero..., o al menos estoy dejando de respirar. Esto no me puede estar pasando.

Esther, bien vestida y bien maquillada, saca de su intrigante maletín plateado lo que parece un pene de plástico y para, más inri, de un tamaño considerable.

¿Qué narices está haciendo? Miro a los lados esperando que los niños no aparezcan.

—Toma —dice, y me ofrece lo que parece un preservativo.

¿Me está dando un preservativo? ¿Ahora? ¿Aquí?

—Tienes que practicar y ponérselo a Jota.

Tomo el consolador en mi mano, casi no puedo cogerlo con una sola.

Un momento, ¿Jota?

—¿Jota? —pregunto, y siento que mi cara arde.

—¿Qué quieres? En la intimidad le llamo James, pero, formalmente, para mis reuniones de *Tupper Sex*, es el modelo Jota. Lo siento, cielo, yo me acosté antes con tu excuñado. Y, como es muy bueno y este consolador también lo es...

Sudo, estoy sudando. Mi corazón parece estar bombeando de forma desesperada contra mi pecho.

Miro a Jota, ¿en serio? Bueno, miro el consolador y tomo el preservativo. ¡Y un

cuerno! No pienso hacerlo.

—Tienes que hacerlo, Sara, olvídate del nombre, pero práctica. Tu libido va a subir, lo sé, y tienes que follar, nadie te dice lo contrario, pero hay que ser precavida. Además, hemos de trabajar tus paredes.

Miro a la habitación. ¿Qué le pasa a la decoración? Me estoy volviendo loca. Sé poner un preservativo; otra cosa es que se me olvidase la pastilla. Por Dios, no estoy teniendo esta conversación.

Esther saca unas bolas de su maletín. ¿Para qué necesito eso?

—Tenemos que ejercitar tu suelo pélvico. Has sido madre, eso lo tienes que tener demasiado ancho. Te explico, estas bolas están unidas por un cordel; dentro hay otras bolas más pequeñas.

Esto hará que tus paredes estén más fuertes. Póntelas y camina.

—Es una broma, ¿no?

No me lo puedo creer, esto no está pasando. No puede estar pasando, no en la fiesta de cumpleaños de mis hijos. No.

—¿Tengo cara de que sea una broma? No, Sara, esto hay que hacerlo.

Niego con la cabeza. No pienso ponerme eso.

Esther se acerca a mí y me entrega las bolas.

—Solo diez minutos, después te las quitas.

Y no sé cómo ni por qué, pero estoy en el baño colocándome estas bolitas, por llamarlas de alguna forma. ¿Por qué me importa como esté mi suelo pélvico... o cómo se diga eso? Diez minutos, solo diez minutos. Ryan llegará dentro de veinte; tengo diez minutos de margen para quitármelas, lavarlas y deshacerme de ellas. Consigo ponérmelas, para mi sorpresa no es tan difícil.

Me las coloco y me levanto. Oh, Dios, se me van a caer. ¿Tan grande se me ha quedado eso?

Cruzo las piernas en un acto instintivo. Tomo aire. Solo tengo que caminar un rato, ¿qué son diez minutos? Descruzo las piernas lentamente y doy un paso. Noto que la bola está en mi interior, y que parece que va a caer, pero no lo hace.

Es una sensación extraña. Salgo del baño y voy hasta el comedor. Mi caminar es raro. Por una vez parezco una modelo contoneando las caderas. Sin embargo, la verdad es que solo estoy intentando no perder las bolas; sería algo frustrante que cayeran rodando. Bueno, caer no caerían, tengo las bragas.

No las dejaría caer, ¿verdad?

Suena el timbre. Ya están los niños jugando de nuevo. Han venido dos vecinos a casa, mis hijos como siempre tan amigables van invitando a todo aquel que conocen. No sé para que les sermonee sobre lo peligroso que son los extraños... Ellos me han respondido que los vecinos no son extraños. Abro las piernas y de, golpe, las vuelvo a cruzar.

—Llego pronto, ¿no? Mis ojos se abren mucho de repente. Creo que me voy a atragantar con mi propia saliva. No estoy abriendo la puerta a Ryan con unas bolas chinas. No estoy cruzando las piernas para que no se caigan. No estoy sofocada, no me está dando un ataque de ansiedad.

¡Mierda! La fase de negación no me sirve, por mucho que diga que no, él está aquí, delante de mí.

Con una camiseta de color rojo (¿desde cuándo usa el color rojo, Ryan?). Lleva tejanos, está sonriendo y trae algo en la mano. ¿Es un regalo?

—¿Puedo pasar? —pregunta, y noto su incomodidad.

—¡Claro! —contesto rápidamente.

¿Cuánto tiempo he estado analizándolo? ¿Mucho? Me aparto ligeramente, dejándole paso.

Estoy siendo educada, pero, sobre todo, estoy siendo precavida. Siento espasmos en mis piernas,

noto el peso de las bolas.

—Pasa aquí, a mano izquierda, al salón.

Quiero ir al baño, sé que quizá quede algo extraño que huya nada más entrar él, pero ya me siento incómoda con su sola presencia, así que con bolas es mucho peor.

Su caminar es lento, cosa que antes adoraba, pero ahora detesto. ¿No se puede dar un poco de prisa? Solo tiene que dar cuatro de sus pasos, ocho de los míos (con bolas incluidas), y girar a la izquierda. Mientras mis amigas lo besuquean y se hacen las suecas respecto a mis hijos, voy a ir al baño. No contarán nada, ¿verdad?

Ryan, al fin, gira a la izquierda. Saluda tímidamente y yo intento colocarme en puntillas para hacerle señales a Raquel. Si se las hago a Esther, imaginará algo obsceno. Su mente es así.

—¿Necesitas algo? —pregunta él con tono frío.

Me ha visto gesticular con mi forma tan poco disimulada.

—No, qué va —digo, y en esta ocasión creo que he disimulado bastante bien.

Voy a entrar en el salón, hablaré un momento y después me disculparé y me iré al baño. Entro en el salón y sonrío falsamente.

Raquel, tan amable como siempre, saluda y pregunta por él, por sus padres, por su vida. Es algo que yo no he hecho, pero que la culpa no me invada: hemos estado demasiado ocupados echándonos cosas en cara.

Esther también saluda y, desde mi posición, creo ver que sus pechos están mejor colocados que antes. No cambiará nunca, pero la quiero igual. Los escucho hablar mientras muestro mis dientes (espero no tener ninguna manchita, las odio) cuando veo que Esther me hace señales extrañas.

Miro mi reloj de pulsera. Han pasado diecisiete minutos desde que me coloqué eso, supuestamente el primer día aconsejaban usarlo solo diez minutos. Podría provocarme agujetas, cosa que dudo. —Voy al baño —digo, y no sé por qué hago una especie de sentadilla estilo antiguo. Ese gesto hace que sienta un ligero placer en mis entrañas.

Me doy prisa en ir al baño, aunque ir rápido con aquellas bolas en mi interior resulta complicado. Cuando llego al pasillo (lejos de la mirada de Ryan), apresuro el paso. Parece que esté recorriendo la maratón en modo marcha. Agujetas sí que tendré, en mis caderas.

Escucho que los niños entran en el salón. Enzo quiere presentar a Ryan. Me siento tentada a dar media vuelta y volver allí. No quiero que digan nada que no sea necesario, pero me obligo a ir al baño.

Total, me las quito y listo.

¡¡Dios!! Mis paredes no debieron sufrir mucho en el parto doble, o quizás a modo venganza me están haciendo sufrir ahora. No salen, las bolas no salen. Mi cuerpo parece una ventosa que grita: ¡son mías, mi tesoro!

Me siento en la taza abro las piernas y miro mi sexo. Vamos Sara, me animo, tú puedes. No

puedo llamar a Esther para que venga; puede ser demasiado embarazoso hasta para mí. Poco a poco, con varios tirones consigo que salgan. ¿Mi pared vaginal atrofiada? ¡Ja! Parece que quiere decirme que está más que lista para la marcha, pero no.

Me lavo las manos, me lavo la cara, estoy algo despeinada. Me miro en el espejo. Sigo igual, mi peinado no ha cambiado mucho, mis pechos son un poco más voluminosos, pero no demasiado. Bien, tengo que salir del baño y afrontar el mundo.

Estoy saliendo del baño cuando me encuentro a Esther en la puerta.

—Venía por si tenías problemas.

A buenas horas...

—Me ha costado mucho. Una cosa: ¿por qué has venido al cumpleaños de mis hijos con tu *kit* de juguetitos?

Sonrío, siempre me ha parecido mejor sonreír después de una pregunta incómoda.

—Para hacer una reunión con tus vecinas. Esta zona todavía no la tengo dominada.

—No —niego con rotundidad.

—¿Por qué? —pregunta ella, ofendida.

Mi mirada le responde. No hay fiestas de sexo en los cumpleaños de mis hijos. No en mi casa, no con ellos aquí, definitivamente no.

—¿Puedo al menos darles mi tarjeta?

Ruedo los ojos y levanto los brazos a modo rendición, que haga lo que quiera. ¡Qué más me da! Voy hasta el salón respirando hondo. Tengo que parecer una mujer relajada y feliz.

Estoy a punto de entrar en la habitación cuando suena el timbre de la puerta. ¿Quién puede ser? Quizás algún vecino preguntando por sus hijos. Mis niños son demasiado liantes.

Abro la puerta con el oído puesto todavía en el comedor. Enzo parece estar inmerso en una conversación demasiado profunda con Ryan.

—Hola, Sara.

La voz rota de James me sorprende tanto que tengo que agarrarme al marco de la puerta.

Trago saliva y lo miro. Mi James (¿he dicho mi?) está delante... y está tan cambiado. Lleva el pelo rapado, pero, aun así, sigue estando guapo. Parece más alto... o es que quizá yo me siento más pequeña a su lado. Aquellos ojos verdes parecen distintos, no me mira como siempre. Pero ¿qué espero? Viste una camisa negra ajustada que no lleva abotonada hasta arriba. Pantalones de vestir de color gris, zapatos, negros y, como complemento, su marcada y perfecta mandíbula.

—¿Puedo entrar? No me ha llegado la invitación, pero pensé que habría sido un descuido, ¿verdad? Sonríe, pero está siendo irónico.

¿Quién se lo había dicho? ¿Ryan?

De todos los días del mundo, tenía que ser hoy. ¡Maldita sea mi suerte! Me aparto y lo dejo

pasar.

No soy capaz de articular palabra.

Él me espera en el recibidor, quiere que lo guíe. Perfecto, lo adelanto y hago que me siga. —

Buenas tardes —dice al entrar al comedor, puedo percibir como su mirada no presta la mínima atención a ninguno de los adultos—. Felicidades cumpleaños.

Mis hijos se giran y lo miran, y después sus miradas buscan a Ryan.

Si, hijos, ellos también son hermanos.

Y también son iguales.

Capítulo siete

El pastel

La vida no se ha hecho para comprenderla, sino para vivirla.

JORGE SANTAYANA

Me recuerdo que la nariz sirve para respirar y la boca para hablar.

Mi comedor es digno de fotografiar. En el sofá (gracias a Dios, es amplio) están sentadas mis amigas, Raquel y Esther, y después (uno en cada punta) los dos hombres de mi vida (y, en este momento, solo en este, no hablo de mis hijos).

—Comadreja, aquí Toro, ¿me escuchas? Corto y cambio.

Mis mejillas arden. Mira por dónde, todavía están sensibles. Pensaba que también estaban en *shock*. Me giro (qué alegría poder hacerlo sin ningún objeto dentro de mí). Sonrío falsamente hacia el sofá. ¡Qué situación más incómoda!

Tomo el *walkie*, aprieto el botón y rezo para que Leo me pida que los eche. Que lo escuchen y que ellos solo decidan irse. Hay más días, hay más meses, incluso hay más años para poder hablar.

—Aquí Comadreja, dime Toro. Corto y cambio.

¡Toma esa! A pesar de la presión, me he acordado del dichoso código básico de comunicación. Vuelvo a sonreír, al final me acostumbraré a hacerlo y lo haré hasta sola. —Hemos encontrado un juguete nuevo y raro. Lobo te lo lleva. Corto y cambio.

¿Juguete? ¿Raro?

Enzo entra de la habitación y tiene algo en las manos. Algo de color rojo, dos bolas unidas por un hilo. Dos bolas que había olvidado en el bidé. Mi corazón se para. Esto tampoco puede estar pasando.

Me lanzo hasta él, intentando tapar la visibilidad desde el sofá.

—¿Por qué están unidas estas pelotitas, mamá?

—Para que no se perdieran. Acompáñame a la cocina. Esto lo arreglo yo en un momento. Mis palabras salen atropelladas, pero consigo dominar la situación. Salgo del salón con las bolas en la mano. Sigo de espaldas al sofá e imploro a Dios, ese que en su día me proporciono un politono para ayudarme. Por favor, que haga que esta escena tan embarazosa pase desapercibida.

Voy hasta la cocina mientras Enzo me sigue.

Pongo las bolitas debajo del grifo. Antes ya las había lavado, pero insisto de nuevo.

Tomo unas tijeras y corto el cordel que une las dichas bolas.

—Ya está —digo falsamente entusiasmada—, pero, si quieres, las guardo para que no se pierdan.

—No, gracias. Queremos jugar.

Y con esa frase y un movimiento ágil sale corriendo con las bolas en la mano. Bien, tengo que volver aquel comedor helado. Me seco las manos y voy hasta allí.

—¿Podemos hablar? —me dice James nada más entrar en la habitación—. A solas, por favor.

Yo y James a solas. En otro momento de mi vida, mi sexo habría reaccionado, pero ahora no. Ahora simplemente me acongoja lo que me pueda decir.

Asiento y esta vez me dejo la sonrisa de cortesía guardada.

James sale de la habitación. Al final sí que acabaré con unas dolorosas agujetas. Lo sigo y noto la pesada mirada de Ryan encima de nosotros.

James duda adónde ir y yo le guio hasta la cocina. ¿Por qué Ryan lo ha llamado?

Llegamos a la cocina y él se sitúa a la derecha, apoya su hombro en la nevera y me mira de lado.

—Cuánto tiempo —comenta, y no logro comprender si la ironía continúa en su tono roto.

—Sí, te veo bien.

Mi respuesta es una mierda, lo sé. Pero no tengo ningún manual de cómo afrontar situaciones embarazosas de niveles extremos. Quizá después de hoy lo termine escribiendo.

James se pasa la mano por la cabeza, tiene menos pelo, pero el gesto persiste. Lo observo mientras su mirada se pierde en el suelo.

Está cambiado.

—Voy a ser directo, Sara, siempre lo he sido. ¿Por qué? ¿Tan malo soy? Quizás hice cosas mal, lo sé. Pero ¿de verdad me ves un ser tan malvado como para no merecer saber que tengo hijos?

Me quedo muda. Siempre ha sido directo, sí. Veo el dolor en sus ojos. Un dolor que nadie en esta vida se merece sentir. Me parece que está roto, roto como el día que me rogó que hiciéramos el amor.

—No, no —digo, y me acerco hasta a él. Quiero abrazarlo, necesito hacerlo, pero no creo que sea una buena idea—. Lo siento.

—Yo te quería —dice, y mi corazón parece querer salir de mi pecho.

—Estaba asustada, dolida, confusa. Por eso me fui.

—Yo habría estado ahí, por ti, para ti.

James estaba llorando. Podía ver caer las lágrimas de aquellos ojos verdes. ¡A la porra las malas ideas! Lo abrazo, lo necesito. Llora con él. Mi vida está llena de malas decisiones. James no me rechaza, me entierra en su pecho y ambos lloramos. Pasan minutos, no sé cuántos, pero el tiempo corre mientras los dos seguimos en silencio.

—¿Son míos? —pregunta.

—No lo sé —respondo en un hilo de voz tras un momento.

James se aparta de mí como si yo fuese portadora de una enfermedad contagiosa. Me mira, como si estuviera hundido en la miseria.

—¿Sabes, Sarita?

Conozco ese tono. Sé que se avecina «la bomba», algo que sé con total seguridad que me dolerá. Me preparo, o al menos lo intento. Me limpio las lágrimas y levanto la barbilla. A pesar de todo, yo sí he madurado. Es el momento de demostrarlo. Es hora de que me enfrente a las consecuencias de mis actos.

—Yo era el cretino. Yo era el malo de vuestra película pastel de domingos por la tarde. Pero yo, «el cretino» —dice imitando las comillas con sus dedos—, no me acosté con nadie más durante el tiempo que estuve contigo.

Aprieto la mandíbula.

Me está atacando, así que intento sacar las uñas de nuevo. Porque sí, soy la mala de la película, lo sé. Y me duele todo lo que ha pasado, pero él se entrometió en mi vida. Y yo caí, tonta de mí, lo hice. Mi vida, toda, cambió por él. Quizá Ryan no iba a ser el hombre de mi vida, pero había otras formas de darse cuenta. No una tan traumática.

Me ha hecho sentir débil de nuevo. Cuando lo he visto llorar, algo se me ha removido por dentro. Al verlo entrar en mi casa, ha resurgido cierto deseo. Odio todo lo que me hace sentir ese hombre. Soy fuerte, soy débil, soy una rata. Todo lo soy con él.

—Te recuerdo —digo presa de la ira— que fuiste tú quien me rogaste por entrar en mi cama.

Mis palabras le duelen. Lo siento, pero no quiero que me ataque. Sí, hice mal, pero lo hicimos los dos. Y eso tiene que quedar claro.

El golpe le ha dolido, pero James se recompone fácilmente.

—James, fóllame —me imita poniendo los ojos en blanco.

—¡Cretino! —le contesto.

Suenan unos aplausos a mis espaldas. Me giro para toparme con Ryan entrando en la cocina. Lo que me faltaba. Si el salón era claustrofóbico, la cocina se acaba de convertir en un zulo.

—¡Bravo!

Doy un paso para atrás y me choco contra la encimera. Me siento acorralada, atrapada. Tengo que tomar las riendas de la situación. Las manos me sudan, las piernas me tiemblan y la ansiedad está a punto de dominarme.

Me aclaro la garganta, no quiero que mi voz deje de sonar contundente. Me estiro del jersey, me coloco las mangas y alzo la mirada. No los miro a los ojos, ¿para qué? Hago que los miro, pero no lo hago. Dejo que mi mirada se pierda en el abismo que nos separa.

—Hoy no es el día indicado para tener esta conversación, ni tampoco este es el lugar. Así

que os voy a decir una cosa: si queréis quedaros, hacedlo. Pero no se habla más del tema, no con mis hijos rondando por aquí.

—Nuestros —me rectifican los dos al mismo tiempo.

Los miro en silencio. La vida, como siempre, sorprendiéndome. Ellos dos, el Sol y la Luna, se han unido única solo para enfrentarse conmigo. Y eso, este eclipse tan cegador, no puede acabar bien.

—Mami, es la hora del pastel —me reclama Enzo.

Aquella frase me hace sentir libre. Ha sido la campana salvadora, aunque la verdad es que un niño no debería reclamar el pastel, pero da igual. Las sorpresas no son buenas.

—Con vuestro permiso —digo abriéndome paso para abrir la nevera.

Saco el pastel incómodamente y espero a que ellos se aparten. Necesito espacio.

—Mama, me muero de hambre —añade Leo.

Y ya estamos todos aquí. Leo está con los brazos en jarras, mostrando su indignación. Puedo notar la tensión. Los cuatro se miran, se comparan.

—Vamos —digo con un tono de voz que ni yo misma reconozco—, que se va a enfriar el pastel.

Escucho la carcajada de Leo, tan inocente como todo él.

—Mami, los pasteles ya están fríos.

Lo miro y, por un momento, odio que sea tan perspicaz.

—Espero —dice Leo por otro lado— que *hagáis* traído un regalo. Mi mamá siempre dice que es de mala educación no llevar regalos a las fiestas.

Me aclaro la garganta. No quiero que nadie cuestione la buena o mala educación de quien sea.

—Vamos al comedor o me lo como todo yo.

Ay, Dios, que mal ha sonado eso, pero al menos ha funcionado (en parte). Los niños han volado hacia el comedor y yo no pienso esperar a los dos adultos que han ocupado mi cocina.

Avanzo con el pastel en las manos y, sin saber por qué, dejo que mis caderas se contoneen.

Me siento mirada, observada. Puedo caminar sin tropezar, he aprendido en estos cinco años...

¡Qué narices! Creo que después de ser madre me ha quedado una forma de cadera bonita.

Siento los pasos tras de mí.

Creo que esta va a ser la fiesta de no cumpleaños más larga de toda mi vida.

Capítulo ocho

Regalo

Te has dado cuenta ya de que esto de amar es más complicado que dar regalos y besos.

Tarjetitas, de JUAN FERNANDO VELASCO

Soplan las velas con los ojos cerrados y su expresión está llena de deseos no contados. Me pregunto si algún día seré capaz de ser lo suficiente fuerte como para explicarles la verdad. Ayudo a Enzo, que no consigue apagar su parte de las velas, y sonrío, aunque siento un nudo en el estómago.

—Te ha ayudado la mamá —le dice con sorna Leo.

—A ti también te ayudó la otra vez —le responde él con el mismo tono.

Paso las manos por sus sedosos cabellos y aparto el pastel para poder cortarlo.

Ryan está sentado en el sofá, con el móvil en la mano. Quizá le esté mandando mensajitos a su novia. ¿Cuánto tiempo llevarán? ¿Qué habrá pensado de mi aparición estelar? Una parte de mí quiere que esté molesta. Imagino que la parte bruja, otra parte de mí, siente celos de ella; otra parte está feliz, porque él consiguió rehacer su vida.

Miro a James. Está relativamente cerca de mí. No sé nada de su vida. No sé si tiene pareja, si tiene trabajo... Absolutamente nada. Lo noto cambiado. Con el pelo rapado, su cara parece más cuadrada. Tiene la mirada perdida. No siento esa superioridad digna de él. ¿Habrá cambiado? ¿Seguirá siendo un *rompebragas*?

Tengo curiosidad, y eso hace que mi sexo sienta un extraño hormigueo. ¿Estoy caliente? Debe de ser una broma. Es decir, mi imaginación no puede hacerme pasar por esto. Él no ha hecho nada, simplemente soy yo, pensando si él sigue siendo el mismo *rompebragas* de siempre. Y sí, ¡joder!, quiero averiguarlo. Necesito comportarme como él. Bueno, yo no soy ninguna diosa del sexo, pero quiero saber si él sigue siendo el mismo.

Estoy loca, lo sé.

Me acerco a él y le ofrezco un trozo de pastel. Intento mantener la espalda erguida y que mis pechos (que gracias a Dios han aumentado una talla) estén a la vista. Él no parece notar mi postura incómoda. Sonrío, no completamente (eso sería extraño); utilizo una sonrisa ligera, simplemente alzando la comisura de mi lado derecho.

No noto nada especial en él. No sonrío de vuelta. Bueno, ya sabía que no soy una experta en seducción.

James coge el plato y lo coloca frente a él. Toma asiento y yo desisto de ser Miss Conquistas; total, era una completa estupidez. No puedo dejarme llevar por mis impulsos. No es bueno para mí

salud.

Al colocar el siguiente trozo de pastel en el plato, me mancho mi dedo índice. Busco las servilletas, están en la otra punta de la mesa. Me inclino para cogerlas y sin querer rozo la mano de James.

Siento algo y por su reacción creo que él también. Lo miro, pero él rehúye mi mirada. ¿Qué tenemos aquí?

—Lo siento —balbuceo, pero es pura mentira. No lo siento. He disfrutado de un pellizco de superioridad.

Voy a la cocina por más platos, no quiero que piense que lo estoy acosando, pero es divertido. Es más, así no pienso en todo lo que me va a caer encima. Cuando vuelvo, sirvo el resto del pastel. Algunos se lo toman en el sofá; otros (la mayoría niños) en la mesa grande.

Ryan sigue con el teléfono en la mano. Miro a James, quien parece mirar fijamente a Leo.

—Son buenos niños —digo tomándolo por sorpresa. Él da un respingo.

Me ha acostado arrancar a hablar. He ido y venido en un par de ocasiones; parecía estar meciéndome en medio del comedor, pero al fin lo he hecho. Y me siento orgullosa de ello. Él asiente.

—Tienes una mancha en tu labio —le digo, y aprovecho para tocarme el mío, justo donde está su mancha.

No sé de dónde ha salido este calentamiento tan vil que estoy sintiendo. ¡Oh, Dios! Quizás esas bolas tenían algo de hormonas o cualquier cosa parecida. ¿Dónde están las bolas? No, por Dios.

—¡Ahora vuelvo! —digo en un tono demasiado elevado.

Sé que mis mejillas están rojas, mi cara está ardiendo. Espero que ningún niño haya chupado la bolita. ¡Las he lavado, pero nunca se sabe!

Salgo a toda prisa de la habitación. Subo las escaleras de dos en dos. Sí, sé que es todo un riesgo para mi salud, pero, aun así, lo hago. Quiero encontrar las bolas, quemarlas.

En el sexto escalón tropiezo, pero no caigo. ¡Estoy hecha toda una atleta! Me apoyo con la mano derecha en el siguiente escalón y me quedo inclinada hacia delante. Noto algo en mi culo, pero no lo entiendo. Si no he caído, ¿qué voy a notar?

Me giro y veo a James, el más que reconocible James, con las dos cejas alzadas. Hay que ver, con las vueltas que da la vida y las expresiones no cambian.

Escucho su carcajada y no entiendo a qué viene.

Sus manos me toman de la cadera y yo me alzo con un impulso demasiado rápido. Noto su pecho en mi espalda. ¿Ha estado yendo al gimnasio? Lo noto más fuerte, más hombre. Me aparta el pelo del cuello.

—Amor, ¿estás intentando seducirme?

No, ¿yo? Qué va. Intento que mi cabeza niegue, pero estoy quieta. Demasiado quieta, es más creo que ni respiro.

—Tonterías.

Lo he dicho bien. Mi tono no ha temblado y he conseguido apartarme de sus garras de león.

¿Por qué he abierto esa jaula? Estaría mejor calladita y con las piernas cerradas.

Subo los dos escalones que me quedan hasta el descanso, pero no debo parar. Continúo subiendo hasta arriba. Un momento, ¿a qué subía? A por las bolas. ¡Eso! ¿Bolas? ¿James? No, no puedo buscar las bolas. Me giro de golpe, dispuesta a bajar, y me choco de frente con él.

—Para no querer seducirme, amor, te rozas mucho conmigo.

Una parte de mí odia cómo me dice «amor». Bueno, analizándolo bien, todas las partes de mi cuerpo menos una odian ese «amor». Todas menos mi sexo, que parece estar gritando: «Dímelo de nuevo mientras te relames».

—El problema es en que tú siempre estás en medio.

Mi respuesta no está mal, pero la suelto mirando a mis pies, por lo que quizás no resulta muy convincente. ¿Dónde está la Sara de letras rojas y luminosas que quería seducir a James? Las seductoras no se miran los pies.

Sonríe y, en esta ocasión, no está el James tímido que he visto en el salón. ¿Adónde ha ido?

¡Exijo que vuelva! Me recuerdo que tengo que erguir la espalda. Quizá mi nueva talla de sujetador le hace querer retroceder un poco y darme espacio, pero no. Al erguirme solo consigo rozarme de nuevo.

Su boca se abre con una perfecta y sonora A. Me lo va a decir de nuevo. Mis pezones se han añadido al especial interés por la palabra «amor», pero no, simplemente se queda en un A.

—¿Buscabas algo aquí arriba? —me pregunta, y mi cara se enciende todavía más.

—No —digo, y niego con la cabeza. ¡Bien! Ya sé coordinar palabras y movimientos de nuevo.

—¿Has subido para nada, amor?

Sí, sí y sí. Lo ha dicho.

—Dicen que subir escaleras fortalece los glúteos.

Mi respuesta no es adecuada, pero le ha dejado callado. Un minipunto para la mami Sara, que creía estar pasada de moda en esto de la seducción, pero no. Vuelvo a estar en forma. Su sonrisa se hiela. Por un momento, creo haber ganado un *point* completo, pero no. Simplemente estaba disimulando. Su perfecta sonrisa se hace un poco más grande poco a poco. Puedo notar los aires de victoria en su mirada esmeralda.

—Y yo que pensaba que no era más que una falacia aquello de donde hubo fuego, cenizas quedan...

Trago saliva e intento fingir una expresión de «no entiendo de lo que estás hablando». No, no puede haber ceniza entre nosotros dos, no puede haber nada entre ambos. Quiero decir, que yo lo

dejé, que él arruinó mi vida. Su mirada, su risa, su sexo. Todo él cambió mi forma de ver la vida.

—No sé de qué estás hablando. Han pasado cinco años. Imagino que tú habrás rehecho tu vida, que tendrás pareja. —Acabo la frase, pero no quiero creerme que esté con otra.

Creo haber sentido celos por Ryan, pero ahora mi pecho arde esperando su respuesta. ¿En eso habré quedado? ¿En una ceniza de su pasado?

Supuse que habría rehecho mi vida, pero hoy me siento como una quinceañera en una cena de final de curso. Sintiendo fuego hacia lo prohibido. ¿Las quinceañeras sienten fuego? ¡Bah, no lo sé!

James baja la escaleras con su gracia habitual. Quiero seguirlo, acosarlo y besarlo. Sí, eso es lo que una parte de mí quiere, pero la otra, la más racional, se da media vuelta y va en busca de las bolitas.

¿Dónde estarán?

—Comadreja, me he enamorado. Corto y cambio.

Levanto la cabeza y me choco contra la tapa del baúl. No sé por qué compré este baúl de madera para colocar los juguetes. Lo llenan de todo lo que encuentran. Tengo localizadas varias piedras, tapones de Coca-Cola, mi sacapuntas para el lápiz de ojos y mil piezas pequeñas de muñequitos, pero mis bolas rojas no están.

¿Mi Leo enamorado? ¡Pronto empieza!

Desisto de mi búsqueda y bajo las escaleras. En el recibidor me encuentro que está James junto a Leo y Enzo.

—¿Qué es eso de que te has enamorado? —pregunto, y sin poder evitarlo coloco los brazos en jarras. Como odiaba esa pose cuando mi madre la empleaba.

Leo suelta una carcajada y mira con complicidad a James antes de salir corriendo. Enzo le sigue, también riéndose.

Siento la nariz de James husmeándome.

—Vas aprendiendo, Sarita.

¿Sarita? ¿Dónde queda eso de «amor»? Sarita no está, nene.

—¿A qué? —pregunto nerviosa. ¿Por qué me huele? ¿Huelo mal? ¿A qué huelo? ¿Serán las supuestas hormonas de esas bolitas rojas?

Inspira de nuevo y cierra los ojos.

—No hueles a crema de hombre. ¿Ya lo necesitas para destensar tus músculos? Ay, no, qué tonto, quizás ahora utilizas esto.

Me he quedado perdida cuando ha empleado «crema» y «destensar» en la misma frase, pero lo peor estaba por llegar. Él introduce la mano en su bolsillo y deja a mi vista la bola roja.

—¿Este es tu regalo?

Creo que tengo la boca abierta, pero creo que está paralizada.

En mi mente me imagino gritando un «noooooo» a cámara lenta, mientras mi voz se va distorsionando, con la mano estirada hasta allí. Pero no, sigo paralizada.

Parpadeo e intento no ser expresiva con mi cara.

—No juegues con eso.

Mi voz es parecida a la de Robocob.

—¿Necesitas de esto, amor?

Se las quito de forma ágil. ¡Ja! Ni su «amor» ha logrado impedírmelo.

Me giro y consigo que mi pelo se agite como en un anuncio de cabellos diez.

—¿Sabes...? —dice con un susurro.

Mis pies se frenan. Sé que lo lógico sería continuar caminando, pero quiero saber qué quiere decirme. Quiero arriesgarme a que sus palabras me hagan daño, aunque en el fondo espero todo lo contrario.

—Yo podría haberte llenado. En todos los sentidos. Y todavía podría hacerlo. No te voy a mentir ni te voy a ocultar nada. Seré un cretino para ti, pero ante todo soy sincero. En este tiempo, he estado con otras mujeres, más de las que puedo contar con los dedos, pero ninguna eras tú. Con ninguna he ido de compras, con ninguna he sido yo mismo. Sé que no me quieres, sé que para ti solo importa Ryan, siempre ha importado él, a pesar de que entre nosotros haya esa conexión tan especial. Se calla y parece que le duelen sus propias palabras. Pasea la mano por su cabeza rapada.

—Quiero follarte. ¡Claro que quiero hacerlo! —me dice al oído—. Una y otra vez. Quiero hacerte sonrojar, quiero hacerte reír, pero ya no te quiero. Lo hice, te quise, y creo que eres a la única mujer que he amado. Pero ahora... Quiero saber..., necesito saber si soy padre.

Miro sus ojos y comprendo que he hecho mal.

Miro sus ojos y sé que se lo debo.

Nunca antes creí que aquello fuera posible. Durante aquel tiempo no llegué a creerme que fuera verdad lo que estaba pasando. ¿James enamorado? ¿De mí? ¡No podía ser! Simplemente pensé que estaba jugando conmigo, pero en mi mente siempre estaba el «y si...». Y eso fue lo que me llevo a dejarlo entrar (y no hablo solo del tema sexual)... Sin embargo, nunca pensé que estuviera tan enamorado de mí. Todavía me cuesta creerlo.

—Yo no sé qué decir.

—Dime si son míos.

—No lo sé —contesto, y siento ganas de echarme a llorar.

—Pues averígualo.

Y por primera vez pienso en la posibilidad de hacer esa dichosa prueba. Tengo miedo. Pero ellos y mis hijos deben saber la verdad. Voy a dejar el egoísmo de lado y lo haré. —Está bien —digo.

Le pondremos un final a este cuento.

Capítulo nueve

Visita médica

Sin duda no hay progreso.

CHARLES DARWIN

—Repítame por qué te vas a Alicante al médico.

Raquel continúa con su cara de pocos amigos. Nos está acompañando hasta el coche, pero noto que está enfadada.

—Quiero ir a mi médico —contesto encogiéndome de hombros.

No quiero darle más importancia. Ella no lo entendería. Mi médico ya sabe que soy madre soltera, no tengo que volver a contarle a alguien toda mi vida.

No me hará preguntas estúpidas, o al menos eso es lo que espero. No quiero más problemas.

—¿Segura? —me insiste ella.

La miro y puedo notar duda y miedo en sus ojos. ¿Qué diablos le pasa? Solo me voy un par de días.

—Sí, además, así mi madre ve a los niños.

Espero que eso la convenza algo más.

—Pero... volverás, ¿verdad?

—¿Te preocupa eso? —pregunto sin poder evitar reírme. ¡Qué gracia! Está preocupada por que vuelva a escaparme de Madrid.

La abrazo con fuerza. Raquel es mi mejor amiga, siempre ha estado y sé que siempre estará a mi lado. Le doy dos besos y me despido. Tengo que prepararme para un viaje con este par de granujillas.

Después de seis horas en el coche, con sus respectivas paradas (estoy del «mamá, tengo pipí» hasta la coronilla), he llegado a casa de mis padres. Ellos no están en casa, ¿para qué esperarme con los brazos abiertos? Dejo las maletas en mi antigua habitación y decido que es una buena hora para pasar un rato por la peluquería de mis padres.

Tengo tres cuartos de hora para ir hasta allí, saludar, dejar que todas las mujeres vean lo bonitos y guapos que están mis hijos, y lo mucho que han crecido en tres semanas (estas mujeres lo notan todo), e intentar que ellos se quieran quedar allí un ratito para poder escaparme al médico.

Me espera toda una aventura.

Después de un buen rato, dejo a mis hijos a cargo de la peluquería. Serán pequeños, pero, como les gusta mandar, sobre todo a Leo..., le gustan las mujeres...

Alicante me encanta. No puedo creer que haya pensado eso. Yo odio Alicante... A ver, no es un

odio profundo. Simplemente que siempre he querido emigrar a la capital. Quizá porque mi vida aquí no estaba llena, tal vez porque la relación con mis padres no es de diez.

Siempre había soñado con vivir fuera, con mis amigas. Una experiencia típica americana, pero aquí en España.

Y es curioso que ahora, paseando por esta plaza, por una que he visto cientos de veces, sienta añoranza. Y sé (aunque me haga la loca) que es obra de mi subconsciente. Quiero huir y volver aquí, lejos de Madrid.

Pero no, he decidido luchar por el futuro de mis hijos; no voy a ser una cobarde.

Saco la tarjeta de mi bolsillo y vuelvo a comprobar la dirección. Calle Calderón de la Barca.

Soy de aquí, he pasado decenas de veces por esta calle, pero siempre tengo que comprobarlo. La orientación y yo nos llevamos fatal.

Llego a la altura de la tienda de oportunidades; es justo el portal de al lado. Llamo al timbre (gracias a Dios, está rotulado). La puerta se abre enseguida. La enfermera es eficiente. Subo por la estrecha escalera y siento ganas de hacer pis. ¿Por qué la vida es así? Siempre que llego al ginecólogo tengo ganas de hacer pis y me pongo todavía más nerviosa. Intento tranquilizarme. Simplemente vengo a hablar con él. No voy a hacerme ninguna revisión. Llego al rellano y la enfermera (por llamarla de alguna forma, porque la veo demasiado joven para serlo) me abre la puerta con una sonrisa. Su atuendo, como siempre, me golpea en la cara. ¿No sabe ir sencilla? Su bata blanca (más corta de lo normal), su pelo recogido en un moño alto (hasta ahí bien), pero después están esos zapatos de plataforma veraniegos, esas piernas de palo tapadas con unas medias y una falda cinturón.

Saludo educadamente, porque ante todo soy una mujer educada (y meona) y giro a la derecha, hacia la sala de espera.

Me complace comprobar que apenas hay gente esperando. Cojo una revista y la miro. Adoro ver cómo cambian las famosas con y sin maquillaje. Es alucinante.

La enfermerita sale y, con una sonrisa, me llama. Esa sonrisa nunca me ha gustado, parece como si ella y el médico hubieran estado comentando algo, y yo (que soy muy malpensada) creo que están hablando de mí. La supermami soltera.

Paso a la consulta y tomo asiento. El doctor parece continuar tomando anotaciones de la mujer que acaba de salir. Alza la vista y me sonrío.

—Sara —comenta en voz alta como si estuviese recordándose a sí mismo mi nombre. Coloco mi espalda erguida y lo miro.

—Cuéntame, ¿te toca ya la revisión?

Sacudo la cabeza.

—No, esta consulta es meramente informativa.

Parece sorprendido. Lo noto porque sus espesas cejas se alzan al mismo tiempo. Deja los papeles

encima de la mesa y se coloca las gafas empujándolas con el dedo índice.

Su expresión de sorpresa no varía. ¿Qué demonios estará pensando? ¿Que estoy embarazada de nuevo?

—Vengo a hablar —inicio la frase de forma atropellada— sobre las pruebas de paternidad.

Bien, si antes creía que ese hombre estaba sorprendido, definitivamente me equivocaba.

Ahora sí que lo está. Sus ojos parecen todavía más grandes.

Traga saliva. Lo sé, doctor, esto es muy incómodo.

—Bueno —se aclara la garganta—, todo dependerá de si la necesitas con validez jurídica o privada.

No sé qué quiere decir, pero me suena mucho mejor lo de «privada». Claro que sí. Privadísima.

—Privada —contesto sin titubear.

El doctor asiente. Abre el tercer cajón de su escritorio y saca una pequeña caja de cartón.

¿Qué va a hacer? Deja la caja encima de la mesa y la arrastra hasta mí.

—Colaboro con un laboratorio cercano. Aquí tienes un pequeño *kit* para tomar muestras.

En el interior encontrarás unas bolsas para introducir las muestras. Hay una especie de bastoncitos que debes de introducirlo en la boca del padre y del hijo, y frotar contra la lengua o contra la parte de arriba.

Mi cara es un poema. No me veo diciéndoles a Ryan y a James (mucho menos a este último) aquella frase de: «Abre la boquita» .

El doctor, como es listo (que por eso tiene una carrera), capta mi negación hacia esa práctica.

—También se pueden tomar muestras anónimas.

Anónima suena mejor, mucho mejor. Sonrío.

—Puedes tomar uñas cortadas —creo que esa opción está difícil—, pelos arrancados de raíz, chicles, cepillos de diente, pañuelos con restos de mucosidad, colillas.

Bien, creo que puedo hacerlo. No sé qué opción es la mejor. Me siento más CSI que nunca. ¡Qué emoción! Valoro mentalmente cada una de las posibilidades. El pañuelo con mocos me da algo de asco, pero, si no hay otra opción, lo usaré.

El cepillo de dientes es de muy difícil acceso... y lo de las uñas..., o sé si en mi *ranking* de ascos está por delante o por detrás del pañuelo con mocos .

—¿Necesitas algo más, Sara?

El doctor me mira con sumo interés. Y eso me alarma. ¿Cuánto tiempo llevo callada? Sonrío falsamente y mis mejillas entran en fase de alarma. Me aclaro la garganta.

—Tengo una duda —digo sabiendo que tengo más de una, pero no quiero avasallarlos a preguntas—. Me ha comentado una conocida —omito que era mi compañera de habitación en el hospital— que cabe la posibilidad de que, en caso de gemelos, pues —estoy empezando a sudar— que sean de diferente padre.

La última parte de la frase la digo del tirón. Miro hacia otro lado.

—Hay algún porcentaje pequeño de posibilidades, pero habría que considerarse que se han reunido varios factores: ¿te acostaste con dos hombres distintos el mismo día o con un día de diferencia?

Hace una pausa para ver mi reacción. No sé qué quiere que le diga o haga. ¿No puede simplemente continuar con la lista de factores? Bien, no me queda otra opción: asiento. Le acabo de decir que me he acostado con dos hombres en poquísimo tiempo.

Ahora es su turno de aclararse la garganta.

—Deberías haber ovulado dos óvulos.

¿Eso es posible? ¿En qué me he convertido? ¿En un dispensador de óvulos?

—De todas formas, tu caso es poco probable, tus hijos —se gira y señala una foto que tiene colgada en la pared de su despacho— son iguales, querida. No podrían ser de dos padres distintos.

Mec, se equivoca, señor doctor.

Sé que soy un caso difícil, pero en esta vida siempre hay excepciones.

—Son gemelos —respondo, y aparto la mirada de sus ojos curiosos.

—Lo sé, Sara.

Niego con la cabeza. No, señor, no lo sabe.

—Los supuestos padres... son gemelos.

Ahora es la cara del señor doctor la que está roja como un tomate. Sí, lo sé. Pensabas que lo habías visto todo, pero te equivocabas. No me habías conocido a mí, señor doctor. Después de unos minutos (o quizás solo hayan sido segundos de tenso silencio), el doctor parece reaccionar. Está pensando, sé que lo está haciendo porque una vena que pasa por su frente se está hinchando.

—¿Son univitelinos?

¿Uni... qué? No entiendo esa palabra. ¿Se supone que es de cultura general? Me rasco la ceja izquierda para ganar tiempo y hacer ver que estoy pensando, pero no lo hago. No sé qué significa eso.

—No lo sé —termino diciendo, pero no hago referencia a qué es lo que no sé.

—¿Sabes lo que significa «univitelino»?

Niego. ¿Tenía que formularme la dichosa pregunta?

—Que están en la misma bolsa dentro del vientre materno.

¿Eso es univitelino? Bien, ya sé algo más. Me encojo de hombros, sigo sin saber si ellos compartían bolsa o no.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Me imagino que preguntarles no está en tus planes —dice el médico; en ese momento, me doy

cuenta de que a veces es gracioso y todo—. En las partidas de nacimiento suele ponerlo, pero, si es una partida de nacimiento antigua, puede que no lo ponga.

No sé si esto de las partidas también forma parte de su chiste o no. Si no puedo preguntarles si son *uni-lo-que-sea*, tampoco puedo pedirles la partida de nacimiento. ¿Qué les digo? «Hola, ¿tenéis un chicle mordido y baboseado por vosotros que venga con una partida de nacimiento de regalo?» . ¡Es de locos!

El médico debe de ver el sufrimiento de mis ojos.

—Bueno, tú consigue las muestras. Identificalas bien. Al ser privada, no es necesario que pongas nombres, puedes ponerles un número o un mote. No las mezcles y ya veremos si el laboratorio puede hacer algo con ellas.

No sonaba muy esperanzador, pero lo iba a intentar. Nadie dijo que esto iba a ser fácil.

Me despido del médico con un apretón de manos; sé que después de esto no lo volveré a ver más. Tiene demasiada información sobre mí. Tendré que buscarme otro ginecólogo.

Qué lástima, me gustaban las revistas que compraba este señor.

Capítulo diez

Nuevo CSI

Investigación es lo que hago cuando no sé lo que estoy haciendo.

WERNHER VON BRAUN

He vuelto a Madrid.

¿Por qué lo he hecho?

Simplemente soy una mujer de emociones fuertes. Mis hijos están felices de estar de nuevo aquí.

Se han adaptado bien a la capital, y no me extraña, yo también me enamoré cuando llegué aquí. Mi teléfono suena.

Tengo un *whatsApp* nuevo. Abro la conversación, pero ese número no lo tengo guardado en el teléfono. Solo hay una palabra: «Amor». Siento un escalofrío que arrasa todo mi cuerpo, pero no puede ser. No puede ser él, yo no le he dado mi teléfono..., bueno se lo he dado a su hermano y este lo invitó. ¿Tan buen rollo tienen ahora que se pasan mi número?

Todavía incrédula, presiono contra la foto del contacto que me está hablando. Tengo que girar la cabeza para mirarla. ¿Qué es eso? No, puede ser. Me acerco todavía más al móvil, pero por mucho que me acerque la fotografía no cambia. Esa es la parte baja de la barriga de James con su característico lunar.

Cierro los ojos y miles de imágenes me invaden. Yo, la ducha, el sexo, la novedad, las sensaciones, sus manos, mi sexo, su lunar.STOP. Ahí para todo. Mi mundo deja de girar. Lo miro y ya no está Ryan, está James, pero sigo mirándolo. Alargo mi mano hasta su cara y lo acaricio. Esta suave, muy suave.

—Mamá, ¿qué haces?

Abro los ojos y miro a Leo que, me observa con sorpresa.

¿Qué estaba haciendo?

—¿Qué pasa? —pregunta Enzo colocándose al lado de su hermano.

—No lo sé, mamá estaba así.

Leo alza la mano imitándome, cierra los ojos y saca los labios formando un beso en el aire.

Siento pavor y vergüenza.

—¡Leo! —le regaño.

—Mamá, tiene un novio invisible —afirma él riéndose, se gira y mira al vacío—. Hola, señor invisible.

Enzo se ríe a carcajadas mientras me mira divertido. No tiene gracia, bueno, sí que la tiene, pero no cuando se están riendo de mí. Intento coger a Leo, pero es escurridizo.

—¿Lo besabas en la boca, mami? —pregunta Leo mientras continúa corriendo a mi alrededor.

Enzo esboza una mueca de asco.

—En la boca no, qué asco.

—Hola, chicos —saluda James saliendo de su coche.

Si al principio pensaba que esta urbanización apartada, donde se podía aparcar fácilmente, era maravillosa, ahora pienso todo lo contrario. James camina elegante y felinamente hacia nosotros.

Esos tejanos oscuros le quedan apretados y... demasiado bien. ¿Pensaba que verlo no me resultaría difícil? ¡Ja! Mis hormonas estaban adormecidas, pero no muertas. Si siguen así, lógico que ovule de dos en dos.

—¿Qué os sucede? —pregunta al mismo tiempo que le pasa la mano por el pelo a Enzo.

—Mamá estaba besando a su novio invisible.

No lo ha dicho, no lo ha dicho. ¡Qué narices! Sí lo ha hecho. Lo voy a desheredar. No se lo digo ahora porque todavía no entiende la repercusión que tiene esa palabra, pero tengo buena memoria.

James se ríe. Yo no le veo la gracia.

—No estaba besando a nadie —me defiendo, y me siento ridícula.

¿En serio me estoy defendiendo de las acusaciones de un niño de cinco años? ¡Dios! ¿Tengo los brazos cruzados a la altura del pecho? No, no lo estoy haciendo.

Descruzo mis brazos y miro por el rabillo del ojo a los tres magníficos.

—Sí, estaba así. —Leo, tozudo como él solo, me imita, y lo que más me fastidia es que lo sabe hacer bien, con su toque particular. Me está ridiculizando como quiere.

Estoy tan pendiente de odiar a mi hijo (solo por momentos) con la mirada que no me doy cuenta de que James está peligrosamente cerca.

—¿Te suena? —me pregunta en un susurro erótico devastador.

¿Si me suena el qué? En este momento tengo tan nublados mis sentidos que no sé si me habla del tiempo, de mi hijo o de qué.

Lo miro, inclinando mi cabeza hacia arriba levemente. Sigo la dirección de su mirada que va hasta mi mano. El móvil, mi móvil, con su foto, con su lunar llenando parte de mi pantalla.

Apretó reiteradamente el botón para tirar hacia atrás. Todo me pasa a mí.

Coloca la mano izquierda en mi cintura y tira de ella levemente para acercarme hasta él.

—Me gusta —dice Leo.

Espero que su aportación a esta charla no sea para hablar del lunar, porque entonces creo que me desmayaré de la vergüenza. James se separa ligeramente y mira a Leo.

—¿El qué, campeón?

Leo se encoge de hombros (¿de quién ha cogido esa manía?), me mira y después lo observa a James.

—Tú haces poner roja a la mama, eso me gusta. Pero tu hermano, ese que es como tú, le hace

llorar. Eso no me gusta.

Siento algo extraño en el pecho. Agacho la cabeza y miro al suelo. No puedo mirar a nadie en este momento. No es todo como parece. Visto así, se diría que Ryan es el malo, pero no.

Aquí la que ha cometido los errores más grandes soy yo.

—Entremos dentro, que hace frío —comento intentando desviar el tema por completo.

—Si hace sol, mami —añade Enzo, tan inocente.

Lo ignoro, siento hacerlo, pero quiero entrar dentro, darles de merendar. James nos sigue.

¿Por qué no se va?

Los niños entran en la casa y se van directos a lavarse las manos. Los tengo muy bien educados.

Me siento orgullosa de mí misma..., bueno, solo un poquito orgullosa.

En ocasiones, cuando mis hijos hacen lo correcto, sin querer, me dejan sola con quien no debería quedarme sola.

Abro el armario y saco el pan de molde. Busco la Nocilla y comienzo a untar.

—¿Qué haces aquí, James? —pregunto directa. Está más que visto que a mí lo de dar rodeos no se me da bien.

—He pensado... No sé si son míos o son de mi hermano, pero que quiero aprovechar el tiempo con ellos.

No sé qué decir, no puedo decir nada. Escuchar esas palabras me emociona y me aterroriza a la vez. Unto los bocadillos y los voy colocando en un plato.

—¿Tú también quieres? —pregunto con un nudo en la garganta sin apenas alzar la cabeza.

Él asiente. Me alegro de tener algo más de trabajo, para estar entretenida.

Los niños tardan bastante en venir; imagino que estarán jugando de nuevo con el agua. —Tienes Nocilla aquí —me dice.

Alzo la cabeza para mirarlo.

—¿Dónde?

Me toca la cara y me la unta con un poco de Nocilla. No me lo puedo creer. James es un torbellino. Cambia de rumbo constantemente, pero, haga lo que haga, arrasa por donde pasa.

Aprieto mis labios, introduzco los dos dedos en el bote y voy a por él. Es escurridizo y rápido.

Corro tras él y no puedo evitar reírme al hacerlo. Toma mi muñeca, para evitar que lo manche. Me mira y, en ese momento, solo me escucho a mí misma, respirando agitadamente.

Su boca se acerca hasta mis dedos y lame estos.

Y no sé cómo lo consigo, pero mi sexo también se humedece. Quiero besarlo, quiero hacerlo y, ¡diablos!, me odio por ello. No estamos aquí para esto, tenemos mucho que arreglar.

James siempre hará que me sienta así. Débil ante él.

—¡Guerra! —exclama Leo al entrar en la habitación, seguido de Enzo, que ríe y grita al mismo tiempo.

Me giro para mirar el bote, pero soy demasiado lenta. Mis hijos ya tienen las manos dentro de él.

—Huye —le digo a James, pero es tarde: ya están cerca.

Los cuatro nos reímos mientras intentamos evitar acabar pringados.

Soy yo la que salgo peor parada; todavía no entiendo por qué mis hijos se alían con él antes que conmigo. Les mando a lavarse las manos de nuevo, mientras intento limpiarme en la pila de la cocina.

James se coloca tras de mí y se limpia las manos desde aquí, desde mi espalda. Siento todo su cuerpo, grande y fuerte, detrás de mí. Su presencia me calma y me acelera. Todo en uno. Esta vez los niños no se han demorado limpiándose las manos.

Comen los bocadillos con ansia, mientras le cuentan a James como es su nuevo colegio.

—¿Dónde habéis estado? —pregunta él, curioso. Les formula la pregunta a los niños. No sabe nada. Ese es un truco sucio.

—Hemos ido a ver a los abuelos. No te has perdido nada, todo ha sido muy aburrido. Todavía me chocan algunas de las expresiones de Leo, es tan espontáneo.

—La abuela tiene una peluquería. ¿Lo sabías? —pregunta Enzo.

James se hace el sorprendido y le pide que le cuente más.

Se me hace un nudo en el estómago cuando los veo hablando con tanta normalidad. Una parte de mí quiere saber quién es el padre. Y lo curioso es que en todo este tiempo siempre pensé que James huiría cuando escuchase la palabra «padre» y, sin embargo, aquí está. Necesito tomar esas muestras y averiguar la verdad.

Necesito que mis hijos puedan tener una figura paterna. Ahora más que nunca me he dado cuenta de que la necesitan, de que yo sola no puedo hacer de padre y de madre.

—¿Quién quiere chicles? —pregunto con falso entusiasmo.

Leo alza la mano velozmente.

—¿Pican? —pregunta Enzo.

Niego con la cabeza y se los ofrezco mientras les recuerdo que no deben tragárselos. Me paro frente a James y le tiendo uno. Espero que diga que sí, el chicle es (sin duda) la mejor opción. Él no me ofrece la mano, no; sino que abre la boca ligeramente esperando a que yo se lo introduzca.

¿Por qué todo lo que hace este hombre me resulta siempre tan erótico? No dudo, no puedo hacerlo. Le acerco el chicle hasta los labios y, al cogerlo, James me mira sin pestañear.

Una y otra vez me repito: ducha fría, ducha fría.

Nos pasamos una hora viendo la tele. Bueno, mejor dicho, ellos tres ven la tele mientras yo vigilo los movimientos de James. Y no, no lo estoy haciendo para después recordarlos en la ducha mientras me toco; lo hago porque no puedo perder de vista ese chicle lleno de su maravillosa

saliva.

—Yo me tengo que ir —anuncia.

Los niños reniegan.

—¿Vendrás mañana? —pregunta Leo.

Me duele saber que esa pregunta es un ruego camuflado.

James asiente, y no sé si lo hace por no hacer daño al niño o porque tiene intención de volver.

Lo acompaño hasta la puerta. El chicle todavía sigue en su boca. ¿Qué voy a hacer?

Una vez fuera, James se pasa la mano por su cabeza rapada. Duda, y esa es mi única opción. Debo cogerlo desprevenido. Mi única opción es lanzarme a la piscina.

Lo tomo de la cara con ambas manos y le beso. No es un beso casto, no. Es un beso de misión. Un beso donde mi lengua después de un par de halagos por el interior de su boca tiene que capturar el chicle.

El beso es tan real que, por un momento, me olvido de cuál era el objetivo. Me coloca las manos en las nalgas y siento calor, mucho calor. Cojo el chicle y me lo llevo a la boca.

Me aparto de él y me despido con un simple y casto beso.

James me mira, no dice nada, pero me lo dice todo.

Se gira y se va. Esta vez, la parte elegante se ha esfumado con el beso; simplemente se ha quedado el león que se va con el rabo entre las piernas.

Sonrío al saborear el chicle, pero hay un jodido (perdón por el taco) problema. Este chicle ya no sirve, está mi saliva, está mi ADN en él.

Señora Ramírez ha sido expulsada del CSI por contaminar pruebas.

¡Maldita sea!

Capítulo once

Recaudación de pruebas

Afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias.

DAVID HUME

Salgo de la ducha y me tapo con el albornoz. Vale, sí, lo admito: no me he duchado con agua fría, estaba caliente y me he tocado. Una no es de piedra y aprende de sus errores. James es un calentador nato. Si quiero permanecer en mi sitio (cosa que mis hormonas no comparten), debo satisfacer las necesidades que me provoca.

¿Cómo puede hacerlo? Han pasado cinco años, con... todos sus días y, aun así, tengo que apretar mis muslos cada vez que se acerca a mí. No es lo mismo que antes, no lo es. Ahora no está prohibido, ahora no tengo novio, ahora simplemente estamos él y yo y la pesada situación con la que llevo cargando desde hace cinco años. Me pregunto qué hubiese pasado si aquel maldito día le hubiese cogido el teléfono. ¿Ahora estaríamos juntos? ¿Se habría cansado de mí?

Por supuesto, solo le pongo porque no me tiene. O quizá no, me odio. A mí y a mi maldita poca autoestima. Siempre con dudas, pero, realmente, ¿qué voy a hacer? ¿Crear en él? ¿Crear en el nosotros? No puedo, tengo miedo. Si crees en algo, si crees en el alguien, si creo en nosotros, sé que después dolerá mucho más el golpe.

Siempre pasa lo mismo: te confías y te hundes, pero con miedo tampoco se puede vivir. Porque el miedo te hace ser débil; el miedo hace que cometas errores y yo Sara, Sarita o Amor, soy Miss Errores.

Necesito solucionar el tema de la genética, o como quiera que se diga, y después decidir si me lanzo a la piscina o qué hago.

Cojo mi teléfono (orgullosa de no estar temblando) y busco a Ryan en la agenda. Después de esperar unos segundos, descuelga.

—Diga —contesta una voz nasal y poco masculina.

Me quedo helada. ¿Es su novia? ¿La del supermercado? ¿Qué decir? Me suena tanto su voz.

—¿Está Ryan?

—Soy la secretaria del señor Cooper, ahora mismo no puede atender la llamada. Si me dice quién es, le comunicaré que ha llamado.

¡Es ella! Miss Pestañitas. ¡Oh! ¡Lo sabía! Cuando ha pronunciado las oes de Cooper ha debido de abrir la boca muchísimo.

Lástima que desde aquí no pueda chantajearla por más caramelos. Odio tener que decirle

quién soy, odio que ella siga trabajando allí, pero, en fin, la vida es un cúmulo de odios.

—Sara —digo con un deje de asco que no puedo evitar—, Sara Ramírez.

El silencio de su respuesta me da a entender que sabe quién soy. Que ella también quiere estar frente a mí para inundarme con su perfume barato. ¿Lo habrá cambiado?

—Se lo diré, señorita Ramírez.

Ha empleado el término señorita para recalcar me de que estoy soltera. Como si ella fuera una mujer casada. Bueno, han pasado cinco años, quizás ella ha conseguido llevar a buen puerto su relación con el Rímel.

—¿Alguna cosa más, señorita Ramírez?

—No, gracias —respondo entre dientes.

—Se lo diré a Ryan —hace una pausa (¿lo ha llamado Ryan?, ¿dónde queda lo de señor Cooper? —, cuando llegue esta noche a casa. Está un poco agobiado con todo esto de los niños y se ha querido tomar el día libre.

Casa. Agobiado. Niños.

¿Están juntos?

Intento rebobinar hasta el otro día. ¿La chica que estaba en el supermercado era ella? No podía ser. ¿Qué se había hecho? ¿Había pasado por chapa y pintura? Y yo, tonta de mí, había estado celosa de su nueva novia. Siento algo, ¡claro que lo siento!, pero no sé descifrar que es. ¿Celos? ¿Rabia? ¿Impotencia? ¿Dolor? Quizá de todo un poco. Él sabía que la odiaba, lo sabía. Bueno, me está bien empleado, porque yo me acosté con su hermano, pero rebajarse a..., en fin, todo tiene cabida en esta vida.

Espero que al menos sea feliz, porque si solo lo ha hecho por joder es una auténtica maldad.

¡Yo no lo hice con mala intención! Me enamoré. ¡Sí! Lo admito. Lo hice. Me enamoré de James. Al principio fue solo por sexo, por pasión, por atracción, por todo lo que él y su... me hacían sentir, pero después era fácil estar con él. Podía ser yo misma, podía reírme de mis propias ocurrencias sin sentir miedo a qué narices pensará.

Siento la rabia fluyendo por mi cuerpo y no sé a qué se debe. No sé si me arrepiento de no haberme quedado con James, no sé si me arrepiento de haber creído en Ryan, no sé si me arrepiento de haber estado con James. ¡No lo sé! Solo sé que estoy comprendiendo que todo ha salido mal.

—Mami —me llama Enzo. Hago un intento por volver al mundo real—. ¿Está aquí James?

—No —contesto frunciendo el ceño, no entiendo esa pregunta—. ¿Por qué dices eso, cariño?

—Estás roja.

Agacho la cabeza a la vez que cierro los ojos. No podía ser. Sonrío, no puedo hacer otra cosa que sonreír. Mis niños son demasiado pequeños para comprender que en ocasiones la rojez es cosa de la ira, de la rabia.

En fin, debo retomar mi camino.

Necesito el ADN de Ryan y lo conseguiré.

—Explícame eso de nuevo —me dice Raquel, y por sus ojos medio caídos comprendo que mi plan no le ha gustado nada de nada.

—Necesito que arranques un pelo de raíz de Ryan —le vuelvo a repetir confiada en mi plan.

—Eso lo he entendido —repite, pero su expresión continúa siendo poco entusiasta—. ¿Cómo quieres que le arranque un pelo?

—Desde raíz —matizo, y creo que eso la molesta más.

¿Tanto pido? No le he pedido una muela ni una prenda de ropa, solo un inofensivo pelo.

Salen más... y rápidamente. ¡Seguro que es hasta sano para él!

—Bueno, lo más fácil sería un tirón rápido y seguro con dos dedos, con la mano derecha suele ser más fácil... Más que nada porque lo de ir con unas pinzas quizá sea un poco sospechoso.

Raquel no parece contenta con mi aportación. Quiero remarcarle que con las tijeras no sirve porque necesito la raíz, pero no es una buena idea. Al parecer, Raquel no me va a ayudar. Y, después de ella, mi lista de personas a las que pedirselo queda reducida a... nadie.

He sopesado la idea de proponérselo a los niños. A ellos todo lo que parezca un juego y que conlleve una recompensa les entusiasma, pero utilizar a mis propios hijos en un robo de pruebas para el ADN no me parece justo.

Nada justo.

Así que no queda otra, tendré que ir yo misma a por esa prueba. Me acerco al armario, lo abro de par en par y medito qué ponerme. Allí estará la secretaria barra recepcionista barra novia. Lo tiene todo la chica, ¿eh? No puedo llegar con un chándal manchado de pastel.

Tengo que ir elegante pero informal, así que los tejanos de los domingos quedan totalmente descartados. Decido colocarme unas mallas negras y unas botas con tacón. No

soy una buena candidata para llevar tacones, pero estiliza la figura. No es que vaya a ligar, ni mucho menos, pero nunca hay que ir sencilla si te vas a topar con esa bruja de secretaria.

Entro en la recepción y todo parece estar casi igual. Me sorprende ver que mi antigua enemiga no lleva un maquillaje muy cargado. Ha cambiado su tonalidad de pelo por una algo más natural. Sus uñas no son de tigresa y viste de manera formal. ¿Cambiaría ella sola

por estar con Ryan o había sido Ryan el que la habría cambiado? Da igual, no me importa, bueno, quizá sí, pero no es el momento para que me importe.

—Hola, guapa —digo enseñando mis dientes en una falsa pero elegante sonrisa.

Su mirada (parece más pequeña sin tanto maquillaje) me observa y puedo descubrir una pincelada de superioridad en ella. ¿Qué pasa? ¿Mi atuendo no es de tu agrado? Llevo mallas, botas y camiseta negra lisa. Si no te gusta, cómprate una revista. Si quieres, le digo a mi ginecólogo que te recomiende unas cuantas.

Continúo sonriendo después de haber descargado mi frustración con ella mentalmente. —Sé que me has dicho que el señor Cooper no está, pero tengo que hablar con él urgentemente.

—Un poco tarde, ¿no?

La mujer... ¿Cómo se llamaba Jenny o Rebeca? ¡Bah! ¡Qué más da su nombre! La novieta de Ryan parece estar juzgándome con esa mirada suya tan cargada de grandeza. Ella no sabe lo que he sufrido, no tiene ni idea.

Apoyo las manos en el mostrador y la miro con lo que creo que es mi mirada más amenazante.

—Creo que en tu contrato no pone nada sobre juzgarme, por lo que haz el favor de llamar a tu jefe, novio, o como quieras llamarlo, y decirle que tengo que hablar con él.

El labio superior se le arruga ligeramente. ¿Te doy asco? Felicidades. Se levanta y compruebo que lleva tacones altos de aguja y un vestidito formal de novia buena y señorial.

Se alisa la camisa y me mira.

—En estos momentos, el señor Cooper está ocupado y lo estará el resto de la tarde. Así pues, le recomiendo que venga otro día.

—Ryan —digo dirigiendo mi mirada entusiasmada hacia el fondo de la sala.

Soy tan buena actriz que ella se gira para buscarlo. Aprovecho el descuido para inclinarme sobre el mostrador y marcar el botón de llamada de Ryan.

Sé que es un plan complicado, y que perfectamente podría no saber cuál es su botón de llamada, pero hay una pegatina en la que pone: CARI. Lo pulso y me incorporo como quien no quiere la cosa. Eso sí, aprovecho para continuar con mi disimulo y cojo un par de sus caramelos.

¿Sin azúcar?

En fin.

La secretaria se gira y me mira con cara de pocos amigos (o sea, la suya). Coloca los brazos en jarra. Me recuerda a mis hijos cuando se enfadan.

—No está —sisea entre dientes.

—¿No? Estoy peor de lo que creía —alego con un tono dramático que me queda perfecto. Entonces se oye la voz de Ryan desde el teléfono.

—¿Jéssica?

¡Eso era! Jéssica. Sabía que su nombre comenzaba por J, pero no recordaba nada más. Mi mente es así: la información que no necesita la destruye.

La chica abre los ojos todo cuanto puede.

—Hola, Ryan, soy Sara. Necesito hablar contigo, es urgente.

Sé que Jéssica me quiere asesinar con la mirada. He hablado con su *cari*. Qué mala soy.

—Claro, pasa.

Quiero decirle a Jéssica la encantadora y *porculera* expresión «Chúpate esa», pero no lo hago,

pues el manos libres sigue descolgado. Sin embargo, no sería yo misma si no le dejara un pequeño regalo a Jéssica (¡cómo pude olvidarme de su nombre!): le doy el papel del caramelo, mientras me guardo el otro en el bolsillo de mi chaqueta.

—Están muchos más buenos con azúcar —añado antes de irme y, por qué no, contoneo mis caderas, qué bien bonitas se me han quedado después de ser madre.

Subo las escaleras intentando pensar de forma rápida. ¿Qué diablos le puedo decir que pueda parecer «urgente»? No se me ocurre nada, estoy bloqueada. Quizá sea la falta de azúcar de ese maldito caramelo.

—Hola —saludo tímidamente mientras entro en su despacho.

La puerta estaba entreabierta, supongo que para que yo pase.

—Hola —contesta él, y no noto calidez en su tono—. Toma asiento, por favor.

Me siento en la silla que hay frente a él. El ambiente está tenso, muy tenso.

—Sé que debes de estar enfadado conmigo —comienzo a hablar torpemente—, pero quiero que sepas que mi intención no era hacerte daño.

Ryan levanta la mirada de su mesa y me mira a los ojos.

—¿Qué parte, Sara? Cuando te acostaste con mi hermano, cuando no me informaste de que estabas embarazada, cuando dejaste que pasaran cinco años... ¿Qué parte?

Bien, pensándolo mejor, quizá venir aquí no ha sido del todo una buena idea.

Me muerdo la uña mientras pienso qué decir.

No quiero que la conversación vaya por ese camino.

—¿A qué has venido a Madrid, Sara? ¿Vienes buscando dinero? ¿Es eso lo que quieres? Las dudas desembarcan de mi cabeza. Por ahí sí que no pienso pasar. Me levanto de golpe y golpeo con mis manos en su escritorio.

—No te he pedido un euro nunca... y no te lo pediré. ¿Crees que vengo a por tu dinero? Métetelo por donde te quepa.

Me giro indignada, pero no quiero dejar así la conversación.

—¿Qué te ha pasado, Ryan? El otro día te noté algo más colaborador.

—He visto a qué has venido, a intentar seducirnos a mi hermano y a mí, de nuevo. Ya sé cómo eres, Sara. Y no dejaré que juegues con nosotros de nuevo.

Sus palabras me duelen más de lo que él puede llegar a imaginar. Levanto la barbilla y lo miro con desdén.

—No tienes ni idea de cómo soy.

Quiero irme de allí, ya conseguiré la puñetera muestra de alguna otra forma, pero ahora mismo no me encuentro con fuerzas de seguir esta conversación con él.

Doy dos pasos en dirección a la puerta cuando su voz me frena.

—Que sepas que voy a pedir una prueba de paternidad mediante un juez. Si son hijos míos,

haré todo lo posible para conseguir la custodia.

Todo lo posible.

Aquellas palabras son como puñales en mi corazón. Mi peor pesadilla se estaba convirtiendo en realidad. Nadie va a separarme de mis hijos. Nadie. Puede sonar egoísta, pero es la pura realidad. Camino hasta él de forma amenazadora.

—¿Sabes, Ryan?, yo fui una zorra. Me acosté con los dos. Algo que, admito, nunca debí de hacer, pero, ¿sabes qué?, me alegro de haber caído en las redes de tu hermano, porque me he dado cuenta de que aquí el único cretino eres tú. No siempre lo bueno es lo mejor.

Ryan parece no inmutarse. Muy bien, de acuerdo. Pues voy a hacer una puñetera locura. Me coloco tras él y saco mi lado malvado. Porque los antagonistas también tienen su momento de gloria. Lo tomo del pelo. Intento no hacerlo de forma muy exagerada. Quiero quitarle un pelo, no arrancarle la cabeza. Recuerdo que tiene que ser de raíz. Intento que parezca toda una amenaza.

—No vas a quitarme mis hijos —digo con voz tenebrosa.

Tiro de un par de sus pelos. Me giro sobre mis talones mientras rezo para que no llame a seguridad. No quiero una denuncia por agresión.

—Adiós, Ryan —digo al cerrar la puerta.

Miro el par de cabellos que tengo entre mis dedos y siento alivio cuando veo que los he arrancado de raíz. No sé si ese es el Ryan que yo conocía, no sé si se ha vuelto así por lo que le hice, pero lo que sí que sé es que no estoy enamorada de él.

Ahora que tengo la muestra de Ryan, solo me falta la de James. Y haré cualquier cosa para conseguirla. Debo adelantarme a ese juez y averiguar la verdad. Aunque duela, tengo que saberla.



Capítulo doce

Cretino

No hay un cretino que no haya soñado ser un gran hombre, ni un burro que, al contemplarse en el arroyo junto al que pasaba, no se mirara con placer, encontrándose aires de caballo.

GUSTAVE FLAUBERT

Intento deshacerme de mi furia antes de coger el teléfono. Es un poco injusto que yo no sepa dónde vive James. Él sí sabe dónde vivo yo.

Estiro mi cuello antes de llamar. Marco el número y espero a que conteste.

—Hombre, la ladrona de chicles al aparato.

No puedo evitar reírme, acaba de desarmar completamente mi posición seria.

—Quiero quedar contigo —le digo claramente. Adiós, rodeos, adiós.

Escucho su risa fresca al otro lado y siento un escalofrío placentero, pero no debo dejarme llevar por tales sensaciones. Ahora mismo no sé quién es el enemigo. No sé si él está con su hermano o si lo que busca es seducirme de nuevo y después dejarme tirada. No sé si intenta quitarme a los niños también. No sé qué narices quieren. Debo centrarme en hacer esas pruebas; después ya buscaré una solución a todo.

—Vaya, amor, no te recordaba tan desesperada. Bueno... —Deja la frase en el aire y yo me caliento, ya no sé si por el amor, por los recuerdos o por él.

Golpeo con el pie contra el suelo. Estoy nerviosa.

—Es broma, quedemos en un sitio público, no quiero que me violes.

James está en su versión cómica. Yo sé contenerme. ¿Sé? Bueno, la cuestión es que me da igual quedar en un sitio público o no, conseguiré mi muestra y las enviaré al laboratorio.

No había otra cafetería o lugar donde James pudiera quedar, algo más cercano, no. El señorito quería quedar en Mama Framboise. Hasta el nombre de la cafetería suena erótico... Bueno, la verdad es que cualquier cosa que diga James me suena así.

Enferma, estoy enferma.

Concentración. La dirección es: calle Fernando VI, número 23. Bien, ya la he memorizado.

Ahora tengo que saber en qué parada de metro me tengo que bajar. ¿Mama Framboise? Al lado de la cafetería donde yo trabaja debe de ser la *creme de la creme*. Busco en mi teléfono. Google y la opción «cómo llegar» son maravillosos.

Me tengo que bajar en la parada Alonso Martínez; después, según calcula este aparatito, tengo que caminar tan solo cuatro minutos.

No está nada mal.

Bien, bajo del metro y ahora es cuando viene el gran problema: orientarme. Porque todo lo teórico está muy bien, pero lo práctico...; la segunda calle a la izquierda. No parece difícil.

Camino, intentando permanecer concentrada. Cuando llego al segundo cruce, giro a la izquierda y ya estoy, por fin, en la calle Fernando VI. Ahora tengo que llegar hasta el número veintitrés. Empiezo a arrepentirme de haber escogido botas con tacón.

Por fin llego. Tengo que decir que el sitio desde fuera me llama la atención. Su fachada de madera... Además, con lo hambrienta que estoy... Esas pastitas deben de estar buenísimas.

Entro en la cafetería y observo que la decoración está cuidada al milímetro. El olor a dulzón atormenta a mi hambriento estómago. Me relamo pensando qué comerme y entonces veo a James. Mis tripas guardan silencio y el hambre desaparece. Adiós, hambre.

Hola, deseo.

James está sentado en la mesa. Hay una chica pelirroja, muy mona, frente a él. Ambos sonríen y parecen tener complicidad. Bien, Sara, no hay más. Esto es el infierno que te has buscado.

Mi orgullo quiere dar media vuelta, orientarse de nuevo y coger otro metro en dirección a casa, pero no. Ante todo me juego el futuro de mis hijos, por lo que iré hasta allí y conseguiré esa muestra; después me iré con mi dañado orgullo a otra parte.

—Hola, amor —me saluda él, condenadamente sexy y delante de su amiga (por llamarla así), que sonrío.

—Hola —contesto a secas—. ¡Huy! ¡Tienes un bicho en el café! —le digo sobreactuando—. Ahora mismo voy a pedir que te lo cambien..., y pienso poner una reclamación.

James se queja, pero yo estoy satisfecha con mi trabajo. Ha sido rápido y eficaz. No le he dado tiempo a mirar el contenido del vaso. Sé que ha sonado sobreactuado y estúpido, pero ya tendré tiempo para morirme de vergüenza en otro momento. Me giro y hago ver que voy a la cocina, por el camino me encuentro con una camarera le pido que le lleve otro café y yo voy al baño.

—Señorita, no se puede ir al baño con las tazas.

Miro a la mujer y sé que estoy empleando mi mirada de odio, esa que hace que ella de un respingo.

—Solo puedo hacer de vientre con un poco de café, entiéndalo.

Parece que la mujer no necesita más explicaciones.

A toda prisa entro en el baño introduzco la taza en la bolsa y la cierro (con alguna que otra dificultad). La guardo en el bolsillo justo cuando la puerta del baño se abre. James entra, con toda su altura. ¿Por qué no se ha tratado lo de entrar en los baños de mujeres? ¿Me ha pillado? ¿Sabe que le he quitado la taza aposta?

Se acerca a mí lentamente. Respira, Sara.

No voy a retroceder. ¡Qué porras! Lo hago. Doy un paso para atrás, pero ahí está la encimera. ¡Siempre me pasa lo mismo! No sé huir en condiciones.

—¿Estás celosa, Sara? El numerito de la taza ha sido ridículo.

¿Celosa? ¿Por qué? Bueno, quizá sí estoy celosa, pero no voy arrancando pelos a la gente por eso. Todavía, al menos.

—No —contesto sin titubear, y alzo la barbilla intentando parecer una mujer digna que no tiene miedo a que un tío bueno la acorrale contra un baño (de nuevo).

—¿Entonces quieres hacer un trío con mi amiga, amor?

Dejo de respirar. La rabia inunda mi pecho. Siento que me va a explotar la cabeza. Yo, Sara Ramírez, no comparto, soy egoísta. Estoy celosa, lo sé. Las ganas que siento ahora mismo de tirarle de los pelos a la pelirroja no pueden llamarse de otro modo.

—Lee, mis labios, amor —digo imitando su tono, para después decir un NO grande, enorme, pero en silencio.

El suelta una carcajada y se apoya contra la pared. Su mirada me come, me evalúa. ¡Qué narices! Me está desnudando con ella.

De repente, sin esperármelo, hace una pompa con un chicle.

—¿Quieres compartir chicle?

Y sí, quiero comérmelo, a él, no al chicle, pero no hemos venido aquí para esto. Tengo mis pruebas, lo he conseguido.

Miro a James, guapo e irresistible, y pienso en la posibilidad del sexo por placer. De un momento de pasión. Soy adulta, he vivido, me he enamorado y he sufrido. Puedo superar esto, puedo hacerlo.

Puedo montarlo, puedo hacerlo.

No.

No debo, porque lo quiero y sé que, si me acuesto con él, me quedaré sin freno de mano. —Lo siento —digo, y es verdad.

Su cara es de sorpresa, pero no de una sorpresa normal, sino sobreactuada.

—¿Nos han presentado, amor? Sé que no es lo normal y que, en ningún cuento de hadas, los príncipes se presentan en un cuarto de baño, pero tienes que admitir que este sitio tiene estilo.

Me río. No puedo evitarlo.

—Me presento —añade con media sonrisa mientras toma mi mano—. Me llamo James, pero

algunas —dice mirándome de forma sugerente— me llaman Cretino. Follo bien... Porque lo hago, ¿no?

No me esperaba ese comentario. Habla como en un monólogo cómico. Me río. No puedo evitarlo mientras las mariposas dejan de aletear en mi estómago y mi sexo se estremece. —Pero, si quieres, te cuento un secreto. —Su voz es un susurro mientras coloca las manos a cada lado de mi cabeza.

Me relamo los labios, se me han secado. Siento su aliento cálido acariciándome.

—También sé hacer el amor. Me enseñó una chica llamada Sara. ¿La conoces?

Siento calor, amor, pero, sobre todo, un calentón.

No sé qué hacer, sus labios están cerca, demasiado cerca.

Quiero besarlo, pero sé que todo lo que hago tiene consecuencias, unas buenas y otras malas.

Me acaricia. ¡A la porra! ¡Voy a hacerlo! Abro la boca, no sé si para respirar o para invitarlo a que su lengua entre en ella.

—Pero..., como alguien me dijo una vez, en el baño no se hace el amor, se folla.

Capítulo trece

Celos

El que es celoso no es nunca celoso por lo que ve; con lo que se imagina basta.

JACINTO BENAVENTE

Follar es una buena opción, pero no en este baño, ¿verdad?

Mi época adolescente ha pasado, ahora soy una mujer madura, pero... ¡Qué narices! Las mujeres maduras también sucumben a la pasión del momento. Sé que dudar no es bueno y también sé que dudar mientras me dejo llevar por la situación tampoco lo es.

Mis manos, inteligentes y rápidas, han estado manoseando el gran cuerpo de James. Está duro y fibrado.

Él intenta (con éxito) deshacerse de mi chaqueta. Duda sobre donde colocarla e intenta lanzarla para que esta se quede colgada del pomo de la puerta de uno de los baños. Él es bueno quitando ropa, pero no colocándola... y mucho menos lanzándola. Mi chaqueta va a parar al suelo, pero antes algo cae de mis bolsillos. Sí, lo sé, las cremalleras sirven para algo, pero siempre me las dejo abiertas.

Escucho como algo se rompe al chocar contra el suelo. ¡La taza! Me quedo pálida cuando veo las bolsas con las muestras en el suelo. Me separo de James (sí, a esto lo podemos llamar un *precoitus interruptus*). Soy más ágil de lo que creo y consigo recuperar las bolsitas sin que James las vea, o eso es lo que creo. Cuando me giro para mirarlo, su expresión me sorprende. ¿Qué le pasa? Lo noto tenso, incluso me atrevería a decir que parece enfadado.

—Eh —le digo mientras intento acariciarle la mejilla, pero él me esquiva.

No sé qué pasa.

—¿Has ido a ver a mi hermano antes de estar conmigo?

Analizo rápidamente su expresión. Frunce el ceño y evita mirarme. No logro entender qué le pasa. Abre sus manos y las cierra constantemente. No está preguntándome por la taza, que obviamente ha oído romperse.

Me pregunta por su hermano.

—Sí, ¿por qué?

Sonríe, pero es la sonrisa más triste que he visto nunca.

Niega con la cabeza al tiempo que me da la espalda. Nervioso, se pasa la mano por la cabeza.

—No sé cómo no lo he visto venir —añade con voz rota—. La historia se repite de nuevo. Mi hermano, tú y yo. El tridente maravilloso. Le quieres y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Por mucho que me esfuerce, siempre estaremos los tres, ¿verdad? Bien, en otra ocasión me habría ido,

pero sé que te quiero con toda mi alma, sé que llevo cinco años pensando en ti. Y no quiero pasar por eso de nuevo. Si tú quieres continuar con los dos, adelante. Juguemos. Sé que mi hermano no lo permitirá, pero podemos vernos a escondidas. Soportaré ser el otro, lo haré. Me seguiré comportando como un cretino delante de todos. Flirtearé con otras mujeres y dejaré que, de cara a los otros, vosotros dos juguéis a ser la pareja feliz. Si de verdad me quieres, lo haré. Si tú compartes tu amor con los dos. Puedo soportarlo. Prometo que esta vez no se lo contaré a mi hermano.

Sus palabras me abofetean el alma una y otra vez.

Intento analizar todo lo que me ha dicho.

Él me quiere. James me quiere. Me cuesta creerlo. Su amor es tan grande que estaría dispuesto a compartirme con Ryan. Siento que mi cordura empieza a desvanecerse. No podría compartir mi amor. Sé que resulta chocante escuchar tal cosa viniendo de mí, pero es tan duro y tan egoísta aceptar ese trato.

Amé a Ryan, lo amé, pero, cuando apareció James, todo mi amor se dividió y creí amar a los dos. Lo pensé porque me parecía de locos no amar a Ryan. Él lo tenía todo, y me costó desprenderme de lo cómodo que era estar con él.

James era un torbellino. Sexo, lujuria, pero también sabía entenderme. Compartíamos más cosas de las que yo compartía con su hermano.

¿Qué necesitas de una pareja? Un amante, un amigo, alguien con quien compartir tu vida.

No con quien intentar soportarla. No con quien ver pasar los días sin sentido.

No supe dejar marchar a Ryan.

—He ido a hablar con tu hermano por esto —digo enseñándole las bolsitas de plástico—. Necesitaba tener una muestra de ADN los dos para poder saber quién es el padre.

James parece relajar los hombros, pero el dolor sigue brillando en su cara. Su boca se abre y se cierra, pero no logra emitir palabra alguna. Sus ojos van de la bolsa a mí.

—¿Tan solo has venido para esto? Para buscar tus pruebas. ¿Por eso me estabas besando? ¿Por eso me besaste el otro día? ¡Maldita sea, Sara! ¿Qué es lo que quieres? Te quieres quedar con el que sea el padre. ¿Es eso?

—¡No! —le cortó con un grito—. Ya tengo tu muestra. ¿Ves? —le digo señalándole la bolsa que contiene su taza partida en dos—. Te estaba besando porque quería hacerlo. Porque me es imposible no hacerlo.

Sus labios se comprimen en una fina línea. Se aparta y respira profundamente.

—¿También lo has besado a él? ¿Tampoco puedes contenerte con él?

Oh, ¡Dios mío! Está tan celoso que puedo sentir su dolor en mi pecho. Niego con la cabeza e intento coger una de sus manos. Me cuesta. No parece querer que ni le toque.

—No, no lo he besado. James, han pasado cinco años. No hay día en el que no haya pensado

en ti. Y, sí, tengo que admitir que, cuando te he visto, he sentido cosas, que te he besado dejándome llevar por lo que siento, que todavía me excitas, que todavía haces que mi estómago parezca estar en una montaña rusa... Pero tengo miedo. Tú dices que me amabas, cosa que es difícil de creer. Podrías haber tenido a cualquier mujer, pero me escogiste a mí.

Sin embargo, si es verdad que me amabas..., ¿por qué me traicionaste?

Siento miedo. Sé que esta conversación es complicada. Podría olvidarme del pasado y simplemente creer en sus palabras, pero no. Soy madre y todas lo que decida puede tener repercusión en la vida de mis hijos. Debo estar muy segura. Hemos de ser claros.

—Antes has dicho que tú fuiste quien se lo contaste a tu hermano. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque te quiero —contesta sin dudar mientras frunce el ceño mínimamente. Tiene el labio arrugado: no sé si esa mueca es asco, pero ¿por qué?

—Si me querías, ¿por qué no respetaste mi decisión? ¿Fuiste egoísta? ¿Es eso? Pensaste... conmigo o sola...

Es una pregunta difícil, lo sé, hasta a mí me ha costado decirla en voz alta. Él sonríe sin alegría y niega con la cabeza.

—No te merecía. —James habla con seguridad. Sus ojos brillan envueltos en lágrimas—. ¿Alguna vez te has preguntado dónde estuvo esas dos semanas? Ryan, el bueno.

No logro entender por dónde va la conversación. ¿Por qué no me merecía Ryan? Siempre he pensado que fue al contrario. Él no se merecía a una mujer como yo, una que le engañaba con su propio hermano.

—Mi hermano es un hombre de valores, o eso es lo que intenta aparentar. El responsable, el educado Ryan. Pero todo hombre tiene su lado oscuro. A mi hermano, el angelito, le gusta el sexo sucio. Y no le culpo, a mí también me gusta, pero yo voy de cara y soy el malo. Mi hermano siempre ha creído en el matrimonio, en formar una pareja perfecta, tener dos niños (bueno, él siempre ha querido un niño y una niña); ambos irían a un colegio religioso y todos comerían perdices. Pero mi hermano tiene un concepto de la pareja un poco peculiar. A él no le va eso de una señora en la calle y una puta en la cama. No, porque las putas tienen un alma fácil de corromper. Así que ahí estabas tú, su dulce Sara, aquella que no había caído en las redes de su hermano: el cretino. Dime una cosa, Sara, ¿te folló después de saber que nos habíamos acostado o simplemente te dejó? Nunca te planteaste cómo demonios sabía hacer todas aquellas cosas que te hizo... Claro que lo pensaste, pero estabas demasiado ocupada culpándote a ti misma, culpándome a mí.

No entiendo nada. Todo lo que dice, ¿es posible? Tengo dudas, tiene razón, siempre pensé en que cómo consiguió saber qué necesitaba. Él, que nunca había querido sobrepasarse, que siempre había sido tan caballeroso conmigo.

—Yo sabía que mi hermano te engañaba. Y también sabía que tus valores no te iban a permitir

acostarte conmigo. Así pues, como me caías bien, decidí darte un poco de acción.

Decidí enseñarte que había más mundo. Lo que no imaginé es lo que iba a sentir cuando lo hicimos. Después todo se me escapó de las manos. Quería prepararte, que tú tomaras un poco más la iniciativa con mi hermano; así, quizás él dejaría de buscar otros... placeres. Y, cuando te conocí, supe que no había otra mujer como tú y te quería para mí. Yo, el cretino, sería capaz de dejar atrás mi vida sexual por ti. No entendía por qué diablos mi hermano no era capaz de hacerlo. Te di todo lo que pude, te abrí mi corazón, hicimos el amor, pero, aun así, no parecía suficiente.

No puedo parar de llorar al escuchar sus palabras. Son tan duras. ¿De verdad Ryan me engañaba? Mi vida había sido una concatenación de mentiras. Una tras otra. No sé qué decir, no sé qué hacer. —Era suficiente, claro que lo era, pero no quería hacer daño a Ryan. Creía que había fallado. No quería hacerle tanto daño.

James niega con la cabeza y me coge de la mano. Se la lleva hasta su cara y la coloca en su mejilla. Cierra los ojos y continúa hablando.

—Fui a verle. Le dije que eras una buena chica, que no necesitaba a nadie más. Le dije que estaba cansado de escuchar lo bueno que él era. Le pedí que te cuidase. Le dije que contigo no necesitaba nada más, pero no parecía escucharme. Así que se lo dije, le dije que me había acostado contigo, que había sido lo mejor que me había pasado en la vida y que no te merecía. Lo siento, quizá no debí decírselo, pero te quería y lo volvería a hacer, pero nunca imaginé que estabas embarazada. Debería haber insistido, haberte rogado que me escuchases, pero no me diste la oportunidad.

Sus palabras estaban sacudiendo mi mundo. Aunque parezca extraño, creo es la declaración de amor más bonita del mundo, pese a que duela tanto.

Ryan, el lobo con piel de cordero. Quién lo iba a decir.

Como ya predije en su día, debería haberme acostado con el cretino, que al menos es sincero y va de cara, porque los buenos, en ocasiones (más veces de las que me gustaría), salen rana.

Capítulo catorce

Decisiones

Cuando tiene que decidir el corazón, es mejor que decida la cabeza.

ENRIQUE JARDIEL

La verdad es que me he enamorado de esta cafetería. Me tomo un café en silencio. James y yo decidimos sentarnos y no hablar. Qué irónico que es todo. Mi vida ha dado un giro espectacular en los últimos años. Hasta hace nada, habría dicho que todo cambió el día que apareció Ryan en la cafetería y le manché el traje de café. Pero ahora sé que no es así. Mi vida cambió en aquel baño, y ahora vuelve a cambiar en otro baño, pero con otra persona.

Nos miramos sin decir nada.

Saco las dos bolsitas del bolsillo (esta vez con la cremallera cerrada) y las coloco encima de la mesa.

—Creo que la taza rota no servirá —comento con un hilo de voz lo suficientemente alto como para romper el silencio.

—Yo puedo darte una muestra de saliva, ya sabes. —James mueve sus cejas, pero su cara no termina de estar alegre.

Suelto una pequeña, pero sonora carcajada. Incluso en tales circunstancias, tiene fuerza suficiente para sacar su sentido del humor.

—¿Lo harías? —pregunto sorprendida por su interés por colaborar.

James se encoge de hombros mientras asiente.

—Sí, lo haré.

El silencio vuelve a aparecer, incomodando y tensando la conversación.

—Tengo miedo.

James se sincera con esa única frase. Dos palabras difíciles de decir. Trago saliva intentando disipar el nudo que tengo instalado en mi garganta. No quiero volver a llorar, no otra vez aquí.

Niego con la cabeza. Él no debe de tener miedo. ¿Qué iba a tener miedo un hombre como él?

—No quiero pensar que unos papeles pueden dominar mi vida —argumenta mirándome a la cara. Sé lo que quiere decir, pues yo pienso lo mismo.

—Yo también tengo miedo. Tu hermano me ha dicho que, si son suyos, intentará quitármelos.

—¡Y una mierda! —grita golpeando con sus puños contra la mesa.

La gente de nuestro alrededor se gira para mirarnos. Tomo la mano de James e intento calmarlo.

—Lo que hiciste no estuvo bien, Sara. Es algo que no debías de esconder, pero aquí todos

hemos cometido errores. Nadie se salva. Haremos esas pruebas y después nos sentaremos a hablar como personas civilizadas. Quiero a esos niños. No sé si son míos o no, pero los quiero. Se hacen querer, aunque sea en tan poco tiempo.

Su última frase parece un pensamiento en voz alta.

Sé que mis hijos se hacen querer y se merecen saber la verdad, pero me duele que lo tengan que pasar mal.

—Mami, ¿adónde vamos? —pregunta Enzo tomándome de la mano.

—A llevar unas cosas a un sitio —contesto sin dar muchas explicaciones.

Repaso mentalmente si llevo todo. Tengo las bolsitas con nombres anónimos. Tengo las muestras de mis niños.

—¿Qué cosas, mami?

Ruedo los ojos y miro al cielo.

—Llevamos un tesoro, algo que he conseguido jugando a los espías.

—¿Qué son espías? —pregunta Leo.

Lo que me faltaba. Hoy es el día de las preguntas en la familia Ramírez. Es uno de esos días en que los niños se despiertan con miles de interrogantes y muchos más «porqués» en la boca. ¿Qué es un espía? ¿Cómo explicárselo a un niño? Creo que deberían hacer «diccionarios» para explicar ciertos términos a los críos.

—Los que escuchan a los demás.

—Yo escucho a los demás —contesta Enzo con su lógica aplastante.

—Los que escuchan los demás a escondidas —matizo, esperando que lo entienda y que podamos dejar el tema.

—Pues Leo siempre es un espía.

Enzo está orgulloso de su conclusión. Miro a Leo, que me sonríe. También parece satisfecho con la conclusión. Intento completar el camino hasta el laboratorio en silencio, pero con dos niños de cinco años eso resulta difícil.

—¿Y cómo consigues un tesoro siendo espía, mami?

¡Por el amor de Dios! No quiero explicarle a mi hijo los «tesoros» que consiguen los espías, no lo necesitan y no quiero hablar más sobre adónde vamos. La verdad les podría traumatizar. —

¿Por qué no jugamos a ver quién está más rato callado?

Silencio y satisfacción. Siempre que tengo que recurrir a ese truco. Me imagino que de aquí unos meses ya no querrán jugar más, pero por ahora sí. Entro en el laboratorio. Me siento cansada.

—Buenos días —me saluda la chica de recepción sin levantar la vista de su ordenador. —

Hola —saludo, esperando a que me preste su atención.

—¡Has perdido! —grita Enzo, entusiasmado.

—Menos mal, mami, me estaba aburriendo.

Sonríó hacía la mujer. Espero que entienda que ir con dos niños con ganas de hablar es algo normal.

—Vengo para realizar una prueba de paternidad.

—¿Qué es paternidad, mami? —pregunta Enzo.

Le miro, sonriendo, mientras por dentro pienso que ojalá pare de una vez con sus preguntitas.

—Bien —responde la recepcionista al tiempo que saca lo que parece ser una ficha—. ¿Trae las muestras? ¿Es privada o judicial?

—Privada —contesto.

Enzo tira de mi camiseta para que lo mire.

—¿Qué es privada?

—Luego te lo explico —digo, intentando ganar un poco de tiempo—. Luego te lo explico todo, cariño.

—Bien, déjeme su carné de identidad y la muestra del niño, por favor.

Saco la cartera y busco mi carné. Estoy tan nerviosa que tengo que revisar la cartera hasta tres veces para encontrarlo. Se lo entrego a la mujer, quien teclea enérgicamente en el ordenador. En la impresora empiezan a salir varias etiquetas con un código de barras.

—¿La muestra del niño, por favor?

Asiento.

—Niños —rectifico sacando las dos bolsitas.

La recepcionista mira a los niños y me mira a mí.

—Señora, creo que con una sola muestra bastará, son gemelos.

Bien, el momento que pensé que me ahorraría ha llegado. Tengo que volver a explicarlo todo. Me aclaro la garganta, cambio el bolso de mano y miro a la mujer con una sonrisa forzada.

—Hay una posibilidad, sí, sé que es pequeña, que debería haber ovulado dos veces y que tendría que haber practicado el coito con veinticuatro horas de diferencia, lo sé..., pero si cabe esa pequeña probabilidad..., quiero estar segura.

La mujer se queda parada, creo que ni siquiera respira. ¡Dios! Está colorada como un tomate. Sí, lo sé, guapa, da vergüenza explicarlo, pero tú me has obligado.

—Mami —me llama Enzo tirando de la chaqueta.

Lo miro fijamente y espero que las palabras «ovular» y «coito» no salgan de su boca.

—Después, cariño —le ruego esperando que de camino a casa olvide las palabritas de marras.

¿Por qué no he dejado a los niños con Raquel?

—Pero —alega la mujer, y yo no sé que más quiere que le diga— los niños son iguales. ¿Ah, sí? ¡No me había dado cuenta!

—Los supuestos «padres» —la última palabra la digo tan rápido que es casi imposible de deducir — también son gemelos.

La mujer parece estar evaluando la información. ¿Qué? Este problema de genética es complicado, lo sé. Ha sido mi tortura durante los últimos cinco años. Los gemelos siempre lo complican todo, y más si no son lo que parecen.

Tozuda, la chica centra su mirada en el ordenador y teclea. Bien, me ha tocado una mujer a la que le gusta llevar la contraria. Maravilloso.

Espero, nerviosa, pero espero a que ella termine de prestar atención a su ordenador.

—¿Tiene aquí la partida de nacimiento de sus hijos, señora Ramírez?

Me quedo en blanco, ¿para qué necesita eso? Asiento. Tengo los papeles en el bolso. Sé que no debería llevarlos por ahí, pero hoy era un día para acarrear con toda la información necesaria, por si acaso me topaba con personas megapreguntonas, como es el caso.

Entrego la partida de nacimiento a la mujer.

—Aquí está. En esta partida de nacimiento, queda claro que sus hijos son univitelinos. Miro a la mujer con pesadez. Ya está de nuevo esa palabrita tan maravillosa. Vale. Mis hijos son univitelinos o cómo se diga... ¿Qué significa eso?

Al parecer, mi cara no es simplemente de pesadez, porque la mujer no tarda en aclararme la duda.

—Esto significa que sus hijos han nacido de un mismo óvulo. Es decir, un óvulo y un espermatozoide se unen, y después esta unión se divide en dos. Solo hay una madre y un padre. ¿Entiende?

Asimilo la información. No sé si es buena o mala. Buena, sin duda, es buena. No tengo un hijo de cada hermano... Sin embargo, la necesidad de saber quién es el padre aumenta mi atormento.

—Mami, ¿qué es *permatozoide*? —pregunta Enzo

—Un pokémon —contesto, cansada de tanta pregunta.

—Yo seré *permatozoide* — dice Leo con voz siniestra— y tú serás óvulo.

Miro anonadada como mis hijos comienzan a montarse sus propias películas y rezo para que nadie les escuche hablar. Bien, me tengo que centrar en la prueba.

—Está bien, entonces te dejo las dos pruebas de mis hijos, y ustedes ya escogerán la que quieran —termino diciendo, porque no quiero escoger solo una.

La mujer se encoge de hombros. Toma las dos bolsas, las grapa y coloca una pegatina con un código de barras.

—Ahora necesito las muestras de los sujetos posibles, pero le informo, señora, que, si también son gemelos univitelinos, la probabilidad de que podamos descubrir cuál de los dos sujetos es el padre es casi imposible. Comparten casi todo su ADN.

Y con aquella información mi mundo parece detenerse. ¿Tendré que vivir el resto de mi vida con la duda?

Entrego las bolsas y ella coloca las etiquetas. Las guarda y me entrega un resguardo. ¿Qué voy a hacer?

Capítulo quince

Genética

No discutiré la solución cuando la conozca. No discutiré la solución cuando la conozca. No discutiré la solución cuando la conozca.

BART SIMPSON

Siento que mis piernas tiemblan, pero están inmóviles.

Estoy de pie en el salón. Tengo a James y a Ryan sentados frente de mí. No, no estoy soñando. He cogido el toro por los cuernos (aunque no creo que sea la frase más adecuada para este caso).

—¿A qué se debe esta reunión? —pregunta Ryan de manera formal.

Lo miro, de arriba abajo. Intento ser disimulada, pero no es lo mío. Él, Ryan, un adicto al sexo duro. ¿Quién me lo iba a decir? Intento sacar esas imágenes de mi mente.

James, en cambio, no dice nada. Allí está, con su pose de metrosexual, desprendiendo sexualidad por cada poro de su piel.

Dos hombres tan parecidos y tan diferentes.

—Quería explicaros algo —anunció—. He ido a un laboratorio para pedir la prueba de paternidad.

James intenta mantener la compostura, pero sé leer en sus ojos; ya no me hace falta apuntarle con una linterna de osos amorosos: está preocupado. Quizás él cree que ya sé el resultado y que no le he dicho nada. Puede que se sienta traicionado por ello.

—Todavía no tengo el resultado —aclaro atropelladamente.

Los hombros de James se relajan.

—¿Esto es todo lo que querías decirnos? —pregunta Ryan, asqueado.

—Hermano, ¿no ves que nos invita a tomar el té para amenizarnos la espera?

Cierro mis manos formando dos puños. No sé cómo tomarme el comentario de James, si como una ayuda o un desprecio, pero me da igual. Necesito explicarles que el tema de genética es complicado de por sí y todavía más si se trata de hermanos gemelos.

—Bien, la cuestión es —digo alzando el tono para que me presten atención—que Enzo y Leo son gemelos univitelinos. Por lo que nacieron de...

—Sabemos lo que significa univitelinos —me corta Ryan. Tengo ganas de escupirle. Me he tirado horas para aprenderme la palabrita y ahora viene él, tan prepotente, y me suelta que ya sabe lo que es. ¡Pues felicidades! ¿Quieres una pegatina o una corona de papel?—.

Básicamente —prosigue—, porque nosotros lo somos. Somos iguales, por lo que lo somos.

Intuyo que mi prueba va a ser todo un desastre. Tomo el rotulador que tenía preparado y

juego con el tapón. Había conseguido una pizarra y el rotulador para poder dibujar las pocas probabilidades que tenía de saber quién de los dos era el padre; y si ellos eran tan jodidamente iguales, lo tenía mucho, pero mucho más difícil.

—En fin, con lo listo que eres, Ryan, habrás deducido que las probabilidades de saber quién es el padre son escasas. Tenéis el ADN tan parecido que es casi imposible saber quién es el padre.

Me siento agotada cuando termino la frase.

Nunca sabré la verdad.

Se hace el silencio, matando todo ruido, excepto el sonido de nuestras tres respiraciones.

—Esto no habría pasado si tú hubieses tenido las piernas cerradas.

Huy, lo que me ha dicho.

—Uno —digo enseñando mi dedo índice (cuanto me alegro de llevar las uñas pintadas de negro para esta ocasión)—, esto no habría pasado si me hubieses follado bien. Sí, estoy siendo vulgar, pero tú mismo fuiste él que me dijiste que debería habértelo pedido. Dos —añado otro dedo—, esto no hubiese ocurrido si tú fueras algo más sincero y no tan embustero. ¿Te gusta el sexo duro? ¿Qué problema hay? ¡Me engañaste con más de una...!

¡¿Y vienes a acusarme con tus sucias manos?! Y tres, no me arrepiento. Sí, lo has escuchado bien, no me arrepiento de haberlo hecho, porque así pude conocer a tu hermano, que, aparte de cretino, tiene algo más de corazón que tú. He tenido dos niños maravillosos y los he criado lo mejor que he podido.

Ryan parece estar desconcertado. Mira a su hermano y después a mí.

—¿Qué? Ryan, el santo, está dolido porque he visto cómo es de realidad. Tranquilo, no te guardo rencor. No me duele que me engañaras hace cinco años. ¿Sabes por qué no me duele? Fácil, porque no te quiero. Me he dado cuenta de muchas cosas. Si te hubiese querido con todo mi corazón, no te habría engañado. Bueno —aclaro alzando ambas manos—, quizá la primera vez en la ducha sí, pero no habría repetido. No habría hecho falta, porque me habría sentido llena... No hablo sexualmente, James, no me mires así... Hablo desde un punto de vista emocional. Tú habrías sido mi todo y no lo eras. Por eso, con la personalidad de James, me sentía tan magnética, porque simplemente éramos más

afines. ¡Por Dios, hasta vimos *Lost* engullendo comida basura!

—No quería hacerte daño —se defiende Ryan—. Te quería, Sara. No quería herirte, no era mi intención. Pero no puedo dejar mi otro lado. Yo... siento que el sexo sucio no se tiene que...

¿Cómo puede haber gente que piense así? ¿Cómo alguien puede querer a alguien, pero, aun así, engañarle? Bueno, yo tampoco soy la más indicada para hablar. ¡Qué complicada es la vida!

—Si me querías, me lo tendrías que haber dicho.

—No es tan fácil.

Claro que no lo es. Yo tampoco me vi capaz de decírselo después de aquel día en el gimnasio.

Intenté engañarme a mí misma... La vida con Ryan era tan fácil. James era un torbellino, pero no parecía estable. Era más una noche loca, una de la que no te puedes olvidar... Hasta que se abrió... Y entonces fue imposible no dudar. Lo tenía todo en un solo ser. Amigo, amante, novio... Todo en uno.

—Pues solo te puedo aconsejar una cosa, si me lo permites: busca a esa persona que te lo dé todo. De lo contrario, renuncia. Puedes seguir soltero y disfrutar con quien quieras. Pero no estés con alguien porque resulta cómodo. No lo necesitas.

Ryan no habla, parece pensativo, y tampoco quiero forzarlo. A pesar de todo, le tengo aprecio. Quizá sea el padre de mis hijos, no lo sé... Y si no lo es, será su tío. Todo queda en familia.

—Y a ti —le digo a James—, solo puedo pedirte perdón por huir. Quiero agradecerte que me abrieras los ojos.

—Y las piernas —añade con una sonrisa pícaro.

Le golpeo el pecho entre risas. ¡Estoy intentando ser seria!

—Gracias por todo. Siento haber huido y no haberte valorado. Siento que todavía te quiero.

Sé que es una locura y que no es lugar; sé que tendríamos que probar y que no es seguro que funcione, y tampoco es seguro que tú me quieras. Definitivamente, estoy hablando demasiado, pero...

James me besa. No es un beso típico de película; básicamente porque, de buenas a primeras, nuestras narices han chocado... Pero después sí... Me besa como un amante experto.

Ryan se rasca la cabeza y mira hacia otro lado.

Suena el timbre de la puerta y él se apresura a abrir.

—Mama, ya estamos aquí —saluda Enzo entrando corriendo por el salón.

—James —dice Leo con una sonrisa—, amigo, ¿quieres jugar a *Pokémon*? Yo soy espermatozoide. ¿Y tú?



Capítulo dieciséis

Cinco

Escribir es como hacer el amor. No te preocupes por el orgasmo,
preocúpate del proceso.

ISABEL ALLENDE

—Hola —me saluda James seductoramente.

Hasta hoy jamás me había planteado que un «hola» podía sonar seductor, pero lo es. James entra en mi casa, con su mirada caliente. Lo sé, las miradas no pueden ser calientes, pero esta sí. Brilla y hace que mi cuerpo active mi propio horno interior.

Estamos solos. Los niños están en clase, y yo, en vez de quedar en un lugar público, he quedado en casa. Aunque he de admitir que los lugares públicos no son ningún problema para James y su alto voltaje.

—Creo que ayer no me quedó claro nuestro tema. Es decir, me quieres, te sientes atraída por mí. ¿En qué fase estamos?

Estoy nerviosa. Son cinco años sin sexo y no he estirado. Me froto las manos y no quiero que él se tome ese gesto como un aliciente.

—Tenemos que conocernos —contesto, y mi voz titubea.

No, Sara, eres una mujer madura, no puedes ni debes dudar ante un hombre.

—Ah —comenta frenándose en seco—. ¿Es que no nos han presentado? O quizás es que no me recuerdas. ¡Qué más da! Me presento de nuevo, soy James Cooper, de padre americano y madre española. Cretino en según qué ocasiones; disfruto del sexo, pero también de una buena compañía. Dime, amor, ¿quién eres tú?

¿Quién soy? Una que se acaba de derretir. Sonrío y no puedo deducir si mi sonrisa es una normal y aceptable o, en cambio, es una con el chorrillo de baba adornándola.

—Soy, Sara, Sara Ramírez. No puedo decirte si, hoy por hoy, me gusta el sexo o no. Lo que

mi mente recuerda es bueno, muy bueno, pero ahora que he sido madre quizá no sienta nada. Espero que no sea así, porque el otro día me coloqué unas bolas y parecía que mis paredes estaban en buen estado. No sé por qué te estoy contando esto, pero, bueno, lo que ves es lo que soy.

James suelta una carcajada y yo siento vergüenza ajena. Ah, no, que eso es cuando sientes vergüenza por lo que hace otra persona. Así pues, siento vergüenza propia o vergüenza a secas... ¿Qué más da?

James se acerca y me besa. Todavía estamos en el pasillo. No sé si esto está bien.

—Tenemos que ir despacio —alego mientras le tomo con más fuerza del pelo.

Sé que en ocasiones mi mente habla cosas que no quiere. Pido calma cuando mi cuerpo pide dureza. Soy así de complicada.

—¿Lo quieres lento, amor?

No lo quiero lento, simplemente no podemos correr.

—Creo —digo, y siento como mi sexo me castiga con un calambrazo suplicante— que debemos ir despacio, tú y yo. Evidentemente, nos atraemos, pero ahora mismo mi vida es algo más compleja. Las decisiones que tomo respecto a los hombres... Bueno, en realidad, esta será mi primera decisión respecto al tema. Hay que meditarlas y tomárselas con calma.

—Cariño —me acaricia la mejilla con un dedo—, entiendo que es un tema complicado y sé que ahora la responsabilidad es lo primero, no te estoy pidiendo venirme a vivir aquí, y tampoco estoy diciendo que los niños se enteren, por ahora. Pero eso no quita que mi cuerpo te necesite, aquí y ahora.

Tiene razón, una cosa no quita la otra, pero yo estoy fuera de onda. Siento, y esta vez de verdad, que mi virginidad ha crecido... y con ella mi frigidez. Siento calor, que oye, es bueno, eso significa que mi sexo todavía está vivo, pero no sé si estaré a la altura de la situación.

—Sarita, para —me pide mirando hacia la parte baja de mi cuerpo.

Estoy cruzando las piernas de forma extraña, como si esa posición marcara un «cerrado por vacaciones» o incluso mejor un «cerrado por jubilación»

—No sé si te quiero —afirmo, y es verdad. Creo quererlo, pero el tiempo, en ocasiones, es traicionero. Te hace creer cosas que no son.

—No me quieres —comenta él con su tono seductor, y hace que la frase deje de tener el sentido que yo pretendía.

¡Qué calor! Niego con la cabeza, pero, por arte de magia, mis piernas parecen estar algo más abiertas. Bastante más en realidad.

Sus labios acarician mi cuello con infinitos besos, pequeños pero suaves. Mi piel, al parecer, se pone alerta erizándose por completo. Cierro los ojos, no lo hago voluntariamente, pero lo hago, y soy consciente de que es toda una invitación a: «haz conmigo lo que quieras».

Su mano va hasta mi pecho y lo toma con total libertad. No es suave. James nunca lo ha sido. Gimo, todavía sé gemir. Noto cómo ronronea, cómo su boca baja por mi escote. Un momento, no llevo escote. Sus ágiles manos han desabrochado mi camisa. Ahora su boca parece tener como objetivo mi pezón.

Me muerde suave, pero firme.

—¿Dónde dices que no me quieres? —me pregunta, haciendo que note su cálido aliento entre mis pechos.

Y yo no sé cuál es la respuesta adecuada. Mejor me callo y le beso. En estas ocasiones, siempre es mejor besar que hablar. Siento que mi cuerpo lo reclama, lo hace y yo no voy a negarme.

No sé cómo hemos llegado hasta el salón, pero me doy cuenta de que en este mismo instante estoy encima del sofá con las piernas abiertas y que él está entre ellas. Todavía estamos vestidos..., bueno, medio vestidos. La sangre de mi cuerpo parece estar inmersa en una carrera de fondo.

Esto ya no hay quien lo pare. El sexo no es malo. Así pues, arriba las manos. Tiro de la camiseta de él; mis ojos, ansiosos, inspeccionan su pecho. Es tan perfecto, o al menos para mí lo es.

Acaricio su torso y voy directa al pantalón.

—Chis —me frena él—. Hemos esperado durante cinco años, no tengas prisa.

No sé cómo tomarme eso, como si hoy no hay sesión de *Kamasutra* o ¡arriba los preliminares!

Su boca va de nuevo a mis pechos; tengo que admitir que ahora los tengo mucho más sensibles que hace cinco años. Bajo mis manos y tomo sus nalgas. Su risa fresca abanica mi cuello.

—Señorita Ramírez, no la recordaba tan ruda.

Ni yo tampoco me recordaba así, pero siempre he querido hacerlo. Nos tocamos con necesidad y nos olvidamos (por lo menos, yo lo hago) del resto del mundo. Cuando me penetra siento que todo es distinto. No sé si es porque mi cuerpo es diferente o porque mi

mente está más abierta al sexo. Su pene entra en mí (con la protección debida) duro y fuerte. Trago saliva; mis ojos deben de estar más abiertos que nunca. Siento una extraña sensación. Una bomba de placer que amenaza con explotar. Quiero frenarlo y a la vez quiero que siga. ¡Dios! Ni siquiera puedo pensar. Sus manos me toman, su sexo se adentra y sus labios me besan.

Siento todo mi cuerpo ardiendo. Mi estómago se encoge. Él toma mis piernas y las coloca encima de sus hombros; así se adentra más dentro de mí. No sabía que podía entrar tanto.

¡Joder! Lo siento bombeándome cada vez más deprisa. No puedo dominar la situación. Entierro mis manos en el sofá y contengo un grito que amenaza con salir. El éxtasis me completa. No puedo concentrarme en nada más. Mi placer se derrama desde dentro, pero él no ha terminado todavía. ¿Por qué no lo ha hecho?

Creo que mis piernas no van a tener fuerzas para continuar. Mi pecho arde, mi sexo arde,

estoy toda en llamas.

Deja caer mis piernas y me coloca de lado. Siento algo caliente entre mis muslos. ¿Estoy sangrando? Quizás, después de todo, mi teoría de que la virginidad crece es cierta.

—¿Tengo sangre? —pregunto entre jadeos cuando él me abre las piernas.

Él me mira y sonrío. Si no fuera porque veo que está brillando de sudor, diría que está fresco como una rosa.

James pasa un dedo entre mi sexo inflamado y saciado para después llevárselo a la boca.

—Nada de sangre por aquí, amor.

Él continúa montándome. Entonces, cuando yo estaba planteándome que después de ese superorgasmo no había mucho más que hacer, mi estómago vuelve a su punto de erupción.

Otra vez noto el terremoto recorriendo mi cuerpo.

No hay sangre porque está toda ardiendo en mi sexo.

¡Dios, Dios y Dios!

Nada de aquello de «No pares, sigue, sigue». James parece no tener fin. ¿No se cansa?

—¿Quieres que me ponga yo arriba? —pregunto medio asfixiada.

No sé por qué me ofrezco. Tal vez albergue la mera esperanza de moverme de una forma tan fascinante que haga que él termine ya, porque sí, señoras del mundo, quizá sea la única del mundo entero que durante el sexo se queja de que dura mucho. Lo siento si creéis que soy una insensata que no valora lo que tiene, pero es que James dura mucho y mi cuerpo está más que saciado, y no solo eso.

El tercer orgasmo me arrolla dejándome todavía con menos fuerzas.

James acepta mi proposición. Me arrepiento de mi chulería.

Me siento encima de su sexo y empiezo a moverme con ganas. Al principio, el ritmo es bueno y puedo saborear sus gemidos; pero después mis muslos empiezan a arder. ¿Alguien me da un poco de aire? Le arañó el pecho, no sé si para excitarlo o por la frustración que siento al ver que estoy cerca del cuarto orgasmo y que él todavía está aguantando.

Noto que mi velocidad va menguando. No, Sara, tienes que aguantar, joder.

Y, de golpe, casi sin avisar, James toma mis nalgas con dureza y se mueve de forma arrolladora. Y ahí está mi cuarto orgasmo, asomando su corriente placentera.

—Acaba conmigo, James —consigo decir con mi voz temblando.

—¿Ya has tenido suficiente, amor?

En cualquier otro momento de mi vida, habría sacado mi orgullo a relucir y habría soltado un atrevido «Nunca tendré suficiente de ti», acompañado de un seductor movimiento de pestañas.

Pero soy realista: estoy al borde de un desmayo.

Asiento.

—No te he escuchado —me dice él mientras acompaña sus caderas con un aumento de velocidad

que fríe todos mis sentidos.

—Sí, James, me he ido cuatro veces.

—¿Cuatro? —pregunta sorprendido. A pesar de mi cansancio, noto el orgullo en su voz—. Me iré ahora, con tu quinto, nena.

Y con esa frase y su sonrisa *rompebragas* vuelve a llevarme al máximo placer. Un gemido abrumador me indica que él también ha terminado.

Nos abrazamos y me tranquilizo escuchando su corazón.

Mi teléfono suena, es un mensaje.

Ahora no quiero mirarlo, solo deseo abrazarlo y dejar que el tiempo pase y pase... Pero podría ser importante.

Intentando no despegarme mucho de él, alargo mi brazo y tomo el teléfono que está en el bolsillo del pantalón (ahora en el suelo): «Señora Ramírez, ya puede pasar a recoger los resultados».



Capítulo diecisiete

Reparticiones

Dar solamente aquello que te sobra nunca fue compartir, sino dar limosna, amor.

Corazón partío, de ALEJANDRO SANZ

Tengo el sobre en la mano.

Un sobre que podría cambiar mi futuro.

Un sobre que quiero romper y quemar, pero no siempre se puede hacer lo que uno quiere.

Por mucho que nos pese.

No sé qué hacer, si abrirlo sola o abrirlo con ellos. Las dudas me pueden, sé que las probabilidades de que logre descubrir quién de los dos es el padre son mínimas, pero esa pequeña esperanza siempre está ahí.

Miro el sobre y parece que me esté gritando: «Ábreme, ábreme».

Lo miro y observo el reloj. No tardarán en llegar. Tomo el sobre y lo pongo a trasluz. No se ve absolutamente nada. ¿Cómo lo harán en las películas? Llaman a la puerta y creo que mi estómago se ha dado la vuelta por sí solo. Voy hasta allí. Es Ryan. Saluda cordialmente, pero puedo notar agotamiento en su rostro. Me siento incómoda. No es que tema quedarme a solas con él, pero el ambiente está tenso.

Cojo el teléfono con disimulo y le envío un mensaje a James: «¿Dónde estás?». Él me contesta: «Los cretinos tenemos prohibido llegar los primeros a los sitios. Estoy de camino».

Niego con la cabeza mientras me siento en el sofá. Ryan está frente a mí, en otro de los sofás. Ambos estamos en silencio.

—Así que Jéssica, ¿no? —digo intentando entablar tema de conversación.

Admito que el tema no es el más adecuado; es más, me he arrepentido al segundo de haberlo sacado. Él me mira sorprendido, me extraña notar todavía a un Ryan tímido y que intenta guardar las composturas. Es todo tan extraño.

—Así que James, ¿no? —me contesta con la misma moneda.

Definitivamente, el tema de conversación no es el más adecuado.

—Lo vamos a intentar —termino diciendo, y siento una pequeña duda que se disipa en el aire. No tengo que esconderme, es complicado hablar esto con tu expareja, ahora cuñado y padre o tío de tus hijos.

Él asiente un par de veces.

—He dejado a Jéssica.

Eso no me lo esperaba. ¿Por qué? Oh, Dios, no quiero más dramas, ni tríos amorosos en mi vida. No quiero que se declare, no quiero que se me insinúe, no quiero que me diga lo mucho que le gustaría tener sexo duro conmigo. Simplemente me niego a más situaciones comprometidas.

—¿Y eso? —me arriesgo a preguntar; odio que James no esté aquí. Ryan no solía ser tan intimidante, pero ahora hace que esta habitación me resulte más pequeña.

—Simplemente, me he dado cuenta de que no funcionaba, de que no me llenaba.

Cuando dice la palabra «llenaba» me mira y sé que lo hace porque yo había empleado ese término respecto a nuestra relación. En parte me siento mal, quizás haya dejado a Jéssica después de la conversación que mantuvimos. Esa chica me cae mal, pero no quiero ser la causante de su ruptura... Bueno, solo un poquito... No la quiero de tía barra madrastra de mis hijos.

¡Dios! ¡Soy un ser malvado!

—La engañaba.

Eso tampoco me lo esperaba. Esta conversación se está volviendo algo comprometida. Yo no soy psicóloga, pero intentaré ayudar, dentro de lo que pueda.

—Lo siento, de verdad.

Estoy siendo sincera. En la vida habría querido esto para Ryan. Siempre pensé que él se merecía el todo, que yo no era suficiente para él y, en parte, tenía razón. Ambos nos engañamos a nosotros mismos idealizando nuestra relación, cuando, en realidad, ninguno de los dos no era feliz del todo. Yo renuncié a lo que me gustaba. Intentaba contener mi yo espontánea con él. Y, definitivamente, él no tenía la culpa; yo también me deje hacer y deshacer.

—No pasa nada. Estar soltero no es malo.

Parece no estar completamente de acuerdo con su afirmación, pero, al menos, está intentando encauzar su vida.

—¿Se portan bien los niños? —me pregunta desviando el tema por completo.

Asiento y sonrío. Los niños son lo mejor de mi vida. Me han cambiado tanto, me han enseñado más de la vida que nadie.

—Son un amor.

Siento como los nervios vuelven a instalarse en mi estómago. He sido una persona egoísta

alejándolos de su vida sin consultarlos, pero ahora no puedo hacer nada.

Me levanto y busco uno de los álbumes en el mueble del comedor. Se lo entrego a Ryan. Justo entonces suena el timbre.

James está apoyado en el marco y me mira sonriente.

—¿He tardado mucho, amor?

—Sí, señor Cooper. Le estábamos esperando.

—Después de ti —me dice con una sonrisa. Niego con la cabeza y me giro. James se pega a mi espalda—. ¿Sabes por qué siempre es mejor ir detrás? —Su aliento es caliente..., o quizás es mi cuerpo el que lo calienta. Mis pezones se ponen duros; no, con esta camisa no pueden ponerse duros—. Para tocarte el culo mejor.

Su mano toma un cachete de mi culo y lo amasa con precisión. Doy un par de pasos grandes y voy hasta el comedor, consciente de que mis mejillas están teñidas de rojo.

—Ryan —saluda James al entrar en el salón.

Los dos parecen menos tensos de estar el uno frente al otro. Es todo un logro. Me levanto a tomar el sobre y me siento como cuando van a decir el expulsado de la casa de *Gran Hermano*. Pero, en vez de decir, «la audiencia ha decidido», aquí tenemos un «la genética ha decidido».

Abro el sobre con torpeza.

Leo por encima. Estoy nerviosa, pero hay algo que llama toda mi atención.

Observaciones:

Después de analizar el ADN de los sujetos uno y dos, se llega a la conclusión de que estamos frente a un caso de gemelos semiidénticos, y no ante un caso de gemelos idénticos o univitelinos, como se nos hizo llegar.

Los gemelos semiidénticos se forman cuando dos espermatozoides fertilizan un solo óvulo.

Este óvulo luego se divide para formar gemelos que comparten el mismo ADN de la madre, pero diferente ADN del padre. Como los dos posibles padres tienen diferente ADN, se procede a realizar las pruebas de paternidad.

Creo que mi corazón ha dejado de funcionar. Sí que hay un padre. James se levanta y me quita el papel. Yo me quejo e intento volver a tomar el control.

—Quiero leer eso con mis propios ojos —dice él mientras intenta apartarme (tengo que admitir que el resultado es cómico)—. Toda la vida pensando que compartía el mismo ADN que él y ahora resulta que no era así. Creo que cuando nacimos esto de idénticos o no, se basaba en si nos parecíamos.

—Pero somos del mismo padre, ¿no? —se levanta Ryan con la duda.

Me quedo callada. Por un momento, me imagino a su madre siéndole infiel a su marido. Quizá todo es una cuestión de genes. Pero no, ellos se parecían. No podía ser.

—¿Vuestro padre tiene un gemelo? —pregunto.

Ambos me fulminan con la mirada. Me lo tomaré como un no.

—Dame— exijo—. Quiero leerlo.

—No —se niega James, y aprovecha para acercarse a mí, con mirada felina.

No sé cómo lo hace, pero creo que es la única persona que sería capaz de derretir el Polo Norte. Aprovecha cualquier descuido para invadir mi espacio personal y hacer que todo mi cuerpo quiera rozarse con él. Y no, señoras del mundo, no estoy en celo. Solo me pasa con él.

Estoy tan concentrada en la masculinidad de James que no me doy cuenta de que Ryan le acaba de arrebatarse el papel.

Ambos nos giramos y lo miramos.

Bueno, qué más da quién lo lea el primero. El resultado será el mismo. Da igual los ojos que lo miren.

Ryan abre el papel y después lo rompe en dos trozos, vuelve a romperlo y repite el procedimiento hasta cuatro veces. ¿Qué diablos está haciendo?

—No importa lo que diga ese papel. Vosotros dos estáis juntos. Lo vais a intentar. Así que adelante. No sé si soy el padre, pero soy el tío que los consentirá. Son de mi sangre. Tú, hermano, créalos bien.

Voy a llorar. Eso tampoco me lo esperaba. No sé si realmente es lo correcto. Dudo en si tirarme al suelo y unir las piezas, como si de un puzzle se tratara. Miro a James esperando su reacción.

Este va hasta su hermano y lo abraza. Creo que en este momento sobro.

—Tú también tienes que criarlos, hermano.

Ahora sí que me echo a llorar.

—Ven aquí. —James tira de mí y me pone en medio.

Ambos me abrazan. Sé que hace cinco años este abrazo me habría parecido incómodo, que me habría derretido al instante, que mi mente habría buscado la idea de montármelo con los dos (¡Dios, en realidad, lo hice), pero ahora solo siento calidez y amor. Amo a James, solo a James, quiero estar con él. El tiempo ha puesto todo en su sitio. Lo que siento me demuestra que cuando estás con la persona adecuada, esa que te llena por completo, da igual quién se cruce en tu camino, porque no tendrás ojos para él.

Después del momento de subidón y que, lógicamente, ha sido demasiado precipitado, recapacito.

—Chicos, hemos de tener un poco de calma. Con esto no quiero decir que vaya a huir, ni que no os quiera en la vida de los niños, pero hay que hacerlo con tranquilidad. Son pequeños y no quiero que esto suponga un trauma para ellos.

Sé que en este momento me podrían atacar, decirme que es mi culpa (completamente) haberme ido, haberlos ocultado.

Y justo entonces suena el timbre de la puerta.

Ya están aquí los niños. Raquel y Esther han ido a por ellos al colegio.

—¡Mami! —gritan ambos al entrar.

Ambos corren para abrazarme. Los quiero con toda mi alma.

James nos mira atentamente. Sus ojos brillan, aunque no sé si de miedo o de alegría.

Enzo lo observa y luego me mira a mí. Está dudando, pero no sé de qué. Va hasta James decidido.

Camina como un payaso hasta él. Le pide con unos gestos que se agache hasta su altura.

James lo hace sin dudar.

—¿Me regalas una sonrisa? —le pregunta.

James sonrío.

Lloraré de nuevo, soy la muñeca llorona.

—¿Qué son esos papeles, mamá? —pregunta Leo cogiendo uno del suelo.

—Nada —me apresuro a decir. Voy hasta la cocina para coger la escoba y el recogedor. Cuando vuelvo, Esther y Ryan parecen estar manteniendo una conversación. Raquel, en cambio, cómo no, está corriendo tras Leo. Algo le habrá hecho ese pequeño granuja. Recojo los papeles y los tiro a la basura. Dudo, pero lo hago. Si ellos lo quieren así, así será.

Cuando vuelvo al comedor, los niños parecen estar persiguiendo a James, que corre, como puede, por el comedor. Es curioso ver como un chico tan grande puede correr tan torpemente.

James llega hasta a mí y me abraza por detrás. Sé que es un acto involuntario, pero los dos niños nos miran pasmados.

No están acostumbrados a que nadie me toque.

Leo entrecierra los ojos (sí, es muy pequeño, pero lo está haciendo), mira a James y creo ver una amenaza camuflada en esa mirada.

Cuando pensaba que Leo iba a atacar con alguna frase cruel, Enzo se adelanta.

—James, ¿tú sabes quién es nuestro papá?

Me quedo helada. ¿Qué clase de pregunta es esa? Sé que Enzo está pasando por una mala época con este tema, pero pensaba que lo habíamos superado con mi estelar patada en la cantimplora del pipí.

Se hace el silencio.

Ryan mira a James y asiente en su dirección, como dando su consentimiento. James me mira sin saber qué decir. Sé que se muere por presentarse como tal, pero tengo miedo de que lo nuestro no funcione. Sin embargo, he de ser responsable..., y, más allá de cómo nos vaya a nosotros, él es y será su padre a partir de ahora.

—Chicos, quiero contaros una cosa.

—Ya lo sé —contesta Leo cruzando los brazos a la altura del pecho y adoptando una postura chulesca—. James es nuestro papá.

Me quedo callada. ¿Cómo lo sabe?

—Soy listo —añade para disipar cualquier duda.

Tengo que aprovechar la ocasión. Sé que quizá no sea el momento más indicado, pero ¿cuándo lo será?

Asiento. Es lo único que me atrevo a hacer.

Enzo se acerca de nuevo hasta él.

—¿Dónde has estado? Has tardado mucho.

James se arrodilla en el suelo. Traga saliva, sé que va a llorar, es más, veo que una lágrima solitaria rueda por su cara.

Enzo la atrapa y le coloca su manita encima de la mejilla.

—No llores, que estamos aquí. No nos hemos perdido.

—Mamá, tranquila —comenta Leo como si él fuera a solucionar todos los problemas del mundo

—. Ya no tendrás que enseñarnos a pegar en la cantimplora del pipí, ya tenemos un papá.

—¡Oye! —digo entre lágrimas medio ofendida—. Soy buena contra los niños malos. James me mira sin entender nada.

—Yo te lo cuento —le dice Enzo llevándolo hasta el sofá.

Y me quedo allí quieta, maravillada, si es que puedo definir mi estado de ánimo con esa palabra, viendo cómo los niños dejan en nada nuestras supuestas grandes complicaciones.

Con la mirada de un niño, la vida no resulta tan complicada.

Capítulo dieciocho

Puzle

La vida es como un rompecabezas: cada pieza tiene una razón, un lugar, un porqué. No insistas en poner piezas donde no caben.

ANÓNIMO

—Los niños están dormidos —me dice James con tono ronco.

Cómo no, mi cuerpo reconoce su voz como una señal de apareamiento. Creo que debería hacérmelo mirar, o quizá simplemente esté aprovechando la ocasión después de tanta sequía.

Es extraño tenerle aquí en nuestra casa, pero a la vez reconfortarle. Rodeo su cuello con mis brazos y lo beso. Dulcemente, sin precipitaciones.

Nos miramos a los ojos. Podría estar mirándolos el resto de mis días. Sus manos bajan por mi cuerpo, sin prisa, yo me dejo acariciar. Se siente bien.

—He escuchado a tu amiga Esther hablando con Ryan.

—¿Ah, sí? —comento por decir algo, mientras mi mente solo está intentando maquinando a qué lugar de la casa dirigirnos para tener algo más de intimidad.

—Hablaban de cosas calientes.

Me paro en seco. Ya improvisaremos hacia dónde ir. Además, no importa dónde ni cuándo, solo con quién. ¡Por el amor hermoso! Me estoy convirtiendo en toda una cursi. Necesito algo más de sexo para deshacerme de esta sensación tan de película rosa.

—Cuéntame —le exijo, y aprovecho el momento para ir deshaciéndome de su camiseta. Sé que debería prestar total atención aquel chisme, pero mis manos necesitan tocarlo de nuevo.

—¿Puedes dejar de desnudarme un momento? No puedo concentrarme si estás...

Sin cortarme, introduzco mi mano dentro de su ropa interior. Cuando tomo sus testículos, él se calla.

—Cuéntamelo, deprisa, yo esperaré así.

Noto como su sexo se endurece bajo mi tacto.

Disfruto de la superioridad del momento. Quién me iba a decir que yo, Sara Ramírez, estaría tomando la iniciativa en un momento como este. Y no hablo de la iniciativa en cuanto a ponerse encima. Estoy llevando las riendas en un momento tórrido.

Tengo mi mano metida entre sus piernas. Tomo lo que acabo de nombrar mío. No me siento mal. No siento vergüenza. Estoy feliz con mi papel.

—Lo resumiré en dos palabras: sexo sucio.

Medito si necesito un resumen más extendido o no. Sexo sucio. Ryan y Esther. Buena composición,

pero el único sexo que me importa es el de James, que en estos momentos está en mi mano y se está agrandando. Él, como no, se abalanza sobre mí, besándome con una pasión desmedida.

Realmente no necesito saber más.

Los besos nos acompañan hasta llegar a la habitación de matrimonio. Me ayudo con el pie para cerrar la puerta. Tenemos que intentar ser cuidadosos: en la casa, hay dos niños, que, gracias a Dios, tienen un sueño profundo, pero no quiero probar los límites de ruido que son capaces de soportar.

Caemos sobre la cama entrelazados.

Noto su dureza entre mis piernas, su aliento en mi cuello. Simplemente, lo noto a él en cada poro de mi piel. Tengo que admitir que estoy algo dolorida del sexo del día anterior, pero, como James me dijo en su día, ese agarrotamiento que siento se quita con más sexo. Él es el único capaz de llevarme al clímax, y en el clímax la relajación es total.

Intento continuar con la iniciativa. Es gratificante ver como tus movimientos y tus palabras provocan al otro; como tienes más poder del que nunca pensante. Sentirte mujer, sentirte valorada. Dejar los complejos a un lado y sentirte toda una seductora.

En esta ocasión, James no dura tanto como el día anterior. No sé si es por el cansancio o simplemente porque que yo lleve el mando le hace excitarse más, pero lo he disfrutado igual o más. Ha sido maravilloso.

Miro nuestros cuerpos entrelazados y pienso en cómo puede cambiar la vida en pocos días.

Como lo negro se torna gris, y como en el gris también puedes disfrutar. Si estás en el gris, el blanco está más cerca, muy cerca.

El sexo con James siempre ha sido bueno, pero lo mejor es como me hace sentir después. No estorbo, no es un momento incómodo. Ambos parecemos querer absorber al otro en cada momento.

Los orgasmos me dejan en otra dimensión. Nos hemos besado, nos hemos comido, y ahora estamos tumbados uno al lado del otro. Lo más lógico es que después de una buena dosis de sexo y de un día ajetreado esté somnolienta, pero no es así. No puedo dormir.

James ha caído rendido. Su mano está tomando la mía y sonrío incluso dormido. No puedo parar de mirarlo. Es algo tan bonito poder ver a tu pareja dormir. Pareja, que palabra más completa. Hoy ha sido un día de grandes decisiones: primero el ADN, luego la valentía de Ryan. Dentro de lo que cabe no es tan malo. Ninguno de los dos lo es, pero, a veces, la vida nos hace tomar decisiones precipitadas que después arrastramos.

En mi mente aparece el sobre, con el nombre del verdadero padre de mis pequeños. Quiero saberlo, una parte de mí quiere saberlo, pero tengo miedo. Si Ryan fuese el verdadero padre y yo lo supiera, no sé cómo podría sobrellevarlo. Quizá la decisión de Ryan es la más acertada. Tal vez

simplemente es mejor no saberlo.

Los niños creen que James es su padre y tampoco quiero mentirles.

Pero ¿cómo explicarles toda la verdad?

¡Pero qué verdad!

Me levanto de la cama nerviosa. Podría bajar y mirar en la basura. Unir los papeles y mirar quién de los dos es. Puedo hacerlo.

Salgo de la habitación con cuidado. Esta vez sí que me siento una espía. ¡A mi edad! Bajo las escaleras lentamente, intentando no hacer ningún ruido.

Llego hasta la cocina y abro el cubo de la basura. Hay restos por encima. El envase de la cena y una piel de plátano. No, no voy a meter la mano ahí. ¡Pero quiero saberlo! No, salgo de la cocina. Voy a ir a la cama, me voy a meter en ella y cerraré los ojos. Ya mañana será otro maravilloso día.

Me giro, pero sé que quiero ese papel.

Dios! Entro en la cocina (de nuevo) y voy directa hasta la basura. Es penoso, pero voy a hacerlo. Introduzco la mano y busco los papeles.

Voy sacando trozos. No sé si están todos. Creo que no queda ninguno más. Voy hasta el salón con los papeles en la mano. Me siento y miro las piezas del puzle más difícil de mi vida.

¿En serio estoy haciendo esto? Sí, lo estoy haciendo.

Voy mirando los trozos de papel. En cuestión de un par de minutos (en los cuales mis manos tiemblan y en los que tengo muchas ganas de ir al baño), consigo unir todas las piezas.

Sin entenderlo, miro un cuadro donde parecen estar comparando patrones. Después de dejarme la vista, voy hasta donde pone resultado. Y justo esa hoja está... como... sucia. ¿Qué es lo que pone?

¡Y por Dios! ¿Qué es ese olor?

El padre es el individuo número uno.

Pero ¿quién de los dos era el número uno?

Capítulo diecinueve

Uno

Ama hasta que te duela. Si te duele, es buena señal.

MADRE TERESA DE CALCUTA

Intento caminar con cuidado de vuelta a la cama.

Estoy nerviosa, muy nerviosa.

Entro en la habitación. James se mueve en la cama, abre un ojo y me mira extrañado.

—Dónde estabas?

Trago saliva. Otra vez tengo ganas de ir al baño. Estos nervios solo hacen que quiera evacuar líquidos de mi cuerpo.

—En el salón —contesto seria.

—¿Me tengo que asustar? ¿He hecho algo malo? ¿Quieres que me vaya?

Odio sentir que James está inseguro. Niego con la cabeza, pero intento continuar seria. No quiero que note lo que me pasa.

—Sara, dime qué sucede. ¿Qué quieres?

—Quiero que me desnudes

Mi tono parece un ruego, cosa que ya me va bien. Él se incorpora en la cama. Todavía está preocupado. Sus manos me quitan la camiseta con urgencia.

—¿Qué es eso? —pregunta sorprendido.

En mi estómago llevó meticulosamente pegado el puzle de papel. James lo observa atontado. Mira el papel y me mira a mí. Lo miro inquieta mientras él se acerca a leer. Por sus gestos, sé que James también ha notado ese extraño olor. Pero eso no es lo que importa en este momento.

—¿Qué significa esto, Sara? ¿Quién es el número uno?

Me quedo callada, intentando alargar la incertidumbre un poco más, pero es más que obvio.

—Tú —contesto sonriendo—. Porque, en verdad, no importa quién sea el primer amor, lo que en realidad importa es quién es y, sobre todo, quién será el último.

—¿Yo? —contesta atónito.

Sé que ha sido una decisión precipitada, una decisión difícil y, sobre todo, arriesgada. Pero algo en mi interior me decía que tenía que leerlo. James parece no creérselo. Me mira y observa el papel.

—¿De verdad? —pregunta todavía en estado de shock.

Asiento sonriendo.

Después de cinco años de temer este instante, la vida me enseña que, en ocasiones, lo que más temes es lo que más feliz te hará. Sin duda, recordaré este momento el resto de mi vida.

Siento que la felicidad nos acaricia.

James sonrío ampliamente mientras sus ojos color verde me miran con lo que me atrevería a decir que es adoración.

—¿El uno? —pregunta todavía sin creérselo, pero con los ojos iluminados de ilusión.

—El único —contesto.